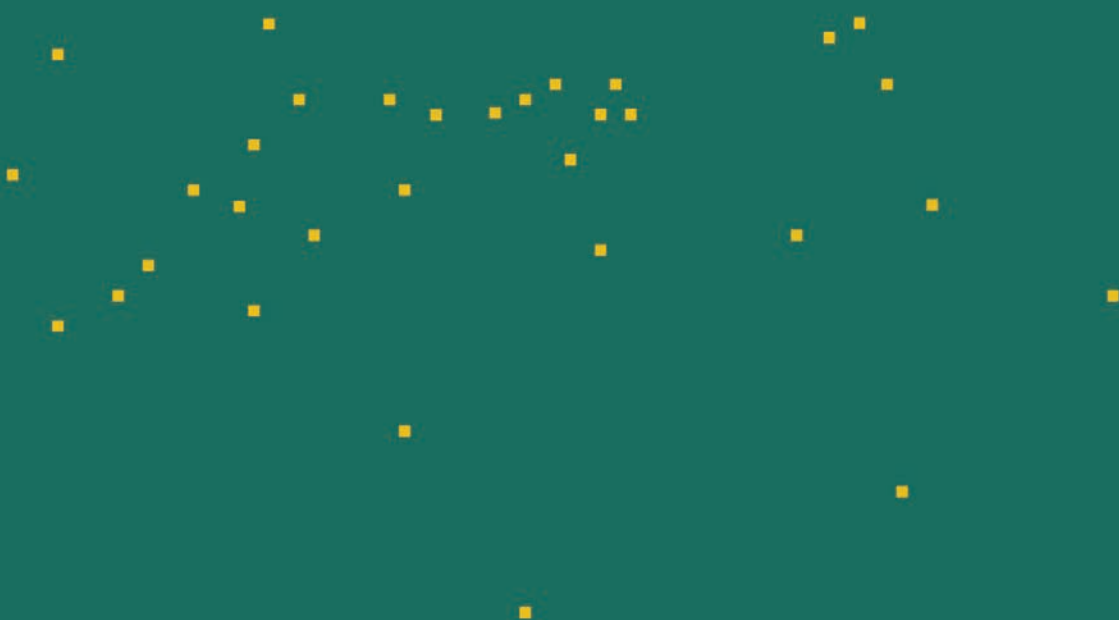




GENTE QUE HACE ESCUELA

Antonio López Ortega
COMPILADOR



**GENTE
QUE HACE
ESCUELA**

GENTE QUE HACE ESCUELA

Antonio López Ortega
COMPILADOR

Gente que hace escuela

Este libro ha sido editado por la Vicepresidencia Ejecutiva de Comunicaciones de Banesco Banco Universal, C.A. y la Fundación Artesanogroup

Producción General

Vicepresidencia Ejecutiva de Comunicaciones de Banesco

Producción Ejecutiva

Fundación Artesanogroup
Carmen Julieta Centeno
Sudán Macció

Coordinación Editorial

Antonio López Ortega

Investigación y selección de personajes

Nela Ochoa

Corrección

Alberto Márquez

Concepto gráfico y diseño

Taller de diseño editorial Escuela de Comunicación Visual Prodisegno

Alumnos

Ursula D’Amico ^(4º año) | Stefano Di Cristófaró ^(3º año) | Luis Pernía ^(3º año)
Samuel Rivas ^(2º año) | Arum Rodríguez ^(2º año) | Eleonora Soteldo ^(4º año)

Dirección del curso

Profesora Aixa Díaz

Coordinación general

Jaime Cruz | Gabriela Fontanillas

Preprensa e Impresión

Editorial ExLibris

Edición

2000 ejemplares

Depósito legal If78320128003621

ISBN 978-980-6671-02-7

© Banesco Banco Universal, C.A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin permiso previo del editor.

	A MANERA DE PRESENTACIÓN		pág. 7	
	UNA CARTOGRAFÍA HUMANA		pág. 9	
	AMAZONAS		pág. 13	Nelson Méndez
	ANZOÁTEGUI		pág. 25	Hung Ki Kim
	APURE		pág. 35	Arriz Domínguez
	ARAGUA		pág. 47	Salvador Rodrigo
	BARINAS		pág. 59	Rolando Hernández Pérez
	BOLÍVAR		pág. 71	Nalúa Silva Monterrey
	CARABOBO		pág. 81	Nina Nikanorova
	COJEDES		pág. 93	José Antonio Pereira
	DELTA AMACURO		pág. 103	Oswaldo Brito
DISTRITO CAPITAL		pág. 113	Rodolfo Briceño González	
		pág. 125	Franklin Rojas	
		pág. 137	Luis Ugalde, S.J.	
	FALCÓN		pág. 147	Olga Camacho
	GUÁRICO		pág. 155	Jesús Aguilera
LARA		pág. 165	Alejo Hernández Acosta	
		pág. 175	Gustavo Salas Römer	
MÉRIDA		pág. 185	Ivonne Carnevali	
		pág. 193	John William Páez	
MIRANDA		pág. 207	Ligia de Gerbasi	
		pág. 217	Gerry Weil	
MONAGAS		pág. 209	Domingo Rogelio León	
NUEVA ESPARTA		pág. 239	Fernando Cervigón	
		pág. 249	Milton Martínez	
PORTUGUESA		pág. 259	Carmen Teresa Morillo	
SUCRE		pág. 271	Irma Espinoza de Lara	
TÁCHIRA		pág. 281	Luis Hernández Contreras	
TRUJILLO		pág. 293	Francisco González Cruz	
		pág. 303	Catana Torres de Witt	
VARGAS		pág. 311	Céfora Contreras de Martínez	
YARACUY		pág. 321	Esteban Graterol	
ZULIA		pág. 331	Lía Bermúdez	
		pág. 341	Dorila Echeto	

A MANERA DE PRESENTACIÓN

Nos enorgullece reconocer que en la trayectoria institucional de FUNDACIÓN ARTESANOGROUP hemos sido muy sensibles al tema editorial. En algunos casos, bajo la figura de patrocinios; en otros, bajo la figura de coediciones; y en un tercero, bajo la figura de ediciones propias. Los temas, además, han sido variados, pero todos han estado enmarcados en tópicos de la cultura venezolana. Entre nuestros títulos más recientes figuran: *Bases cuantitativas de la economía venezolana 1830-2008* de Asdrúbal Baptista; *Memoria crítica de Alejandro Otero* de Douglas Monroy y Luisa Pérez Gil; *Alejandro Otero ante la crítica* de Douglas Monroy; *Consonancia: la abstracción geométrica en Argentina y Venezuela, años 40 y 50* de Adolfo Wilson; *El modernismo latinoamericano en las colecciones venezolanas* de Adolfo Wilson y *Hacedores de un país: mundo e imagen del artesano venezolano contemporáneo* de Sudán A. Macció.

Dentro de una nueva línea de investigación periodística, y resaltando el valor que ha tenido entre nosotros la entrevista como género mayor, presentamos en sociedad con BANESCO el libro *Gente que hace escuela*. La idea que nos ha animado es la de realizar un trabajo de recuperación y ordenamiento de testimonios personales, de testimonios de vida, ofrecidos por un grupo de venezolanos que proceden de todas las regiones, pertenecen a todas las clases, tienen los más variados orígenes, ejercen los más disímiles trabajos y han dejado huella, legado o conocimientos en los demás. Se trata de gente que, de alguna manera, se ha borrado a sí misma, ha puesto de lado sus ambiciones, y se ha entregado de lleno al prójimo, al semejante, creyendo que en ese hecho de transferencia, el otro se convierte en mejor persona, en mejor profesional, en mejor ciudadano. La

escuela, además, no solo se ejerce por las vías convencionales que pudieran ser un plantel educativo o una escuela de ballet, sino también a través de los gestos, del carácter, de la humildad, del ejemplo, de las creencias que se transmiten y que finalmente modelan o moldean a los otros. Vidas dedicadas a la colectividad, vidas dedicadas a la creación de nación.

Como era de esperarse, *Gente que hace escuela* es un libro periodístico, hecho por periodistas, escritores, fotógrafos y reporteros gráficos. Si sumamos los personajes elegidos, más los entrevistadores y los fotógrafos, estamos hablando de casi cien venezolanos que hicieron este libro posible, forjando una cartografía humana que se puede sobreponer a nuestro paisaje variable o a nuestro propio territorio. Enumerar estas historias de vida y muerte, de esfuerzo constante, de fe inalterable; relatar el curso de vidas ejemplares, para las que la pobreza o la falta de medios nunca fueron obstáculo, se erige como un modelo de vida necesario en tiempos de transformación o incertidumbre. Si queremos hallar el rostro de un país posible, juntemos estas caras y almas y reconozcamos la fortaleza que surge de los espíritus más humildes.

El balance de esta lectura, que es el que FUNDACIÓN ARTESANOGROUP quisiera destacar, es el de la visión positiva de la realidad, de la vida, de nuestras posibilidades como nación, aun conociendo nuestras exigentes circunstancias sociales. Con visión fresca, siempre constructiva, donde el mutuo acuerdo sea nuestra carta de presentación, es mucho lo que podemos transformar a corto y largo plazo. Y si llegamos a dudar de nuestras propias posibilidades, mirémonos en el espejo de lo que este libro propone o postula, porque si vidas o trayectorias como las que aquí presentamos fueron capaces de convertir la nada en un todo, no tenemos excusas para no aspirar a lo mejor, a lo más grande, a una felicidad mayor.

Toda empresa editorial como esta viene asociada con demasiados artífices y profesionales talentosos, pero sirvan estas últimas líneas para reconocer las ideas iniciales de Eduardo Fuenmayor, quien nos puso en la vía de estos desarrollos, la alianza con BANESCO, cuyo apoyo y patrocinio fueron esenciales, y la coordinación editorial del escritor Antonio López Ortega. A todos ellos, nuestro más sincero agradecimiento.

UNA CARTOGRAFÍA HUMANA

Se hace difícil recorrer las páginas de este libro sin que la sensibilidad se encienda. No se trata de los voceros, tampoco de sus testimonios o rostros, sino del tejido humano que aquí se forma, que aquí se enhebra, cuando el lector salta de una vida a otra. Porque, de entrada, todo es contraste y diversidad: razas, orígenes, regiones, edades, oficios y medios de supervivencia. Entre los relatos recogidos, hay quien estuvo a punto de morir, hay quien raptaron de niño, hay quien nació en lugar remoto, hay quien casi muere de inanición, pero de las sombras más oscuras surgen las voluntades que se apartan del odio o del resentimiento (desembocaduras naturales de vidas que han podido terminar en el tormento o la desesperación) para abrazar la luz: la luz que está en los ojos de los demás; o mejor, el único faro que los ha guiado. ¿Por qué una vida atizada por dolores o pérdidas puede erigirse contra viento y marea y ofrecer solo dones o ganancias? Es el misterio del espíritu humano, que puede escoger entre el crimen o la trascendencia en los momentos menos pensados. Los destinos que aquí se relatan son modélicos porque cada uno de estos personajes, con empeño y pasión, optó por la vida, por el crecimiento, por la obra, por la necesidad de trascender su tiempo y asomarse a una dimensión ultraterrena, que es el afán último de la condición humana.

En el inicio de este proyecto recibimos una propuesta del periodista Eduardo Fuenmayor, quien veía con claridad la necesidad de identificar ejemplos sociales que estuvieran más allá de la difícil coyuntura histórica que vive el país. Destacar a personajes que, en medio de las dificultades, pudieran formar o legar conocimientos a los otros, se nos antojaba como el mejor ejemplo para un país

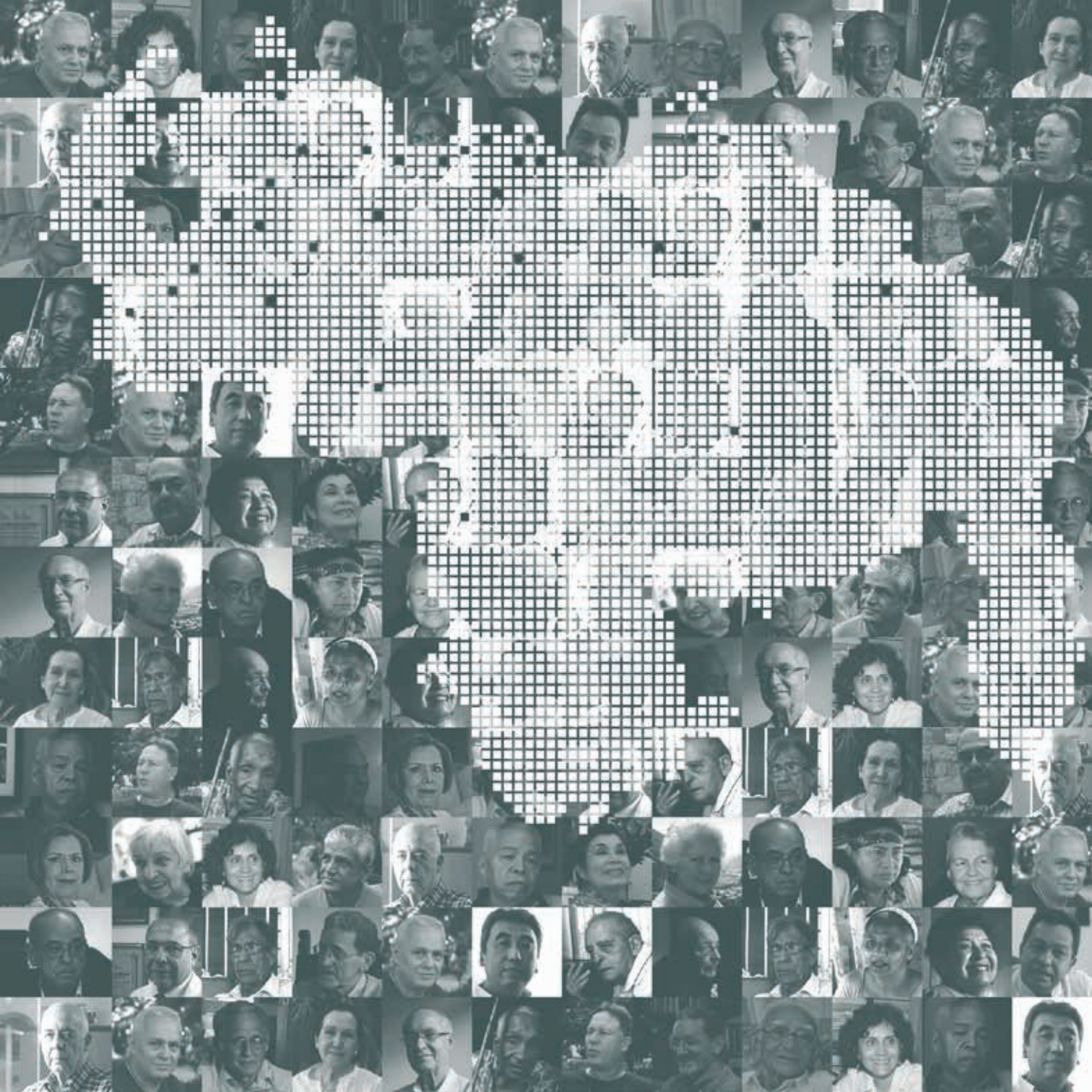
que necesita reconocer sus potencialidades. La idea fue acogida con entusiasmo por la Vicepresidencia de Comunicaciones y Responsabilidad Social de Banesco y, posteriormente, convertida en un encargo que asumió la Fundación Artesanogroup. Desde entonces, se comenzó el arduo trabajo de identificación y ubicación de los personajes, bajo una premisa que debía mantener equilibrios de género, edad, oficio y representación territorial. La selección se detuvo en treinta y dos personajes, con al menos uno por estado, y a partir de allí comenzamos a seleccionar a los periodistas y los fotógrafos, asegurando que fueran de la misma entidad regional del entrevistado. El esfuerzo para armonizar los estilos redaccionales y gráficos de tal número de colaboradores requirió muchas horas de dedicación, pues debían equilibrarse los discursos propios con el esquema interior de la obra. En síntesis, terminamos conformando un conjunto humano de casi cien personas con el que estuvimos trabajando a lo largo de diez intensos meses, bajo un esquema de producción y logística bastante exigente. Ya en la fase de producción editorial, y amparados por el espíritu del libro, nos pareció pertinente encargar el diseño y la diagramación a los alumnos del último año de estudios de ProDiseño, quienes junto a sus tutores también fueron «gente que hace escuela», completando una propuesta gráfica llamativa y fresca: los rostros y palabras de tantos homenajeados comenzaban a encontrar su lugar propio.

Al cabo de una convivencia en la que la variabilidad ha sido el hallazgo mayor, al punto de exigir un importante esfuerzo de ordenamiento y concentración de información, lo que nos queda es la sensación de haber recorrido el país de otra manera: no ya quizás por sus carreteras, ríos o paisajes, ni siquiera sobrevolándolo o viéndolo desde sus cumbres. Este recorrido más bien ha construido, sin duda alguna, otra cartografía, que es la de las almas, que es la de los seres que sueñan, imaginan y, por lo tanto, construyen o cambian realidades. Un país de rostros humanos, un país de potencialidades, un país de lo que podemos generar cuando los consensos nos alcanzan. Veamos las miradas de estos personajes, escuchemos sus palabras, admiremos sus huellas de vida, entendamos sus intimidades, compartamos sus momentos de dicha y sufrimiento. Son nuestros semejantes, los que palpitan a nuestro lado; son todo lo que nosotros pudiéramos ser si cada quien se hiciera escuela en su vida diaria: la familia, la comunidad, la ciudadanía, el país todo, nos lo exigirá en cada esquina de esta nación proverbial.

Antonio López Ortega

Compilador

(Octubre 2012)





N e l s o n M é n d e z

«Cocinando trasciendo mi destino: la Amazonia»

■ **AMAZONAS**

Nelson Méndez nace en Puerto Ayacucho en 1962. Empezó a cocinar desde muy joven y no ha dejado de hacerlo desde entonces. Sus orígenes mezclan antepasados italianos e indígenas de la etnia Baré. Ha logrado rescatar la cultura de una comunidad ancestral, enalteciendo sus valores a través de la promoción gastronómica. Preside la Fundación Cocina Amazonia. Es profesor del Instituto Culinario de Caracas.

RECETA DE UNA VIDA A FUEGO LENTO «Cuando iba a visitar la casa de mi madre, que era mi vecina en Puerto Ayacucho, me sentaba a la mesa a comer. Me parecía que el pedazo de carne o pescado que me servían a mí era diferente del que le daban a mis hermanos, los hijos del nuevo matrimonio.» Nelson no tenía más de cinco años cuando vivió de forma recurrente esta experiencia. Le dolía. Se preguntaba por qué no podía compartir como los demás, sobre todo si su hermana mayor, Lídice, vivía con ellos. Llegó a pensar que era su culpa, que algo debía de haber hecho. Con el tiempo, los tránsitos de la vida, sumados al amor de su abuela, quien verdaderamente lo crió, le hicieron entender que las circunstancias dictan nuestro destino, que los hechos nos dan la fortaleza necesaria para cumplir alguna misión. Nelson comprende hoy en día que su destino es divulgar su origen: la Amazonia. ¶ Nelson Méndez es un arácnido con alma de guayaba araza. Nació bajo el cielo abierto, en lo frondoso de la selva amazónica. Provoca comérselo: es muy tierno y está lleno de valores. Es una especie humana rara, un ser puro proveniente de una tierra milenaria. Nelson esparce a su alrededor mucha ternura: al hablar de su vida nos atrapa y convence al punto de considerar comernos unas chupetas de araña mona o un sancocho de culebra. ¶ Cuenta que aprendió a



hablar nuestro idioma para dar a conocer su tierra, que venir de donde vino lo enseñó a sentir y existir como un fragmento del entorno, como un elemento del espacio conectado al universo. Estudió nuestras formas de pensar para que se comprendiera la abundancia de su mundo. Aprendió a cocinar con nuestras técnicas para llevar a la mesa sus ingredientes, su comida, la fuerza de sus sabores. «Vengo de una tierra de más de seiscientos millones de años, en la que viven espíritus y sueños ancestrales. Vengo de la tierra del futuro: pulmón y esperanza del mundo. Quiero preservar este paraíso: Orinoco, Atabapo, Cataniapo, Autana, Roraima, Sipapo, Baré, Guajiro, Hiwi, Piaroa, Pemón, Yanomami, Chaboino, Conuco, Curiara, Mapipe, Catumare, Chapori, Capura, Poré.» ¶

Nelson Méndez nació en Puerto Ayacucho. Su familia es de la etnia Baré. Se crio con su abuela María Andrea. Ella le enseñó a cocinar; le transmitió los secretos del fuego, de la sal que hay en las cenizas. Le mostró arañas, bachacos, gusanos y frutos. «Me enseñó la humildad, el respeto a los mayores, el amor a la madre intemporal que es la naturaleza, las tonalidades de la luz y del espíritu humano.» ¶ Para Nelson la cocina es la piel con la que transcurre como ser humano, el sentido de su existencia. «La cocina amazónica venezolana es el vínculo que tengo con la esencia y el misterio de la gente de la que provengo. Es la clave absoluta de mis vivencias.» **RÍO ORINOCO** «Al pensar en mi infancia, pienso en un gran río.» Para Nelson Méndez el río simboliza la inmensidad, la sabiduría, la fuerza. El río es como la vida, donde confluyen muchos sentimientos de los indígenas. «Vivimos en muchos ríos, y todos se conectan. Eso es vida para mi raza.» Con ojos brillantes comenta que, a la edad de un niño, ver el río Orinoco era enfrentarse a lo grande, a lo inmenso, a algo que se desvanece en el cielo que abraza al río. Jugó allí con sus amigos de Puerto Ayacucho, y también con los indios de su etnia. «Yo me tiro de lo más alto, de un árbol», son las frases que se agolpan en su memoria. «Pásame la tapara, tirla, agárrala.» ¶ Se le pierde la mirada por un instante cuando exclama: «El río era un área de contemplación. Misterioso. Silente a pesar del agua. Uno sabía que ahí adentro se respiraba respeto. Animales que respetar, sí, sobre todo la piraña. Creo que estamos conectados con la fuerza de ese inmenso río. Además de ser el gran proveedor de productos, de las proteínas. La mitad de lo que consumimos los indígenas es pescado.» **EL HUMO** «Mi infancia huele a comida ahumada. Tengo humo pegado a los recuerdos, a una memoria encendida, como las trojas en los asentamientos de las tribus.» Este es el aroma de la infancia de Nelson Méndez. El chef señala que la cocina de su niñez tiene como base ahumar los alimentos. Era una forma de preservarlos, de sacarles el mayor provecho. Los ahumados tienen un sabor bárbaro. Los indios buscan la leña adecuada para cada alimento. En el caso de las carnes rojas, como báquiros, usan leñas más fuertes. Con los pescados usan otro tipo de leña, una que les permite no salar los alimentos.

«Todo huele a humo porque las trojas están siempre encendidas. Los fogones aclimatan el frío de la selva. Siempre hay un alimento encima de las brasas, calientico. Por espacio de tres semanas vamos subiendo los alimentos, dándoles altura, para que alcancen los tres metros. Así se secan totalmente y se conservan. Luego los pilamos. En el caso de los pescados, los volvemos harina. Cuando hay escasez, se hace un atol con ese polvo: se mezcla con jugo de yuca, culantro, ají, y listo, tenemos un potaje. Es una forma de obtener calcio, porque en la selva no hay leche, no hay queso. El calcio se obtiene de los huesos de los pescados.» **LA FIESTA DE VALENTÓN**

«Valentón es un bagre inmenso, que en la zona del Caroní se conoce como el laulau. Pero crece mucho más en el Orinoco, donde lo llamamos valentón. Para mi gente significaba fuerza. Puede llegar a medir cinco metros, y de peso puede llegar a ciento treinta kilos. Es inmenso. Ya hoy en día no se consiguen ejemplares tan grandes, pero en mi época eran así de enormes. Cuando se agarraba un laulau, todo se convertía en un acontecimiento, en una fiesta. Se compartía la comida entre todos. A la orilla del río se cortaba y repartía. El jefe, el chamán, era el que ordenaba y asignaba los pedazos a cada familia.» ¶ Nelson explica que el valentón es, en principio, un pescado de carne blanca, pero con una particularidad: tiene varios tipos de carnes.



Cerca del espinazo, sabe a cochino. Pero también tiene un sabor que se asocia al chigüire. El tamaño del animal permite una mezcla de sabores, y también una agrupación de tonalidades. Se llega a creer que estos sabores se deben a que el animal se alimenta de cochino, de chigüire o de otras especies. **SECUESTRO EN EL SHABONO** Las familias de esta comunidad, que eran seis o siete, vivían en shabonos, unas chozas redondas con patio en el centro. Cada familia está separada por un enrejado, que es una madera en la que se ponen los guayucos. No hay divisiones ni espacios cerrados. Cada familia tiene su troja. La costumbre es que todos anden en guayuco. «Cuando iba a Mavaca, andaba en guayuco. Al principio, mi abuela no me dejaba acercarme a los yanomamis, porque le daban temor. Me quería tener encerrado en la casa. Lo justificaba diciendo que eran salvajes. Hubo un episodio extraño que me marcó. Una pareja de indios, sin hijos, que estaba considerada de mala conducta en el shabono, fue expulsada. Los indígenas tienen sus códigos, sus valores. Si te estás portando mal, te expulsan. Hacen una especie de reunión donde el chamán expone el caso y decide la expulsión. Una tarde, en medio de unos juegos en los que participaba, la pareja vino con su curiara y me llevó. Me secuestraron. Los jefes de la tribu me fueron a buscar en la tarde: estaban seguros de que habían sido ellos. Mi abuela cree que me escogieron porque tengo una mezcla de blanco con indio, y eso les llamó la atención. En un primer momento no sentí miedo, porque me invitaron a buscar frutas con ellos, pero luego, conforme pasaba el tiempo, me di cuenta de que algo no andaba bien.» **MI ABUELA MAMÁ ANDREA** Perteneciente a la etnia Baré, su abuela llega a Puerto Ayacucho con la irrupción del caucho. Su abuelo se la trae de San Fernando de Atabapo, donde vivían, y fijan residencia en Puerto Ayacucho, buscando nuevos horizontes. «Tuve la suerte de que en mi niñez viví mucho tiempo con mi abuela.» Se mantiene como cocinera en la nueva ciudad, hasta que le proponen irse con unos misioneros y con los del DDT (un organismo adscrito al Ministerio de Salud que buscaba frenar el paludismo). Fumigaban y daban pastillas para evitar la enfermedad. Su abuela aceptó la oferta porque su nuevo esposo trabajaba en ese organismo. Desde cuarenta años atrás se tenían noticias de que había paludismo en la zona, en gran medida por la llegada de la minería. ¶ «Mi abuela se va con los misioneros a una comunidad de la selva amazónica llamada Mavaca, situada al margen del río Samariapo. No era cerca, nada era cerca. Podías pasar entre siete y ocho días para llegar. Vivíamos allí por temporadas, que duraban entre cuatro y cinco meses. Así transcurrió mi infancia, desde los 4 hasta los 8 años de edad, que es cuando empiezo el colegio. Tengo muchos recuerdos vívidos de esa época, sobre todo desde los 6 hasta mi último viaje a los 8 años. Ya yo estudiaba en el colegio cuando fui en mis últimas vacaciones.» ¶ Su abuela había comenzado a trabajar en un comedor de Isla Ratón. Y si ella no regresaba a

casa, a él le tocaba ir. Isla Ratón es una de las más grandes islas de agua dulce del mundo, y está en el río Orinoco. «De Puerto Ayacucho a Isla Ratón es como media hora en una lancha rápida.» **LA DISTANCIA DE MAMÁ** Su mamá es una figura difusa. A raíz de su fracaso matrimonial, envía a Nelson a vivir con su madre. «Mi mamá ya estaba divorciada cuando yo nací. Mi papá no estaba. Ella se casa de nuevo muy pronto, y me manda a casa de mi abuela. Solo hasta los 3 años viví con mi mamá.» Aclara que Puerto Ayacucho tendría en aquel tiempo unos seiscientos habitantes. Eran pocas familias. Su mamá vivía cerca, pero él solo la visitaba ocasionalmente. A ella y a sus siete hermanos. Confiesa que era un sentimiento extraño.

¶ Hoy en día, la mamá de Nelson se queja de que él no la llama, pero también ella entiende. Él le asegura que no tiene nada que ver con el pasado, que todo se debe a que anda muy ocupado o se le olvida. En el fondo, él acepta que a lo mejor tiene que ver con esa distancia que ella misma marcó desde un principio. **EL MANIGLIA**

POBRE «Mi papá era hijo de italianos. Desapareció mientras fui niño. Lo conocí a los 17 años. Vivíamos en el mismo pueblo, pero nunca me tropecé con él. Fue una profesora casada con Octavio, el hermano de mi papá, la que un día me dijo que me iba a llevar a conocerlo y hablé con él. Me sentí raro. Él se mantuvo distante, apático.» ¶ Los Maniglia eran los dueños de la primera bomba de gasolina, del

primer cine de Puerto Ayacucho. Eran los ricos del pueblo. A Nelson le decían el Maniglia pobre. «En medio de las peleas de muchachos, me insultaban diciéndome que era pobre. Eso me ponía triste. A pesar de que mi abuela cubría todas las carencias con el amor que me daba, todo esto me dolía.» Su padre ni siquiera lo reconoció. Su hermana y él llevan el apellido de su madre. Cuenta que había que tomar cuatro gabarras para llegar a Apure, que era donde había un registro, pero nunca lo hicieron.

¶ Confiesa que hoy tiene muy buena relación con sus hermanos. No fue sino hasta hace ocho o diez años que Nelson empieza a ir a Puerto Ayacucho más seguido, y allí es que se reencuentra con sus hermanos. **MIS AMIGOS INDELEBLES**

«Conservo mis amigos de la infancia, con los que estudié en Puerto Ayacucho. De los yanomamis no tengo amigos porque no volví a Mavaca.» Con sus amigos tiene muchos recuerdos de juegos en el río, de largos baños. Tumbarse bajo un moriche, bajo las matas de palma. Competir a ver quién llegaba primero arriba. Ya después participaban otros objetos, como los balones de fútbol. Estudió hasta tercer año en un colegio de curas que se llamaba Pío XI. «Era de semiinternos, aunque yo no estaba bajo ese régimen porque vivía en Puerto Ayacucho. Ese colegio tenía canchas: ahí jugábamos futbolito, básquet.» ¶ «Uno de mis mejores amigos se mató hace

tres años: Mauricio Adames, que era como mi hermano. Compartimos y estudiamos desde tercer grado hasta tercer año de bachillerato. Luego él se fue a estudiar a Mérida y yo me fui a Ciudad Bolívar. Cuando murió, tuvieron que esperar a que yo

llegara al velorio: la esposa sabía del grado de amistad que había entre nosotros. Nos llamábamos hermanos.» «**INDIO COME MAÑOCO, INDIO COME GUSANO**» Hubo un momento en que esta expresión se escuchaba en un tono despectivo. «Fue un tiempo de vergüenza por lo que somos.» Vergüenza de ser indio, de lo que comían, de cómo hablaban, de cómo se vestían. «No me sentía cómodo con un vestidito. Trataba de seguir lo que veía en Puerto Ayacucho, para no sentirme menos importante. A mi abuela le daba pena hablar baré: era la lengua del atraso. Se



relacionaba con la ignorancia, con atrocidades, con salvajismo.» Entonces algunos indios empezaron a machucar el castellano: así se perdieron varias de las diecinueve lenguas que se hablan en la Amazonia. **PRIMEROS PASOS** Sus inicios culinarios van de la mano de su abuela, de verla cocinar en el colegio o en Mavaca. Lo que ella preparaba despertaba los sentidos de Nelson. «En los primeros viajes que hicimos a Mavaca, mi abuela, por temor a los indígenas, me encerraba. Tenía que pasar los días entre ollas que veía inmensas. No eran tan grandes, pero a mi edad



parecían enormes: pensaba que eran edificios. Pasaba los días rodeado de aromas únicos: las frutas y la variedad de pescados que existían en los ríos. ¶ De los pescados que más le gustan del Orinoco, hay uno que se llama bocón. Es un pescado pequeño, de escamas, que puede pesar entre tres y cuatro kilos. «Mi abuela lo hacía en ajicero, que es una sopa que lleva muchos ajíes, un poquito de picante, culantro y agua. Luego uno le pone casabe o mañoco. También me gustaba asado, o con plátano.» **MIGRAR PARA APRENDER A AMAR LO SUYO** Cuando se fue a Ciudad Bolívar, para ayudarse a pagar sus estudios, buscó trabajo en un restaurante. No consiguió como cocinero sino como *bartender*. Al tiempo, empezó a ayudar al cocinero Vicente Bolívar: un hombre mucho mayor que él, que todavía vive en Ciudad Bolívar. Mientras tanto, terminaba su carrera de técnico en hotelería en el instituto Isaac Newton. Poco a poco fue escalando en el mundo de la restauración.

«Al terminar, me dije: aquí ya no tengo nada más que hacer. Déjame buscar edificios, y me vine para Caracas.» ¶ Cuando llegó a Caracas se puso a buscar trabajo en hotelería. Pensaba que iba a llegar a ser gerente de un hotel. Entonces se fue al Tamanaco. «Bueno, yo vengo a trabajar en el área de cocina, pero me mandaron a lavar platos.» Conoció a Frank Müller, un alemán que marcó pauta en la cocina. «Müller era fregado. Mantenía un orden militar. Hoy se lo agradezco.» Allí estuvo dos años: de 1984 a 1985. Luego se fue al Hilton, con el mismo Frank Müller. Allí se queda hasta 1988, cuando salta al restaurante Ritz de plaza Venezuela, pues su dueño, Jacky Traverso, estaba cerrando el restaurante El Gazebo. Estuvo en ese local hasta 2004, cuando se abrió el Biarritz en el Paseo Las Mercedes, en donde estuvo fijo hasta 2011. Sigue relacionado con ese restaurante porque tiene una participación.

INFLUENCIAS FUNDAMENTALES «Me sentía orgullísimo de tener en el menú *foie gras*, *escargots*. Eso era como *chapear*. Quien tenía la carta más afrancesada o más europea era el cocinero que más arrastraba gente y que se mantendría.»

Nelson aprendió las técnicas de la cocina francesa con Wolfgang Enke y Frank Müller. Luego asistió a la academia del Anauco Hilton y al Instituto Culinario de las Américas (CIA). «Otra de mis grandes influencias fue una cocinera llamada Expedita Palacios, barloventaña, que fue la que más me marcó. Es una gran cocinera, con un espíritu envidiable. Una sazón, una mano prodigiosa. Ella siempre fue cocinera de casas de familias adineradas de Caracas. Cuando llegué al Biarritz, ella ya tenía tres años ahí con Jair Jerro, un gran cocinero, también discípulo de Frank Müller. Ella tenía una trayectoria, pero más que su técnica eran esas manos que tenía. Era una maga del sabor.» **MIRAR HACIA FUERA** Nunca ha vivido en el exterior. Ha viajado a congresos, a conferencias. Lo han invitado a cocinar en Europa. Ha participado en el congreso más importante de gastronomía: Madrid Fusión. Allí invitan a países y a cocineros que tienen propuestas interesantes y diferentes. La de Nelson fue

muy alabada por José Carlos Capel, presidente de Madrid Fusión. «Hablé de instrumentos milenarios, de la cosmovisión con la que los indígenas vemos al ser humano. Hablé sobre tres etnias en particular: la Piaroa, la Yanomami y la Baré. Por supuesto, mencioné la gran despensa que es la Amazonia venezolana. Hablamos de los métodos de cocción con troja y del resultado final con una misma proteína.» **A T E - R R I Z A R E N E L D E S T I N O** Más o menos en 2001, concientizó que la cocina de su tierra era su vida, su destino. Ocurrió cuando dos alumnos le pidieron hacer una propuesta diferente para el trabajo final del Instituto, y él les comentó, con reservas, que estaba trabajando con productos de Amazonas. La cena fue un éxito. Entonces Tomás Fernández, chef del Caracas Country Club, le dijo que por qué no llevaban esa propuesta a su restaurante: «la llevamos y fue una sensación». Ahí se despertó ese antes y ese después de Nelson. Se dijo: «Bueno, a la gente le gustó. ¿Por qué sentir vergüenza por lo que comemos? Y seguí desarrollando mi idea. ¿Tendrá sentido sentirse menos por no usar pato canadiense? En Venezuela existe el pato real, que es más rico, más afrutado.» Allí empezó este sentir y las preguntas que no lo abandonan. «Estoy orgulloso de lo que soy, de lo que comemos, porque para mí lo que comemos es lo que somos.» Recuerda que hace dos o tres años, cuando una joven de Amazonas se le acercó y le dijo que era un placer conocerlo, que ella era de una familia de Puerto Ayacucho, y que antes de escuchar de su trabajo sentía vergüenza de su origen, por lo que decía que era de Ciudad Bolívar, ahora con orgullo afirma que es de la Amazonia. «Siempre estuve con las ganas, con la inquietud de apoyar esos sabores de mi niñez, esa gran despensa, pero con miedo a acercarme. Temía cómo me iban a recibir los paladares de aquí al cocinar con unos productos mal llamados exóticos.» Hasta que decidió aplicar las técnicas de la cocina francesa a sus sabores. **A L I M E N T A R U N L E G A D O** Nelson Méndez sustenta a diario un legado. Da clases en el Instituto Culinario de Caracas y asiste a congresos para dejar ese gran mensaje de orgullo. «Venezuela lo tiene todo, y unidos vamos a ser grandes.» Es el caso de la Amazonia venezolana hoy en día: una región de referencia en la gastronomía y en los congresos. «La gente dirá que si este indio pudo, todo se puede. Hay que sentir orgullo por lo nuestro.» ¶ Nunca se ha planteado irse de Venezuela, porque cree en el potencial de este país y de su cultura. «Me mueve ver a esas diecinueve etnias que habitan en la Amazonia venezolana. Por eso presido la Fundación Cocina Amazónica. Esta institución está integrada por biólogos, especialistas y cocineros que divulgan la existencia de los productos de la Amazonia venezolana. Reivindicar las costumbres y las raíces de mi gente es lo que hoy me motiva a seguir trabajando.» Cree que es un camino que apenas comienza. ¶ Está preparando nuevos cocineros que lo acompañan en esta iniciativa. Una generación de relevo: Guillermo Parejo y Pedro Cáceres. No son de la Amazonia,

pero tienen una gran vocación social y gastronómica. En su trabajo involucran la cultura de las etnias, los productos de la Amazonia, y los desarrollan. Méndez tiene un restaurante en Puerto Ayacucho. Allí trabaja con dos cocineros: Egidio Rodríguez y Oswaldo Feo. «Con ellos investigo, trato de darle forma a productos, hago creaciones que enaltezcan mis raíces.» «**VENEZUELA ES UN GRAN CATUMARE**» «El catumare es una cesta grande que llevan las indias en la espalda para transportar las frutas y verduras que recogen de los conucos. Así veo a Venezuela, como una gran cesta llena de posibilidades.» «**MI VIDA ES UN TEPUY**» «Mi vida la define la imagen de un tepuy: un cerro en donde hay un gran río. Las comunidades indígenas están en las cabeceras del Orinoco, donde están las formaciones rocosas. Allí se encuentra la pureza, allí el agua fluye totalmente limpia.» «**INDIO MUERE A LOS 300 AÑOS**» No he pensado en la muerte. Para mí el cielo prela sobre el infierno. El cielo es la inmensidad. ¶ «A través de la cocina me interno en la espesura de la selva, viajo a mi infancia, me sumerjo en las aguas frescas del gran río que no tiene fin, ese río que corre bajo el cielo infinitamente azul, rodeado de niños que juegan entre un mar de mariposas amarillas. A través de la cocina muestro la Amazonia: sus texturas, aromas, sabores. A través de la cocina trasciendo mi destino.»



Entrevista

María Ángeles Octavio

Caracas, 1964. Comunicadora, narradora, traductora, editora, fotógrafa. Magíster en Literatura Comparada en la UCV. Coproductora del programa radial «Texto Sentido». Colaboradora de *Sala de Espera*, *Complot* y «Papel Literario». Premio de Narrativa Monte Ávila Editores (2004).



Fotografía

Magdalena Ferré

Estudios de fotografía. Fotógrafa profesional. Ha participado en cinco exposiciones colectivas. Ha tenido cuatro exposiciones individuales.



H u n g K i K i m

«Hay que ganar la medalla de oro como buen ciudadano»

Hung Ki Kim nació en Seúl, Corea del Sur. Llegó con su familia a Venezuela hace cuarenta años. Se inició en el Tae kwon Do bajo la tutoría de su padre y de su hermano mayor. La familia creó en Puerto La Cruz la primera escuela venezolana de este deporte. Desde 1984, asume la cruzada de fortalecer la disciplina deportiva en Anzoátegui. Ha sido promotor de la Federación Venezolana de Tae kwon Do, que preside desde 1991. Entrenador de los medallistas olímpicos Arlindo Goveia (oro) y Adriana Carmona (bronce).

La singular repartición de una batata asada lo transporta al episodio más lejano de su infancia. Eran los tiempos en los que Hung Ki Kim tenía cinco años y disfrutaba de aquella vereda cerca de su casa, generosamente ancha para los juegos y las travesuras infantiles, pues aún por allí no circulaban los automotores. Era común la venta ambulante del tubérculo cocido a las brasas, en épocas de mucho frío, y su abuelo le había dado dinero para comprar una. De vuelta al hogar, el embeleso del pequeño fue interrumpido por la noble solicitud del abuelo de que debía compartirla. «La repartí en pedacitos, que entregué a mi abuelo, mi abuela, mis hermanos y mis padres. Al último le di mi parte y al verme sin nada me puse muy triste. Todos se rieron y me las devolvieron. Esa idea de compartir revivió luego, cuando me di cuenta gratamente de que aquí hay un concepto de fiesta: un niño va a la fiesta de cumpleaños de otro y le lleva un regalo, pero no se queda con las manos vacías: el agasajado le da un cotillón y comparte una parte de su torta. Ese idea de compartir es muy saludable. Y yo la aplico a mi labor: que a todos les toque asumir una parte del trabajo y del esfuerzo, y también que les corresponda una parte de los beneficios, de los logros. Cuando uno es generoso, sin egoísmo, la vida te lo retribuye.» ¶

La reflexión se teje entre escasos recuerdos de una lejana Seúl, la ciudad donde nació el profesor Kim hace poco más de cincuenta años, y desde un escritorio en la sede de la escuela del Tae kwon Do que lleva su nombre, la primera creada en Venezuela y ubicada en uno de los extremos del emblemático Paseo Colón de Puerto La Cruz. Allí ha estado al frente de esta cruzada deportiva, desde 1984. Primero como entrenador y guía de muchos jóvenes, entre los cuales destacan dos ganadores de medallas olímpicas, y luego como director y dirigente gremial, promoviendo el Tae kwon Do no solo en Anzoátegui sino en todo el país, a través de la conformación de las asociaciones regionales de las escuelas de este deporte y la creación de la Federación Venezolana de Tae kwon Do. **VENEZUELA, LA NUEVA CASA SUNG** Do Kim hizo un viaje de más de catorce mil kilómetros entre Seúl y Venezuela para encontrarse con su primogénito, Hong Ki. El joven comenzaba a destacarse en la práctica del Tae kwon Do y cumplía una gira para compartir su conocimiento y experiencia con jóvenes de la región latinoamericana. Era la década de los años setenta y comenzaba un particular interés por la práctica de las artes marciales. Tras el periplo por el continente, se quedó en Caracas como entrenador. Mientras tanto, en la capital surcoreana, Hung Ki, el otro hijo varón de la familia, con diez años menos que su hermano, apenas se aproximaba al deporte sin saber que pronto su grupo familiar también haría maletas para llegar al mismo lejano y desconocido país. La historia de su familia cambiaría sustancialmente. ¶ «Llegamos a Venezuela hace cuarenta años. Y yo era un adolescente» –recuerda Hung Ki Kim. Su padre nació en Pusan, ciudad costera, la segunda más poblada de Corea de Sur. Como amante del mar y de

la pesca, no fue indiferente al paisaje marino que enmarcaba a la incipiente urbe portocruzana. «Estuvimos poco tiempo en Caracas y después nos mudamos para acá. Mi padre quedó cautivado con la belleza de estas costas, pero sobre todo lo atrapó la gente. Aquí nos recibieron y acogieron con mucha calidez, con familiaridad. Eso fue lo más importante para que él decidiera que esta era nuestra nueva casa.» ¶ Paralelamente a los esfuerzos por crear una academia que pudiera promover el Tae kwon Do entre la gente de la costa norte de Anzoátegui, los cuatro hijos de la pareja Kim se adaptaban al nuevo entorno social. «Cuando llegué, tenía alrededor de doce años. Para mí las costumbres de Corea eran mejores que las de aquí, pero con el paso de los años cambié de parecer y llegué a pensar que eran mejores las de acá. Ahora, cuando pongo ambas experiencias en la balanza, creo que de cada cultura hay cosas que aprovechar» —explica en un castellano que no delata ningún vestigio fonético de su lengua materna. ¶ «Creo que me sobrepuse al cambio de vida por la buena gente, por los amigos que encontré y que conservo desde mi adolescencia. Claro que al principio se me hizo difícil, pero es cuestión de asumir una actitud consecuente con las circunstancias. Yo estudié en el colegio Nuestra Señora de Lourdes, de reconocida tradición en Puerto La Cruz. Recuerdo que la amistad era un valor de primer orden. Ninguno de mis compañeros me hizo sentir mal porque no hablara bien el idioma, nunca se burlaron. Mi padre me decía que lo asumiera con humor, que no tuviera pena al tratar de hablar español y que recordara que ellos tampoco hablaban coreano. Esa visión me hizo entenderlo y hacer la adaptación más fácil, porque si no me podía lastimar. Y por supuesto, entre las cosas que me cautivaban estaban las amigas, pues las mujeres de aquí son hermosas, pero no en el sentido físico sino en la naturalidad, que independientemente ellas llevan en sí aunque no sean bellas. Caminar con una actitud positiva ante la vida... ¡eso es ser hermosa! ¶ Durante casi todo el tiempo libre, mi padre, mis hermanos y yo estábamos dedicados al Tae kwon: los varones lo asumían como disciplina deportiva; mis dos hermanas, como técnica de defensa personal. Pero también disfrutábamos las playas de esta zona de oriente, porque en aquella época eran distintas y no lo que ahora son. Eran espacios tranquilos, sin la música a todo volumen que lleva la gente; tampoco eran tan concurridas. Además de que a mi padre le gustaba mucho la pesca. Nos íbamos a Playa Colorada, Arapito y El Horno. ¶ En aquella época, aquí había mucha gente de Margarita, de Sucre: gente espléndida, espontánea, sincera. El oriental es muy diferente a los occidentales. Eso nos ayudó a integrarnos, a hacernos también venezolanos. Esos primeros momentos, y muchos de los años posteriores, los llevo en el corazón. De allí que sienta el deber de seguir haciendo lo posible por devolverle algo a este país, a esta gente que nos recibió y nos dio tanto. Lo pienso cuando suena nuestro Himno Nacional en una olimpiada, cuando nuestros mucha-

chos están en el *podium* de los ganadores, y mucho más significativo aún cuando se ubican por encima de los atletas coreanos. ¶ Con la comida nunca tuvimos problemas, porque yo creo que el venezolano come tanto arroz como los coreanos. La otra cosa importante es que la arepa es como adictiva: nos acostumbramos a ella de inmediato. Cada vez que regresamos de gira, lo primero que hacemos con los muchachos de la selección es comernos unas arepas: es como un ritual.» **EL CARÁCTER Y EL AFECTO** Cortesía, integridad, perseverancia, autocontrol, espíritu indomable y amor por el silencio. De estos seis principios se nutre el Tae kwon Do, que se deriva de los principios del budismo y otras religiones que predominan en las naciones asiáticas. En la historia familiar de Hung Ki Kim, hay un claro indicio de que esos valores alimentaron su formación, fundamentalmente por influencia de sus padres. ¶ «Mi padre fue militar: había servido en la Segunda Guerra Mundial y participó en las misiones que auxiliaron a la población de Nagasaki, tras el fatídico ataque con una bomba atómica en 1945. Es mi mayor influencia en la formación del carácter, en la forma de hacer las cosas, en la disciplina, la determinación, la ética, y especialmente en la constancia de hacer todo lo posible y un poco más. De mi madre recibí el don del afecto, aprendí la importancia de la paciencia, de que en los momentos más difíciles hay que tener una sonrisa para recobrar las fuerzas.» ¶ Entre las cosas que más les agradece es haber sido un niño acompañado, y esto lo destaca como una enseñanza de vida que aplica tanto en la academia como en su hogar (tiene dos hijos, frutos de un hogar formado con una venezolana). «Y lamento que esa valiosa presencia de un familiar sea lo que hoy haga más falta en muchos hogares. Por la dinámica de estos tiempos, ahora el muchacho se queda mucho tiempo solo, propenso a problemas de conducta. De allí surge una de las luchas en nuestra escuela: que los padres busquen involucrar a sus hijos en una actividad deportiva o artística.» ¶ Por estas razones no duda cuando dice que su vocación fue en un ciento por ciento determinada por su familia. Además de su padre como primer guía en su formación como atleta del Tae kwon Do, su hermano Hong Ki fue su principal tutor, a quien considera pionero de esta disciplina en Venezuela. «Desde que llegamos, él sentó las bases de lo que hoy son nuestros logros. En 1984 se fue a vivir a Estados Unidos, logrando trascender al ámbito mundial. Luego yo asumí el relevo y continué la labor de la escuela, creando después las asociaciones y por último la Federación, en 1984.» ¶ A través de las palabras de su padre, el profesor Kim recuerda que asumió con conciencia que las raíces debían profundizarse en Venezuela. «Al cabo de un tiempo, mi padre nos dijo que ya no había vuelta atrás, que mentalmente teníamos que estar enfocados en que nos íbamos a quedar y pensar en que éramos venezolanos, sin olvidar el origen. A partir de ese momento, mi mentalidad cambió totalmente. Me integré con la gente de una manera

total.» ¶ «En Venezuela aprendí el buen sentido que debemos darle al sentimiento de la nostalgia: acordarse solo de las cosas buenas de lo que dejamos atrás, pero no de las dificultades. Y pienso que indistintamente de la nacionalidad, del lugar donde hayamos nacido, todos somos iguales. ¶ Como todo muchacho, lo que menos quería era la disciplina, la constancia, hacer las cosas con seriedad. Me gustaba la calle, jugar, encontrarme con mis amigos, ver televisión. De manera que

H u n g K i
K i m
ANZOÁTEGUI



en mi formación fue fundamental el momento de entender que ese no era el camino, sino que la vía correcta y el primer paso es vencerse a sí mismo. Esa filosofía me motivó a querer este deporte, no como un arte marcial en el que solo prevalece la parte física, sino en su dimensión espiritual. Me ha dado confianza en mí mismo. En el Tae kwon Do no podemos dejar que los padres nos hagan la tarea ni podemos



llevar una chuleta para responder el examen. Tenemos más bien que superar nuestras dificultades de forma gradual para que el atleta vaya aprendiendo a valorar las cosas, a hacer sacrificios en beneficio de sí mismo.» ¶ Esos valores lo impulsaron a profundizar cada día más en las artes marciales. Viajaba todos los años a Corea, a perfeccionarse con sus maestros. «Al tiempo, hice un trabajo interior, porque si no es muy difícil tratar de ser constante. Además, en las artes marciales hay una regla particular: una selección natural hace que el muchacho que no tiene la paciencia, perseverancia y constancia necesarias, se aleje. El que va entendiendo es el que se queda.» ¶ Cuando el maestro Kim comenzó a formar a los muchachos como atletas, le resultó muy revelador darse cuenta del efecto y la influencia que tiene el Tae kwon Do sobre la vida del atleta en otros ámbitos de su vida. «Soy testigo de cómo les ha cambiado la vida a quienes hemos formado, de cómo se han superado pese a circunstancias tan adversas como la falta de padre, de madre, o la deserción escolar. Han asumido la vida de manera positiva, tienen seguridad en sí mismos, y nosotros los ayudamos a conseguirlo. Hoy son profesionales, lo que me enorgullece mucho, porque nuestra primera intención es que, a través del Tae kwon Do, nuestros

alumnos, nuestros atletas, se ganen medalla de oro como ciudadanos.» ¶ Sabe también lo difícil que es manejar la vorágine de expectativas, necesidades y cambios que aparecen cuando sus alumnos atraviesan la adolescencia. En la escuela portocruzana de Tae kwon Do han tenido que acompañar a sus muchachos en esta difícil etapa. «El joven tiene muchas inquietudes, mucha energía, y quiere explorar mundos. En las competencias drenan esas energías y llenan esas aspiraciones y deseos. Y como la práctica deportiva les exige mucho, compiten muy a menudo, mantienen la mente ocupada en sus objetivos como atletas. Además, tienen una meta central: conquistarse a sí mismos. En China tienen unos veinte millones de taekwondistas: ¿cómo podemos ganarles? Primero hay que obtener una victoria: ganarse a sí mismo. La competencia forma parte de esa formación, pero no es el único fin. Y yo también sigo teniendo esa tarea personal. Cuando entendí que esta escuela era un gran compromiso, sumé otro gran compromiso: ser cada día mejor, porque no hay mejor enseñanza que el ejemplo. Yo puedo decir muchas cosas, pero si me comporto de una manera distinta a los valores y al legado del Tae kwon Do, no estoy haciendo absolutamente nada.» ¶ Aunque no quiere que haya énfasis publicitario en el trabajo social de la escuela, lo destaca como uno de los logros más significativos. «Al ver los efectos positivos en los muchachos que tenían dificultades familiares, escolares, de conducta, fuimos trabajando para reinsertarlos. Hemos trabajado como una fundación, que no es de carácter público, que subsidia la manutención de un grupo de alumnos, con el apoyo y solidaridad de personas que nos ayudan a financiarla. Esa fue la manera de fortalecer nuestro compromiso con la sociedad. Y es que da mucha satisfacción cuando se convierten no solo en buenos atletas sino que logran graduarse de profesionales. Esa es la más grande retribución a nuestro esfuerzo.» **C I E N T O P O R C I E N T O P A S I Ó N** «Definitivamente, mi labor es una gran pasión» —afirma y enseguida piensa en la infinidad de veces que ha perdido la noción del tiempo mientras compartía con los alumnos sus conocimientos en una jornada de práctica. «Comenzaba el entrenamiento con los muchachos a las ocho de la noche, y sin darme cuenta llegaba la medianoche mientras asumía que era mucho más temprano. Para mí, el trabajo es una obligación, y lo que yo hago no tiene nada de obligación. Lo hago porque me gusta y, como toda pasión, necesita que le entreguemos el alma, el cuerpo, el espíritu, el deseo, y sobre todo tener mucha mística.» ¶ Dejó de ser entrenador en 1992, al regresar de las Olimpiadas de Barcelona, España, en las que uno de sus pupilos, Arlindo Goveia, obtuvo una presea de oro. «Ese fue mi compromiso con aquel equipo: llevarlo hasta el final. Entiendo que no tendría ningún sentido mi trabajo si no tuviera relevo y siguiera haciendo lo mismo de siempre. Quiero seguir formando atletas, pero también entrenadores, dirigentes que me suplan. Claro que esto no quiere decir que voy a dejar de expresar mis opiniones

sobre cada atleta, sobre las escuelas, y que dé mis sugerencias y orientaciones.»

¶ «Siempre he pensando en la generación que me debe relevar. Mi padre me decía, en su pensamiento semimilitar, que no todo el tiempo se puede ser líder. Por eso hemos trabajado: para que haya una estructura jerárquica de entrenadores en el país, con comisiones técnicas federativas. Tenemos un venezolano que es Séptimo RAM, y queremos que llegue al Noveno, que es la máxima jerarquía en este deporte. Siempre hemos manejado la idea de pasar la responsabilidad del liderazgo a otra generación. Trabajamos para que aprenda, para que asuma los conocimientos, para que pueda emularnos y supere nuestro trabajo. Y mucho ayuda a que ahora cuenten con herramientas que en nuestro tiempo no tuvimos. Nuestro sueño es que el trabajo de los atletas jóvenes permita a esta federación coronar más éxitos que los obtenidos por nosotros. **HAY MUCHO POR DAR** Para merecer el reconocimiento por lo hecho, Hung Ki Kim dice que siempre se debe tener presente que falta un poco más por hacer. No le gusta hablar de las cosas que él y su equipo de atletas y entrenadores han logrado, porque cree puede sonar a que ya no queda nada para dar. «El día en que piense que la meta es una realidad, estaría desempleado. Por eso siempre pienso que me faltan cosas por hacer. No importa la posición que yo tenga.» ¶ «Si hay una sola persona a la que pudimos influenciar para que avanzara por buen camino, ya ha merecido la pena vivir. Y creo que hay mucha gente desdichada en las calles, que se han dañado la vida por una falta de orientación, por una mano, por falta de apoyo.

¶ En este momento tengo la idea puesta en la parte social de esta escuela, porque hay muchos muchachos que necesitan nuestra ayuda, y porque también sé que hay mucha gente dispuesta a aportar su ayuda a esa causa, pues saben que es una causa correcta, que va a ser muy significativa para el muchacho, sin importar qué tan pequeño sea el aporte. Y no solamente queremos ayudar en lo económico, sino en las carencias afectivas. Darles educación en los centros de estudio que ellos quieran, porque no por ser humildes van a educarse en un plantel cualquiera. Si el sueño del muchacho es estudiar en tal colegio, hacemos lo posible para que estudie allí. Hay que colocarlo en un plantel que refuerce una situación adversa a la que tiene.»

IMÁGENES, RECUERDOS, DESTINOS «¿Una imagen para Venezuela? Un país donde la gente tenga la alegría de vivir, no importa cuán difícil sea la situación. Hay situaciones difíciles como no tener empleo, o como disgustarse por lo que está pasando en el país. Yo nunca he visto a nuestra gente perder la alegría de la vida, y eso me parece muy importante para sobrellevar la adversidad. La manera más directa de estar cerca de Dios es la alegría, y desde esa perspectiva hacer las cosas lo mejor posible. La manera de alejarnos de Dios está en la tristeza, el pesimismo, el mal humor, el maltrato hacia los otros. ¶ En mi vida he tenido grandes triun-

fos, y también grandes derrotas, pero al final todo pasa. En su momento, se sienten como algo grandioso o algo muy triste, pero luego todo se relativiza. Quedan para siempre el significado de la lucha, la pasión, la generosidad de la gente para compartir con los demás. Otra idea que me parece esencial es que todo lo que se comienza debe terminarse, hay que llevarlo hasta el final. Hay gente que deja todas las cosas a la mitad, por falta de constancia o de voluntad. ¶ La imagen que siempre me ha parecido más definitiva es la del cielo, pues la asocio con la paz espiritual. Esa paz que da el haber obrado bien en la sociedad, de estar tranquilo y no atormentado. Leí hace poco un artículo sobre el estrés en el que, palabras más palabras menos, se afirmaba que este se genera cuando el organismo se pone en alerta ante una situación crítica. Pero aunque desaparezca la situación, el organismo sigue en estado de alerta. A mí y a mucha gente la tecnología nos arropa y nos estresa como una telaraña en la que estamos atrapados, a diferencia de los muchachos que navegan con habilidad. Allí es cuando el deporte aparece como un antídoto. Los médicos dicen que es la mejor medicina preventiva. ¶ ¿Cómo llegar a la muerte? Me cautiva la expresión de tranquilidad y paz que tienen algunos líderes espirituales cuando están próximos al momento de dejar este mundo. Quiero que me llegue el momento con una sonrisa, sin deberle nada a nadie, y poder dormir con las piernas estiradas, con tranquilidad. Sin sufrimiento.»



Entrevista

Jhonny Mendes

Caracas, 1968. Comunicador social. Ejerció el periodismo institucional en Sivensa y Empresas Polar. Reportero del diario *El Tiempo* durante doce años. Editor de publicaciones especiales y coordinador de las páginas de opinión en el diario *El Tiempo*.



Fotografía

Dairili Atagua

Comunicadora social. Fotógrafa profesional. Reportera gráfica del diario *El Tiempo*. Profesora universitaria en el área de fotografía.

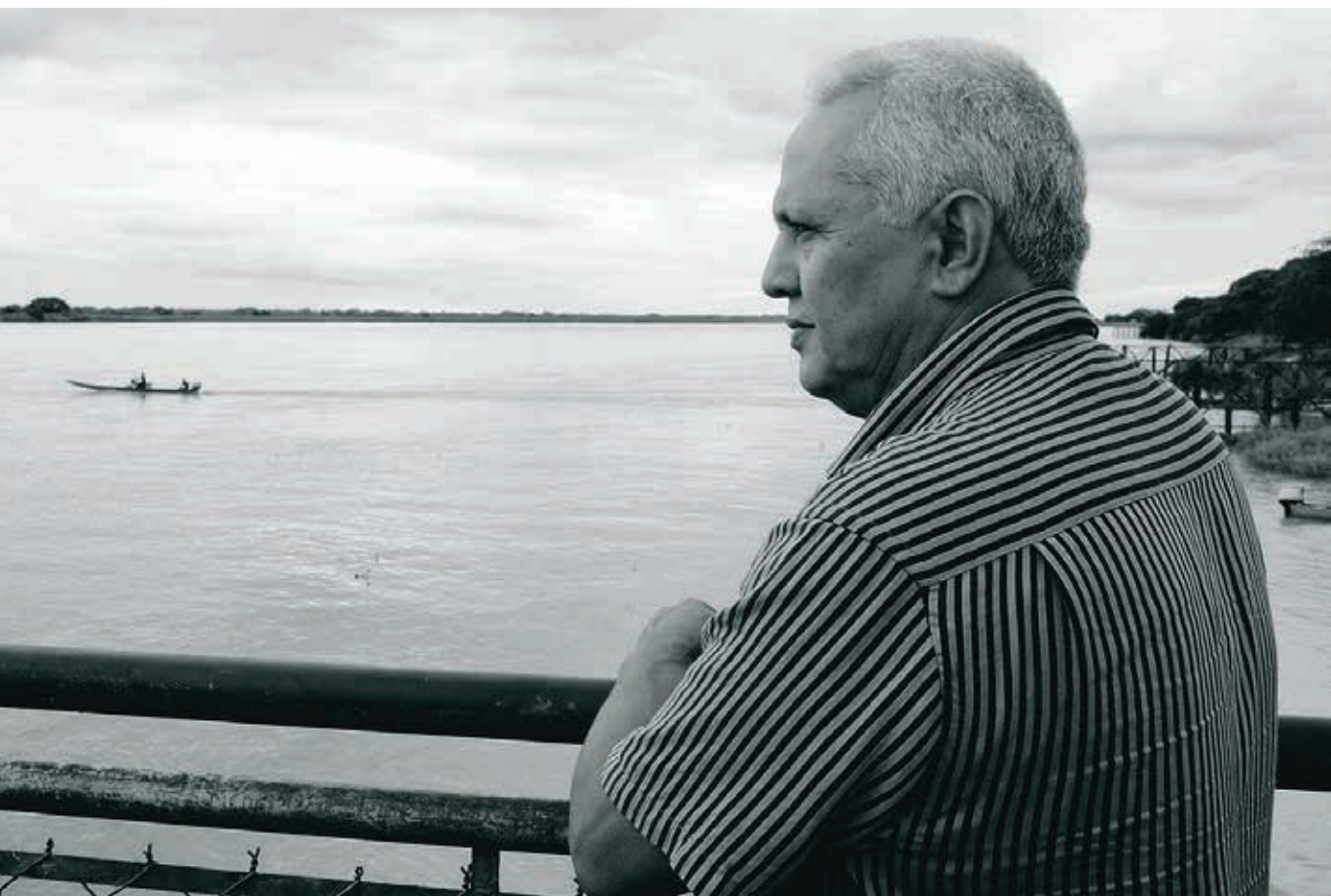


A r r i z D o m í n g u e z

■ APURE

«He dedicado mi vida a la cultura»

Oriundo de San Fernando de Apure. Promotor cultural, dramaturgo, actor de teatro popular, además de coreógrafo de danzas populares. A finales de los años setenta, inicia sus actividades con montajes de teatro de títeres. Se ha distinguido, principalmente, como el creador de las Calendas de San Fernando, manifestación popular que se celebra todos los 30 de mayo, día del santo patrono San Fernando Rey. Este divertimento ha permitido presenciar cómo se organiza la imaginería popular en torno a personajes y símbolos como muñecas gigantes, de vestimenta extraña y multicolor. Las Calendas viven hoy un momento de esplendor, que en mucho depende de la especial capacidad de convocatoria y liderazgo que posee Arriz Domínguez.



ORÍGENES Nací el 21 de septiembre de 1956. Mi padre fue Fidel Domínguez y mi madre Eloína Maldonado. Viví un tiempo con mi tía materna Carmen Tovar, mientras mamá estuvo en Calabozo. Luego me fui a la casa de mi abuela, y allí transcurrió toda mi infancia. Mis padres se separaron y pasé a la tutela de mi abuela.

¶ Con mi abuela inicié mis actividades artísticas. Ella me motivó a entrar en ese mundo, apoyado también por mi papá, que estuvo con nosotros hasta que falleció, cuando yo tenía doce años. Me inicié haciendo títeres; mi abuela me enseñó. Hacíamos funciones en la casa para todos los niños de la calle Queseras del Medio, que era donde vivía, cerca de la iglesia de la Virgen del Valle. Toda mi vida artística ha transcurrido aquí en San Fernando. Se reunían los niños y les cobraba una entrada que consistía en cinco metras. Yo manejaba los títeres y mi abuela era la animadora. Si algún niño no tenía las metras para entrar a la función, se las pasaba por la ventana para que se las entregaran a mi abuela, que era la que cobraba. Luego reunía las latas llenas de metras con las que salía a jugar con esos mismos niños. Las funciones eran los sábados y domingos. Mi tío Felucho (Félix Ramón Domínguez), que trabajaba en una imprenta, me elaboró unos tickets a los que les colocó el nombre de Grupo de Títeres Los Guaiqueríes, inspirándose en un grupo deportivo de Nueva Esparta. Con esos boletos, mi abuela llevaba un mejor control de las entradas, que ya no se cobraban con metras sino que tenían el valor de un medio. Esos títeres los llevé a la Escuela Agustín Codazzi, cuando estudiaba el sexto grado. Para entonces impartía unos talleres a los compañeritos de clase, guiados por la maestra Miguelina Morillo. Allí formamos en el salón un grupo de títeres, siempre junto a la maestra Miguelina. Las Morillo eran conocidas como buenas educadoras, y tenían una escuelita en su propia casa. Allí presentábamos funciones todos los viernes. **LAS PRIMERAS OBRAS** Cuando salgo de la escuela primaria, ingreso al Liceo Miguel Ángel Escalante, que estaba recién inaugurado. Cuando el liceo inicia sus actividades, inmediatamente ingresé al Departamento de Cultura, con el profesor José Luis Rodríguez Liyo. Con él incursioné en el teatro. Montamos una obra escrita por mí, llamada *El profesor epiléptico*, que fue mi primera obra. Al presentársela, le gustó mucho. Entonces formamos el elenco y comenzamos los ensayos. De esta manera, mientras cursaba el primer año de bachillerato, el profesor me dio la responsabilidad de dirigir el grupo del Liceo Miguel Ángel Escalante, que era un ciclo básico, en donde me estrené en dirección, dramaturgia y actuación. ¶ A comienzos del segundo año, me voy a Mérida a estudiar en el Colegio Salesiano San Luis. En Mérida se detiene mi actividad cultural, dedicándome más bien a participar en competencias deportivas de atletismo. De allí me vengo y regreso al Liceo Escalante, en donde me reciben como un alumno regular, y culmino el tercer año. Luego ingreso al Liceo Lazo Martí, y allí entro al Departamento de Cultura, dirigido por el profesor



Argenis Méndez Echenique. En el liceo Lazo Martí conocí a Romer López, un estudiante de Valencia. Él formó un grupo de teatro llamado Prepafu (presente, pasado y futuro), al cual ingreso. Con Romer López monto una obra que se llamaba *América prostituida*. Por casualidad, el protagonista de la obra se enferma y Romer me pregunta: ¿Te sabes los parlamentos del papel? A lo que le respondo que sí, que por supuesto. Y así realicé el papel protagónico de la obra. Luego montamos la pieza *Platillo sobre América*, otra de las obras escritas por Romer. Esto fue aproximadamente en el año 1975. En *Platillo sobre América* yo lo ayudo en la parte escenográfica, elaborando un platillo que bajaba con una cuerda hasta el centro del escenario, que terminó convirtiéndose en la atracción del espectáculo. ¶ Después de *Platillo sobre América* me desprendo del grupo Prepafu, y es cuando creo el Grupo Cultural Venezuela. Allí me siguieron muchos de los muchachos que estaban con Romer, aparte de otros que venían del liceo. Montamos la pieza *Venezuela desnuda*, escrita por mí, que enfocaba algunos problemas del país: prostitución, madres solteras, dificultades económicas, el petróleo. Había una frase muy importante en la obra que yo había tomado de un libro de José Vicente Rangel: «La miseria subsidiando a la opulencia». El personaje central se llamaba La Incógnita, un hombre que iba descubriendo todos esos problemas. En aquel entonces se hablaba de que Venezuela estaba subsidiando a los Estados Unidos con el petróleo, y entonces el personaje La Incógnita aparecía en una escena con las manos en la cabeza y pronunciaba la frase. La Incógnita no era propiamente un narrador; encarnaba más bien a un personaje que develaba sus pensamientos. ¶ Con la obra *Venezuela desnuda* fuimos seleccionados por el estado Apure para participar en el Primer Encuentro de Teatro de la Región Central. En Maracay nos presentamos en el Teatro de la Ópera, lo que fue una bonita experiencia. Todo eso fue en el año 1976, el mismo año en que nace el Grupo de Teatro Venezuela. De Maracay regreso con la inquietud no solo de hacer teatro sino también de retomar los títeres y de crear un taller de artes plásticas para enseñar a los niños a pintar y a hacer artesanías. Las actividades se ampliaban y nacía el Grupo Cultural Venezuela. Recuerdo que un día se presentó una niña en mi casa preguntando si tenía ensayos de danza. Le dije que si me conseguía diez niñas y diez niños del sector formaríamos el grupo que ella deseaba. A las dos horas la niña se apareció con todos esos muchachitos. Esa niña hoy en día está en las Calendas de San Fernando. Se llama Mirian Aquino, y está con sus hijos, sus hermanos, en fin, casi toda su familia. Ahí es cuando incursiono con las danzas. Queriendo hacerle un homenaje a la bailarina Yolanda Moreno, le pusimos al grupo el nombre de Yomo (por las iniciales). Y tuvimos en una ocasión la oportunidad de alternar con ella; bailamos y cenamos juntos. Recuerdo que esa noche bailamos el Mampulorio. Comencé desde esos tiempos a investigar sobre las danzas folklóricas. Nos iniciamos

montando La Llorera del estado Aragua, Pastores de San Joaquín, Pastores de El Limón, Diablos de Yare. Terminamos haciendo un espectáculo en donde bailábamos una pieza de joropo criollo, en parejas, cada vez que hacíamos un intermedio. Con ese espectáculo pudimos representar al estado Apure en el evento «Presencia cultural de los estados» que se organizó en Caracas. Actuamos en la Casa Guipuzcoana, en la plaza de la Candelaria, llevando danza, títeres y teatro. **DE ESCRITURAS, EXTRAVÍOS Y PREMIOS** He escrito muchas piezas de teatro, pero mi familia me dice que no las conservo. Hay personas como Virginia Aquino, la dama estandarte de Las Calendas de San Fernando, que conserva algunas obras originales: ella me ha dicho que solo me dará copias, porque si me da los originales se van a perder. Algunos títulos que recuerdo: *Las dos caras de Juan*, basada en el pasaje bíblico del hijo pródigo, con la que participamos en un Festival de Teatro y nos ganamos el premio a la mejor actriz (Dagny Pulido) y al mejor actor (Santiago Bethancourt); *Quiénes somos*, presentada en la Casa Guipuzcoana; *Dónde vamos*, ganadora del Festival que se hizo en la Casa de la Cultura de San Fernando en homenaje al actor Julio César Pérez; *Qué buscamos*, que fue la tercera de lo que ya constituía una trilogía. ¶ La trama de *Dónde vamos* era como de teatro del absurdo, en la que no mostrábamos soluciones sino más bien problemáticas del país, pero todo de manera divertida. En *Qué buscamos* abordamos temas críticos como los de las madres solteras y el embarazo precoz, sugiriendo soluciones. Allí nos enfocamos en la educación, en el papel tutelar que tienen los padres para orientar a sus hijos. Proponíamos para entonces hacer educación sexual en los planteles cuando nadie lo hacía. ¶ Con la pieza *Dónde vamos* me gané un premio como mejor dramaturgo, en 1991, que otorgaba el Consejo Regional de Cultura. Estaban en el jurado Carlos Vicuña, que era profesor de Castellano del Liceo Lazo Martí, y la profesora Soledad Morenos de Cortés, a quien en Apure llamábamos cariñosamente La Generala, creadora del proyecto *Heroínas de Venezuela* en la Sociedad Bolivariana. En *Dónde vamos* enfocábamos asuntos de brujería, e incluso se hacían ritos en el escenario. Escribí también otra obra que fue premiada en Valencia, llamada *La curiosidad premiada*. Con esta pieza recorrimos todo el estado. Estaba basada en un cuento de A. Linares y Fernanda López de Almeida. La obra trataba sobre la curiosidad que sienten los niños, curiosidad que la mayoría de las veces no encuentra respuesta ni en padres ni en maestros. **LAS CALENDAS** Vivíamos una época de oro para el teatro. Solo en el año 1976 existían acá dieciséis agrupaciones de teatro. Se hacían festivales, se entregaban premios. Todos tenían la oportunidad de participar. Yo siempre estuve alternando el teatro con la danza y los títeres. Mi centro cultural era mi casa, siempre con el apoyo de mi esposa, Emilia Cuello, quien me dio tres hijos. Para aquel entonces vivíamos en el barrio 12 de Octubre, y allí tenía una



habitación en donde hacía mis ensayos y dictaba talleres de artesanía. Cuando se trataba de danzas, ensayábamos en la calle, porque el espacio no era suficiente. Lo hacíamos frente a la casa, trancando la calle. También hacia 1977 estuve en el Orfeón, del cual ya mi esposa formaba parte. Ese mismo año nace mi primer hijo, Faidel, que hoy en día es ingeniero. Faidel es el que ha montado en internet la página www.calendas.org.ve. ¶ Las Calendas son creación inspirada en un sueño que me ocurrió en tres oportunidades. La primera vez que lo tuve me desperté sobresaltado. Busqué a mi esposa pero estaba dormida. Pensé entonces que no podía ser ella la que me estaba tocando, porque yo sentía unas manos enormes que me agarraban. Le conté que había tenido una pesadilla bien fea, con unas manos gigantes de unas mujeres también gigantes que me agarraban. De ahí en adelante no pude dormir. Y en los días siguientes solo pensaba en el sueño. Yo andaba asustado, relacionando el sueño con creencias que son muy llaneras, como la de pensar que los muertos existen. Cuando tengo el sueño por segunda vez, ya yo tenía conformado el Grupo Cultural Magisterial, en el que participaban maestros. En ese momento nos inquietaba que en Apure lo que teníamos era puro joropo, y comenzamos con la idea de crear una danza para el estado. Pero en este segundo sueño ya veo a las mujeres de otra manera. Me seguían por las calles, precisamente por las calles en las que hacemos todo el recorrido de Las Calendas. La novedad era que las mujeres gigantes y espectrales de la primera vez eran traspasadas por otras mujeres más pequeñas, y cuando justamente lo hacían, las grandes comenzaban a moverse. No sé cómo explicarlo pero era un momento que me producía mucho miedo. En el tercer y último sueño yo estoy en un palacio llevado por estas mujeres, y también escoltado por militares con vestimentas muy extrañas. Esos militares me llevan ante un señor, que siempre he dicho que es San Fernando Rey. El rostro que yo vi en ese señor fue el de monseñor Mariano Parra Sandoval, que era el obispo de San Fernando: él era San Fernando Rey, que parecía muy aburrido y quería ver algo diferente. Por eso yo siempre le digo a los muchachos del grupo que ahí estuvo el germen, la idea, la petición del mismo santo. Esos sueños fueron en verdad una revelación. ¶ Desde entonces comenzamos a echar lápiz y a darle forma al proyecto, que finalmente le presento al obispo de la Catedral. Cuando me reúno con él le sonrío y le digo que era la misma persona de mis sueños, con la única diferencia de que en estos aparecía con una corona. Eso fue en el año 1997, y en ese mismo año nacen Las Calendas. El obispo me pide que le lleve el proyecto al padre Franklin Manrique, el párroco de la iglesia, y que le diga que el proyecto está aprobado. Las Calendas no entran a la iglesia ese año. La manifestación no se dio como se solicitó, con todos los calenderos dentro de la iglesia como encuartelados, a puertas cerradas. Tampoco ese año nos dejaron sacar al San Fernando, lo que lamentamos mucho esa primera vez porque en el sueño él me había

pedido que bailara frente a su casa con fe. En el sueño yo salía de una casa que era la catedral, y por eso nosotros hacemos todo frente a la catedral, incluso las reuniones y los ensayos. Las Calendas se bailan el 30 de mayo, que es el día del Santo patrono de la ciudad. ¶ Ese primer año salieron diez calendas, y como no nos permitieron sacar al patrono, yo me conseguí un trozo de madera frente a la iglesia en el que comencé a tallar la imagen del santo con una cuchilla que cargaba. Con esa figura salimos y recorrimos las calles. Ese santico lamentablemente se extravió. Al año siguiente ya hubo más entusiasmo por parte de la Iglesia, y las Calendas se realizaron como estaba pautado. La primera vez solo salimos veintisiete personas, entre los que estaban un Abanderado, un Guía Espiritual, una Dama Estandarte, una Madrina del Santo, una Dama Guía, cuatro Capitanes, cuatro Agricultores y cuatro Artesanos. Los Agricultores representan el trabajo del campo y las cosechas, que presentamos al Santo para que las multiplique. La Artesana representa el trabajo creador, el trabajo elaborado con las manos, no solamente por mujeres sino también por hombres, que en este caso eran mujeres disfrazadas, porque la mayoría de nuestros integrantes son mujeres. El Abanderado es quien guía la trayectoria de la procesión. El Capataz de los Agricultores es quien guía a los Agricultores. La Dama Guía es la que dirige a las Calendas con pañuelos de colores que lleva en la cintura. Es ella quien marca el momento en que debe hacerse un cruce o un círculo. Lo indica con pañuelos que enarbola mientras baila. Un pañuelo rojo indica cruce; uno verde, figura. Los Capitanes, los Agricultores y los Abanderados son hombres, pero el resto son mujeres: Artesanas, Calenditas o Calendinas. ¶ En los inicios yo diseñé una coreografía para las Calendas, pero Magaly Loreto, que es coreógrafa, y el profesor Santiago Bethancourt, que es director del grupo de danzas Las Adoratrices, me ayudaron a perfeccionarla. Santiago es el Capitán Mayor de las Calendas, que es como decir la máxima autoridad de los varones. Magaly es la Dama Guía, que es la máxima autoridad de todas las mujeres. El Capitán Mayor tiene unos Capitanes que lo resguardan a él: los Capitanes Jefes, que tienen su propio batallón. Los Capitanes Jefes, luego de cinco años de permanencia, usan un uniforme de camisa azul, pantalón blanco, capa amarilla y un sombrero al que le puse el nombre de *eloína*, en honor a mi madre. Se trata de un sombrero de copa bajita, que lleva el color de la túnica y una franja dorada por el frente. Luego de cinco años, la túnica ya no es azul sino roja, igual que la eloína, aunque la capa sigue siendo amarilla. Del rojo se pasa a la casulla y a la eloína verde manzana, con una capa blanca por dentro y roja por fuera, y una capilla en la parte de arriba que es blanca por fuera y roja por dentro. Con esos colores iniciamos las Calendas. Para llegar al uniforme verde, se debe pasar antes por el rojo, y para llegar al color verde olivo, se debe pasar primero por el azul. Las mujeres también ascienden en la escala: las Artesanas ascienden a Calendas. Las

Calendas son los personajes centrales de la manifestación. Tenemos Calenditas, Calendañas, que son composiciones de nombres. La Calendña es una Calenda niña, de ocho a diez años, que lleva muñecas de un metro diez a un metro ochenta. Las Calenditas, que son una combinación de Calenda con señorita, son niñas de doce años en adelante. Luego vienen propiamente las Calendas, damas o señoras que llevan muñecas más grandes, que solo pueden ser manipuladas por mujeres adultas. Existe una Dama Guía para las Calenditas y otra para las Calendas. También una Dama Estandarte, que lleva el estandarte de la Fundación Calendas de San Fernando. Y también otra que lleva el estandarte de las Calendas de San Fernando como Patrimonio del Municipio. Los Agricultores se mantienen como tales, bajo la dirección de un Capataz. ¶ De veintisiete personas que comenzamos, actualmente somos trescientas personas que se reúnen para desfilas y bailar. Y esto aparte de las manifestaciones que vienen de otros estados, todas a rendirle tributo a San Fernando unos días antes de la celebración. Las Calendas fueron declaradas patrimonio del municipio el 30 de mayo de 2001, y esto lo ratificaron el 20 de octubre de 2012 en Barinas, junto a otras manifestaciones de los estados llaneros. ¶ En Las Calendas no está presente la música llanera sino los propios llaneros. El 20, unos días antes, hacemos una ceremonia que es la bajada del santo. Luego, el 28, se hace una misa de renovación de compromiso donde los calenderos se comprometen a continuar en la manifestación y se bautizan a las Calendas. Hay otro acto en el que se impone una medalla de la virgen al pecho de todos los varones. Lo hacemos para recordar a San Fernando Rey, cuando salía a las batallas llevando una imagen de la Virgen María en el pecho y en el otro lado una imagen de su madre. La medalla de la virgen la traen los padrinos, que vienen de otros estados. Todos los años se nombra a tres padrinos, procedentes de cualquier estado del país, más los tres del estado Apure. En 2012 cumpliremos quince años, por lo que haremos una excepción nombrando a quince padrinos que ya están notificados. Tendremos una Madrina Guía que guiará la coreografía de los padrinos. **BALANCES Y DESENLACES** Si bien los momentos son difíciles, hago un balance y me digo que para nosotros son tiempos bonitos, grandes, porque las Calendas han crecido. Por primera vez tenemos sede, donde trabajamos todo el año. En la actualidad somos la segunda manifestación más numerosa del país. Hemos contado con el apoyo de la Iglesia de manera permanente. Y si los pensamos en términos culturales, pienso que este ha sido el aporte más importante que yo le he dado a mi estado. Hemos tenido diferencias con algunas personas que dicen que esta es una manifestación que trajimos de España, pero yo siempre les recalco que está hecha por un llanero, nacido en Apure. Se trata de una creación llanera, referida a un santo español, aunque para mí se trate realmente de un sueño hecho realidad. ¶ Mi vida ha estado dedicada a la cultura,

porque todo el entorno me lo ha permitido. La ciudad me ha dado el título de «Artesano del Pueblo.» ¶ El día en que yo muera, quiero que las Calendas me lleven hasta el final. Quiero ir escoltado por todos los calenderos. Y quiero que la bandera que yo llevo en las Calendas me la coloquen en la urna. Esa bandera es de color amarillo, pues representa la tierra, y lleva una espada atravesada, que son los símbolos de San Fernando. Que me entierren con mi bandera de calendero y con la bandera de Apure, para indicar que es una manifestación nuestra. Eso es lo que le pido a la Iglesia cada año, para que las Calendas no mueran conmigo. Eso es lo que le pido a mi esposa y a mis hijos.zz



Entrevista

Igor Barreto

San Fernando, 1952. Poeta, editor, traductor. Profesor de la Escuela de Letras de la UCV. Ha publicado una decena de libros de poesía. Obtuvo la beca Guggenheim en 2008.



Fotografía

Ricardo Jiménez

Caracas, 1951. Fotógrafo profesional. Estudios de fotografía en Inglaterra. Ha tenido cinco exposiciones individuales y ha participado en numerosas exposiciones colectivas, nacionales e internacionales. Premio de Fotografía Luis Felipe Toro (1985). Premio Bienal de Guayana (1997).



S a l v a d o r R o d r i g o

«En mi país, hubiera sido difícil que yo formara un coro así»

Nacido en Cáteda, Navarra, en 1943. Ordenado sacerdote en Pamplona, en 1967. Llega a Venezuela en 1970 y se instala en Villa de Cura, comunidad fundada a comienzos del siglo XVII. Aquí ejerce como cura párroco. Desarrolla su actividad educativa en la Escuela de Música «Ángel Briceño» (1982) y es fundador y director de Los Niños Cantores de Villa de Cura (1970), que funciona en sede propia y cuenta con cuatro coros. Tienen una modesta imprenta y estudios propios, donde han grabado seis producciones discográficas. Han realizado trece giras por Europa y América, y participado en numerosos festivales corales. El estado Aragua los declaró Patrimonio Cultural en 1994. En 1995 recibieron el Premio Coral «Vinicio Adames» que otorgaba el Consejo Nacional de la Cultura.

A R E N D I R « F I L L E S N O S » Mi infancia se desarrolla en la posguerra española, más bien en la posguerra mundial, que es cuando España pasa más necesidades. Es una infancia austera. Una tableta de chocolate, una galleta María, eran un premio. Como teníamos nuestra producción casera de alimentos, no pasábamos hambre: unas vaquitas, unos caballos, gallinas, conejos, muchos árboles frutales y la producción de alubias, garbanzos, aceite y trigo para el consumo de la familia. Había unas cooperativas para el vino y el aceite. Cada familia entregaba tantos kilos de uvas y de aceitunas, y recibía tantos vales para el vino o el aceite, o si no, te entregaban el dinero. Era una economía de subsistencia. ¶ Después, los extras, digamos, ya eran otra cosa. Los cambures, por ejemplo, que venían de las islas Canarias, eran caros. Teníamos manzanas y las malas se las echábamos a los cerdos, pero los cambures, que en España llamamos plátanos, eran frutos exóticos. Recién ordenado sacerdote, estuve en Brooklyn, haciendo una pasantía de verano en una parroquia puertorriqueña. Vi una oferta de cambures, maduros, enormes. Compré unos, y me fui comiendo aquello por la calle, un sabor astringente, que limaba la lengua. Los boté en la primera papelería. En Venezuela fue que me di cuenta. Había comprado plátanos pensando que eran cambures grandes. ¶ Éramos ocho hermanos. Manuel María, obrero, que tenía trece años cuando yo nací; Áurea, de oficios del hogar; luego dos hermanos que se fueron pronto a estudiar con los Agustinos Recoletos: Romualdo, Juez de Anulación de Causas Matrimoniales por el Vicariato Romano y Postulador de Causas de los Santos, muy ligado a Venezuela por asuntos relacionados con las causas de beatificación, y Francisco Javier, quien trabajó en Nicaragua y Panamá (ya difunto). Luego vienen María del Pilar, bióloga; Jesús, agricultor y vigilante (ya difunto). Después vengo yo, y por último, María Jesús, de oficios del hogar. ¶ Mi padre, Manuel Rodrigo Aranguren, era un pequeño agricultor y muy popular en el pueblo porque estaba empleado en el ayuntamiento como *utility*: barría la plaza, llevaba la correspondencia a las casas, hacía mantenimiento de las herramientas de trabajo del ayuntamiento. Tenía mucho sentido del humor, pero a los hijos nos trataba con cierta mano dura, aunque a veces era más la bulla que la cabuya. Mi madre, Bonifacia Lozano Ochoa, muy hacendosa. Quizás con tantos hijos, de repente se le hacía complicado repartir por igual cariño o atención. Mi hermana Áurea era quien me atendía, me llevaba, me traía, y suplía muchas veces la parte maternal. De todo ese ambiente, me quedó el sentido de pertenencia a la familia, de darle importancia a las cosas realmente trascendentes. Interesaba más la efectividad que la apariencia. A mi padre, en el fondo, le importaba que no fuésemos ostentosos, sino más bien sencillos. Él siempre nos rebajaba méritos. ¶ ¿Los juegos infantiles? Correr, tirar piedras. Uno andaba suelto por las calles, por los campos, y luego regresábamos a casa. A veces nos íbamos lejos por el

campo, buscando frutas, palos de regaliz. También teníamos el río Aragón, que allí en Cáseda hacía un gran remanso, una piscina natural para disfrute de los varones. Las hembras no, claro. En esa época, y desde niño, los juegos también eran en el templo: uno hacía de sacerdote, el otro tocaba las campanas y cosas así. Era un mundo muy afín a lo sacro y hasta los juegos de niños estaban relacionados con eso.

¶ Cuando llegaba la primavera, los gorriones hacían sus nidos y nosotros nos dedicábamos a rendir *fillesnos*, una palabra de origen latino, claro, *hijitos*. El juego, por decirlo de alguna manera, era perseguir pichones de gorrión hasta que se rendían por el cansancio. Luego, nos encargábamos de darles de comer y criarlos. Y claro, morían de hambre. Las vacaciones eran volver a casa y encontrarse con el pueblecito, con los campos, ayudar a la familia en la recolección de las siembras o en lo que hiciera falta. En Navidad, uno pensaba que iba de vacaciones, pero no. Había que realizar la recolección de aceitunas, que se hacía en invierno en unas condiciones durísimas, con un frío muy fuerte. Nos íbamos en cambote a hacer esos trabajos. Dentro de la penuria, que uno no conocía otra cosa, fue una infancia feliz. Los últimos tres años en Pamplona, como fui a perfeccionar el inglés en Inglaterra, no regresé a casa en vacaciones, y casi me reclamaban. Mientras los otros trabajaban, yo me dedicaba un poco a conocer Inglaterra. **EJERCICIOS MORFOLÓGICOS**

Yo estudié la primaria en la Escuela Pública Municipal para Varones, de Cáseda. En nuestra formación de primaria todo dependía de si tenías un buen maestro, lo que era una bendición. La escuela era solo para varones y tenía tres maestros. Supongo que uno pasaba dos grados con cada uno. La escolaridad era hasta los catorce años. En el colegio había unos libros y uno tenía siempre una lectura diaria. A todos nos daban el mismo libro: *lee tú, sigue tú*, cada uno iba leyendo. No recuerdo los títulos, pero eran como pequeñas leyendas, o fábulas, muy surtidas. Con la lectura y la ortografía se insistía mucho, con el dictado también. Cuando yo llegué al Seminario, con el miedo de quien llega desde un pueblo con respecto a muchas cosas, me llamaba la atención que yo estaba muy preparado en relación con los niños de la ciudad. A esa edad, nosotros hacíamos raíces cuadradas y raíces cúbicas. ¶

Para ir al Seminario, el cura del pueblo que se llamaba Pedro María Izu, a quien yo admiraba, quiso prepararme bien y todos los días me ponía a hacer ejercicios morfológicos. Estuve así cuatro meses, haciendo ejercicios, que ya practicaba de memoria. Por ejemplo, *es*, tercera persona del presente indicativo del verbo *ser*. *Enfermo*, adjetivo, masculino, singular. Ya en bachillerato, los ejercicios que a los demás les llevaban una hora, a mí me tomaban cinco minutos. Tenía otro maestro muy interesante que le daba mucha importancia a la historia, sobre todo a la leyenda dorada de la historia de España: cuentos acerca de la conquista de México y Perú, Cortés y Pizarro, la Noche Triste. Como premio, si nos portábamos bien, a la última hora nos daba clases de historia,



pero dramatizadas, rodeadas siempre de misterio. ¶ A los once años hice la prueba de selección para entrar al Seminario y comencé a estudiar Bachillerato en el Seminario Conciliar San Miguel Arcángel de Pamplona. El último año de bachillerato lo hice en el Seminario de Derio, en Vizcaya, en las afueras de Bilbao. Allí realicé un curso especial de lenguas y autores clásicos, llamado Perficit. Había que estudiar los grandes clásicos en su original. En griego, a Homero, Demóstenes, Esquilo, Eurípides, Sófocles; en latín, a Horacio; y en español, por supuesto, a Cervantes. Luego regresé a Pamplona, al Seminario Conciliar, donde estudié tres años de Filosofía y cuatro de Teología. **UNA BOLA DE NIEVE** Las órdenes religiosas, como por ejemplo los jesuitas, son congregaciones de personas religiosas, no necesariamente sacerdotes, que viven un poco en comunidad con esa idea del fundador. Hay sacerdotes jesuitas, franciscanos, agustinos, salesianos, pero hay otros que no pertenecemos a ninguna congregación, que dependemos directamente del obispo. Es lo que se llaman sacerdotes diocesanos. Yo me ordené de sacerdote diocesano en el Seminario Conciliar San Miguel Arcángel de Pamplona en 1967.

¶ Por ese seminario estuvo de visita el recordado obispo de Maracay, Feliciano González. Él llevaba poco tiempo al frente del Obispado, que se creó en 1958. Como había pocos sacerdotes, porque con la separación de Caracas muchos de ellos decidieron quedarse en la capital, Feliciano González nos dijo que ya que había muchos sacerdotes recién ordenados, y muchos seminaristas, entonces por qué no nos animábamos a trasladarnos al nuevo Obispado. Y así fue como el padre Felipe Marco se vino primero a Villa de Cura, en 1968. Yo era aún muy joven, y tuve que esperar dos años más. Llegué a Villa de Cura en marzo de 1970, como vicario auxiliar. Felipe Marco, quien me ayudó en los inicios del coro, estuvo aquí en Venezuela hasta 1978, cuando por razones familiares tuvo que regresar a España. ¶ La música, una

forma de la pastoral juvenil, ha sido siempre una gran preocupación para mí. Mi vocación por la música en relación con la educación de los niños se puede decir que apareció poco a poco, por circunstancias sobrevenidas, como una bola de nieve. Y comenzó a ser una cuestión definitiva con la creación de la escuela, con la inauguración de la sede en 1986. Yo había leído y estudiado los programas del Consejo Nacional de la Cultura de las Escuelas de Educación Integral para las Artes, mención Música, a lo que agregamos la educación religiosa. Yo asumí conscientemente eso, pero sin abandonar el trabajo de la parroquia. A estas alturas, ya yo he pensado en la posibilidad de renunciar. Esta parroquia es muy grande y también tiene costumbres muy arraigadas, como la peregrinación, el Santo Sepulcro, las primeras comuniones, asunto que consume mucho tiempo. Además, en los barrios ha avanzado mucho la secularización y la presencia de las iglesias evangélicas. Y el próximo año ya cumplo setenta. Me gustaría dejar la parroquia a gente más joven y dedicarme

de lleno y por completo a la labor educativa en la escuela. «**AHORA SÍ CREO EN LOS MILAGROS**» A mí siempre me ha gustado la música, aunque mis cualidades musicales no son extraordinarias. Nosotros teníamos, en ese internado, clases de música todos los días, media horita, o prácticas de coro. Yo estuve doce años interno, y todo ese tiempo estudié música. Ahí vimos teoría y solfeo, canto gregoriano. Luego, cuando estudié Teología, vimos práctica coral y polifonía. Nunca tuve problemas con los estudios, excepto con la música. En el resto de las asignaturas, yo sacaba 9,5 ó 10, pero en música sacaba 7,5 u 8. Yo aquí continué mis estudios musicales en la Escuela «Lino Gallardo» de Caracas: armonía, contrapunto y fuga con el maestro Francisco Rodrigo, pues el coro me exigía cada vez más, y ya con el nombramiento de director de la Escuela de Música «Ángel Briceño», en 1982, yo quería estar a la altura. Cuando he podido asistir a seminarios nacionales e internacionales, he ido. También me he formado con lecturas. Yo ahora considero que de coros infantiles o de formación de voces sé ya un poco, pues ya son más de cuarenta años en esa labor.

¶ Todo comenzó con la idea de tener un corito de niños para cantar en la Navidad de 1970. El conjunto instrumental lo componían niños del barrio La Represa, y los cantantes eran niños de 5° y 6° grado de las escuelas públicas. La selección se hizo en las propias escuelas, con una sencilla audición que hicimos Felipe Marco y yo. Los villancicos criollos sonaron, con mayor entusiasmo que afinación, en la iglesia San Luis Rey, en la novena de misas de aguinaldos y en la noche de Navidad. En 1971, estuvimos en el programa de televisión del villacurano Amador Bendayán y grabamos un sencillo. De manera que ya en ese primer año tuvimos una aparición en televisión. Habíamos grabado un disquito, comenzamos la costumbre de los campamentos y tuvimos varias presentaciones, cantando en misas, fuera de Villa de Cura. ¶ En 1972, el diputado ante la Asamblea Legislativa del estado Aragua, Enrique Aguilar Hostos, nos consiguió una subvención mensual por parte del Ejecutivo del estado, que nunca se ha interrumpido. Volvimos al programa de Amador Bendayán, que ahora se llamaba «Sábado Sensacional». Allí nos presentaríamos durante muchos años, y en el programa de Luis Brito Arocha: «Así es mi tierra». En mayo de 1972, presentamos en el Cine Central de Villa de Cura la obra *Palabras de Yahvé*, primer nombre con que presentamos *Yeshúa de Nazareth*, con locutores villacuranos y con unas diapositivas de fondo. Era lo que ahora llamaríamos un espectáculo multimedia. En la Semana Santa de 1974, montamos en el auditorio de la Escuela Simón Rodríguez la obra *Yeshúa de Nazareth*, todavía con diapositivas, pero con la novedad de que el elenco de Radio Rumbos –Arquímedes Rivero, Eva Moreno y Rosita Vásquez–, vinieron a leer el texto. Ese mismo año, nos presentamos en el Teatro de la Ópera de Maracay, que dirigía Hermes Boza Müller, quien quedó prendado de la agrupación. En 1975, hicimos de nuevo el espectáculo, y

Salvador

Rodrigo

ARAGUA



esta vez con cuadros vivos bajo la dirección de Armando Gotta, la coordinación general de Boza Müller, y con la actuación de Doris Wells. En esos primeros cinco años, el entusiasmo y la ilusión estuvieron por encima de la calidad y la precisión. Pero fueron las bases para ulteriores progresos. Cuando uno escucha aquellas primeras grabaciones, pienso que realmente éramos «audaces» al ponernos a grabar discos. ¶ Yo fui, en el año 1998, a participar con el coro en el Festival de Tolosa, considerado junto al Festival de Marktoberdorf, de Alemania, uno de los dos eventos en su tipo más importantes del mundo. Estar allí ya se considera un gran prestigio, un reconocimiento, independientemente del resultado. Yo me encontré allí, en Tolosa, con muchos compañeros de curso, y estaban extrañados: *¿Tú hiciste todo eso?*, me dijeron. Dimos un concierto en Pamplona, y un compañero, cuando terminó el concierto, me dijo: *Ahora sí creo en los milagros*. Cosa curiosa lo que puede hacer la constancia, o la terquedad. Pues eso: más ha podido la constancia y la terquedad, el trabajo de hormiguita. ¶ El trabajo ha sido un poco difícil, pero ha sido también muy gratificante. Como parte de la fe en Venezuela, siempre me digo: yo, que no tengo unas dotes musicales extraordinarias, que no tengo oído absoluto, por ejemplo, vine a trabajar con muchachos de barrios de Villa de Cura, que es un pueblo modesto, y conseguí un nivel coral bastante aceptable, incluso a nivel internacional. Eso es resultado, creo, de la fe en las posibilidades y la constancia en el trabajo. «**LA GRAN PREGUNTA NO ES POR QUÉ ME METÍ A SACERDOTE, SINO POR QUÉ NO ME HE SALIDO**» Cuando llegamos a los catorce años, a la época de los cambios de la niñez a la adolescencia, la pubertad, el desarrollo de la sexualidad, nosotros teníamos muchos orientadores. Pero muchos compañeros no lo resistían, y se iban. El celibato y el enamoramiento eran un problema continuo.



Un muchacho que se iba de vacaciones de verano y se enamoraba de una muchacha, por ejemplo. En ese ambiente protegido (aunque ese ambiente protegido dejaba de existir en las vacaciones largas de verano), uno pensaba que con la ayuda de Dios se iba a poder con una circunstancia tan dura en el fondo, como lo es aceptar el celibato. Yo pienso ahora que el celibato tiene que ser opcional. Ser sacerdote no está ligado obligatoriamente con el hecho de ser célibe. Así fue durante más de trescientos años en la Iglesia, hasta el Concilio de Elvira en el siglo iv. En la Iglesia Oriental, nunca se propuso eso como ley. Los sacerdotes del rito oriental pueden casarse. Normalmente ordenan a hombres ya casados. Por otra parte, Jesucristo habla mucho también de ser eunuco por el Reino de los Cielos. El que pueda entender, que entienda. Está la virtud de que por voluntad, se renuncia a formar una familia. Pero no dice que el sacerdote tenga que hacerlo. Eso no estaba ligado y se puede desatar, como de hecho estuvo desligado durante muchos años. Así como se impuso esa ley disciplinaria, también se puede quitar, o estudiar casos de excepción. Pienso que ese asunto del celibato habría que revisarlo. ¶ Por eso es que para mí la gran pregunta no es por qué me metí a sacerdote, sino por qué no me he salido. Quizás mi vocación no sea ser célibe, sino solo sacerdote. Siempre me entusiasmó la idea del celebrante, del animador religioso, de dirigir el culto. Pero el celibato viene por ley añadida. Entonces, si eres sacerdote, también debes aceptar ser célibe. Al final uno dice: espero que Dios me ayude a aceptar algo que en el fondo no es nada fácil. Eso en mí ha sido una situación bastante estable, digamos. Si me preguntas: *Si volvieras a nacer, ¿escogerías de nuevo la vocación sacerdotal?*, sin duda respondería que sí. Eso es muy previo, incluso superior, y a pesar de las apariencias, a mi vocación como músico. **HE**

TENIDO LA FORTUNA DE SER ACEPTADO POR LA GENTE

Hemos hecho escuela en dos sentidos. Nuestra manera de cantar, nuestra colocación de voz es muy identificable. Ahora, la continuidad del proyecto, eso está en manos de Dios. Yo siempre soñé que Guillermo Hernández Pasquier, tan identificado con el proyecto, iba a ser el continuador. Fue un verdadero acontecimiento de dolor su muerte prematura, en 2004. Ahora hay un grupo de jóvenes muy motivados, con mucha ilusión. La institución está muy bien cimentada, muy estabilizada, con sus procedimientos, sus reglas, su independencia, aunque depende del Obispado de Maracay. Hay algo que me consuela. Una vez un sacerdote amigo me hizo esta pregunta: *¿Qué va a ser de todo esto cuando tú ya no estés al frente?* Y yo respondí: *Bueno, ¿quién sabe?* Y él me dijo: *En todo caso, continúe o no, estos cuarenta años nadie te los va a quitar.* Esa labor de formar músicos, porque hay muchos músicos en orquestas, en docencia, profesionales que llevan adelante su carrera, eso va a quedar allí. Esperamos que todo eso continúe, pero el futuro nadie lo conoce. ¶ Venezuela es un país de grandes oportunidades. Es un país joven, con grandes recursos. Solo le ha

faltado la suerte de tener buenos conductores. Muchos hemos venido de otras partes para hacer carreras que no hubiésemos podido hacer en nuestras tierras. En mi país, hubiera sido difícil que yo formara un coro así. También este es un país generoso, que sabe acoger al extranjero. Ojalá que eso nunca se pierda. Si a mi tierra, Navarra, hubiesen venido curas, no digamos de otros países, sino de Galicia, de Andalucía, de Cataluña, a hacer algo parecido, no lo hubiésemos visto bien. Aquí nunca he sentido rechazo alguno como sacerdote por ser español. He tenido la fortuna de ser aceptado por la gente y por la feligresía. Y eso se agradece, y mucho. ¶ Yo me entusiasmo, no tanto con lo que he hecho, que no lo considero un trabajo. En todo caso, esto ha sido un *hobby* maravilloso, un trabajo gozoso. No es un esfuerzo trabajar con la música, con los muchachos. «**ICH HABE GENUG**». **YA HE TENIDO**

BASTANTE La existencia del Purgatorio no la niego, aunque se ve que es un intento de la Iglesia para explicar lo de las indulgencias, suponiendo que tenemos que terminar de purificarnos en la otra vida para entrar al Cielo. Sigue siendo doctrina de la Iglesia. El Limbo no tiene ninguna base bíblica, pero es una forma de solucionar el problema de los niños muertos sin el bautismo. Si no pueden ir al Cielo, tampoco al Infierno, puesto que son inocentes. ¶ En cuanto al Cielo y el Infierno, ya en el Evangelio hay dos corrientes. La corriente salvífica, digamos, está en San Juan, quien dice que Cristo vino al mundo para salvar a todos los hombres. Dios quiere que todos los hombres se salven. Jesús muere para que todos se salven. Si acaso alguien no se salva, es porque no quiso. Dios dice: *Yo te he dado todas las posibilidades, todas las oportunidades*. La otra postura es más estricta. Vamos a poner el listón más bajo. Pocos serán los que se salven. Yo me inclino más por la primera, por la visión salvífica. Hay una anécdota, de un predicador de esos que mandaban a todo el mundo al Infierno. *Imaginaos, decía, que está nevando en el campo abierto. Y allí, en medio del campo, hay una botella. Y entonces, un copo de nieve consigue entrar dentro de la botella*. Como decía Santa Teresa, que veía caer las almas en el Infierno, son infinitas las almas que caen, pero alguna se salva. Y entonces un campesino le replica al predicador: *Bueno, entonces, ponle de una vez un corcho a esa botella de vino, y todos al carrizo*, por no decir la palabra que corresponde. Claro, eso no puede ser. Dios no va a crear a la humanidad para castigarla a toda, para condenarla, completamente. Eso no tiene sentido. ¶ Uno vive del día a día, en el trabajo, sin darse cuenta de cosas fundamentales. Y cuando me doy cuenta, me digo: *Caramba, el próximo año cumplo setenta*. Y claro, ahora uno busca un poco más de espiritualidad, de prepararse para ese mundo tan desconocido. Juan XXIII decía: *Yo creo en la otra vida*. Claro, eso es un asunto de fe, y eso no se puede demostrar así como que existe París. Cuando llegue ese paso, ojalá yo pudiera decir, como decía San Francisco de Asís: *Ven a mí, Hermana Muerte*. Así como decía: *Hermano Sol, Hermana Luna, también la Hermana*

Muerte ha de venir a buscarme. Ojalá pudiera tener la suficiente serenidad para decirlo así. Ojalá Dios me conceda eso el día que me toque. San Pablo decía: *Uno hace el mal que no quiere y deja de hacer el bien que quisiera.* Con toda la humildad, uno es un ser humano y estamos también dentro de todo esto tan precario, y nadie es perfecto. Y claro, si tuviera que volver a comenzar, probablemente le daría más importancia a otras cosas. Agradecido de la vida, yo no he tenido grandes dotes musicales, pero a pesar de eso he conseguido y he hecho muchas cosas. ¶ Yo estaba escuchando en estos días la Cantata 82 de Bach. Durante muchos días me dio por allí. Se llama *Ich habe genug*, *Ya he tenido bastante*, que se refiere en parte a la imagen del anciano Simeón, que cuando ve al niño Jesús, dice: *Ya puedes dejar marchar a tu siervo en paz, porque ya he visto a Jesús.* Bach dispone la cantata a partir de ese texto. Una paráfrasis, claro, no es el texto directo de la Biblia. Está compuesta para barítono. Tiene tres grandes arias. En la primera, dice: *Ya he tenido bastante, ya he sufrido mucho. Mucho dolor, ya es hora de salir de esta pesadumbre.* La segunda es más calmada: *Ya ha llegado el tiempo de mi reposo, de mi paz.* Y en la última dice: *Ya he tenido bastante, ahora voy con júbilo al encuentro del Dios Padre.* Ojalá esta última fuese mi postura ante la muerte. Es decir, ya he tenido bastante, déjame ir con gozo hacia la otra vida.



Entrevista

Harry Almela

Caracas, 1953. Escritor, ensayista, poeta, editor. Extensa obra poética. Publica en revistas nacionales e internacionales. Obtuvo la beca Guggenheim en 2009. Premio Concurso de Cuentos de *El Nacional* (1991). Premio Bienal de Literatura «José Rafael Pocaterra» (1994).



Fotografía

Henry Cedeño

Estudios de fotografía. Fotógrafo profesional. Exposiciones individuales y colectivas. Premio II Bienal Nacional de Fotografía (1995). Premio VI Bienal Nacional de Fotografía (2007).



■ BARINAS

R o l a n d o H e r n á n d e z P é r e z

«Mi oficio no tiene razón de ser sino en el intercambio»

Nacido en Barinas, en 1949. Médico dermatólogo egresado de la Universidad de São Paulo en 1978. Realizó estudios en el Servicio de Dermatología del Bellevue Hospital Center de Nueva York en 1980. Fue presidente de la Sociedad Venezolana de Dermatología y Cirugía Dermatológica entre 2006 y 2008. En 1999 fundó junto al dermatólogo Jaime Piquero Martín y al biólogo Félix J. Tapia el *blog* «Piel-L Latinoamericano», publicación virtual pionera de la telemedicina en Latinoamérica y el mundo.

Yo provengo de unos ambientes de mucho rigor científico. Comenzábamos cada mañana discutiendo los casos del día anterior... Para mí, cuando das con el diagnóstico, en la mayoría de las veces, inicias la curación. Durante mi infancia, la tecnología no la vivíamos como una extensión de la ciencia, sino más bien como el anhelo de crear algo. Cuando te dedicabas en cuerpo y alma al juego, al placer de jugar, podías convertir una concha de jobo en una canoa, un carrete de hilo en la viva imagen de la fuerza. Con una cuerda de hilo y dos vasos de cartón lograbas un teléfono y podías comunicarte con el otro a muchos metros de distancia. ¶ La imagen más remota de mi infancia es la del sonido del río Santo Domingo. El puro sonido de la creciente me ponía a imaginar la turbulencia. Vivíamos relativamente cerca del antiguo cauce, en la prolongación final del piedemonte. Por esos lados el río estaba engranzonado, y como es lógico el choque de ese material arrastrado por la corriente producía un sonido grave, más amenazante que grave. Era común que en horas de la noche yo sintiera miedo. ¶ Mi infancia, adolescencia y juventud transcurrió en Barinas. Un pueblo grande de pocos barrios, de poca marginalidad, de muy pocos edificios, con un solo liceo público, dos o tres iglesias, y una larga y única avenida sembrada de bambúes que concluía en el famoso hotel Llano Alto, que era de la Conahotu. Vivíamos muy cerca del centro, y también del río, lo que da una idea de la importancia que en algún momento tuvo el Santo Domingo para los barinenses. Mi casa estaba en la avenida Medina Jiménez, nombre con el que se le ha rendido tributo a un distinguido médico caraqueño que echó raíces en Barinas. Como en toda Venezuela, era el tiempo de los serenateros, de un culto religioso más devocionario, de una mayor familiaridad entre la gente, de contados profesionales, de claras normas de convivencia. En esos tiempos era muy común ver, incluso en el casco central, repartidores de alimentos en burros, casas de bahareque y palma. Aún no había televisión y apenas contadas líneas telefónicas, pero al lado de estas carencias todavía se mantenía vivo el buen trato entre la gente. Por ahí dice un amigo mío que yo formo parte del modelo de familia que los chinos copiaron. Y lo dice porque soy hijo único, aunque hubo otro hermano que apenas vivió tres o cuatro meses, víctima al parecer de una gastroenteritis. A falta de hermanos estaban los amigos de la cuadra: Manuel Cipriano y Antonio Heredia, Pedro Luis Concha, Manuel Díaz Rivas y algunos vecinos itinerantes, como los de la familia Daló. Con ellos frecuentemente jugábamos al circo, y a mí me tocaba asumirme de mago y animador. Llegamos a tener hasta una pequeña carpa que reproducía ese ambiente. ¶ En esa época, y más aún viviendo en un pueblo llanero, curiosear el río y el bosque de galería era un atractivo muy dominante. En ese paisaje tan arrogante y espeso todavía quedan algunos samanes. Creo que fue en el tallo de un mijao donde apareció la imagen de una virgen. Recuerdo que el árbol estaba a la entrada del camino que daba a uno de los pasos más visitados del río, al

comienzo de la calle Arismendi. Aquello fue un verdadero acontecimiento. La gente se acercaba a mirar la aparición: algunos la confirmaban, otros hacían silencio, pero nadie, al menos entre la gente cercana a mí, hacía bromas. Fue tan comentado el asunto que al lugar se le llamó El Paso de la Virgen. Incluso hoy, a pesar de que ya no existe el mijao y de que el río lo desviaron para atravesar una avenida, todavía hay gente que llama a ese sector El Paso de la Virgen. **LA MAGIA QUE YO HAGO** Lo que más me atrajo en la infancia fue la magia, que continué practicando en la adolescencia. Y hoy, a mis 62 años, dedicados exclusivamente a la dermatología, dispongo de tiempo para entretenerme con algunos actos de magia que yo mismo protagonizo. Es bueno aclarar que la gente que va a mi consultorio lo hace para buscar la sanación de algún problema de la piel. Pues bien, la magia que yo hago no tiene que ver con prácticas espiritistas, ni con lecturas de barajas, ni con asuntos de brujos. La magia que yo practico trata exclusivamente de trucos, de ilusiones ópticas.

¶ En mi adolescencia experimenté con químicos. En la farmacia de don Ramón Coronado, me aprovisionaba de permanganato de potasio, de hidróxido de sodio, de fósforos en polvo, y otras sustancias. Don Ramón me manifestaba curiosidad por los destinos de la compra, pero más curiosidad sentía yo de su prudencia, pues nunca llegó a comentarle nada a mi papá, que era su amigo y vecino, además de capaz de poner en peligro mis experimentos. ¶ En Caracas me relacioné con el Gran Henry, de Reducto a Miracielos. Incluso aquí en Barinas compartí esta afición con un matrimonio chileno muy apreciado: Willy Bascuñán y su esposa Inés, que era bailarina. Además de publicista, Willy era carpintero. Le pedí que me fabricara un cubilete mágico, una guillotina y otros objetos del ceremonial. ¶ ¿Por qué la magia? Porque en el fondo tiene algo de ritual, tanto para quien la hace como para quien la observa. Pensemos en lo que puede ocurrir si vemos el agua convirtiéndose en vino: la representación mágica de las bodas de Canaán. Para mí es familiar visitar en las ciudades a las que viajó fuera del país los negocios donde venden objetos mágicos. De hecho, dispongo de una buena colección de piezas para el ilusionismo.

CONTEXTOS FAMILIARES Provengo de una familia muy reducida. Apenas tres personas formamos el núcleo: padre, madre e hijo. Sin embargo, por línea materna el grupo familiar es amplio. Son muchos los tíos y primos con quienes comparto. Todos nacidos, criados y formados dentro de principios y valores de la tradición llanera: el respeto, los afectos familiares, la admiración por las cosas buenas. Somos una familia con apegos a los valores de la tradición. ¶ Carmen Elena Pérez Rivera, mi querida madre, es una mujer discreta, amante del silencio, aunque no por ello deja de disfrutar de una buena conversación. Mi mamá practica con agrado el arte de la escucha. Aún con sus años, mantiene una admirable memoria con la que a veces me hace ver un mundo tan opuesto a esta realidad. Estas condiciones, junto a

su temple, hicieron de ella una excelente ama de casa: el orden, el aseo, la comida sana, la atención a los detalles del hogar. Sus ocupaciones fueron la familia, la atención a lo social, la práctica católica. ¶ Debo reconocer también a mi abuela paterna. Con ella establecí una especial relación. La percibo como un vínculo muy vivo con mi niñez, con mis años de adolescencia y juventud. Mi abuela tenía una capacidad que no recuerdo en otro adulto de encender mi imaginación, porque entre otras virtudes era lo que hoy llamarían una cuentacuentos. La naturaleza de sus



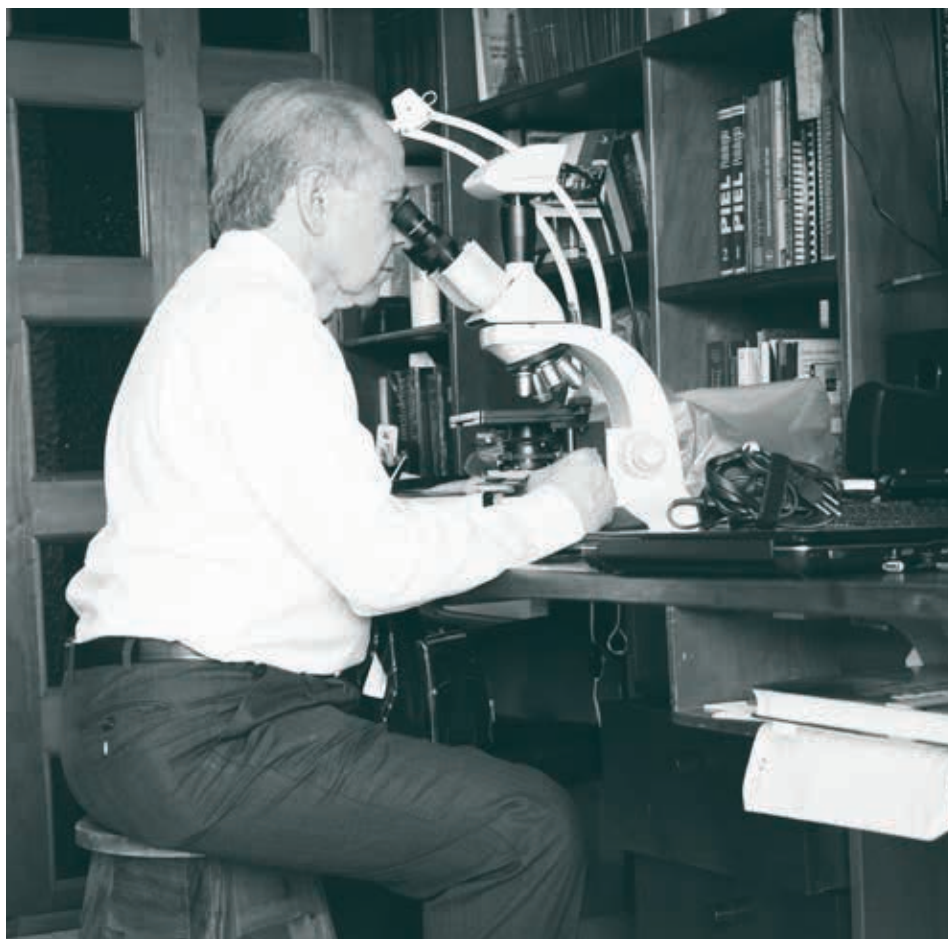
anécdotas era curiosísima. Recuerdo un personaje de uno de sus cuentos que era capaz de volar. Aquel hombre volador se iba planeando con ella adherida a su cuerpo. Volaban por sobre la sabana, casi rozando el pasto; por el espejo de agua de las lagunas o la corriente de un río. Se alzaban hasta las nubes, penetrando en ellas, bordeándolas como para mirar desde lo más alto el paisaje de la sabana. Otro cuento tenía que ver con un balsero, una especie de Caronte, pero a diferencia del de *La Comedia*, este transportaba gente viva que tenía necesidad de cruzar el río, pero

no precisamente para llegar al infierno, como lo muestra Dante, sino para continuar con sus vidas. Este hombre, el balsero del pueblo, era un tipo bueno, pero la gente lo despreciaba por feo, porque estaba desfigurado por la viruela. Otro de sus cuentos, francamente curioso, se trataba de un caso de antropofagia. El personaje era una mujer que comía cadáveres humanos. Pero tal vez lo asombroso no sería tanto el antojo como la solución que lograba cada vez para sus historias. Cuentos de este tipo solía contarlos modificando la anécdota, al modo de lo que en música llaman «variaciones sobre un mismo tema». La abuela, a la par de cuentacuentos, era una excelente bordadora, buena tejedora y preparaba exquisitos dulces caseros. Al trato consentidor que me brindaba, a la hora de las comidas doña Amalia (que así la llamaban) acostumbraba hablarnos del buen proceder, de los valores o de autores que pudiera estar leyendo en ese momento. Su presencia fue y ha sido fundamental para mí. ¶ Mi padre,

Hernán Hernández Cazorla, oriundo de Guanare, ingresó como tantos otros venezolanos en la industria petrolera, durante el predominio y la explotación exclusiva de los americanos. Como ya es sabido, el contraste entre esa gente y aquellos hombres nacidos y crecidos en suelo criollo era realmente muy marcado. Aquella tecnología, aquella cultura de la eficiencia, el brillo de la modernidad capitalista, despertaron en algunos una abierta admiración por esa cultura. Mi padre fue uno de ellos, y de allí que nunca faltara un amigo musiú o los reiterados elogios a los valores de esa gente. ¶ Recuerdo una ocasión en que, milagrosamente, estando yo muy niño, y en una actividad de caza de la cual él era aficionado, lo salvé de una mordida de serpiente capaz de liquidar a un elefante. Caminábamos por la orilla de una madre vieja seca, él delante empuñando un arma y yo siguiéndole los pasos, y divisé muy cerca de sus pies una enorme cascabel armada. El grito de alerta que pegué le hizo disparar involuntariamente el arma y ponerse a salvo de la mordida del animal. Durante mucho tiempo mi padre hizo referencia de ese episodio. Estábamos tan lejos de cualquier hospital que no hubiese sido posible que sobreviviera, sobre todo porque a esa hora es cuando está más cargada de veneno la culebra. ¶ Mi padre era un hombre de poco hablar, introvertido, dotado de cierta gravedad temperamental con la que se ambientaba el hogar. En realidad, no tengo recuerdos de sus abrazos, salvo en las situaciones especiales de cumpleaños, año nuevo o graduaciones. Ahora bien, al margen de esta frialdad, mi padre era un hombre solidario con el prójimo, particularmente con su gente amiga. Durante mi infancia, en plena dictadura perezjimenista, algunos de sus amigos perseguidos por la Seguridad Nacional se refugiaron en nuestra casa. Todavía recuerdo un personaje de contextura acentuadamente delgada, de amplia sonrisa, moreno claro que comía al final del pasillo muy cerca del patio. Lo recuerdo a veces con esa actitud de quien estuviera concluyendo una conversación. Por lo demás, no creo que hubiera una influencia de mi padre en la elección de lo que hoy

ejerzo. Quizás más bien en la disciplina y constancia ante las cosas que me propongo. Ahora bien, debo reconocer que fue él quien me pidió que ejerciera la dermatología en Barinas. **ESTUDIOS, AMIGOS, RUTINAS** Son pocos los hábitos que se tienen cuando uno entra a la edad escolar, aparte de la afición a jugar y a la higiene. Pero debo antes reconocer que mis maestras fundamentales fueron mi mamá, orientándome en los asuntos propios de la higiene, del vestir, de la alimentación, del orden, y mi abuela Amalia, estimulándome la imaginación. Definitivamente, en esas vivencias con el juego, con los cuentos que te echan, con la higiene, hay toda una sabiduría pedagógica y formadora de hábitos que no valoras porque termina siendo rutina. ¶ Mis estudios de bachillerato los inicié en San Felipe, en el Colegio Fray Luis Amigó de los Padres Terciarios Capuchinos. Luego regresé a Barinas y cursé el tercero, cuarto y quinto año de bachillerato en el Liceo O’Leary, en donde descubrí mi gusto por el teatro y la literatura. En ese mismo tiempo comencé a darme cuenta de mi inquietud por el servicio social y mi vocación por la medicina. Recuerdo que fui muy buen estudiante en materias como biología y química. Los amigos con quienes más compartía en esa etapa de mi vida eran Manuel Díaz Rivas, Antonio Miguel Sandoval, Néstor Aure, Reina Orellana, Carmen Graciela Angarita y Odalis Álvarez. De todos ellos guardo gratos recuerdos. ¶ A la par de mi semioculta actividad de compras clandestinas de químicos para experimentar con juegos de magia, mi padrino, el médico Emilio Carmona Gómez, probablemente el partero que atendió el nacimiento de toda una generación de barineses a la cual pertenezco, un hombre franco, extrovertido, con una carcajada que se oía a lo lejos, me llevaba a la sala de partos del hospital Luis Razetti para que aprendiera a atender una cesárea o un parto. Era también el tiempo de aquel levantamiento en armas de muchos jóvenes políticos de izquierda, ante lo cual nadie podía ser indiferente. Se trataba de enfrentamientos y, en muchos casos, de muertes. A esa edad de los más puros sueños, semejantes hechos, donde incluso participaban mujeres, además de episodios militares como los de Carúpano y Puerto Cabello, captados por fotografías como la del soldado moribundo en brazos de un sacerdote, a mí me llenaban de angustia. ¿Cómo lidiar con la violencia y muerte cuando yo desarrollaba una vocación por la vida y la salud? **INICIOS VOCACIONALES** No podría hablar de iniciaciones solitarias o grupales. Aparte de acompañar a mi padrino para ayudarlo en la atención de cesáreas y partos, sí recuerdo con mucha nitidez el influjo de la señorita Heriberta Núñez y de otra memorable mujer de esos tiempos: la señora Pacheco. Creo que aquellas visitas como ayudante a la sala de partos apuntalaron mi vocación. Por lo demás, permanecer en el hospital en ningún modo me incomodaba. Observar el ambiente del hospital más bien me producía una especie de reto: yo sentía que tenía voluntad para ayudar a curar. ¶ Cuando cursé la carrera de





medicina en la ULA, afiné más mi disciplina. El ambiente de la Facultad te hace sentir que has ingresado a otra realidad, en este caso a la del conocimiento. El mundo científico y sus ambientes te hablan mirándote a los ojos. Entonces, gracias a las invitaciones de mi padrino Carmona logré madurar con mayor rapidez la responsabilidad y el compromiso con la medicina. También el gusto por hacer la carrera me lo reforzaba el encuentro con unos personajes de mucho valor, no solo académico sino también humano. Recuerdo al doctor Darío Novoa Montero, hombre culto, conocedor de literatura y poesía; al doctor Jorge Catto David; a Karlhanns Salfelder, con su colección de orquídeas, al doctor Eberhard Sauerteig, admirado y recordado con mucho afecto no solo en el medio académico sino en la sociedad barinesa.

¶ Una vez cumplidos los dos años de Residencia Programada en Medicina

Interna del Hospital Militar Carlos Arvelo, viajé a Brasil con una carta de presentación del doctor Jacinto Convit para el posgrado en Dermatología en Río o en São Paulo. En ambos obtuve la aprobación para el ingreso, pero opté por el de la Universidad de São Paulo, de alto renombre en el desarrollo de la dermatología en el continente. Si los profesores de la ULA ahondaron mi conciencia de médico, el encuentro con los del posgrado cultivaron más en mí la dimensión humana de la medicina. Aprendí, por ejemplo, a compartir el conocimiento, a experimentar plenitud por el hecho de dar al otro lo que has logrado. Aprendí a valorar con mayor énfasis la honestidad, porque interactuar con aquellos profesores no era únicamente un privilegio por la calidad del conocimiento sino también por la posibilidad de interactuar con individuos dotados de una admirable ética, de un sentido estético de la vida de una gran capacidad de escucha. Recuerdo, por ejemplo, a un profesor que compartía su altísimo rango en dermatología con la de crítico de arte del diario *Folha de São Paulo*, publicación de mucha influencia. Disfruté con él de amenas conversaciones sobre arte, sobre la vida misma, sobre fútbol, mientras almorzábamos en los restaurantes populares aledaños al hospital. El doctor Sampaio, otro de los maestros, formó en Brasil a una generación de dermatólogos venidos de muchos países latinoamericanos. Sus publicaciones siguen siendo objeto de estudio y consultas obligatorias. Sus respuestas a la hora en que le planteábamos algunas interrogantes eran ejemplarizantes: si la desconocía, admitía con absoluta sencillez no saberla, pero a los pocos días la ofrecía o informaba que permanecía ignorándola. Era un hombre de fácil acceso, con un respeto casi místico por la naturaleza. En una reunión de chequeo semanal, me interrogó sobre un aspecto de la histopatología de la mancha mongólica. Y como no fui capaz de afrontar mi ignorancia con la verdad, admitiendo no tener la respuesta, dije algo por salir más o menos del apuro. Sampaio guardó silencio mientras escuchaba mi disparate. Al día siguiente su secretaria, la señorita Kasuko, entre sonriente y nerviosa, me informó que el profesor Sampaio me esperaba en su oficina. Cuando entré a su estudio, me recibió de pie y me invitó a compartir un café. Mirándome a los ojos, evocó lo del día anterior, me señaló mi falta y el riesgo que constituía en la medicina no decir la verdad. Me advirtió, asimismo, la gravedad que tendría de haberla cometido en la institución a la cual planificaba ir para complementar mis estudios. Salí avergonzado. Fue una lección rotunda y puedo decir que la he convertido en un valor para la vida. **CONCIENCIA DE UN OFICIO**

Después de cursar mi posgrado en São Paulo, en 1979 me residencí en Nueva York, donde ingresé al Bellevue Hospital Center para el entrenamiento en cáncer de piel. En 1980 terminé una actualización en dermatología, y fui uno de los transeúntes que se aglomeraron en la puerta del edificio Dakota, ubicado entre la calle 72 y Central Park, donde asesinaron a John Lennon la noche del 8 de diciembre de 1980. Yo venía

caminando desde la calle 50. ¶ Creo que la conciencia sobre la novedad de mi oficio comienza con la aplicación de las tecnologías comunicacionales en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de la piel. Dos factores se conjugaron para que esto fuera posible: por un lado, las debilidades del sistema de salud en la Barinas de los años ochenta, específicamente en el área de dermatología; por el otro, mi permanente búsqueda para hacer posible la confrontación de los diagnósticos y tratamientos con la presencia, aunque muy incipiente, de algunos recursos telemáticos.

¶ El punto de partida tecnológico me lo motivó una curiosa leyenda al pie de una diapositiva que utilizaba el doctor Luis Díaz, médico dermatólogo peruano residente en Estados Unidos. El colega estaba dictando una conferencia en Puerto Rico, en el marco del Congreso Iberoamericano de Dermatología de 1985, y la leyenda era intraducible para mí: *http.www*. El primer tanteo para averiguar qué decían esas letras me hizo saber que se trataba de una nueva modalidad de comunicación: internet. Al regresar a Barinas me recomendaron a los profesores Carlos Dávila y Luis Cárcamo, de la UNELLEZ, que según me dijeron «andaban en esa actividad». De modo que en el aspecto estrictamente técnico recibí la ayuda de muchas personas que me aportaron conocimientos y entrenamiento tecnológico, y que finalmente hicieron posible la socialización de la herramienta, sobre todo entre médicos de Barinas. Y aquí tendría que reconocer el empeño de mucha gente: de Fidias Torre y del ingeniero José Hernández, quienes nos acompañan desde los inicios del proyecto; de los médicos barineses Wilmar de Jesús Briceño y Nidal Ezzi. De ningún modo quiero asumir la condición de pionero de la telemedicina en el país. En el desarrollo de este proyecto, que tiene entre otros logros el blog *www.piel-l.org*, se pueden citar las siguientes cifras: 3.836 comentarios (*posts*), 88 secciones o categorías, 60 colaboradores internacionales, 12.363 suscriptores y 4.508.632 visitas (hasta mayo de 2012). Hemos producido 311 ediciones ininterrumpidas. El equipo fundador lo integramos el doctor Jaime Piquero Martín, el doctor Félix J. Tapia y yo. Gracias al empeño de estos colegas, los esfuerzos han tenido mayor alcance. Hemos ido resolviendo los problemas técnicos y científicos, y ofreciendo respuestas cada vez más precisas, hasta contar definitivamente con un dispositivo tecnológico de primer orden. Los miembros de la Sociedad Venezolana de Dermatología y Cirugía Dermatológica han aceptado nuestro método. «UN RETOÑO EN LAS CENIZAS» Siento que la medicina es la actividad que más testimonia mi existencia. Y hasta creo que podría decir: existo, soy médico. Comencé a sentir que este oficio era transferible cuando entendí que la naturaleza de este desarrollo y su aplicación no tiene razón de ser sino en el intercambio. Lo que hemos logrado es la interconexión simultánea de información científica, y esto siempre requiere de los otros. ¶ Lo que se obtiene de la vida es inapreciable. Fue justamente por esos azares que me tocó vivir en Barinas,

que nació este extraordinario proyecto, capaz de llevar al paciente a una junta médica virtual con todos los dermatólogos del mundo. Creo que en este caso, es decir dentro de este proyecto, soy a la vez maestro y alumno. ¶ Siento una satisfacción plena por lo que hago. Y querer lo que haces es el más noble de los dones. Cuando inviertes tu existencia en tus ideales, se puede decir que has dado con el sentido de tu vida. Vivo un momento de plenitud, de realización como ser humano. Creo andar por los caminos adecuados, aunque de vez en cuando siempre es bueno hacer balances para continuar y ajustar la brújula. ¶ Si me dieran a escoger una imagen para Venezuela, pensaría en aquella que con mayor fuerza represente la unión, la integridad, y simultáneamente la esperanza en el futuro. La frase de Alberto Arvelo Torrealba en el poema «Ojos color de los pozos» me parecería adecuada: *Un retoño en las cenizas*. ¶ En la vida hay que tener buena voluntad en cada acto que se hace. Ojalá pensara yo en la muerte como lo hace Paco Vera Izquierdo (entrevistado por Milagros Socorro), pero como la vida no me ha dado esa conciencia sobre la muerte, me gustaría llegar con una edad muy avanzada, lúcido y rodeado de mi gente, sobre todo de aquella que en verdad me quiere. ¶ La imagen del cielo podría ser definitiva cuando se construye desde este mundo.



Entrevista

Luis Sánchez Aguilera

Barinas, 1952. Licenciado en Letras. Coordinador editorial y corrector. Creador de programas de imagen corporativa y comunicación organizacional. Presidente de la editorial «Fundación Cultural Barinas».



Fotografía

José Ignacio Vielma

Mérida, 1950. Estudios de arte y fotografía en la Escuela de Bellas Artes Arturo Michelena de Valencia, el Centro Gráfico de Caracas y el Instituto Neumann. Docente de Dibujo, Pintura, Serigrafía y Fotografía. Exposiciones individuales y colectivas en Venezuela, Colombia, Cuba, Canadá, Estados Unidos y República Dominicana.



N a l ú a S i l v a M o n t e r r e y

■ BOLÍVAR

«He tenido el privilegio de trabajar con gente extraordinaria»

Nace en Caracas, en 1962. Doctora en Antropología Social y Etnología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Profesora en la Universidad Nacional Experimental de Guayana. Ha desarrollado, durante veinticinco años, un trabajo estrechamente vinculado con los indígenas de la región. Cofundadora del Centro de Investigaciones Antropológicas de la UNEG. Cuenta con más de cuarenta publicaciones científicas y numerosos reconocimientos, tanto por su labor académica como por sus actividades ciudadanas y en pro del ambiente. Coordinó técnicamente el proyecto de demarcación de tierras para el territorio ye'kwana-sanemá del Caura. Es una apasionada defensora de los derechos de los pueblos indígenas, así como de la conservación de la cuenca del río Caura.

Mi mamá es Virginia Monterrey López, venezolana de origen nicaragüense, enfermera. Llegó a Venezuela siendo niña. Mi papá es René Silva Idrigo, médico guayanés, aunque nacido en Caracas. Ellos se casaron y decidieron residir en Ciudad Bolívar. Mi mamá me echó a perder el gentilicio porque decidió ir a parir a Caracas. De modo que allí nací, aunque al mes volviera a Ciudad Bolívar. De ese matrimonio nacieron dos hermanos, que no son los únicos, pues mi papá se casó varias veces y somos trece en total. Él era médico obstetra, y se destacó no solo en ese campo sino también en la política y en la literatura. Escribió varias novelas, ensayos, y cultivó asimismo la poesía, aunque consideraba que era un género muy difícil. Estudié con las hermanas dominicas del Colegio Nuestra Señora de las Nieves, en Ciudad Bolívar, toda la primaria y secundaria, y siempre me destaqué como buena alumna, con las mejores calificaciones: 19 y 20 todo el tiempo. ¶ Somos una consecuencia de la educación que recibimos. Pero la influencia no solamente vino de papá, pues también mamá era una gran lectora. Mi abuela materna también tenía como pasatiempo leer. De manera que en mi familia todo el mundo leía, y eso mismo les he tratado de inculcar a mis hijos, Gerónimo y Rodrigo. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cuatro años, pero recuerdo que cuando mi papá estaba aún en casa me leía todas las tardes, antes de irse a la consulta, *Platero y yo*. Terminaba de dormir la siesta en su chinchorro y, antes de irse, me daba un poquito de café en el plato, y entonces se ponía a leerme. Luego mi tía María también nos compraba libros. Recuerdo una colección llamada «Ariel Juvenil» en la que mis hermanos y yo leíamos a los grandes clásicos de la literatura universal. A los nueve años ya yo había leído a Oscar Wilde, Alejandro Dumas, Julio Verne y algunos más. ¶ Cuando terminé de leer la *Ilíada*, por ejemplo, me interesó saber si de verdad Troya había existido. Me puse a indagar en las enciclopedias y descubrí que Schliemann, descubridor de Troya, era arqueólogo. Entonces fui interesándome por la arqueología. Tenía, además, una preocupación constante por el origen del hombre. En cuarto grado les preguntaba a las monjas que cómo se relacionaban Adán y Eva con los hombres de las cavernas. Era una preocupación de niña. Ante esas preguntas incómodas, ellas me respondían que cuando estuviera grande iba a entender. Y así fue: estudié antropología y entendí. Soy católica practicante, creo en Dios, pero también creo en la evolución del hombre. **SABER DE DÓNDE VENIMOS** Quería estudiar arqueología, que es una especialidad de la antropología, pero no fue fácil. Mi papá no estaba de acuerdo: pensaba que me moriría de hambre. Y sin embargo, me apoyó y me envió a Inglaterra, pues yo quería entrar en una universidad inglesa. Pero estando allá, al darme cuenta de que el *pénsum* estaba centrado en las islas británicas, desistí. No fue una pérdida de tiempo, porque saqué mi diploma de inglés de la Universidad de Cambridge. ¶ Regresé y trabajé en pequeñas cosas. Y como en principio ya no

iba a estudiar arqueología, mi papá me convenció de probar con arquitectura. Y así me fui a Caracas, a estudiar en la Universidad Central de Venezuela. Pasé todas mis materias, pero al terminar el primer semestre decidí regresarme. Lo intenté para complacerlo, pero yo insistía en que mi vocación era otra. De regreso en Ciudad Bolívar, mientras esperaba por los trámites de cambio de carrera, que eran complicados y se llevarían tiempo, me puse a indagar dónde podría finalmente estudiar antropología. Envié cartas a algunas embajadas y varias me respondieron, enviándome información. Cuando mandé mis papeles a México, a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, al ver mi récord de calificaciones de bachillerato, me dijeron que me fuera de inmediato. En el curso propedéutico descubrí que la Evolución Humana era uno de los principales objetos de estudio de otra especialidad antropológica y no de arqueología. Así que me cambié para Antropología Física. Allí podía ir a excavaciones, trabajar con los arqueólogos, y al mismo tiempo satisfacer mis intereses de acercarme al origen del hombre y a la evolución humana, que para mí siguen siendo temas fascinantes. ¶ Hay una preocupación religiosa fundamental aquí, y es responderme de dónde venimos, por qué somos lo que somos. Son preguntas que me hacía desde la infancia. Yo no cuestiono la religión. La fe es fe, pero es diferente de la ciencia. Ambas son importantes para mí. ¶ Muchos de mis compañeros abandonaron la carrera en el tercer semestre, cuando se va por primera vez a campo, pero para mí no fue tan difícil, porque entre otras razones mi papá tenía un fundo y yo desde niña iba allí con mis hermanos a pasar las vacaciones. Dormíamos en chinchorros, pescábamos, caminábamos en medio del monte. Nos relacionábamos con los campesinos. Para mí eso ha sido una experiencia fundamental en mi carrera, especialmente para mis trabajos en la selva. Yo tenía una experiencia previa de vivir en condiciones no urbanas. Ese tipo de vivencias te va creando un perfil de personalidad. Además, lo vives con alegría, tal y como fue mi experiencia infantil y juvenil. ¶ En México viví cinco años. Y las personas que estaban a mi alrededor eran excelentes maestros. Recuerdo al profesor de Antropología Física General, José Luis Fernández, un apasionado de la evolución humana. Nos estimuló muchísimo; nos puso a leer, a pensar. Recuerdo al profesor de osteología, doctor Carlos Serrano, una eminencia en México, que nos llevaba a las excavaciones y nos enseñaba a trabajar con restos óseos humanos. Con él pude excavar, por ejemplo, detrás de la Pirámide del Sol, en Teotihuacán. Eyra Cárdenas, mi directora de tesis de licenciatura, genetista, era nuestro ángel metodológico: revisaba y criticaba lo que hacíamos. También recuerdo a un lingüista, Otto Schumann, que fue el primero en darme a leer una etnografía completa, para que entendiera cómo viven los pueblos indígenas. Otro recuerdo importante es el de Juan Román Berrelleza, con quien trabajé restos óseos infantiles en el Templo Mayor, y con quien aprendí que la



historia no tiene una sola cara, la de los vencedores, sino también la de los vencidos, que es diferente y quizás más cierta. ¶ Una experiencia que me marcó de por vida fue la del terremoto de México, en 1985. Yo lo viví. Vi lo bueno y lo malo de la gente ante una tragedia. Gente que es capaz de darlo todo por ayudar a los demás, y gente que es vil. Vi gente totalmente perdida frente a un edificio en el que había muerto toda su familia. Fue una de las experiencias más impactantes de mi vida. Y no me vine a Venezuela enseguida porque me quedé ahí, porque me dije: «Aquí es donde soy necesaria en este momento». **VÍNCULOS INDÍGENAS** Regresé a Venezuela cuando terminé mi tesis, que obtuvo la mención de publicación y con la que, en 1986, alcanzamos, mi compañera de tesis Juana Valdés García y yo, el «Premio Nacional de Investigación en Antropología Física Juan Comas». Al llegar,

empecé a trabajar en el Instituto Nacional de Deportes, estudiando las características antropofísicas de los deportistas, y en el Instituto para el Rescate y Conservación del Patrimonio Histórico y Desarrollo Cultural del Estado Bolívar (IRCOPAHIDEC), con unas cestas que estaban allí para conformar un Museo de Etnología. Con el desarrollo del proyecto le cambiamos el nombre por Museo Etnográfico de Guayana, que parecía más adecuado. Fue una experiencia nueva para mí, y una labor ardua, pues me entregaron una colección de cestas indígenas sin registro ni identificación, y me pidieron que hiciera un museo con eso. Tuve entonces que ordenar, previo entrenamiento, todas esas cestas: clasificarlas, estudiarlas, enumerarlas. Comencé a desarrollar las salas, con muy pocos recursos. Freddy Carreño, un destacado museógrafo, para entonces director del Museo de Arte Moderno Jesús Soto, hizo de forma desinteresada el diseño museográfico completo. Luego de un año de trabajo, se inauguró. ¶

Durante el proceso de montaje empecé a vincularme con las organizaciones indígenas, particularmente con el Movimiento Indígena de Guayana. Ellos permanentemente me pedían colaboración, asesorías diversas. Era un momento de gran efervescencia en el mundo indígena porque se preparaba la constitución de una organización nacional, que era el Consejo Nacional Indio de Venezuela (Conive). Hasta ese momento, solo existían organizaciones indígenas locales separadas. Líderes como los hermanos Carmen, José y Tito Poyo, Yris Aray o Noelí Pocaterra, entre otros, querían fundar una organización nacional. Me fui vinculando cada vez más con ellos, en relaciones de trabajo y amistosas, hasta que un día vino René Ye'kwana, indígena también, y leyó uno de los textos del museo en el que yo escribía *Yecuana*. «Hay que enseñarte —me dijo—. Aquí en Bolívar, *Ye'kwana* se escribe con K». Y se empeñó entonces en que conociera el Caura, tierra de los Ye'kwana, pues si iba a hablar de ellos, me decía, debía hacerlo con propiedad.

¶ René y los Ye'kwana del Caura organizaron el viaje. Mi primera visita al Caura fue inolvidable, fue como adentrarme en otra dimensión del tiempo y del espacio. Aprendí que Venezuela es inmensa, que podía navegar dos semanas en curiara desde Maripa sin llegar a la frontera, que la selva es imponente y que existe gente que hace cosas excepcionales en los sitios más recónditos. Desde entonces, cada viaje ha sido una experiencia para recordar. Entré una vez, por ejemplo, en una casita de bahareque con techo de paja, y allí encontré a un grupo de jóvenes indígenas con un mechuzo alrededor de una radio de comunicación, en completo silencio, siguiendo los cursos radiofónicos de Fe y Alegría. Eran esfuerzos heroicos. Uno aprende entonces a valorar a la gente, a reconocer sus deseos de superación, y por supuesto, se compromete con sus procesos. Yo soy feliz cuando estoy en el Caura: allí no me enfermo, allí puedo estar días y días bajo el sol o la lluvia y como si nada. Durante todo el tiempo los Ye'kwana siempre me han ayudado, me han acompañado y me han cuidado. René

era como mi hermano, así también Coromoto Núñez, Alberto Rodríguez o Ramón Tomedes. Esto sin dejar de lado al padre René Bros, un filósofo que ha vivido en la selva al servicio de los demás. He comprendido que las necesidades más apremiantes de los pueblos indígenas son la tierra, la salud y la educación. ¶ A la par de estas experiencias, los líderes indígenas me encomendaban diversas tareas. Una de ellas fue la de representar a Conive ante instancias como el International Forest Forum de las Naciones Unidas, espacio donde se determinarían las políticas mundiales en torno a los bosques tropicales, lo cual naturalmente les preocupaba. La idea era respetar y defender los derechos de los pueblos indígenas y promover el uso sostenible de los bosques. En uno de esos encuentros, el de Canadá, aprendí que existen indígenas del primer mundo e indígenas del tercer mundo, que la realidad indígena tiene mucho que ver con la situación de cada país, que la situación de los pueblos indígenas no es la misma en todas partes. En Canadá, en medio de una fiesta organizada por los indígenas de allá, me sentí verdaderamente tercermundista.

ENTRE MAESTROS FRANCESES Yo sentía que mi vida académica no había acabado, que debía seguir mi formación. Y siempre había soñado con estudiar antropología en Francia, porque la antropología moderna en realidad se formaliza en Francia. Ya desde los tiempos en México, yo había iniciado estudios de francés, pensando que Francia era el sitio ideal para cursar mi doctorado. Pude al fin viajar, pero no me fui sola. En el intermedio conocí a Alexander Mansutti, antropólogo que, como yo, estaba vinculado a los movimientos indígenas. Él ha sido una gran influencia en mi carrera profesional. Y hoy en día es mi esposo. Nos fuimos juntos. A la par de mis estudios avanzados, tomé cursos de francés y obtuve mi diploma de lengua francesa. Y en cuanto a mi formación, decidí especializarme en Antropología Social y Etnología, pues el trabajo que venía realizando exigía un mayor nivel de preparación en esa especialidad y no en Antropología Física. Trabajé bajo la dirección de Philippe Descola, quien fue mi tutor de tesis doctoral en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Allí daban clases Dumont, Godelier, Meillassoux, los grandes teóricos. Ellos fueron, entre otros, mis profesores. Iba a la biblioteca del Collège de France y en ocasiones veía llegar a Lévi Strauss, el padre de la antropología moderna. Se sentaba, trabajaba, y yo casi me moría de la emoción viéndolo sentado a mi lado. He tenido el privilegio de estar con gente extraordinaria. Por eso soy muy quisquillosa con la excelencia. Yo digo que uno tiene que tratar siempre de ser excelente en lo que hace. ¶ La vida en Francia no fue fácil, pues dependíamos de sendos créditos de Fundayacucho. Nuestra economía era de muy pocas cuentas, pero salimos adelante. Completé mi Diplôme d'Études Approfondis (DEA) y luego los estudios doctorales. En total estuve tres años en Francia. Allá muchos amigos queridos nos ayudaron. Siempre he encontrado gente buena que me

ha tendido la mano en los momentos duros. Al regresar a Venezuela, a Ciudad Bolívar, habían cerrado el Museo Etnográfico de Guayana. Busqué otro trabajo y me dieron la oportunidad de ingresar en la Universidad Nacional Experimental de Guayana, en 1994. Empecé a montar nuevos proyectos de investigación y a colaborar en la reapertura de la UNEG en el núcleo de Ciudad Bolívar, redactando documentos y desarrollando programas de estudio que posteriormente facilitaron el inicio de las actividades de pregrado. Conmigo se formalizó la apertura de la oficina de investigación, y en 1996 formé parte de los fundadores, junto a Alexander Mansutti y Luis D'Aubeterre, del Centro de Investigaciones Antropológicas de Guayana. **LA CAUSA TERRITORIAL** Mi vinculación con los movimientos indígenas y, en especial, con los Ye'kwana del Caura, continuaba. Un hecho resaltante que marcó mi desarrollo profesional posterior fue el proyecto de trasvase del río Caura al río Paragua por parte de Edelca, lo que constituía una amenaza mayor para las comunidades del Caura. En ese momento constituimos un frente común: movimientos indígenas, Universidad de Guayana y movimientos ecológicos. Afortunadamente, Edelca no ejecutó el proyecto, pero la situación nos permitió contactar al antropólogo inglés Marcus Colchester, quien había trabajado con la comunidad Sanemá en esa zona y tenía experiencia frente a problemas similares en Guyana y Surinam. De este contacto surgió el proyecto de demarcación de tierras para el territorio ye'kwana-sanemá. La idea era crear las condiciones para que en un futuro los indígenas pudieran obtener el reconocimiento de sus tierras y, en consecuencia, tener seguridad jurídica. Eran 4,5 millones de hectáreas, equivalentes al 5% del territorio nacional. Lo llevamos adelante y logramos levantar el mapa. Allí se produjo una metodología y se generó una experiencia que han sido trascendentales para Venezuela, además de convertirse en modelo para otros países, no solo por su calidad técnica, sino también por la vinculación entre conocimiento tradicional y conocimiento indígena, por las relaciones respetuosas que se establecieron entre los participantes y por la habilidad alcanzada por los indígenas para propiciar un verdadero diálogo de saberes. Posteriormente se logró, con el apoyo de la Universidad de los Andes, que este mapa se registrara junto con la base de datos, por primera vez en el país, como una propiedad intelectual colectiva, obviamente de los Ye'kwana y Sanemá de Venezuela. ¶ A partir de esta experiencia empecé a trabajar la cuestión territorial. En el 2000, luego de participar de manera indirecta en la Constituyente, los indígenas me pidieron que redactara el borrador de la Ley de Demarcación y Garantía de Hábitat. También la gente del Caura y las comunidades kari'ñas de Anzoátegui me pidieron que los ayudara a montar los expedientes para solicitar el reconocimiento de sus derechos territoriales. Fueron los primeros que se introdujeron en su momento. Inventamos una metodología particular de trabajo para cada uno de los casos que se estaban presentando, de modo que las mismas comunida-

des levantarán la información requerida a escala nacional. Las tierras de Anzoátegui, en cuyos expedientes trabajamos, fueron las primeras que se entregaron a nivel nacional. Las comunidades Ye'kwana y Sanemá aún están a la espera. ¶ El trabajo con los indígenas y la posición de respeto mutuo llevó a algunos ecólogos a solicitarnos apoyo para el desarrollo del programa BioGuayana. Allí hicimos, en equipo, trabajos pioneros como la adaptación de textos científicos al idioma ye'kwana, y diversos estudios sobre las figuras de protección más adecuadas para el Caura. Es decir, que dos de los centros de investigación más importantes de la Universidad de Guayana (el de Investigaciones Ecológicas y el de Antropología) trabajaron inter y transdisciplinariamente, generando metodologías y experiencias novedosas en materia de capacitación de comunidades locales, transferencia tecnológica y técnicas de investigación. Yo coordinaba el programa Caura de BioGuayana, y trabajaba estrechamente con los colegas del Centro de Investigaciones Ecológicas: Judith Rosales, Hernán Castellanos, Lionel Hernández, además de Nay Valero, Alexander Mansutti y la Organización Indígena «Kuyujani» de la cuenca del Caura. ¶ He aprendido muchísimo de mis colegas de la universidad. Su influencia ha sido determinante para mí: por su calidad, formación y vocación de trabajo. Hay que decir que la Universidad de Guayana ha dado siempre la cara por el Caura y ha mantenido una posición muy respetuosa y comprometida con el desarrollo sostenible y con las comunidades indígenas. **UNA NUEVA CIUDADANÍA** He formado parte del directorio de organizaciones de ámbito mundial como el Forest Peoples Programme, con sede en Inglaterra, que lucha por los derechos y la supervivencia de los pueblos indígenas que habitan en la selva. Ellos han podido ayudar a muchas etnias, sin importar dónde se encuentren. Sigo además vinculada a movimientos ecológicos, a ONG, y hoy en día también formo parte de una organización llamada «Ciudadanos de Angostura». Allí discutimos acerca de los problemas de Ciudad Bolívar y presentamos proyectos en atención a cómo deseamos que sea la ciudad, cómo la imaginamos, cómo la soñamos, cómo la pensamos. Frente a los problemas presentamos posibles vías de solución. No somos denunciantes de oficio; somos más bien proactivos. ¶ Sin desvincularme jamás de mi trabajo en el Caura, que para mí es como un proyecto de vida, desarrollamos ahora uno sobre el patrimonio cultural del estado Bolívar, para inventariarlo, y en ese marco me he interesado por la tradición oral, que es un área poco investigada aquí. Otro proyecto es uno relativo a la soberanía y territorialidad indígena y otro, aún no formalizado, es el de la diversidad cultural: cómo se dan los procesos de generación de diversidad cultural y de identidad. Pretendo también, en un mediano plazo, realizar una investigación sobre la percepción indígena del entorno. ¶ Estoy formando a varios profesores jóvenes como investigadores, que aunque no son antropólogos están dentro de las ciencias

sociales. Creo que todavía soy una investigadora activa, que está trabajando, produciendo y haciendo cosas. ¿Que si soy escuela? Uno influye en su entorno y trata de apoyar a la gente, enseñarla en la medida de lo posible, transmitirle lo que sabe. Quien hace escuela genera una manera de ver el mundo, de pensar. Ciertamente, el trabajo que venimos desarrollando en el Centro de Investigaciones Antropológicas de la Universidad de Guayana ha orientado la actividad de otras personas. Entre todos hemos generado una visión compartida de lo que son los indígenas y establecido con ellos relaciones horizontales y respetuosas. Hemos promovido el desarrollo sostenible, particularmente en el Caura, y eso de algún modo se convierte en una línea de pensamiento. Es claro que hay un compromiso con el presente, con el futuro, con la gente que está por venir, para que encuentren un mundo mejor, si es posible, del que tenemos ahora. Eso nos obliga a actuar en consecuencia. Tengo muchas metas que quiero alcanzar y creo que vivo un momento de continuidad. No obstante, siempre que terminamos un trabajo se hace un balance para evaluar lo realizado. Para mí los balances no son el fin de un camino, sino una pausa para saber dónde estoy. ¶ Si me dan a escoger una imagen para Venezuela, me quedaría con un atardecer en el puente Angostura. Y si me piden una frase para definir mi vida, recordaría la que alguna vez me dijo un colega del IVIC: «Eres una tejedora de la paz».



Entrevista

Roger Vilain

Licenciado en Letras. Diplomado en Estudios Superiores de Lingüística. Magíster en Filosofía. Profesor de la UNEG. Miembro del equipo editor de la revista *Kaleidoscopio*. Ha publicado *Hojas secas*, *De gatos y de hombres*, *Palabra de urbe: ensayos mínimos de filosofía cotidiana* y *Revista válvula, una visión retrospectiva*.



Fotografía

Federico Isasi

Caracas, 1950. Técnico en Electrónica. Dedicado a la fotografía desde 1967. Productor y diseñador gráfico.



N i n a N i k a n o r o v a

«Sin el ballet no hubiese podido sobrevivir»

Bailarina rusa por nacimiento y venezolana por elección.
Fundadora en 1948 de la Escuela de Ballet más importante
de Valencia y una de las más renombradas de Venezuela.
Por seis décadas se dedicó con férrea disciplina a formar
cientos de bailarines profesionales y profesoras de ballet,
que hacen carrera en el medio nacional e internacional.

PRIMER ACTO EN RUSIA Corría el año 1930 cuando Nina, de siete años, vivía en Tver, al norte de Rusia, entre Moscú y San Petersburgo. Su familia habitaba un apartamento en un edificio construido en los primeros años del comunismo. Nina hacía representaciones usando sábanas blancas como telones e improvisando acrobacias frente a los ojos asombrados de sus vecinos. Los colores de su rostro y de sus ropas contrastaban con los pasillos grises de esas edificaciones. Por aquellos tiempos, a pesar de las advertencias de su mamá, Nina arriesgaba su vida adentrándose en los bosques plagados de osos, en busca de campamentos gitanos donde, alrededor del fuego, se cantaba y bailaba con pasión y virtuosismo. «Ver a aquellos gitanos realizar las más extraordinarias danzas y acrobacias cambió mi vida.» Los carruajes de maderas, las adivinas del tarot y los músicos le fascinaban. «Siempre me decían que los gitanos me iban a raptar, pero nunca tuve miedo. Desde siempre quise bailar como ellos. Pero un día, corriendo por las calles de Tver, jugando con otros niños, tuve una revelación.» ¶ Nina se detuvo frente a una ventana y miró al interior de la habitación. La gente bailaba con fuerza y entusiasmo. La intensa mirada de la niña llamó la atención del profesor Georges Ganges, exbailarín del teatro Bolshoi, quien se le acercó y la invitó a pasar. ¶ Esa misma tarde le enseñó las cinco posiciones de los pies, la base para todos los ejercicios del ballet. Luego, envuelta en una niebla de sueños, regresó a su casa. Su familia vivía en una situación muy escasa, apenas tenían para comer o vestirse, así que Nina no quiso importunar a nadie con el mágico encuentro y se fue a dormir. No dijo nada, pero desde ese momento supo qué quería de la vida. ¶ Cuando la madre de Nina, Elizabetha Gorbunova, se casó con su padre, Trafim Trafimovich Nikanorov, tenían una casa propia y una buena posición económica. Después de la llegada del comunismo en 1917, la comida comenzó a escasear y la madre de Nina se fue a la hacienda familiar, pues la vida rural le garantizaba alimentos. Fue así como Nina nació en el campo, en 1923, rodeada de animales y aire fresco. Allí aprendió a montar a caballo. Llevaba una vida plena. ¶ «Eso duró poco. Primero fue la muerte prematura de mi abuela, luego las expropiaciones de la hacienda y de las casas y, finalmente, la muerte de papá por una complicación pulmonar.» Para el año 1929, la familia estaba prácticamente en la calle. ¶ El hermano mayor, Iván, quien tenía dieciséis años, fue la figura paterna que Nina tuvo desde entonces. «Lo quería y lo admiraba mucho. Fue quien me enseñó a leer, quien me inculcó el amor por la lectura. Pero ni siquiera a él pude contarle que iba a las clases de ballet todas las tardes... Tenía miedo de que me lo prohibieran.» ¶ Nina se sumergió en la Academia con pasión. El maestro la había becado, pero la niña ni siquiera podía comprar las zapatillas de media punta. Así que aprendió a confeccionarlas. «Aprendí a pararme en puntas pidiéndolas prestadas a mis compañeras.» Como su madre estaba ausente la mayor parte del

tiempo, debido a su intenso trabajo en la fábrica, Nina se encargaba de llevar la casa, además de hacer todas las colas para buscar la comida. «Después de aquella infancia haciendo colas, me niego a hacer cualquier cola por muy corta que sea.» Se ríe divertida cuando lo dice. ¶ Cuando ganó un premio como la bailarina más destacada de las escuelas de Rusia, su maestro la hizo protagonizar *Caperucita Roja*. Muchos de los habitantes de Tver asistieron a la presentación, entre ellos su madre. Al principio, Elizabetha no reconoció a Nina pero, al detallar sus piernas, algo en sus movimientos la hizo levantarse de su silla como un resorte. Gritó: «Esa es mi hija». Al terminar el primer acto, subió al escenario para reprenderla, pero el profesor intervino y la felicitó por su talentosa hija. Elizabetha no tuvo más remedio que ceder ante la fuerza de aquel sueño. ¶ Por esos tiempos, los grandes bailarines del Ballet Bolshoi, como Olga Lepeshinskaya o Vajtan Chebukianin, viajaban por toda Rusia y eran recibidos como si se tratara de estrellas de rock. Nina tuvo la oportunidad de verlos bailar y descubrió en Olga un espejo: ambas eran pequeñas, energéticas y alegres. «Olga fue mi inspiración por muchos años.» Cuando tenía casi doce años y ya había aprendido a bailar ballet, Nina visitó a los gitanos nuevamente. La recibieron como una más del grupo, y entonces la niña bailó para ellos, mostrando algunas difíciles secuencias. «Estaban encantados.» Allí, entre esos artistas naturales, Nina quedaría marcada por esa imagen seductora del nómada, la imagen del artista que sobrepone su arte a las fronteras, las patrias o los idiomas. **DE GIRA CON LA COMPAÑÍA** Al cumplir quince años, estaba a punto de graduarse como bailarina y terminar la escuela regular. Debía tomar una decisión. «Una tarde, mi madre vino al colegio y, muy alegre, me dijo que me había conseguido un trabajo como aprendiz de contador. Creía que un puesto en la oficina de su fábrica me daría un futuro. Me quedé petrificada.» «Lo mío es el ballet, mamá» —estalló Nina, y luego pasó dos meses inventando excusas para no ir a ninguna de las reuniones con el jefe de personal. «La hice quedar muy mal en su trabajo. Fue la única desavenencia que tuvimos. De resto, mi mamá y yo estuvimos muy unidas. Teníamos toda clase de problemas y nuestra fortaleza era la unión familiar.» ¶ En su hogar siempre hubo alegría, a pesar de lo precario de la situación. «Mi hermano Kolia era el chiquito de la casa. Siempre se ponía mis tutús y se burlaba de mí. Era extrovertido y dulce.» Sus hermanos la animaron a buscar suerte. «Mi profesor me había recomendado a la compañía itinerante de ballet y opereta “Teatro Bebutov y Arbenin” y, junto a mi mejor amiga, viajé a Moscú en el otoño de 1938.» En la audición Nina salió triunfante, aunque tuvo que mentir sobre su edad, pues tenía quince cuando solo se aceptaban mayores de dieciséis. Poco después, la compañía inició una gira por toda Rusia. Nina recuerda con excitación la víspera de su primer viaje. Estaba por comenzar lo que siempre había deseado con efervescencia: una vida de artista. El día antes de su partida, visitó



la radio de su ciudad y cantó una canción. Luego se despidió de su familia, y hablaron de celebrar su cumpleaños al regreso. «Esa era la última vez que los vería.» Sus tres hermanos se fueron a la guerra, y solo Iván regresó. Vladimir, de veintiún años, y Kolia, de dieciocho murieron en el frente de batalla. Su madre permaneció en Tver, y luego se fue a vivir con Iván. Por mucho tiempo, ni siquiera supieron la suerte que había corrido Nina. **LA GUERRA LLEGA A BREST** En los últimos años en la escuela, el profesor Ganges había elegido a Nina para que fuera su asistente. La muchacha se entregó con entusiasmo a memorizar las secuencias y a entender el ritmo de cada lección, poniendo especial énfasis en la disciplina. «Así que cuando llegué a la compañía, también se me pidió que llevara las clases de ballet. Esta experiencia fue lo que me ayudó a establecer mi propia escuela cuando llegué a Valencia.» Después de algún tiempo viajando, la compañía decidió establecerse en Brest-Litovsk, una ciudad fronteriza entre Rusia y Polonia. Tan pronto llegaron, Nina, que entonces tenía dieciocho años, y su mejor amiga alquilaron una pieza. Fue una época en la que Nina se sumergió completamente en la actividad teatral y aprendió todo lo relativo al arte escenográfico: telones, tramoyas, vestuarios y luces. Estaba totalmente alejada de lo que pasaba en el mundo exterior. Una mañana de verano de 1941, descansando en su habitación, Nina comenzó a escuchar ruidos, que parecían fuertes truenos. No había nubes, y el amanecer se tornaba soleado. En la distancia, observó un enjambre de insectos: cientos de aviones alemanes comenzaban a sobrevolar la ciudad y a bombardearla. No hubo tiempo de buscar refugio. «No tenía idea de lo que estaba pasando en el mundo. No leía el periódico ni escuchaba la radio. No sospechaba que los alemanes estuvieran tan cerca. Desde entonces, no ha habido un solo día que no haya leído el periódico.» No solo la joven Nina fue sorprendida por el ataque, sino el país completo, tomado desprevenidamente. El 22 de junio de 1941 el ejército alemán invadió Rusia en un plan denominado Operación Barbarrosa, cuyo inicio fue precisamente el cruento ataque a Brest-Litovsk. La población civil fue masacrada y el ejército alemán tomó control de toda el área. «Todos los sobrevivientes estábamos bajo las órdenes de los alemanes. Nos vimos forzados a actuar y bailar para los invasores.» ¶ Poco después, Nina aceptó el cortejo que le ofrecía un joven ruso, Eugenio Sokolov, quien siempre le llevaba flores después de las funciones. Se casaron en una pequeña ceremonia. La muchacha se mudó con su nueva familia a una vivienda situada arriba del restaurante que regentaba su suegra Tatiana. «Solo queríamos sobrevivir. Así que mi esposo, mi suegra y yo trabajamos en el restaurante y servíamos a los alemanes.» Eventualmente, los constantes bombardeos acabaron con el teatro, la vivienda y el restaurante. Los tres quedaron atrapados en un sótano bajo los escombros y sobrevivieron gracias a que un oficial alemán, amigo de Sokolov, envió un pelotón para sacarlos de las ruinas. La pequeña

Nina
Nikanorova
CARABOBO

familia fue tomada prisionera y trasladada junto a ochocientos mil rusos a Berlín, con la intención de trasladarlos a los campos de trabajo. «Los alemanes quemaron Bielorrusia. De Brest no quedaron ni los mapas, y mucho tiempo después tuvieron que reconstruirla a través de la literatura.» Milagrosamente, Nina y su familia lograron escapar hacia el sur de Alemania, hasta que llegaron a los Alpes austríacos, donde casi mueren de inanición. «Sobreviví porque mi organismo estaba acostumbrado a pasar hambre.» ¶ Hacia finales de 1944, Nina vivió una experiencia que todavía la hace temblar. En el bosque, fue atrapada por partisanos que la acusaban de colaborar con los nazis. La sentenciaron a muerte. Le cubrieron los ojos y Nina escuchó el gatillo sobre su nuca. «Vi las imágenes de mi vida pasar frente a mí y logré hacer las paces con mi destino.» Pero la ejecución fue interrumpida por la voz de un ruso que la reconoció como una paisana de Tver. La dejaron libre, con la condición de que jamás mencionara ese encuentro. Al bajar a una población cercana a Salzburgo, los soldados alemanes la estaban esperando. «La gente espiaba todo el tiempo y, de alguna manera, el rumor de mi encuentro con los partisanos había llegado a los alemanes.» La detuvieron, la acusaron de guerrillera y le dijeron que la iban a fusilar. Para defenderse, dijo que era amiga del oficial alemán que le había salvado la vida durante el bombardeo de Brest. Fue su último recurso, y lo dijo sin esperar nada a cambio. Para sorpresa de Nina, le informaron que el oficial estaba en Salzburgo y lo llamaron. Compareció al día siguiente y declaró: «Ella no es ninguna partisana; ella es una bailarina de ballet». La liberaron inmediatamente, el 18 de diciembre de 1944. Ese día cumplía veintiún años. **DP LARGE PARSCH** La huida la llevó a un campo de refugiados llamado Nueva Palestina, en Salzburgo, donde se reunieron sobrevivientes de todas partes de Europa del Este. Lo primero que hizo Nina, después de instalarse en las barracas, fue comenzar a hacer sus clases de ballet. ¶ «El arte ha salvado mi vida espiritual. Sin el ballet no hubiese podido sobrevivir con cierta cordura los trágicos eventos que me ha tocado vivir.» No tardó mucho en formar un grupo de artistas dedicados a las artes escénicas y a crear danzas acrobáticas, de mucha energía. «Eran espectáculos que celebraban la vida, la sobrevivencia.» ¶ Volver a bailar le devolvió los colores al rostro y la alegría a su corazón. Pero entonces, en uno de las presentaciones, se dio cuenta de que algo se movía dentro de su vientre: estaba embarazada. «Al principio fue difícil: no quería traer un niño a un lugar lleno de sufrimientos, pero al mismo tiempo estaba feliz, soñando con un futuro.» Nina continuó bailando y haciendo acrobacias hasta una semana antes de dar a luz. «Helena nació flaquita, con unas piernas largas... Nació el 12 de diciembre de 1945, y desde entonces ha sido mi salvación, mi inspiración y mi guía.» Así se expresa Nina de su única hija, quien se convertiría en bailarina, gran colaboradora de su escuela y custodia de su legado. ¶ Al comenzar el proceso de

repatriación, en 1946, los miembros de la KGB no tardaron en llegar. Se escuchaban historias terribles de cómo los sobrevivientes rusos eran enviados a los campos de exterminio de Siberia. Antes de regresar, los rusos preferían suicidarse. Nina y su familia se hicieron pasar por polacos, pues su esposo y su suegra hablaban la lengua a la perfección. Pero Nina no sabía ni una palabra. Durante la entrevista con la KGB permaneció en silencio, hasta que el guardia quiso comprobar su gentilicio. «Helena comenzó a llorar desconsoladamente, y entonces me pidieron que abandonara la habitación. Su llanto me salvó la vida.» En ese momento, había cuatro países recibiendo refugiados de la guerra: Canadá, Estados Unidos, Argentina y Venezuela. La joven Nina se quedó pensando unos minutos. Durante sus lecturas de infancia, había sabido de Simón Bolívar, una figura que le parecía fascinante porque hasta ese momento era el primer hombre de la historia que no había sido un conquistador sino un liberador. Y Nina amaba la libertad. «Venezuela... Iremos a Venezuela» —y así decidió su suerte y la de su familia. **LLEGADA A EL TROMPILLO** El barco *General S.D. Sturgis*, con casi dos mil refugiados, zarpó hacia Suramérica. Llegaron a Puerto Cabello el 1 de octubre de 1947, y fueron transportados al Centro de Recepción de Inmigrantes de El Trompillo, cerca del lago de Valencia, donde los alojaban en unas barracas. «El clima tropical nos afectó mucho. Nos salieron ampollas por todo el cuerpo. Había culebras, insectos; mucha gente viviendo en una misma barraca; idiomas distintos. Pero estábamos lejos del terror y así comenzamos a vivir nuevamente.» ¶ La noticia de que una bailarina de ballet clásico venía en el barco se corrió como pólvora. Le organizaron entonces una presentación de danza en el Teatro Municipal de Valencia. El mismísimo 2 de octubre de 1947, un día después de desembarcar en Puerto Cabello, Nina Nikanorova presentó un programa muy especial, que incluía un ballet acrobático en puntas. El público estaba sorprendido. La única vez que los valencianos habían tenido la oportunidad de ver a una bailarina rusa había sido treinta años atrás, cuando Ana Pavlova había visitado Puerto Cabello en su gira latinoamericana. ¶ A Nina el centro de Valencia le pareció acogedor. La ciudad parecía un pueblo pequeño y amable. «En la plaza había gradas. Y entre las ramas de los árboles vivía una pereza. Recuerdo que me dije: en esta ciudad se puede hacer algo muy bueno.» Hablando con la gente en la calle, encontró un trabajo en Líneas Cabriales, donde la llegaron a conocer como «El Cónsul Ruso». Allí aprendió español, leyendo el diario *El Universal* y hablando con la gente. **LA ESCUELA DE VALENCIA** El señor Luis Taborda había quedado fascinado con Nina, y quería que ella participara activamente en la fundación de una escuela de Ballet. Fue gracias a su influencia que, el 15 de septiembre de 1948, se funda la escuela de ballet del estado por un decreto del gobierno de Carabobo. «Me entregué en cuerpo y alma a la escuela. Aquellos primeros años fueron

electrizantes. Los salones se llenaban de muchachas de miradas curiosas, que buscaban la vida en el ballet.» La comunidad valenciana acogió a Nina con calidez, maravillada ante su talento, su disciplina y sus deseos de trabajar. «Siempre digo que Valencia fue mi segundo nacimiento. Gracias a esta ciudad volví a conectarme con la vida.» También la presencia de la escuela revolucionó a la ciudad: por primera vez a muchas jóvenes se les autorizó a salir de la casa, tomar clases, usar maquillaje y vestidos etéreos. «También había mucho prejuicio con los bailarines hombres y, sin embargo, los varones comenzaron a llegar.» Entre esos primeros bailarines se destacaron Alfredo Pietri, Carlos Nieve y Pedro Gramcko. ¶ En esos años también conoció a dos de sus grandes colaboradores: la músico Gertrudis de Prouza, una polaca que tocó piano en sus clases y espectáculos durante cuarenta años, y a Horst Charly Ran, violoncellista y polígloto, con quien se casaría en segundas nupcias.

¶ En 1954 se graduó la primera promoción de la escuela, y también se comienzan a ofrecer dos funciones por año en el Teatro Municipal. Se presentaban además en cualquier escenario disponible: plazas, colegios, calles. «Eran espectáculos gratuitos, para que la gente asistiera en masa y se enamorara del ballet.» Cuando los bailarines de la primera promoción decidieron irse a Caracas a continuar sus estudios, Nina empeñó sus joyas para costear el viaje. Un año después, Pietri intentó rescatarlas, pero ya habían sido vendidas. Desconsolado le decía: «Perdimos sus prendas, profesora». «Pero mi verdadero tesoro eran ellos: mi primera promoción. Eventualmente, Pietri triunfó en Francia y abrió una academia en Toulouse. Carlos Nieve estudió danzas nacionalistas. Son orgullos de la escuela.» ¶ También en 1954, la escuela se muda a la sede de la calle Libertad, con un *ball*, un salón de clases y un escenario. Allí estuvo funcionando por cincuenta años. Con los alumnos de la escuela de ballet se realizaron cientos de funciones en las comunidades aledañas, en poblaciones rurales, en barrios muy humildes. «En esa época, como no podíamos reproducir la música, nos llevábamos el piano y a la pianista. A cambio, la gente nos recibía con mucho cariño, y nos agasajaban con arepas y otras comidas.» Con su característica energía, Nina comenzó –en colaboración con los profesores de la escuela de música– a representar espectáculos en los que combinaba canto, música y danza. Fundó el grupo de Danzas Modernas de la Universidad de Carabobo en 1958, al que se unió su hija Helena una vez que empezó a estudiar medicina. «La compenetración artística con la ciudad fue muy intensa.» Se sumergió en la enseñanza del ballet con pasión, y daba clases en muy diversas locaciones: desde liceos como el Pedro Gual hasta lugares tan improbables como la Petroquímica de Morón. Mientras tanto, su escuela crecía, y en 1964 ya los programas de estudio incluían materias como Anatomía, Historia de la danza, Pedagogía y Técnicas de ballet clásico. «Era muy completa la educación que ofrecíamos.» **COMPETENCIAS INTERNACIONALES** A finales de los

años sesenta, Nina tiene un grupo de bailarinas muy bien formadas, y decide participar en las competencias internacionales. En 1970 lleva a sus alumnas a Varna, Bulgaria, y a una de sus bailarinas, Glenda Lucena, se le brinda la oportunidad de encender la antorcha de la competencia. Los muchachos tuvieron una destacada actuación, y las maestras rusas de la escuela Vaganova se interesaron por conocer a Nina. De alguna manera, Nina había llegado a conclusiones similares a las de la famosa escuela de Agripina Vaganova, cuyo método se había renovado en Rusia durante los años cincuenta y sesenta, sin haberse difundido masivamente debido al cerco que existía en la Unión Soviética. ¶ Al llegar a Valencia, Nina organizó

su método basándose en las enseñanzas de su maestro. Luego, siguiendo su intuición y experiencia, introdujo cambios importantes, hasta que finalmente, apoyada por los conocimientos médicos de su hija, elaboró un método propio en el que prevaleció el desarrollo de la resistencia muscular sobre la hipertrofia. «La idea es formar bailarines ligeros y menos musculosos. Para eso es necesario implementar secuencias cortas en los ejercicios. Lo curioso era que mi profesor George Ganges fue compañero de la Vaganova Y creo que, en el momento en que surgieron todas esas ideas, él estaba allí y de alguna manera me las transmitió. A partir de sus enseñanzas llegué a las mismas conclusiones.» ¶ Estando en Bulgaria, en esa primera competencia, Nina quiso

cruzar la frontera y llegar hasta Tver para abrazar a su mamá. Durante todos esos años en Venezuela, solo había recibido una carta, gracias a un servicio humanitario internacional. La carta contaba sobre la sobrevivencia de su madre y de su hermano mayor, Iván. Pero en ese momento, era imposible viajar a Rusia. Dos años después, cuando finalmente le dieron autorización para viajar a Tver, solo encontró a su hermano. Iván le contó de la muerte de Elizabetha, precisamente en el mismo verano en que sus alumnas competían en Bulgaria. También le relató el ritual de la madre: Elizabetha se subía al tejado todos los domingos en la noche y rezaba para que Nina estuviera sana y salva en Occidente. No haber podido volver a ver a su madre ha sido el signo más trágico de su vida. ¶ La década de los años setenta le auguraba un

crecimiento importante a la escuela. Sus alumnos no solo asistieron a innumerables competencias internacionales y seminarios en Rusia, Estados Unidos, Bulgaria y Cuba, sino que también se fueron de gira por todo el territorio nacional. «La experiencia de recorrer el país fue extraordinaria. Conocimos el sentir de la gente venezolana y nos compenetramos con ella. No contábamos con muchos recursos, pero gracias a las colaboraciones lo logramos. Conseguíamos unas naranjas por aquí, unas arepas por allá, y nos montábamos en el autobús, acompañados por la música y el entusiasmo. Gitanos de espíritu y de corazón.» **BAILAR COMO SI FUERA LA ÚLTIMA VEZ** Para la década de los años ochenta, Nina era muy conocida en la ciudad: no había niña valenciana que amara la danza que no se hubiese acercado

a las puertas de su escuela. Sus alumnos la describen como una mujer hermosa, energética, con una exuberante personalidad y unos ojos azules que en espacio de minutos podían brillar de afecto, volverse fríos al analizar una situación o echar chispas si alguna coreografía no era ejecutada con entrega. Entraba al salón con sus altas plataformas y sus lentes oscuros sobre el cabello negrísimo. Reía con una fuerza que alegraba y asustaba a la vez. Era como un pequeño sol en su salón. Inolvidables han sido las metáforas que usaba para que sus discípulos pudieran comprender mejor la esencia de los ejercicios: «La segunda posición de los brazos –decía– era como si abrazaras un globo gigante». La disciplina que reinaba en sus clases era intensa y definitiva, pero tenía razones de peso: «Para ser bailarina hay que tener precisión, sensibilidad, piernas de acero... Y lo más importante: siempre hay que bailar como si fuera la última vez». ¶ Entre sus alumnos de los años ochenta y noventa, había un grupo que sobresalía. Muchos se convirtieron en bailarines profesionales, en profesores de ballet. Y entre ellos su nieta, Elizabeth Núñez, mejor conocida como Lisa, quien indudablemente tenía una conexión muy especial con su profesora. Lisa la llamaba *Baba*, que en ruso significa abuela. «Me identifico con Lisa porque somos muy parecidas: extrovertidas, muy directas... Y además tiene el don de la danza.»

¶ También en los ochenta surge la figura de David Noguera, un bailarín muy destacado que se convertiría en un colaborador cercano de la profesora y heredero de la dirección de la escuela. «David mantiene mi legado. Él se ha entregado a la danza como yo. Es un gran amigo, es muy solidario, es como un hijo... Y además me hace reír mucho.» **UN TRABAJO BASADO EN LA INTUICIÓN** Durante los 60 años, en la escuela de Nina se formaron miles de bailarines. Cada década graduó un promedio de cuatrocientos profesionales. Durante ese tiempo, Nina creó más de quinientas piezas originales y adaptaciones del repertorio clásico. «Todo mi trabajo fue realizado bajo la intuición. Nunca hubo un plan, un proyecto que yo pudiera comunicar a otros. Simplemente seguía mis instintos.» Irónicamente, lo único que planificó fue lo que nunca se le dio: crear una compañía estable de ballet para Valencia. «Esa podría decirse que ha sido mi única frustración. Pero no me arrepiento de nada, pues en todo vi una oportunidad y una lección.» ¶ En 2001 le quitaron la sede de la escuela. «Me quedé muda y casi pierdo mis cuerdas vocales. Fueron sesenta años de enseñanza... Era imposible imaginarse la vida sin un espacio.» En 2003 obtuvo el Premio Nacional de la Cultura. En 2010 la Gobernación de Carabobo le otorgó una nueva sede a la escuela que lleva su nombre, dirigida ahora por David Noguera. ¶ Nina siempre tuvo una visión moderna de la enseñanza, no solo en cuanto a técnica, sino también en cuanto a criterio social. En su tiempo, sacar al ballet del teatro y llevarlo a cualquier escenario de calle era una verdadera novedad. «Todos necesitamos del arte, todos necesitamos sentirnos elevados. Lo hermoso del

arte contrasta con la realidad, que puede ser dura y difícil. El ballet ha sido el gran compañero de mi vida. Es mi manera de transmitir, de encontrarme con otros, de celebrar la vida.» ¶ Sus alumnos no la olvidan. Su imagen, sus historias, su particular manera de enseñar y sentir se llevan bajo la piel. Al crecer, entienden que la firme disciplina de sus clases es indispensable para sobrevivir en el mundo. En Miami, Caracas, Toulouse, Londres o Nueva York sus verdaderos herederos comparten un legado. Todos llevan la misma técnica, los mismos métodos, la misma sensibilidad, el mismo amor. ¿Habrá manera de rendirle tributo a la lejana «cónsul rusa»? Lo hacen todos los días sin darse cuenta.

Nina
Nikanorova
CARABOBO



Entrevista

Mariana Maldonado

Comunicadora social. Maestría en escritura y dirección de cine. Guionista de producciones de ficción, animación y documentales. Con *Pedro y El Lobo* ganó el Premio Oscar (2008).



Fotografía

Vera Franceschi

Arquitecto. Estudios de fotografía en los Talleres de Roberto Mata. Maestría en Fotografía Documental. Fotógrafa profesional desde 2005. Realizó su primera exposición individual en Miami (2012).





J o s é A n t o n i o P e r e i r a

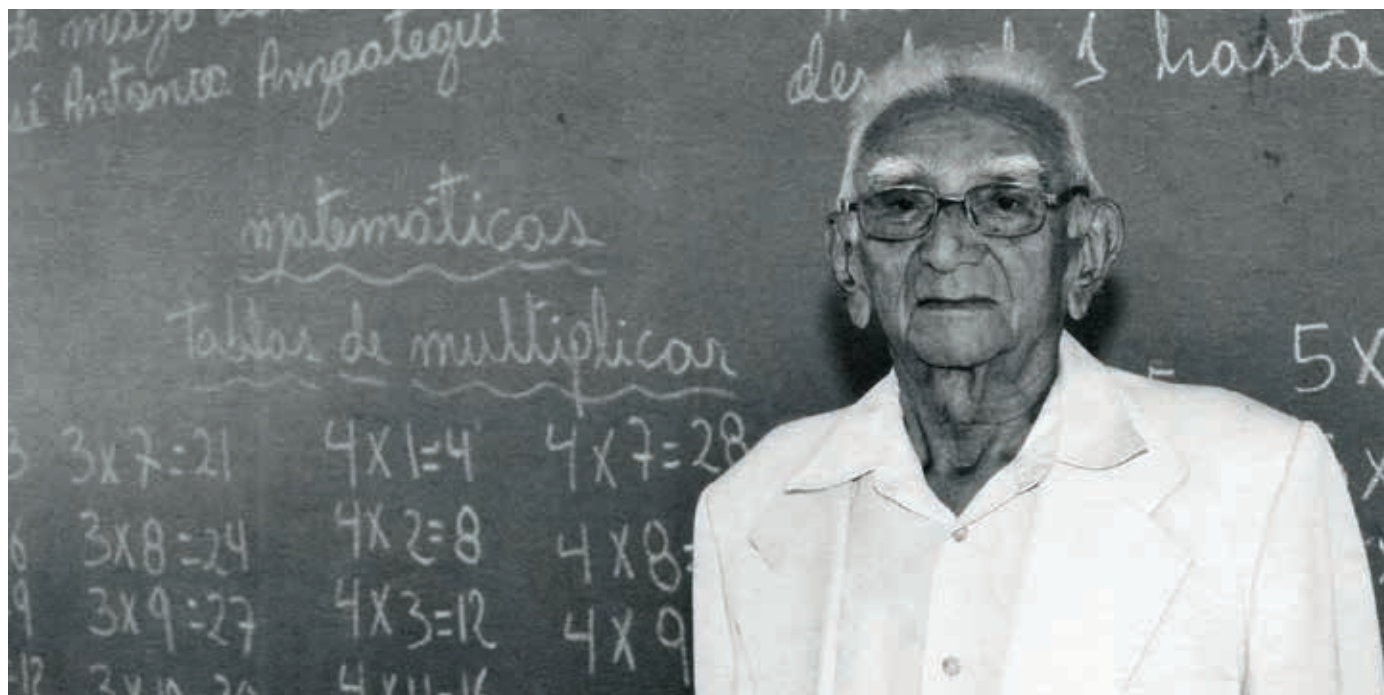
«Yo aprendí enseñando»

Nació en El Amparo, estado Cojedes, el 19 de abril de 1920. Maestro, educador, investigador, director de centros educativos. Ha ejercido la docencia durante más de cuarenta años. Ha centrado sus esfuerzos en la escuela primaria, formando a decenas de promociones. Ha recibido todos los reconocimientos de su estado natal, que se han traducido en diplomas, órdenes y discursos que se le han encargado en las más importantes ocasiones cívicas. «Orientador de juventudes» es la frase que mejor lo define.

El maestro Pereira –como es conocido por todos– es un ser de expresión sencilla. Transmite sus conceptos y pensamientos de forma entendible y asimilable, como buen pedagogo que es. En su voz se reconoce el acento del hombre del llano: una voz forjada en las grandes distancias, en las noches oscuras, en la naturaleza salvaje. A sus noventa y dos años, la gente lo trata con dulzura y respeto, reconociéndolo como un hombre que ha inculcado elevados principios morales. Habla con nostalgia de su vida, y está orgulloso de lo que ha logrado después de cuarenta años de labor académica. De esa trayectoria dan cuenta sus alumnos, hoy ciudadanos ejemplares, profesionales del desarrollo económico, social y cultural del país. Para ellos transformó el paisaje de la educación, volviéndolo más amable para la imaginación. Las pizarras dejaron de ser espantos, almas en penas, rostros de aparecidos. La tiza anuló los artilugios de la hechicería. Los pupitres abandonaron su ingenio de tortura, y el salón de clases ya no fue más un abismo oscuro, sino una llanura infinita donde se podían enlazar los sueños. ¶ José Antonio Pereira fue su discípulo y su propio maestro, su ductor y su estudiante, y como el tinajero de su casa natal de El Amparo, en Las Vegas de San Carlos, fue también el recipiente que recogió el agua que mana de un río silvestre, para calmar la sed de enseñanza de una comunidad. El «caballero blanco», como se le reconocía por su costumbre de asistir a clases vestido con un traje de blanco absoluto, navegó aguas abajo, aprendiendo de las corrientes envalentonadas y, a veces, de su caudal limoso, la esencia mutable de las almas. Y luego haciendo el viaje de retorno aguas arriba, bogó en paz por las formas onduladas de las aulas como maestro insigne de educación primaria urbana. **EL AMPARO** El maestro Pereira es el segundo hijo de Rafael Ernesto Pereira y María Luisa Barrios, padres de ocho hijos. «Dilia María era mi hermana mayor. Luego vine yo. Después María Esperanza, Josefina, Luis Alberto, Elba Luisa, Ismael (que murió a los seis meses) y Ligia Mercedes. Tengo además otros hermanos del primer matrimonio de papá, que fueron doce, pero yo conocí solamente a tres: Josefa Perfecta, Rafael Eusebio y Ana María.» ¶ Criado en un núcleo familiar patriarcal, en donde los vínculos se establecían mediando afecto y rigor, ternura y obediencia, el maestro Pereira recibió de sus padres la palabra dicha con reverencia respetuosa, la fe de quienes saben profesarla, los sentidos de convivencia y armonía. En esa forja reside la esencia de su trabajo como docente: un trabajo novedoso, pionero, desarrollado en una geografía desprovista de oportunidades, en unas regiones que apenas habían andado sus primeros pasos en el siglo xx. ¶ «Yo nací el 19 de abril de 1920 en El Amparo, en Las Vegas de San Carlos del estado Cojedes. Y como era la víspera de San Perfecto, mis padres me bautizaron con cuatro nombres: Héctor Perfecto José Antonio. En esa época no se conocía la luz eléctrica. Buscábamos el agua en un par de latas, en el río Cojedes, para el consumo de la casa. Llenábamos un tinajero que tenía una piedra

especial, con un hueco, por donde se filtraba el agua. Parece que le echaban carbón y arena. Y a pesar de que el agua salía filtrada, uno siempre padecía de parásitos intestinales.» ¶ En estas regiones se vivía a la merced de la tierra, con sus restricciones y oportunidades. Seducidos, sin saberlo, por el horizonte abierto, que invitaba al ensimismamiento contemplativo, los habitantes de aquellos días, muchos de los cuales cabalgaban bajo los ardorosos soles, se sumergían en las faenas pastoriles. En medio de aquella villa, el padre del maestro Pereira, don Rafael Ernesto, era el patriarca de una familia «con modos». Poseía un arreo de burros, un tren de carretas de mula y unos bongos. Con los bongos, canoas grandísimas que impulsaban dos o tres remeros, don Rafael Ernesto comerciaba por el río Cojedes, desde Barquisimeto hasta San Fernando de Apure, pasando por El Baúl, Camaguán y Guadarrama, llevando mercancía que no se producía en el llano. Y de vuelta, remontando el mismo río, durante varios días, las embarcaciones regresaban cargadas con semillas, queso y carne de chigüire, para revenderlos en San Carlos. «Mi papá era un acomodado comerciante de El Amparo, y tenía conocimientos amplios de medicina. Allí también tenía una farmacia, “La Mariposa”, donde elaboraban medicamentos para las enfermedades de los habitantes del caserío.» Don Rafael Ernesto era un hombre primordial, con la concepción de que la fortuna solo le sonríe

José
Antonio
Pereira
COJEDES





a quien sabe, se arriesga o sacrifica. En la casa, mientras tanto, su esposa, doña María Luisa, cuidaba a los niños. **DE EL AMPARO A TINAQUILLO** Al maestro Pereira se le requiebra la voz cuando evoca sus recuerdos. A sus noventa y dos años, a pesar de las dificultades auditivas, escucha con claridad. «En El Amparo, además de ir a una escolita unitaria que dirigía el señor José Ramón Pérez, mis hermanos y yo acarreamos agua, cumplíamos con los mandados y cortábamos paja para las bestias de papá. De aquella escolita, que solo admitía varones, pues las hembras recibían la instrucción en el mismo hogar, salí con segundo grado. Y solo cuando nos mudamos a Tinaquillo, mis hermanos también pudieron asistir a la escuela. Era en 1930 y yo tenía diez años. En Tinaquillo tuve que repetir el segundo grado. Y estudié hasta cuarto, pero sin aprobarlo.» La escuela en la que lo inscribieron se llamaba Anzoátegui, de la que al cabo de los años, sin sospecharlo, sería también su maestro y subdirector. En el diminuto poblado, de economía agrícola de conucos, José Antonio obtuvo el temple de los agricultores, prudente y laborioso a la vez, y en esa vida sosegada se originó quizás la actitud contemplativa y la paciencia necesarias para los desafíos que vendrían después. La estadía duró poco, pues la familia emprendió rumbo a El Pao, en otro de los municipios de Cojedes. ¶ «Nos mudamos para El Pao. Y allí no me inscribieron porque tenían la intención de mandarme a la isla de Trinidad. Mi tío Jorge Pereira, hermano de papá, vivía allí desde 1917, exiliado por la dictadura gomecista.» Allí se residenció en Puerto España y fundó el liceo “Andrés Bello”. Nacido en 1865, Jorge Pereira, sin duda la más importante referencia vocacional de su sobrino, fue un reconocido periodista. Defensor de la autonomía del estado Cojedes, había egresado como doctor en Ciencias Médicas de la Universidad Central de Venezuela a finales del siglo XIX. Formó parte del cuerpo de redacción de los periódicos *El Federalista* (1891) y *El Radical* (1890), en uno de cuyos números publicó un polémico artículo llamado «La instrucción en Cojedes», en el que atacaba la política regional educativa. ¶ Junto al doctor Rafael Ruiz Mirabal y al presbítero Antonio María Sánchez, Jorge Pereira había representado al estado Zamora en las discusiones sobre límites estatales que se hicieron en Caracas, en 1896. Y en Trinidad permaneció hasta 1940. «Mi tío me mandó a buscar para terminar de darme la formación escolar. Yo tenía unos catorce años. La gente decía que yo no podía ir porque debía pagar una fianza en libras esterlinas. Ese traslado a Puerto España lo hice yo solo. Me mandaron hasta Puerto Cabello con un hermano mayor del primer matrimonio de papá. De Puerto Cabello me encomendaron al capitán del buque *Cordillera*, de Hamburg-American Line, una línea alemana. Era un buque grande, muy veloz, con capacidad para novecientos pasajeros. Seguramente el capitán tendría la impresión de que trataba con un indio, con una persona incivilizada, porque me mandó a firmar mi nombre. Cuando lo hice, me aplaudió.» El viaje duró una tarde

con su noche, hasta el día siguiente. La fuerza del oleaje, tan distinta a las aguas inexpertas del río Cojedes, lo afectó. Todavía dice sentir los crujidos de la nave, que en la memoria terminaron transformándose en sentencia y credo. Al descender en el muelle de Puerto España, su tío lo esperaba. Llevaba una maleta con una muda de ropa. Llegaba a un país extraño, de distinta lengua, lleno de miedo. **DE EL PAO A PUERTO ESPAÑA** Cuando el maestro Pereira, o más propiamente el niño José Antonio, llegó a Puerto España, en 1934, lo hizo a una colonia de la Corona Británica, a una ciudad «hecha y derecha», que tenía su origen en la combinación de muchas identidades. Una mezcla de desamparo y tumulto, de ruptura y revelación, ha debido remover los cimientos del joven llanero. «En primer lugar, hay que advertir que, al contrario de Tinaquillo y El Pao, Puerto España era una ciudad con adelantos: agua potable, luz eléctrica, cloacas. Allí se mezclaban múltiples culturas: española, africana, francesa, holandesa, británica, irlandesa, portuguesa e, incluso, china e hindú. Era además una ciudad portuaria, con esa dinámica propia que mezcla los idiomas conocidos con otros que nacieron en esos territorios, como el inglés criollo (indotrinitobaguense), el *patois* o el *créole*, que surgen de la inmigración forzada de los miles de africanos esclavizados. Puerto España era una ciudad totalmente distinta de lo que había visto hasta mis catorce años: podía concentrarme en mis estudios porque ya no tenía que buscar agua en el río.» ¶ En aquella escuela fundada por su tío Jorge, donde estudió cinco años, el maestro Pereira encontró un universo distinto. Allí aprendió historia de Venezuela, historia Univer-



sal, geografía de Venezuela, matemáticas. Adquirió dos idiomas: inglés y francés. Convivió con múltiples influencias, que le revelaron una diversidad armoniosa: observada, escuchada y saboreada en la gente y su habla, en la música, en la gastronomía. Allí asistía a clases con todos los alumnos, sin división de grados. Pasaba las vacaciones en una hacienda de cacao llamada «Maraca Luango». Compartía con la gente del servicio de la escuela, con los que hacían la comida y lavaban la ropa, con empleados de los suburbios de Puerto España, que hablaban en inglés y *patois*. «Allí estudié hasta los diecinueve años, cuando muere papá, en 1939. Entonces partí a Venezuela.» **DE PUERTO ESPAÑA A EL BAÚL** «Regreso a Venezuela, a El Baúl, para encargarme de la familia. En aquel entonces, El Baúl era una población de tres calles longitudinales, paralelas al río Cojedes, y dieciocho pequeñas calles de tierra perpendiculares, que terminaban en la orilla del río.» El pueblo estaba cercado para evitar la entrada del ganado. Las aguas del río eran la única fuente de abastecimiento de sus habitantes. La proliferación de enfermedades era atendida por una medicatura rural, bajo los cuidados del médico español Mateo Alonso. Para la educación, los niños contaban con una institución, la Escuela Federal Graduada «Nicolás de Castro», dirigida por Higinio Morales. Allí comenzó como maestro, cargo que le había cedido su hermano mayor, hijo del primer matrimonio de su padre. «Él quería que yo me encargara de la escuela, y entonces me trajo a la Inspección Técnica de Educación de Tinaquillo, para entrevistarme con el doctor Eduardo Viso, muy famoso y muy estricto en la escogencia de los maestros. Mi hermano le explicó que yo venía de Puerto España, que había estudiado allá durante cinco años. El doctor Viso me mira detenidamente y me pregunta: “¿Entonces usted sabe inglés?”. Intimidado, le respondo: “Un poquito”. Viso saca un libro de inglés de una gaveta y me dice: “¡Lea aquí!”, señalándome una página. Por pura coincidencia, la página se refería a la Cruz Roja, con menciones a Florence Nightingale y Henri Dunant, a quienes conocía bien. Leí en inglés y, después de hacerlo, me preguntó: “¿Qué dijo usted?” Le expliqué que la lectura estaba relacionada con la Cruz Roja, en cuya creación, en 1870, tuvo una influencia decisiva la enfermera nacida en el seno de una familia británica, Florence Nightingale, y su fundador, el filántropo y activista en favor de causas humanitarias, Henri Dunant.» ¶ Aquella respuesta sirvió para que el doctor Viso tomara la decisión de darle el cargo de maestro en El Baúl, en la Escuela «Nicolás de Castro», en 1940. Allí impartiría clases, a alumnos entre los diez y doce años, de Castellano, Historia y Geografía. Con veinte años de edad, y con lo que había aprendido durante los cinco años de escuela en Puerto España, el maestro Pereira iniciaba su carrera. Reconoce que su pasantía por aquella ciudad de mil culturas fue determinante para su decisión de convertirse en maestro. Esa experiencia, sumada al ejemplo dado por su tío Jorge Pereira, fueron fundamentales,

pues a partir de entonces tomó el camino que lo condujo a convertirse en una presencia influyente de la educación venezolana. **DE EL BAÚL A TINAQUILLO**

Aquellos años en El Baúl fueron tranquilos, de relativa paz. El pueblo contaba con doce establecimientos, entre pulperías, tiendas y bares. Como aún no había llegado la planta eléctrica, las casas, durante las noches, se iluminaban con lámparas de carburo. Todavía para entonces, sus calles eran cruzadas por misioneros, clérigos, hombres a caballo. Enamorados de la faena pecuaria, sus habitantes llevaban una vida sosegada y una paciente actitud sobre el surco. En aquella pampa rica en pastos, cruzada por rebaños de ganado vacuno, rodeada de pequeñas montañas que embaulaban la villa, el maestro Pereira se casó, en 1939, con doña Carmen Yolanda Hernández, de cuya unión nacieron dos hijos: José Antonio y Delly Josefina. ¶ Al cabo de unos años, el maestro Pereira volvió a Tinaquillo con su esposa y su hijo pequeño, José Antonio. Como su padre, buscaba la veta de la fortuna que solo se le entrega al que sabe, al que arriesga, al que se sacrifica. De Tinaquillo pasa a Valencia. Eran los años posteriores a la caída del general Medina Angarita. Lo instaban para que se inscribiera en un partido, pero él se negaba, aludiendo que no era político. Buscó la forma de evitar lo que estimaba una suerte de persecución. En Valencia, un amigo suyo le habló de una escuela que iban a crear en Puerto Cabello. Pero entre viajes, mudanzas e indecisiones, un nuevo ofrecimiento lo cercaría en breve. Un supervisor educativo, de apellido Rivas, le preguntó sobre sus planes profesionales. Él le contó que buscaba un traslado, que deseaba estabilizarse, arraigarse, de manera definitiva, en un solo lugar. El supervisor le dijo: «Yo tengo un cargo para ti, en la escuela «Anzoátegui»». Era el año 1948. A este cargo se le añadió otro: maestro en el Centro de Cultura Popular de Tinaquillo. La primera posición la desempeñaba de día; la segunda, de noche. Al cabo de un mes de haber iniciado actividades en la Escuela «Anzoátegui», recibió una carta de felicitación del director de ambos planteles, profesor Eduardo Noguera: el maestro Pereira cambiaba realidades. ¶ La razón principal de la correspondencia era reconocerle su capacidad para imponer disciplina en un aula de alumnos revoltosos. ¶ «Eran muchachos de catorce, quince y dieciséis años, todos muy tremendos. Pero como yo estaba acostumbrado a trabajar con dos grados a la vez, apliqué una táctica que había usado antes. A los que terminaban una tarea y querían retozar, les ponía otra tarea. Una estrategia adquirida con la experiencia me sirvió como herramienta pedagógica.» ¶ Instalado como maestro regular en la Escuela «Anzoátegui», inició entonces un período de formalización académica como maestro. Tenía la autorización de la Inspectoría Técnica para dar clases, pero debía formalizar sus estudios. Como su padre, debía remontar el río, trayendo consigo los productos que había conseguido en sus viajes para ofrecerlos en su lugar de origen. Realizó diversos cursos y aprobó cuarto, quinto y sexto grado. Los cursos eran por

correspondencia: debía viajar a Caracas para su convalidación, a través de los exámenes correspondientes. Este recorrido comenzó en 1945. ¶ Con la creación en 1950 del Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio, se inició la capacitación profesional de las personas que prestaban servicios docentes en la Educación Primaria sin poseer el título correspondiente. Esta oportunidad fue aprovechada por el maestro Pereira para presentar los exámenes de opción a los Certificados de Primaria Elemental y Primaria Superior. Y así, en 1956, se graduaba de maestro de Educación Primaria Urbana. Con lo que había aprendido en las aulas improvisadas de un país que se abría a la educación, se formó a sí mismo, como alumno y maestro, en un recorrido de dieciséis años. ¶ Ahora convertido en instructor, disfrutaba del paisaje fluvial, de los frondosos bosques de la ribera, del canto de las aves que se refugiaban en los árboles. De aquella fronda emergía el trino, el gorjeo, el graznido, el chillido de turpiales, arrendajos y gonzalitos, y en sus orillas se asomaban las caras de picures, lapas y venados. Cambió las semillas, las hamacas, las alpargatas, los cinturones y los alimentos que vendía su padre, por las conjugaciones verbales, las pizarras, los lápices y los libros de Historia Universal, Geografía y Matemáticas. El aula de la naturaleza entraba ahora al salón de clases de la escuela «Anzoátegui», encendida con la luz del conocimiento del maestro Pereira. En aquella escuela se mantuvo hasta su jubilación, en 1978. Si el día de su salida sus funciones como maestro terminaban, la calle, la colectividad y la institucionalidad educativa dicen lo contrario: maestro es ahora un nombre con el que han rebautizado a José Antonio Pereira.



Entrevista

Rafael Simón Hurtado

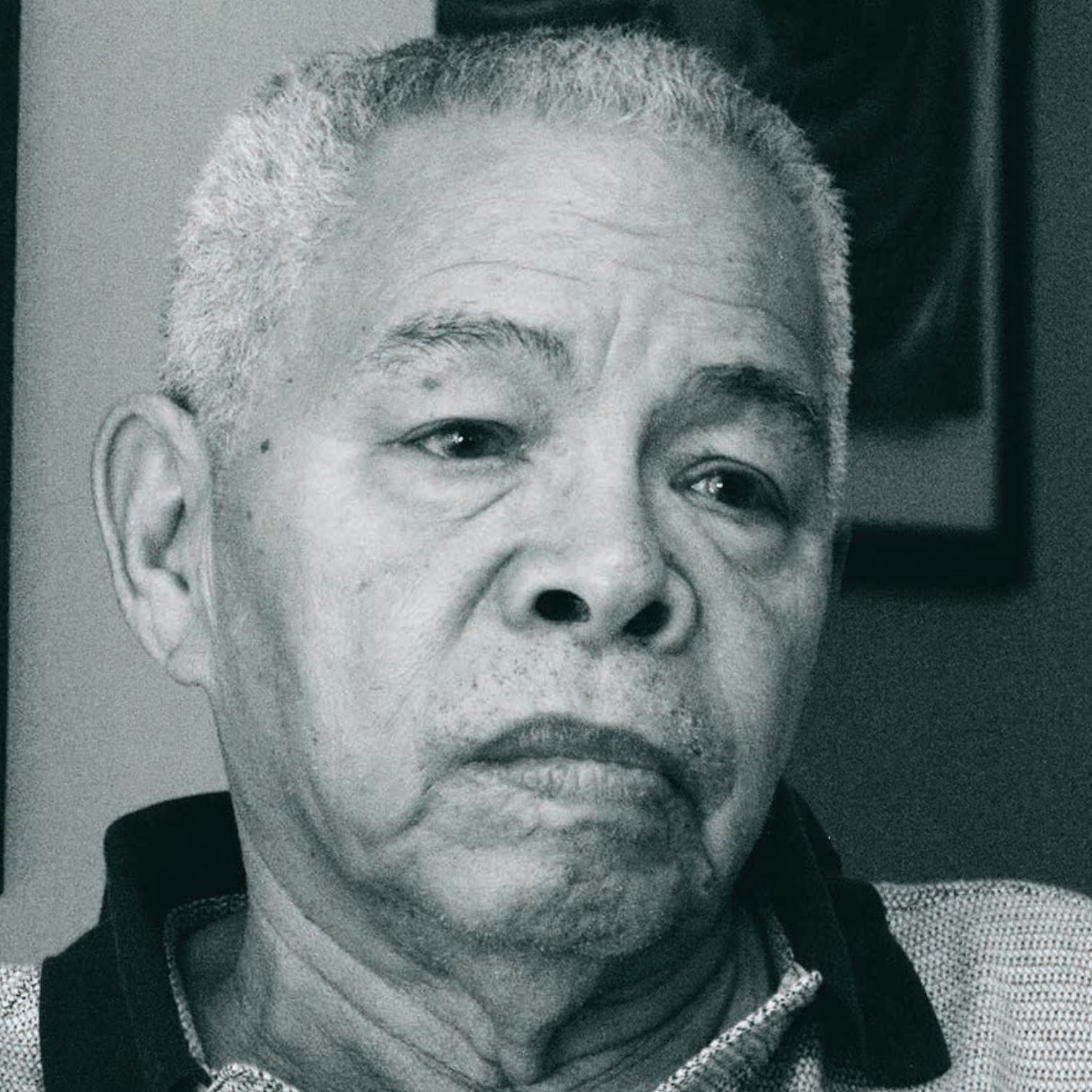
Comunicador social y editor. Director de la revista *Laberinto de Papel*. Ha publicado *Todo el tiempo en la memoria*, *Leyendas a pie de imagen*, *Croquis para una ciudad*. Premio Nacional de Periodismo Científico.



Fotografía

José Antonio Rosales

Chirgua, 1968. Diplomado en Fotografía. Fotoperiodista de la Universidad de Carabobo. Miembro del Círculo de Reporteros Gráficos. Premio Bienal Nacional de Fotografía (2011).



O s w a l d o B r i t o

«Media Tucupita nació en mis manos»

Nacido en Tucupita, en 1935. Primer ginecólogo de la ciudad. Se graduó en Brasil. Fundó la seccional del Ipasme en Delta Amacuro. Formó una importante generación de parteras. Es, además, artista plástico, con obra que evoca el paisaje colorido del delta del Orinoco. Tuvo más de cincuenta hermanos.

LA REMOTA INFANCIA Yo nací en Tucupita cuando Tucupita era capital del Territorio Federal Delta Amacuro. Tuve la felicidad, la suerte, de conocer el Delta en su fase más pura y menos moderna. Una fase más referida a la condición humana que a la condición técnica. El Delta siempre fue una entidad sumamente acogedora, un primor de sinceridad, de expresión positiva de todas las cosas, con un criterio inmejorable de familia y de compañerismo. Tuve la dicha de nacer aquí y de tener una infancia realmente feliz. ¶ El Delta era muy bucólico. Para entonces tenían mucha importancia la amistad, la sencillez, la sinceridad, la fidelidad. Se valoraba el desprendimiento hacia todas las cosas, y también la generosidad. Privaba además algo que todavía recuerdo con nostalgia, y es el respeto a los mayores: si nosotros discutíamos, por ejemplo, con una persona mayor, éramos castigados, se nos llamaba la atención. Había un culto especial por las personas que ahora llamaríamos de la tercera edad: los maestros, los médicos... Esos valores están hoy en proceso de extinción. Veo ahora que algunos médicos lo son por una cuestión de índole económica, por necesidades materiales, pero antes no era así. Yo recuerdo, por ejemplo, que en mi infancia el doctor Delfín Mendoza, uno de los pocos médicos del pueblo, era un profesional a tiempo completo: de mañana, tarde y noche. Yo nací en sus manos y, en quinto grado, decidí que yo quería ser médico como él, como mi padrino Delfín Mendoza. ¶ Nosotros vivíamos en la calle Bolívar, casi en el límite con la calle Tucupita. A esa zona la llamábamos Verdún, y quedaba cerca de la Plaza de los Fundadores, donde actualmente está el Hospital del Seguro Social. Todos los que allí vivíamos éramos humildes, muy humildes. Nosotros nos poníamos zapatos el 24 de julio, el 19 de marzo (día del Santo Patrono de nuestra ciudad) y la Nochebuena, con los estrenos. Los demás días andábamos felices en alpargatas, jugando picha o trompo. Huíamos de la escuela y nos íbamos para el río, y ahí fue cuando aprendí a nadar. Pasábamos toda la mañana en el río, y a eso de las once empezaban los mayores a salirse del agua, a sacudirse y a secarse el pelo. Yo no tenía necesidad de eso porque mis *chicharrones* no se mojaban. Entonces al ratico ya estaba listo. **AÑOS DE ESTUDIO** Recuerdo amorosamente a Maximita de Marcano, mi maestra de segundo grado. La tengo siempre presente como ejemplo de lo que debe ser un educador. Aquel cariño, aquella ternura, aquella firmeza, porque también Maximita nos castigaba. En tiempos más recientes me conseguí a un hijo de ella, jefe nacional del Ipasme cuando yo era jefe del Ipasme en Tucupita, y entre los dos nos pusimos de acuerdo para construir una sede en el Delta. Compramos dos parcelas: una a Bonifacio Cummings y otra a Master. Esas parcelas tenían un área como de cuarenta por cuarenta. Conseguimos la maqueta y todos los planos del Ipasme de Carora. Entonces construimos el Ipasme de Tucupita igualito al de Carora. Esas son las cosas que me enorgullecen de haberle dado a mi ciudad. ¶ Volviendo a Maximita, a esa

mezcla de ternura con firmeza, se da la situación de que algunos maestros modernos piensan que la delicadeza le quita firmeza o fuerza a la educación. Yo pienso que es todo lo contrario. Eso de que la letra entra con sangre... Eso no, eso ya está superado. Más vale la ternura, más vale comprender las cosas y hacer comprender por las buenas. La técnica militar, a la brava... Eso no tiene sentido. ¶ Yo estudié en la Escuela Federal Graduada Alejandro Petión, que era una escuela de varones, porque la otra que existía era la Celestino Peraza, que era la de hembras. El director de la Escuela Petión era el bachiller Lanza: un tipo blanco, alto, peleón, autoritario, pero con una dedicación absoluta y un gran amor por el Delta. Quizás por eso le aguantábamos sus bravatas, sus rabias, sus castigos. El hombre era excelente, era un verdadero forjador de juventudes. Yo siempre he necesitado, y todavía en la ancianidad, que alguien me meta las cabras en el corral y me diga cómo es que tienen que ser las cosas. ¶ **CONTEXTO FAMILIAR** Mi mamá se llamaba Florencia Brito, pero le decían Chenchita. Era costurera. Ella hacía un vestido que le iba a llevar el sábado a la señora tal, que se lo había encargado, y le cobraba cuatro bolívares. En ese entonces, para que tengamos una idea, un kilo de cochino costaba dos bolívares y una

Oswaldo

Brito

DELTA AMACURO



gallina también costaba dos bolívares. De esos cuatro bolívares del vestido me regalaban una locha. ¶ Mi papá, que era un fenómeno, se llamaba Vicente Mejías. Tenía ciertas inclinaciones hacia la política y hacia las letras. Estudió hasta segundo grado de primaria, pero por diferencias con el gobierno de Juan Vicente Gómez fue preso en la cárcel de La Rotunda. Allí estuvo tres años, rodeado de abogados que también estaban presos. Algo ha debido aprender de ellos porque salió de allí convertido en un picapleitos. Luego en Tucupita fue fiscal del Ministerio Público o juez de Primera Instancia o defensor público de presos. Tenía una biblioteca de leyes que todavía me fascina. Si yo no hubiera estudiado Medicina, creo que hubiera estudiado Derecho. Él no sabía propiamente de leyes, pero sí sabía de las fallas de las leyes. Venían entonces abogados de Caracas y de otras partes a consultarle cómo debían llevar un caso. ¶ Mi papá era un gran mujeriego, pues nosotros en total somos cincuenta y cuatro hermanos. Yo nací cuando él tenía sesenta y cinco años y mi mamá cuarenta. Fui de los últimos hijos, y yo digo por eso que debo ser un poco retardado. De esos cincuenta y cuatro hermanos, yo conocí como a treinta y pico. ¶ Mi padre era un señor más o menos alto, bien cuidado. Tenía un muy elevado criterio de la amistad. También enseñaba música y tocaba el violín. A las siete de la mañana, cuando despertábamos, nos ponía una plana a cada uno antes de ir a la escuela. Las planas eran frases como «Haz bien y no mires a quién» o «América para los americanos» o cosas por el estilo. Aunque con segundo grado de primaria, él tenía una escritura inglesa. Fue una persona que se cultivó por sus propios medios: el clásico ejemplo del autodidacta. El viejo nunca me pegó, pero tenía un método mucho más efectivo: cuando desobedecía, cuando tenía mala conducta, me decía: «Usted se ha portado mal. Usted es un hijo que no merece... tal o cual cosa». Y entonces me imponía el castigo, como por ejemplo seis meses sin ir al cine. Para mí era como la muerte, porque yo he sido toda mi vida muy aficionado al cine. Ayudó a ese enamoramiento que dos de mis hermanos fuesen porteros: uno del cine «Chollet» y otro del cine «Chango», que quedaba en el cruce de calle Mariño con Bolívar. Este último no tenía techo y, cuando llovía, perdíamos la función. Yo hubiera preferido que el viejo me diera una paliza en vez de castigarme con no ir al cine o con no salir de noche durante tres meses. Esos eran sus castigos: castigos que nunca eran físicos, castigos que son más bien del alma, que son los que duelen realmente. Así también he tratado yo a mis hijos. ¶ La rigidez de mi padre podía llegar a extremos. En una oportunidad le dije: «Mire, papaíto. Usted me castigó y el castigo se cumple mañana. Pero hoy empieza una serie de vaqueros y yo quería saber si...» Él me atajó y me dijo: «Sí, pero si yo lo castigué hasta mañana, entonces usted está castigado hasta mañana». Siempre enérgico, siempre firme. **HOMBRE DE POCOS AMIGOS** Aparte de su personalidad, de su firmeza, de sus maneras, siempre admiré en mi

padre su manera de tratar a los amigos. Y creo que yo he heredado sus maneras. Era hombre de muy pocos amigos, pero entrañables. Tenía la seguridad absoluta de que cuando buscaba a un amigo, este siempre iba a responderle. Es mejor tener pocos amigos, pero contar con ellos, que muchos que al final se diluyen. Así que yo también he terminado siendo un hombre de pocos amigos. ¶ El amigo más grande que

tuve en vida se llamó Raúl Maza Mérida, mejor conocido como el doctor Maza.

Dios me lo quitó y ahora me quedan menos. Mencionaría, por ejemplo, a Antonio Cabral, a Dámaso Pérez, a Tony Tong, a mi entrañable José Balza y a algunos más.

Son pocos, pero los que tengo, los tengo de verdad. Prefiero la generosidad de

alguien que me quiere a esos amigos de bulto que desaparecen. **C A B E Z A D E**

R A T Ó N En función de mi profesión, me he pasado la vida haciendo favores. Se da la situación de que hay gente que tiene seis hijos y yo le he atendido los seis partos.

Y yo me siento sumamente orgulloso de eso. Media Tucupita nació en mis manos, cuando no había quien trajera gente al mundo. Tuve que hacer la reválida y luego el posgrado en la Maternidad Concepción Palacios. De manera que yo soy el primer médico con título de posgrado que vino para acá. Cuando terminé mis estudios en la Maternidad, me dije: «Yo no me quedo acá. Yo me voy para Tucupita. Prefiero ser cabeza de ratón y no cola de león». Y aquí siempre fui jefe. O sea, médico que le tocó preparar a las parteras, luego becario, luego médico cursante de posgrado, luego Especialista I, Especialista II, Jefe de Servicio, Jefe de Departamento... Y así hasta tener con mucho orgullo a dieciséis residentes que estuvieron bajo mi guía y que tomaron mis enseñanzas hasta completar sus especialidades. Querían ser y hacer las cosas como yo las hacía. ¶ Una vez tuve un problema con un colega porque me

maltrató a una embarazada. Yo no concibo que en el momento más sublime de la vida de una mujer, un médico la venga a maltratar, no importan las razones. Eso no tiene lógica ni razón de ser. Tener una infancia pura como la que tuve, una infancia extraordinaria, aunque todos fuéramos pobres, aunque todos careciéramos de cosas, nos llenó de sinceridad, de afecto, de comprensión, de honradez. Si yo tenía un real, todos me preguntaban de dónde lo había sacado. Porque a nosotros nos enseñaron a no mentir, a no robar. Nadie nos decía cómo debíamos hacer las cosas, pero con los ejemplos vivos que veíamos, sobre todo de los mayores, entendíamos el sentido del respeto y la distancia. **I N F L U E N C I A S D E F I N I T I V A S** En casa mi papá

tenía una biblioteca grandísima, principalmente de libros de leyes, pero también de novelas. Yo desde temprana edad fui un lector infatigable. Después de la biblioteca familiar, pasé a la biblioteca que está frente a la Gobernación. Allí leí todos los libros de la colección «Tesoros de Juventud», con aquellos extraordinarios títulos de autores franceses traducidos al español. Por otro lado, mi mamá, que apenas tenía segundo grado de primaria, leía todos los días *El Nacional*, *El Universal* y *La Esfera*. Tenía una



cultura que ella misma se había impuesto, sobre todo de lecturas políticas. Mi papá era más bien un científico del Derecho, y entonces sus lecturas las orientaba por esa vía. Para ser consecuente conmigo mismo, yo leía a autores como Xavier de Montépin o Guy de Maupassant, escritores franceses que leíamos como hoy se ven telenovelas. No había televisión en esa época, pero todo estaba en los libros. Nosotros encontrábamos los ejemplos, las normas, la orientación, en los libros. En medio de ese ambiente cultural, yo era inmensamente feliz. ¶ En mi casa éramos tres hermanos, todos hijos de mi mamá. Pero entonces el viejo trajo a dos de sus hijos para vivir con nosotros. Y por último mi tía Juanita, que tuvo un problema mental y se ahogó en Chaguaramas, dejó siete hijos que fueron repartidos entre la familia, dos de los cuales vinieron a nuestra casa. Entonces nosotros éramos dos de mi papá, dos de mi tía Juanita y tres de mi papá y mi mamá. Me acostumbré a las familias numerosas desde pequeño. No estoy de acuerdo con ese concepto de familia actual, según el cual se deben tener dos o tres hijos. Por otra parte, pienso que a los hijos no se les puede dar ni dejar dinero, porque ellos no saben cuánto cuestan las cosas y todo lo malbaratan. Lo que hay que ofrecerles a los hijos es educación, buena educación.

¶ Yo tengo doce hijos. La última que me quedaba por formar es Verónica, quien acaba de terminar su carrera de Ciencias Políticas. Todo el mundo la está incitando a que se lance y haga esto o aquello en la vida política pública. Pero yo le digo que no, que se quede tranquila. Ella se está formando en política, pero no para ser un político improvisado, un tirapiédras, de los que hay a granel. La política como ciencia es algo admirable, pero la gente no está al tanto de saber la pureza que la política representa: creen que la política es nada más que prometer y no cumplir. **MISTERIOS DE LA VOCACIÓN** La vocación no existe. El doctor Delfín Mendoza andaba con pedacitos de queso en los bolsillos y tomaba cerveza todo el día, pero atendía a sus pacientes a toda hora: de día, de tarde, de noche. No se negaba nunca. Llegaba a las casas y le daban café. Era un hombre que despertaba la admiración de todos, propios y extraños. Yo nací en manos de ese caballero. Parto prematuro, de seis meses y medio. Pesé un kilo doscientos. Posiblemente estaba destinado a morir, pero me salvé. Yo les digo a mis colegas que estoy vivo porque en ese tiempo no había peditras, pero la gracia no les gusta mucho. ¿Cómo criarme sin ver a mi padrino como un ser de mucha fuerza espiritual? Con ese modelaje encima, cuando tuve uso de razón, hacia quinto grado más o menos, yo me dije: «Voy a ser médico como mi padrino, voy a ser partero». Y así fue. Estudiaba tercer año de Medicina en Brasil, cuando el Consejo Universitario me preguntó: «¿Qué quiere ser usted en Medicina?» Y yo contesté: «Quiero ser médico de partos». ¶ Me formé en la Maternidad de Río de Janeiro, donde te pagan lo que te enseñan. El día en que estás de guardia, te pagan la ropa, te dan la comida. Nunca tienes sueldo ni nada de eso. Desde tercero a sexto

año de carrera, me la pasé haciendo partos. En Brasil tuve la fortuna de tener relaciones personales y profesionales con una pléyade de personalidades de la estructura médica brasileña, individuos que me enseñaron que el interés material nunca es mayor a la satisfacción del deber cumplido. Y quiero insistir en esto, porque si me preguntan por mis logros de vida, diría que no hay dicha mayor que la del deber cumplido. ¶

El otro día me encontré con una señora a la que yo no veía desde hace más de treinta años. Me dijo que yo le había atendido el parto «un poco rascaíto». Parece ser que yo estaba en una fiesta y me llamaron para atender una emergencia. Y yo, anteponiendo mi deber, me fui de la fiesta y le atendí el parto. Le dije: «Pero no me negué, ¿verdad?» «No, doctor, claro que no –me dijo la señora–. Usted me atendió muy bien.» La gente entiende que el médico es también un ser humano: con alegrías, vicisitudes, depresiones, como cualquier mortal. **VIAJES, MUNDANZAS, DESPLAZAMIENTOS** Nunca tuvimos oportunidad de viajar para ninguna parte. Vivíamos y estudiábamos en Tucupita, y nos parecía el mejor de los mundos. Vagamente recuerdo que yo tenía como seis años cuando mi papá nos llevó a mi hermano y a mí a Trinidad. Recuerdo que mi papá decía *I am no speak english* a los nativos de allá, y todos nos reíamos. Fuimos por vía marítima, y la pasamos maravillosamente bien. ¶

Ahora bien, mi primer viaje a Caracas fue cuando me fui a estudiar bachillerato, hacia 1949. Entré en el Liceo Andrés Bello, junto a Jesús María Rangel, hoy pediatra en el Zulia, a quien le decíamos «el Maracучo». Del primer año recuerdo dos cosas muy curiosas. Por un lado, el director del Liceo era Dionisio López Orihuela, un viejo de pelo blanco, de carácter difícil, pero a la vez apacible, cariñoso, orientador (por cierto que hoy tenemos un liceo en Tucupita que lleva su nombre). Por el otro, conocí a Carlos Augusto León, que era un izquierdista a tiempo completo, cuando ser izquierdista era como tener tuberculosis. Lucila Manzano, su esposa, tan izquierdista como él, era pequeña, pero a la vez tierna, de trato muy cálido. Ella nos daba Historia. No puedo dejar de nombrar a Federico Reyna, que era pintor. Era nuestro profesor de Educación Artística, y además un virtuoso del cuatro. Años después tuve la dicha de encontrármelo aquí en Tucupita. ¶

Ese paso del Delta campesino a Caracas, a la avenida Montevideo de Los Caobos, fue todo un acontecimiento. Al liceo nos íbamos caminando, o alguien nos acercaba en carro. Era una ciudad muy distinta a la de hoy. Yo tenía como trece años y todo me parecía agradable, maravilloso. Me gradué de bachiller el 31 de julio de 1955, en el Liceo Aplicación. Y para entrar en septiembre de ese mismo año a la Universidad, había que pagar como mil o dos mil bolívares de matrícula, que no teníamos. Entonces yo le dije a mi mamá: «Bueno, madre, yo me voy a estudiar Medicina a Brasil. Tengo unos compañeros que van a hacer lo mismo y me voy con ellos». Y efectivamente así fue. ¶

A mí me formaron con los valores de la

responsabilidad. Y siempre fui un estudiante aplicado. De manera que cuando alguien me dice que no ha podido estudiar porque es pobre o porque no ha tenido medios, a mí me entra una sonrisa medio sardónica. Mi mamá, que era una mujer casi analfabeta, con una máquina de coser de pedal, de aquellas viejísimas, se quedó sola con sus hijos cuando el viejo murió. Para entonces mi hermano quería trabajar y mi hermana quería entrar de secretaria en un sindicato. Entonces mi mamá dijo: «¡No señor! Ustedes van a estudiar». Y con esa máquina de coser nos sacó los estudios a todos. Mi hermano cursó Ingeniería de Minas y Petróleo en Estados Unidos, y yo que me gradué de médico en Brasil. Entonces que nadie me venga a decir que no estudió por ser pobre. Eso es pura falacia.

Oswaldo

Brito

DELTA AMACURO



Entrevista

Rafael Rattia

Tucupita, 1961. Licenciado en Historia. Profesor de Historia UPEL de Maturín. Ha publicado *La pasión del suicida*, *Los cantos del apátrida*, *La concepción de la historia en Cioran*, *Veinticinco escritores venezolanos ante la crítica*.



Fotografía

Ramdy Sierra

Maracaibo, 1949. Escritor, compositor, fotógrafo. Productor en Televisora Nacional y reportero gráfico de varios medios nacionales. Dirige en Maturín desde 1993 la Cátedra de Fotografía de la Escuela de Artes Eloy Palacios.



R o d o l f o B r i c e ñ o G o n z á l e z

«He ejercido dos profesiones para ayudar a los demás»

Médico pediatra y alergólogo, fue el primer comandante general de Bomberos de Venezuela. Ha enseñado todo lo que aprendió a innumerables promociones de bomberos. Sigue curando pacientes mientras organiza sus recuerdos y sus lecciones.

Es fácil esperar de un consultorio pediátrico que haya uno que otro juguete, algo que puede ser muy útil para distraer a un paciente descontento. Pero en el del doctor Rodolfo Briceño González, en una bulliciosa cuadra de La Candelaria, esos juguetes siempre son camiones de bomberos. Hay al menos tres y son apenas parte de una colección mayor que él conserva en casa. Los padres de sus pacientes notarán también que, aparte de los títulos de médico general, alergólogo y pediatra, hay numerosas placas de reconocimiento como bombero. Este es un hombre al que uno acude cuando siente que un bebé está ardiendo de fiebre, pero durante varios años fue también uno al que una ciudad llama cuando es un edificio el que arde. Y es también miembro de



una generación de venezolanos particularmente propensa al servicio, particularmente sensible a la idea de nación. ¶ Briceño González ha ejercido durante toda la Venezuela contemporánea dos profesiones en las que ayudar a los demás e incluso salvar vidas es algo cotidiano: la de médico y la de bombero. La primera lo tiene activo, en su consultorio de pediatría y alergología en La Candelaria. De la segunda, se retiró hace cinco años pero sigue enseñando lo que sabe a quienes le siguen con el uniforme azul de líneas rojas, el de los Bomberos Metropolitanos de Caracas, el cuerpo al que se unió apenas cumplió la mayoría de edad y del que llegó a ser el primer comandante general. Él nació en 1939 pero luce indetenible y tiene una agenda repleta. ¶ Ya está retirado como bombero, pero sigue enseñando lo que sabe a

los profesionales del fuego, mientras atiende a sus pequeños pacientes y escribe no uno, sino dos libros al mismo tiempo. Rodolfo Briceño no es un hombre que alce la voz ni que ostente ademanes dramáticos; es un caballero apacible, con el acento de los viejos caraqueños, que transmite toda esa tranquilidad que se puede desear en alguien tan acostumbrado a lidiar con el desastre. No es, en absoluto, una de esas personas frenéticas que no parecen capaces de quedarse quietas. **REBELDE CON CAUSA** Él sospecha que algunas de sus grandes decisiones vinieron de la simple vivencia de estar cerca de las imágenes, los sonidos y los hábitos de las dos profesiones que escogió. ¶

La medicina la tenía en verdad muy cerca. Nació en San Cristóbal prácticamente por casualidad, dentro del año en que su padre, un médico trujillano, trabajó en la capital tachirense y se mudó para allá con su familia. Pero pronto los Briceño volvieron a Valera y a la casa criolla con tejas, arcadas y patios donde habitaban y donde el padre tenía también su consultorio de médico general. De manera que Rodolfo Briceño pasó su infancia entre la escuela y esa casona llena de pacientes, jeringas y medicamentos: era inevitable que el paisaje cotidiano de la salud se le metiera en los juegos, en la rutina y en los sueños. Cuando él tenía diez años, la salud de la madre exigió que se mudaran de los Andes y se fueron a Caracas, al centro, a casa de unos tíos suyos. Y ahí vio por primera vez un camión de bomberos, el que iba y venía del cuartel que en 1937 se había instalado en plaza España. En Valera no había cuerpo de bomberos, como sigue sin haberlo en varias ciudades del interior venezolano. ¶

Muchos niños han dicho, aquí y en todas partes, que de grandes quieren ser bomberos; Rodolfo Briceño pasó de las palabras a los hechos. A medida que crecía, iba a ese cuartel de plaza España a observar los entrenamientos, cómo salían a atender una emergencia, cómo se aprestaban volando para contener un incendio. Se estaba preparando para el paso que daría años después. ¶ «Pero yo siempre tuve claro que quería ser médico», advierte. «Mi papá decía que era una profesión muy sacrificada y no quería que yo la siguiera.» Hizo el bachillerato en el liceo Andrés Bello, en la época en que egresaron de esa venerable institución muchos de los fundadores de la democracia y de la Venezuela moderna. Graduarse allí le ayudó a ingresar a la Escuela de Medicina Luis Razetti, de la Universidad Central de Venezuela. Sin embargo, él no esperó la presión de esa exigente carrera universitaria para atiborrarse el día. «Yo quería empezar a trabajar. Así que cuando estaba en cuarto año de bachillerato me puse a estudiar Química Industrial en la Escuela Rodolfo Loero, lo que luego sería el Iutirla. Completé esa carrera, que era de tres años, pero el último año lo hice junto con el primero de Medicina.» ¶

En eso de estudiar otra cosa que no fuera Medicina, Briceño no le hizo caso al padre, pero tampoco en cuanto a no ejercer un oficio tan riesgoso como el de ser bombero. Cuando cumplió los dieciocho años sobresaltó de nuevo a su familia cuando informó que entraría como voluntario al

Rodolfo

Briceño

González

DISTRITO CAPITAL

cuerpo. «No pensé demasiado en el riesgo que eso implicaba. En aquel momento no se sabía mucho de lo que hacían los bomberos. Había muy pocos en Caracas, y ni siquiera existía la escuela todavía.» A pesar de la oposición de sus padres, se graduó un año más tarde de bombero raso. **LOS FUEGOS DE LA VIDA** Iba al cuartel dos noches por semana, a aprender, y hacía una guardia nocturna semanal. En el cuarto año de la carrera médica pasó por dos hitos: se convirtió en bombero permanente y se casó (con quien sigue siendo su esposa). Como estudiaba Medicina le dieron el cargo de enfermero y lo ubicaron en el servicio médico del cuerpo, en el cuartel de San Martín, donde luego sería jefe. Pero entonces necesitaba recursos; pronto iba a ser padre de familia. «Hice un curso de radiología y trabajé cuatro años como técnico radiólogo, en la Maternidad Santa Ana y en la Concepción Palacios.» Cuando nació su hija, era al mismo tiempo joven padre, estudiante de Medicina, bombero permanente y técnico radiólogo en una maternidad. No conforme con eso hacía guardia en un puesto de socorro en la esquina de Salas, donde luego construirían la actual sede del Ministerio de Educación. ¶ Con esa ecuación tan complicada vivió un año. Pero Rodolfo Briceño estaba hecho para lo que hoy llaman *multi-tasking*: en los años siguientes, a medida que ascendía desde bombero raso hasta coronel, comandante en Caracas y finalmente comandante general, se hizo miembro del Colegio de Médicos de Caracas; la Sociedad Venezolana de Pediatría y Puericultura; la Sociedad Venezolana de Asma, Alergia e Inmunología; la Sociedad de Médicos Emergenciólogos, que ayudó a fundar; la Academia Americana del Trauma y Fundabomberos. Obtuvo numerosas condecoraciones, dio un montón de conferencias (sobre su especialidad médica y también sobre asuntos de seguridad urbana y atención de catástrofes) y hasta participó en un comité para diseñar cursos para bomberos latinoamericanos, en Miami. Llegó a dirigir una clínica infantil, a ser pediatra en los hospitales de Lídice y J. M. de los Ríos y a coordinar el Servicio de Emergencia Metropolitano. ¶ Claro, tenía que brincar de un sitio a otro. Pero al menos hasta cierta época, antes era más fácil desplazarse en Caracas. Y debe haberse acostumbrado al escándalo de las sirenas, y a cambiarse rápidamente la bata y el estetoscopio por el uniforme y el casco. «Nunca dejé mi consulta. Incluso iba a los congresos médicos. Mis pacientes toleraron que yo me fuera de repente porque había un incendio. A veces estaba comandando uno y me llamaba la mamá de un paciente. Por eso mantuve la clientela y conservaba el consultorio cuando me retiré del cuerpo de bomberos.» ¶ Eso fue hace cinco años, luego de haber inaugurado el cargo de comandante general del cuerpo, que nació con la nueva Ley de Bomberos en el 2000. Había asumido la comandancia de los Bomberos Metropolitanos en 1998. «Para no perder contacto con una institución en la que tuve funciones importantes durante treinta años, me dediqué a enseñar. Daba clases de emergencia en la Universidad

Rodolfo
Briceño
González

DISTRITO CAPITAL





Santa María y ahora varias materias en el Instituto Universitario de los Bomberos, en El Cafetal, donde hoy existe la licenciatura en Ciencias del Fuego. Estoy escribiendo un libro de historia de la medicina prehospitolaria y otro sobre eventos con múltiples víctimas.» Eventos que le tocó vivir, como el incendio que en 1990 ocurrió en el Hospital Clínico Universitario, cuando hubo que evacuar a novecientos pacientes.

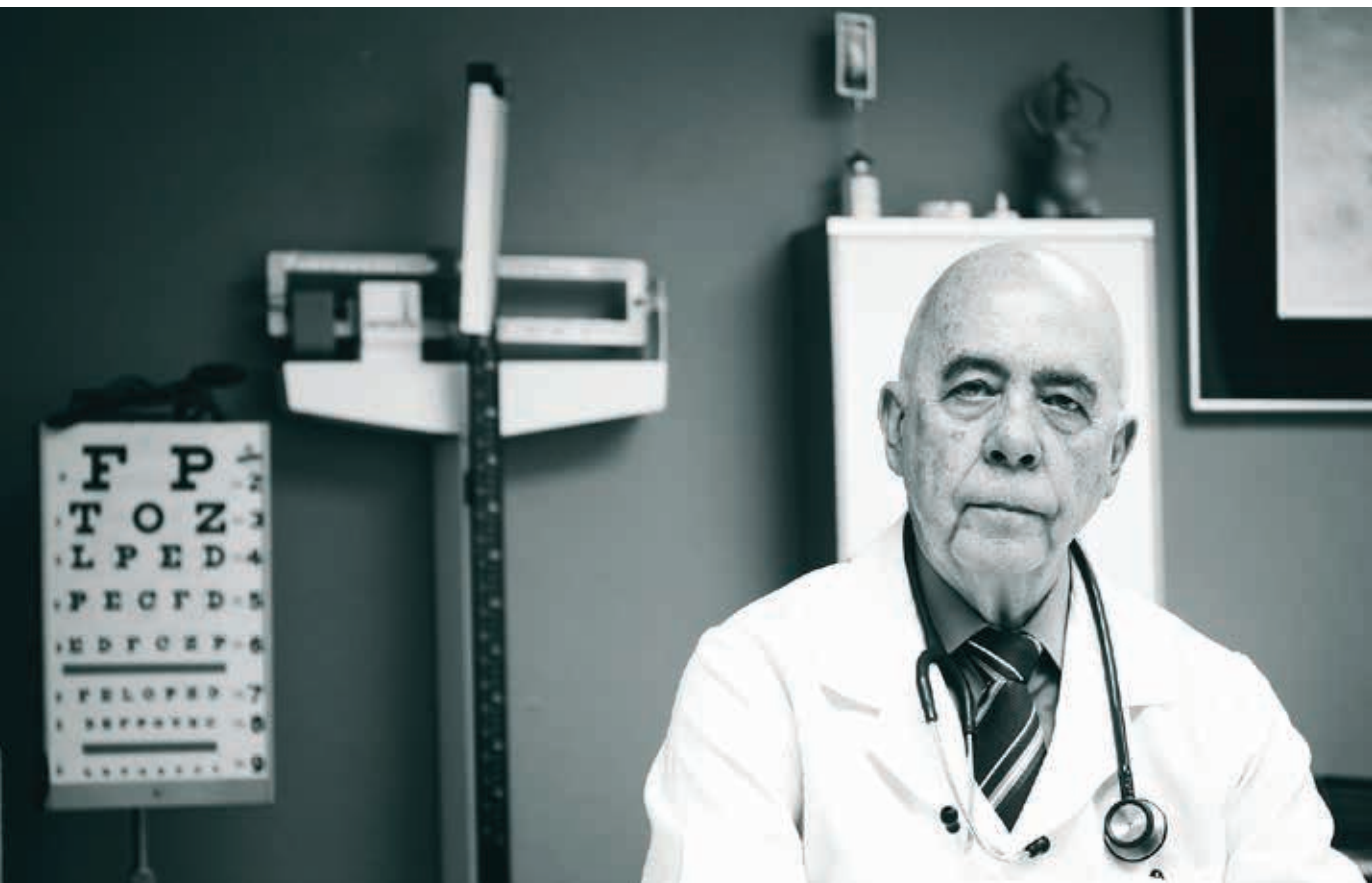
LA HUMAREDA DEL MIEDO No se pueden subestimar las intensas emociones —a causa de las no menos intensas circunstancias— que puede enfrentar alguien que ha elegido ser médico y bombero. «El primer incendio grande que me tocó fue en una mueblería. Luego otro en una fábrica en la zona industrial de San Martín, en una guardia mía, cuando una pared cayó sobre ocho bomberos y mató a uno de diecinueve años. Yo tenía como tres años en el cuerpo y eso me impresionó muchísimo.» ¶ Poco después llegaría la oportunidad en que debía sentir el peligro aún más de cerca: «En otra guardia, como a las dos de la mañana, salimos a atender un incendio en una zapatería, que quedaba en una casa vieja. Entré con otros tres bomberos y dos líneas de manguera. Cuando llevábamos una hora trabajando, escuché el techo, que estaba cediendo. Apenas tuve tiempo de saltar hacia adelante; mis compañeros, que solo veían el polvo delante de sí, creían que los escombros me habían aplastado. Solo sufrí una herida». ¶ El bombero debe lidiar con la propia posibilidad de ser lesionado o de morir por el fuego, el humo o el colapso de la estructura en la que se ha adentrado para combatir el fuego, efectuar un rescate luego de un sismo o un derrumbe, o asistir a las personas amenazadas por una inundación, como se ha hecho tan común en Venezuela en las dos últimas décadas. En el incendio de la planta eléctrica de Tocoa, en Catia La Mar, en 1982, sesenta de las más de doscientos víctimas fatales fueron bomberos. Unos doscientos profesionales del rescate murieron el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. Mientras las personas evacuaban los edificios, ellos entraban y subían a buscar víctimas. ¶ Por si fuera poco, confrontar la propia mortalidad es apenas la mitad del riesgo emocional que ese oficio implica: la otra es verle la cara a la vulnerabilidad de los otros, sobre todo la de los más desvalidos o más pobres. «Es mentira que el bombero se endurece ante el dolor de los demás. Muchas veces requieren apoyo psicológico para enfrentar el estrés postraumático. Es muy bonito que uno logre salvar a una persona, pero también es terrible la sensación de impotencia cuando te das cuenta de que no puedes hacer nada. Cuando la tormenta Brett (en 1993) yo era segundo comandante de los bomberos metropolitanos y José Fernández Vega era el primero. Al amanecer de uno de esos días que duró el evento fuimos a El Valle, la zona más afectada, e instalamos un puesto de atención médica. Hubo en esa área unos doscientos muertos y más de quinientos heridos. Un hombre me puso en los brazos —porque yo fui el primer bombero que encontró— un niño de cinco años al que le había caído un alud encima.

R o d o l f o

B r i c e ñ o

G o n z á l e z

DISTRITO CAPITAL



Intentamos reanimarlo, pero yo sabía que no tenía signos vitales. Como soy médico, sé lo que es tener que darle a alguien la noticia de que su pariente ha fallecido. Comunicar eso requiere primero de un momento de soledad propio, para prepararse de la mejor manera. Es un acto de mucha responsabilidad. A la emergencia del hospital llegaban personas que ya estaban muertas y los familiares no rompían a llorar hasta que los médicos confirmábamos que lo estaban, aunque ya se lo hubieran dicho los enfermeros.» ¶ También hay en esto un lado luminoso, por fortuna: «Los bomberos podemos tener mucho contacto con la muerte, pero también con la vida, no solo cuando se la salvamos a alguien, sino cuando nos toca atender un parto en la calle, por ejemplo». **UN LEGADO DE TRANQUILIDAD** Para unos y otros desafíos, Briceño contaba con valiosas herramientas: tanto la medicina como la carrera de bombero le han dado temple, paciencia, capacidad de responder a pequeñas y grandes contingencias. De ellas, y de su natural temperamento, debe haber sacado ese control de sí mismo que el país le veía en televisión y que comunica también en el cara a cara. «En una emergencia el bombero siempre va a conseguir heridos; en muchos países los paramédicos provienen del cuerpo de bomberos. Cuando rescatan víctimas en un siniestro deben prestar auxilio. En Europa hay incluso una asociación de médicos bomberos. Ser médico me ayudó muchísimo a ser bombero y a atender no solo a los lesionados, sino también a quienes eran víctimas del pánico, que yo sabía tranquilizar.» ¶ Así como puede transmitir serenidad a las víctimas de un siniestro, pudo hacerlo con toda una nación. «Como comandante del cuerpo de bomberos metropolitanos me tocó una época muy dura. Enfrenté muchas dificultades. A los seis meses de empezar mi jefatura ocurrió el flujo de lodo de diciembre de 1999 y me tocó pasar un mes en Vargas trabajando. Tres meses antes de retirarme se incendió una de las torres de Parque Central, el mayor incendio en una estructura alta que ha habido en Venezuela, en el que por fortuna no hubo ni un herido ni un fallecido, una satisfacción que me llevé como comandante. Fue un evento que llamó mucho la atención y recuerdo que atendí por teléfono a periodistas de todo el mundo.» En una sociedad con la crispación política de la venezolana, hasta el comandante de bomberos debe arreglárselas con la tensión reinante. «Cuando se incendió el CNE, poco antes del referendo revocatorio presidencial de 2004, nos enteramos a las dos de la tarde y vimos el humo salir del Centro Simón Bolívar desde nuestro cuartel en la avenida Lecuna. Me fui en moto al lugar y ya estaban ahí los periodistas. Tal era su apremio por obtener declaraciones que me tumbaron de la moto. Creían que habían quemado las firmas para convocar al referendo. Yo entendí que en ese momento tenía la enorme responsabilidad de ser el vocero de un asunto que importaba a todo el país y que tenía que transmitir calma, y así lo hice.» ¶ En tanto médico, a su vez, el ser también bombero le ayudó a comportarse de la mejor manera posible en los momentos de

R o d o l f o

B r i c e ñ o

G o n z á l e z

DISTRITO CAPITAL

emergencia y a establecer normas de seguridad en los sitios donde ha trabajado. «Pero no solo en ellos, porque uno siempre está buscando las salidas de emergencia, cómo protegerse en caso de un incendio o un terremoto, por dónde salir. En las vacaciones con mi familia, en un hotel, informaba a mis hijos dónde estaban las salidas de emergencia y cómo haríamos en caso de que se presentara una eventualidad.»

¶ Su familia, por supuesto, no solo ha tenido que escucharlo repetir normas de seguridad hasta en un viaje: tuvo que acostumbrarse desde siempre a vivir con la posibilidad de que él tenía que trabajar con el peligro. No solo del fuego. «La violencia también los angustia mucho. Los peores escenarios para los bomberos son los de conmoción civil. Durante la de febrero y marzo de 1989 estuvimos todos expuestos y un bombero fue herido de bala. Se preocuparon muchísimo cuando la tragedia de Vargas, que en efecto fue de mucho riesgo para todos los que trabajamos ahí.»

¶ Vargas y otros muchos escenarios de catástrofe le han hecho ver de primera mano que, en su opinión, en los últimos cincuenta años fueron muy desatendidos los venezolanos con menos recursos y educación. «La indiferencia es muy mala para un pueblo, porque se traduce en un país desordenado, anárquico, sin respeto por los derechos de los demás. Mucha gente aquí actúa como si nada importara. Y hay que aprender a respetar un semáforo y a las demás personas, a seguir las normas, a preocuparse por el sitio donde se vive. Hoy, Venezuela tiene entre sus grandes problemas la falta de seguridad integral en las edificaciones, mejores cuerpos de bomberos y de policía, calidad de los servicios. La seguridad no es solo un asunto policial. Aquí se han deteriorado tantas cosas que un bombero puede pasar media hora sacando a un herido de un amasijo de carrocería, tras un choque, para que luego no lo acepten en ningún hospital.» ¶ Sus angustias sobre el país son reales, pero en lo personal, ¿cómo se siente alguien que ha dedicado su vida a ayudar a los demás y que ha salvado vidas? «Me enorgullezco de haber ejercido dos profesiones que consisten en ayudar a la gente. Lo he hecho con cariño, con dedicación y con honestidad, un valor que hay que inculcar mucho todavía. Son profesiones con salarios que no son acordes con la responsabilidad que implican. Hay médicos y bomberos en esta ciudad que salvan vidas a diario. Me enorgullece mi familia, que se acostumbró al miedo, a la angustia cuando yo estaba atendiendo un incendio. Estoy muy orgulloso también de mi jefatura. Pero dejé muchos proyectos inconclusos por falta de recursos. Los bomberos no son tomados en cuenta como deberían. El primer cuerpo de bomberos en Venezuela se fundó en 1937, medio siglo después de que naciera en Panamá, República Dominicana, Chile y Argentina. Fueron los bomberos panameños los que formaron a los de Caracas. Muchos cuerpos de bomberos en Venezuela tienen muy pocos recursos, con sus efectivos ganando salario mínimo, algo que habrá que mejorar en los próximos años. A la hora de una emergencia, la comunidad

espera un buen tiempo de respuesta de las ambulancias y de los bomberos, pero también calidad en la atención, buenos equipos, suficiente personal. Tengo el sueño de luchar en los próximos años porque haya más estaciones y más recursos. Un problema que lleva mucho tiempo. Hay ocho núcleos en el interior de la academia y el bombero venezolano está mejorando su formación, pero todavía necesitamos al menos uno por cada mil habitantes.» ¶ Más allá de lo que no ha podido completar, el balance, para él, es positivo. «Creo que he dejado un legado. Es toda una vida de dedicación. A casi cinco años de mi retiro del cuerpo todavía se me acerca gente en la calle a felicitarme. Eso debe haber sido por mi presencia en los medios, pero igual creo que no ocurriría si no hubiera hecho un buen trabajo.»

R o d o l f o

B r i c e ñ o

G o n z á l e z

DISTRITO CAPITAL



Entrevista

Rafael Osío Cabrices

Caracas, 1973. Periodista y editor independiente. Colabora en *El Librero*, *Todo en Domingo* y *Debates IESA*. Ha publicado los libros de crónica *Salitre en el corazón* y *El horizonte encendido*.



Fotografía

Efrén Hernández

Caracas, 1980. Arquitecto. Fotógrafo profesional desde 2005. Colaborador de *El Librero*.



F r a n k l i n R o j a s

«Mi trabajo es soñar un país posible»

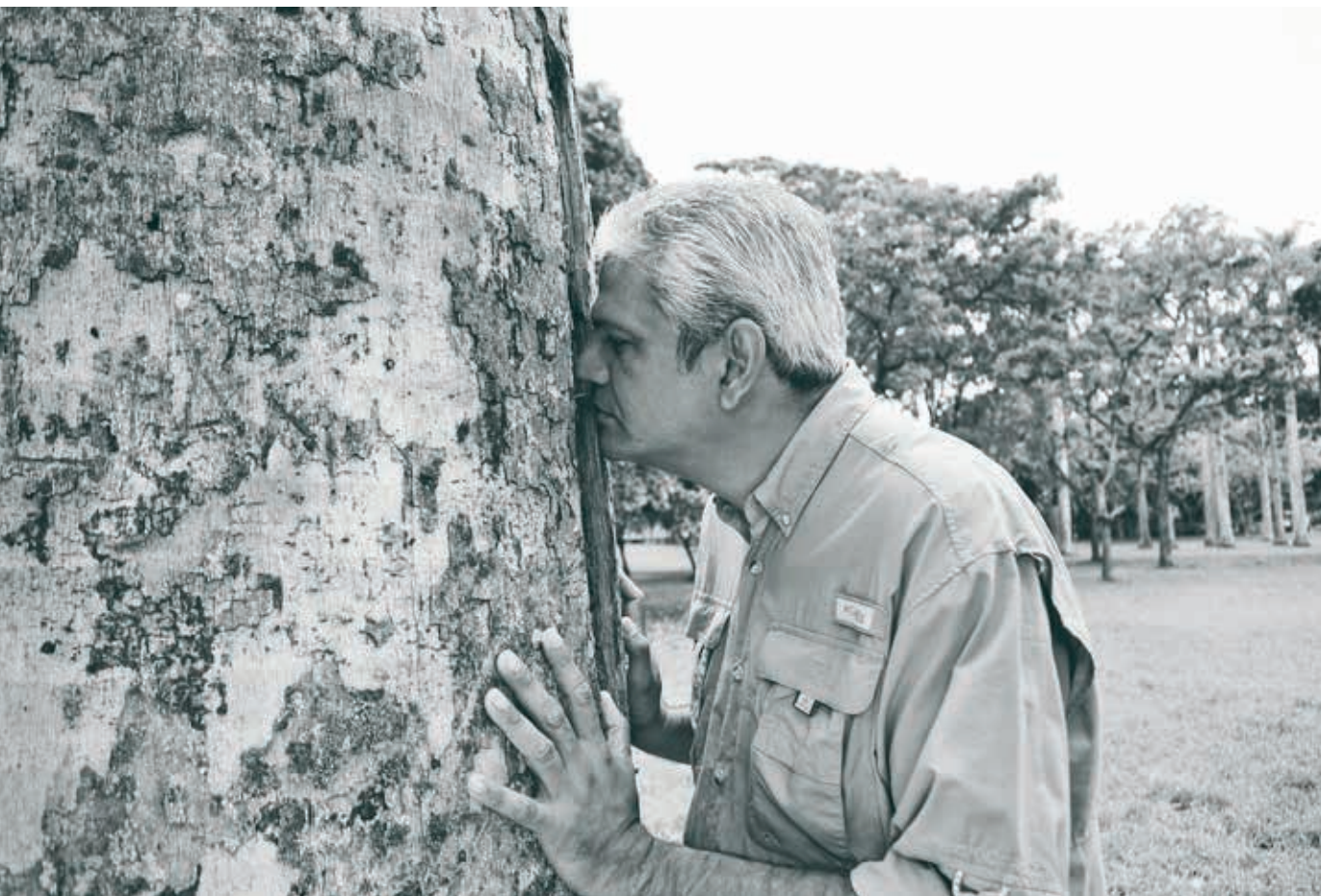
Caracas, 27 de junio de 1965. Biólogo, ecólogo, especialista en manejo de fauna. A los veintiún años fundó Provita junto a siete compañeros de la UCV. Ha dedicado su vida a la conservación de la biodiversidad venezolana, con éxitos muy sobresalientes en la recuperación de poblaciones de loros que se encontraban a las puertas de la irreversible extinción. Actualmente es presidente de Provita, institución que ha recibido los más prestigiosos premios internacionales por sus resultados en conservación ambiental.

No hubo «revelaciones», ninguna «epifanía», ni «un antes y después». La vida de Franklin Rojas Suárez fue dibujándose en sus años con un ritmo sostenido, cadencioso, sin accidentes ni divergencias, siempre apuntando hacia el mismo destino sin importar desde qué ángulo estuviese construyéndolo. ¶ Al evocar sus primeras memorias, ya le observamos convocando las dos vetas principales que confluyen en su personalidad: la veta científica, escéptica, objetiva: «Siempre he pensado que gran parte de los recuerdos que uno tiene son implantados, reconstrucciones que hacen en uno otras personas». Y la veta artística, imaginativa, sensorial y creadora, que lo lleva a asegurar: «Lo que tengo son impresiones, sensaciones, huellas de las cosas y de los lugares que me gustaban». Su sensación o recuerdo más remoto es un balneario restaurante que su padre tenía como negocio en un pueblito de Monagas, cerca del Orinoco: «Ahí había un morichal sobre un río de aguas doradas. Recuerdo que desde pequeño me encantaba atrapar peces. Sí, definitivamente, mis primeros recuerdos y sensaciones tienen que ver con la naturaleza. Me encantaba agarrar los grillos, ver las aves; cuidaba y quería a todo animal que me caía en las manos». ¶ Sus padres nacieron en la península de Paria, ese punto de la geografía venezolana donde pocas horas de camino salado y desdibujado por el ardor del sol separan mundos tan diferentes como Macuro, exuberante, verde, una selva que se vuelca sobre el mar Caribe, de las salinas de Araya, un limbo de la tierra, una visión deslumbrada donde apenas perduran los silbidos sobre el horizonte acre. ¶ «Mi madre viene del sur de Paria. Ella era hija de hacendados de la zona que cultivaban el cacao y el café. Mi padre viene del norte de la península, de un bellissimo pueblo llamado Río Caribe. Tanto mi padre como mi madre han tenido muy claro que vienen de muchas generaciones de venezolanos. Mi madre decía que ella tenía familia inglesa, pero cuando en Sucre te hablan de ingleses te están hablando, en realidad, de trinitarios. Y cuando ves quiénes habitaron Trinidad, verás que no eran los ingleses, sino pobladores que venían de la India. Quizás por tener “familia inglesa” es que algunos de nosotros somos morenos de pelo muy liso.» ¶ Cuando Franklin Rojas habla de «nosotros», se refiere a los doce hijos que tuvieron Rosa Esther y Antonio, sus padres. Él es el undécimo. Solo dos son varones y todos nacieron con dos años de intervalo. Para su madre, cuenta, no existía nada más importante que sacar adelante a aquel batallón de hijos y mantener a la familia unida. Describe a su padre como «un pez grande en un estanque pequeño», con lo cual evoca a un hombre de ingenio y ambiciones, a quien siempre recuerda haciendo negocios en cualquier punto del oriente venezolano donde hubiese una buena oportunidad. Debido a la actividad de su padre, la familia vivió muchos desplazamientos: «Vivimos en Anaco, en Irapa, en Puerto La Cruz, en Maturín... Cuando mis hermanas mayores estaban estudiando en la ucv, la familia se muda a Caracas por algunos años, y aquí nacimos los últimos seis hermanos. Mi

mundo estaba conformado por mi familia, y a ella se sumaban amigos tanto de mis hermanos como de mis padres. Recuerdo que cuando viajábamos, mis hermanas siempre se llevaban a alguien, a quien llamábamos el arreviate, no sé qué palabra es esa, pero siempre había un arreviate. Éramos tantos que si metías a más gente en el grupo, simplemente no se sentía. Fuera de ellos, recuerdo de mi infancia a un amigo que se llamaba Antonio, que creo trabajaba en el restaurante de mis padres en Monagas, y recuerdo que él era aficionado a los peces de acuario. También recuerdo a uno de los peones de la finca, un cazador que se metía por el monte y a quien no le molestaba que yo me fuera con él. Gracias a eso conocí muchas cosas que como niño caraqueño quizás no hubiera conocido. Recuerdo a esas dos personas, porque a través de ellos me conectaba con la naturaleza». ¶ Vivió en Caracas durante la primera mitad de su infancia, y su Caracas era, sobre todo, un apartamento en Las Acacias que aún recuerda con nostalgia, y la Universidad Central de Venezuela: «Mis hermanas estudiaban en la ucv, y yo iba mucho con ellas de pequeño. Desde entonces, si existía para mí una imagen de la belleza y la perfección, esa imagen era la Universidad Central de Venezuela. Después, de grande, descubrí que sí, que era verdad que la ucv, el Aula Magna, sus jardines, sus pasillos cubiertos, eran la imagen pura de la belleza y la perfección. Allí, en la universidad, a cierta hora comenzaba a escucharse el ruido de las chicharras. Mis hermanas ponían a sus amigos a atrapar chicharras para mí y las metíamos en una caja. Mi mayor placer era, al llegar a mi casa, cerrar la puerta del cuarto y soltar a las chicharras, veinte, treinta chicharras volando. A algunas las atrapaba, me ponía a observarlas, y luego abría la ventana y las veía irse». ¶ Cuando tenía once años la familia regresó a Maturín. Allí cursó el resto de la primaria y todo el bachillerato. Llegado el momento de escoger la profesión, la decisión crucial lo obligaba a elegir entre dos caminos muy internalizados que le atraían profundamente y con igual fuerza: uno era la biología y el otro era el arte: «Finalmente decidí que mi carrera sería la biología, y que el arte sería mi *hobby*». Valga decir que la palabra *hobby* degrada la verdadera relación que tiene Franklin Rojas con las artes, sobre todo con la plástica, una pasión primordial a la cual se dedica, casi, con rigor científico. Ver a Franklin Rojas recorriendo una exposición, o descubriendo a un artista desde la pantalla de su computador, es asomarse por el ojo de la cerradura hacia su cuarto de niño, y encontrarlo rodeado de insectos que vuelan y zumban mientras él los contempla con una alegría curiosa, con esa emoción a la vez feliz y perpleja que solo la belleza es capaz de producir. ¶ Con un plan de vida ya muy claro llega a Caracas, presenta las pruebas para estudiar Biología en la ucv y una mañana, mientras hace la cola para inscribirse en el curso propedéutico, conoce a una de las personas más determinantes de su vida: Jon Paul Rodríguez. «Juntos fundamos Provita. Ha sido desde siempre un hermano para mí. Soy el padrino de sus

dos hijas. Su familia, su madre, sus tías, su abuela, se convirtieron también en parte de mi familia.» ¶ Desde aquellos primeros días, la universidad fue para Franklin, tierra de todos los brotes que a través del tiempo se arraigaron como definitivos, lugar de encuentro y crecimiento de las ideas, espacio de empatías vitales: «Todos estábamos en las mismas cosas: la naturaleza, los viajes, el arte. En mi grupo más cercano compartíamos las mismas búsquedas y cada uno tenía sus destrezas: Jon Paul fue siempre un científico duro. Hoy en día trabaja la ecología con la matemática, hace conservación basada en ciencia. Antonio Briceño se fue por la fotografía y es un artista muy reconocido, de una sensibilidad particular hacia la lo cultural y ambiental. El elemento femenino de mi círculo más cercano fue Soraya Villalba, quien ahora trabaja en el Kew Gardens, en Inglaterra.» ¶ Entre sus maestros, hay dos por quienes siente una gratitud particular. Con uno de ellos convivía en casa y, con el otro, en las aulas y en campo: «Cuando llegué a Caracas, vivía en la casa de una de mis hermanas. Ella está casada con un vasco, José María Bernechea, filósofo, teólogo, profesor. Un hombre de una gran cultura y de una espiritualidad muy desarrollada, de un humanismo a toda prueba. Su influencia en mi vida fue muy determinante. En la parte profesional, el influjo más definitivo es el que recibí del profesor Juhani Ojasti, un finlandés enamorado de Venezuela que vino a trabajar y se quedó para siempre. Es el gran especialista en manejo de fauna regional. Hombre de una gran calidad profesional y personal, en quien confluyen la timidez, el sentido del respeto y una gran calidez.» ¶ El profesor Ojasti enseñaba Manejo de Fauna, una materia muy atractiva para todos los estudiantes de Biología, que además de sus importantes contenidos programáticos ofrecía un particular encanto adicional: viajar, en compañía de aquel maestro, leyenda viviente de la ciencia en Venezuela, a los lugares más ricos en diversidad biológica del país. Conocer, de la mano de aquella «enciclopedia viva», como lo define Franklin, lugares como los hatos El Frío, El Cedral, o Hato Piñero. ¶ Aquellas salidas de campo en las que recorría Venezuela, iban convirtiéndose a la vez en una celebración de la riqueza del país y en el punto de partida de una inquietud vital que nunca lo ha abandonado: quiénes son y dónde están esos «ilustres venezolanos que están desapareciendo». Para averiguarlo y, sobre todo, para compartir la inimaginable cantidad de especies de fauna y flora que iban descubriendo, e involucrar a la gente con aquella heredad apenas conocida por algunos académicos, fundaron Provita en 1987. ¶ «Teníamos veinte, veintiún años. Nos planteamos la misión de dar a conocer el inmenso patrimonio en peligro de Venezuela, uno de los diez países megadiversos de la Tierra, es decir, uno de los diez países con mayor diversidad biológica y mayor cantidad de especies exclusivas en el planeta.» ¶ Anne-Marie Herrera, Soraya Villalba, Celsa Señaris, Pellegrino Cusumano, Gerardo García, Antonio Briceño, Jon Paul Rodríguez y Franklin Rojas Suárez, todos estudiantes de Biología en la ucv,





fueron los fundadores de Provita. Y si bien sabían lo que querían hacer, ciertamente necesitaban averiguar cómo hacerlo: «Una persona fue decisiva en todo esto, porque creyó que unos muchachos de veinte años podían hacer una ONG, trabajar en ella, y a través de ella durante décadas lograr resultados. Esa persona fue Stuart Strahl. En esa época él vivía en Venezuela como investigador de la Wildlife Conservation Society, entonces Sociedad Zoológica de Nueva York. Un gringo gigante con cara de bebé, un hombre brillante, muy bueno en relaciones corporativas, con una gran capacidad para establecer empatías. En aquella época la conservación era percibida como un asunto de los *comeflores*, en el que los científicos poco se involucraban, y él trae a Venezuela toda una escuela de la conservación como ciencia.» ¶ Desde el principio, este grupo comprendió que para hacer conservación desde la ciencia y lograr resultados de impacto, parte del trabajo consistía en levantar fondos para proyectos. No contaban con experiencia en esta materia, pero Strahl creía a tal punto en ellos que los apoyó en el objetivo de crear la fundación, los puso en contacto con otras fundaciones latinoamericanas y procuró el financiamiento de sus primeros proyectos. ¶ La pregunta tácita que siempre los acompañaba (*quiénes son y dónde están*) eligió como ejemplo a uno de esos *ilustres venezolanos*, sujeto de la primera campaña de Provita: el oso frontino. «Fue un proyecto muy exitoso, ejecutado desde una vena muy científica. El oso frontino pasó de ser una especie desconocida por la inmensa mayoría de los venezolanos, a ser un animal bastante conocido.» ¶ Una de las innovaciones que introducía Provita en la manera de hacer conservación en Venezuela, era la conciencia de que la gente debía saberse y sentirse parte activa de la solución a los problemas ambientales. Y una genuina integración entre hombre y naturaleza tenía que pasar por la conservación del patrimonio cultural. Sin ello, la biodiversidad sería un concepto inacabado. ¶ A aquellos preceptos muy claros comenzó, muy pronto, a sumarse la experiencia. Recién fundada Provita, Franklin emprende junto a su equipo el Programa BioÍnsula en la isla de Margarita, cuya especie emblemática, la cotorra cabeciamarilla o cotorra margariteña (*Amazona barbadensis*), se encontraba muy cerca de la extinción. Apenas podían contarse 650 individuos de esta especie en la península de Macanao, situación a la que llegaba luego de décadas de saqueo de sus nidos para la venta de pichones como mascota. Otros problemas relacionados con la explotación irracional de los recursos de su hábitat comprometían seriamente la sobrevivencia de esta ave, ya extinta en otras islas del Caribe. En la actualidad, los censos indican que las poblaciones de este loro se han triplicado. La cotorra ha superado sus niveles de riesgo gracias a una intervención que ha incidido en muchos niveles, desde las comunidades hasta las instancias políticas: *Amazona barbadensis* es el Ave Regional de Nueva Esparta, por un decreto que, gracias a las gestiones de Provita, la protege desde 1990. Antiguos saqueadores trabajan actualmente como

ecoguardianes, dedicados a proteger el hábitat y los nidos, y las comunidades de Macanao celebran todos los años el vuelo de los pichones, organizando desde hace dos décadas por el Festival de la Cotorra Margariteña, una gran fiesta popular donde la música, las danzas y las tradiciones neoespartanas perpetúan los valores de conservación, en cuyo espacio, hasta hace apenas unos años, solo había silencio, desconocimiento, indiferencia o complicidad. En 2003 esta experiencia, repetidamente citada en congresos y publicaciones, recibió uno de los premios más relevantes en el mundo: el Whitley Award, coloquialmente conocido como el «Oscar de la Conservación», otorgado por la Corona Británica. ¶ Quizás el hito más importante de la lucha contra la extinción en el país se sitúa en 1995, cuando se publica el *Libro rojo de la fauna venezolana*. Los libros rojos son documentos que ofrecen el inventario de las especies amenazadas de extinción, estimando sus niveles de riesgo según parámetros científicos que se discuten a escala mundial en el seno de la UICN (Unión Internacio-



nal para la Conservación de la Naturaleza) y que son el producto de décadas de depuración. Hoy en día los libros rojos son relativamente comunes, pero en los años en que se publicó la primera edición del *Libro rojo de la fauna venezolana*, apenas existía la lista roja global y no había criterios para escalas locales. Plantearse la elaboración de un libro rojo nacional era, por decir lo menos, una temeridad. «Pero a Jon Paul y a mí nos pareció que ese libro era lo que se necesitaba. Así que comenzamos a buscar información sobre las especies. Hicimos encuestas y los investigadores venezolanos, con una infinita generosidad, confiaron en nosotros y se dedicaron a responder, compartiendo así sus hallazgos de años de investigación.» El *Libro rojo de la fauna venezolana* lleva ya tres ediciones y está encaminado a una cuarta, que será únicamente digital. Junto a *Aves de Venezuela*, de Kathy Phelps, es uno de los libros de ciencia más usado y más citado en Venezuela. Su impacto se ha sentido mucho más allá del ámbito académico: hoy en día todo el que tiene un billete de moneda venezolana tiene una especie en extinción en el bolsillo, pues seis de las especies amenazadas están estampadas en la moneda nacional y sus ilustraciones fueron tomadas del *Libro rojo de la fauna venezolana*. En 2003 sale el *Libro rojo de la flora venezolana*, otro reto descomunal asumido por la institución y sus colaboradores, e inédito para el país hasta el momento. Y en 2010 se añade el *Libro rojo de los ecosistemas terrestres de Venezuela*, obra única en su tipo, pues ningún país del mundo cuenta, hasta este momento, con una publicación que eleve los estudios de extinción a los ecosistemas. Esta iniciativa ya ha tenido consecuencias: actualmente, Jon Paul Rodríguez, Franklin Rojas Suárez y cientos de investigadores de todo el continente, coordinados desde Provita, trabajan en la evaluación de los riesgos de extinción de ecosistemas en toda América, desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. ¶ Franklin Rojas ha tenido la fortuna de constatar, en relativamente pocos años, un cambio de conciencia. Aún falta una inmensidad y quizás se trate de un camino infinito, pero ya se ha iniciado. Cuando a finales de los años ochenta, Franklin presentaba su tesis de grado en la UCV, la mitad de los profesores le recomendaba no abordar el tema de las especies amenazadas, debido a la altísima probabilidad de que los datos se perdiesen. Un ejemplo: trabajar con biología reproductiva de un loro cuyos nidos se ven afectados por un ciento por ciento de saqueo en cada temporada. Era, según relata, «casi un tabú» trabajar con especies escasas. Esta realidad ha cambiado hasta tal punto, que solo a través de Provita han sido financiados, en un lapso de ocho años, más de doscientos proyectos de investigación de especies amenazadas de fauna y flora. ¶ Ha dicho que gran parte de su trabajo consiste en soñar. «Soñar un país posible, donde haya una relación armoniosa entre el hombre y su entorno, y entre el hombre y el hombre. Un país en el que estemos conscientes de la importancia de desarrollarnos de manera sostenible, conscientes de nuestra huella ecológica y de lo que queremos dejar a las

generaciones que vienen. Me alienta la necesidad de hacer que otros compartan esos sueños: que una empresa comience a creer que eso es posible, importante y beneficioso para su desarrollo, o que una comunidad descubra lo mucho que puede crecer si cree en sí misma.» ¶ El contacto con las comunidades le ha resultado particularmente transformador y vital: «He tenido que poner mi vida en manos de personas que apenas conocí ayer, por ejemplo en la Amazonía ecuatoriana, con la etnia Shuar, los mal llamados reductores de cabezas. Estás en medio de la selva, a dos horas de vuelo de la ciudad, y esa gente te ha acogido como uno más de ellos. ¿Puedes llegarles con el cuento de que no deben comerse tal animalito? Tienes que replantear todo tu discurso y encontrar la manera de salir de los problemas todos juntos, porque definitivamente ese animalito debe continuar existiendo, debe perseverar en el planeta y debe estar disponible para las generaciones futuras, pero tú también tienes que tener una calidad de vida y tienes que seguir desarrollando tu cultura.» ¶ Ante esta humanidad que padece cada día guerras y enfermedades, pobreza y abusos, corrupción y exclusión, con qué mirada puede atenderse un planeta que, pese a todo, sigue prodigando vida a la humanidad. «La Tierra no está en peligro. La Tierra es muy antigua y ha sobrevivido a cualquier cantidad de catástrofes. En la actualidad, existe menos de uno por ciento de todas las especies que han pasado por el planeta. Y cuando desaparezca el hombre, la Tierra va a seguir existiendo y volverá a generar especies. Lo que sí está en peligro es nuestra propia sobrevivencia, nuestro modo de vida, y es sobre eso que hay que tratar de crear conciencia. En ese objetivo hemos trabajado durante los veinticinco años que lleva Provita. Ni remotamente yo he construido esto solo. Provita es el producto de un equipo de trabajo. Me cuesta saber dónde termina lo hecho por mí y dónde empieza lo hecho por tanta gente. Pero esta es precisamente la gran fortaleza que tenemos, que asegura la persistencia de estos objetivos en el futuro. Cuando tú fundamentas una institución basada en concientización, sensibilización y educación, estás partiendo desde el principio mismo de lo transferible. Pero yo no soy el punto de inicio de un cambio de conciencia en curso. Yo soy el producto de una transferencia, la de gente como Juhani Ojasti o Edgardo Mondolfi, y ellos a su vez son la transferencia de un Henri Pittier.» ¶ «Me gustaría que la muerte me encontrara haciendo lo que hago, practicando lo que creo, y que no viniera antes de que yo pudiese hacer un balance. Y quisiera tener la dicha de que ese balance fuera positivo. Quisiera que, por ejemplo, algún día un niño en Margarita, al ver una cotorra cabeciamarilla dijera: “¡Por un poquito no veo este animal! Y si lo estoy viendo es porque hubo gente que hizo todo lo que estaba en sus manos para que esta ave siguiera existiendo...” Faltaba poco para que los venezolanos tuviéramos que conformarnos con ver a la cotorra margariteña en fotos o como pieza de la colección de algún museo. Me gustaría que ese niño margariteño al que imagi-

no, estuviese en una escuela en la que sean sus maestros y compañeros quienes continúen esta labor.» ¶ «Cuando yo deje de existir fisiológicamente, tengo claro que la materia orgánica se va a descomponer y la energía asociada se va a transformar. Y en esa transformación vamos a seguir existiendo como parte de la Tierra y como parte de la historia de la humanidad. Seguiremos saliendo en una flor. Estaremos presentes en los minerales, en las cuencas, en los mares.» ¶ Y algunos, también, en la estri-
dencia sonora de una familia de loros que traza el cielo escribiendo en verde la palabra Vida, a eso de las cinco de la tarde, mientras regresan a su dormitorio en la península de una isla del Caribe.



Entrevista

Cristina Raffalli

Comunicadora social. Maestría en Estudios Hispánicos. Autora de los libros: *Delta*, *Tierra de agua*, *¿Debo operarme?* Colaboradora regular de publicaciones nacionales y extranjeras.



Fotografía

Lisbeth Salas

Caracas, 1971. Ha centrado su trabajo en el retrato y la fotografía documental. Autora de los libros *Rostros y decires* (sobre Rafael Cadenas), *Infinitamente serio* (sobre Enrique Vila Matas) y *El ojo en la letra* (sobre escritores venezolanos).

Franklin

Rojas

DISTRITO CAPITAL



L u i s U g a l d e , S . J .

«Cada quien debe entender que no le irá bien si no le va bien al otro»

Nacido fuera del territorio, ha terminado dedicándose al servicio de este país con más compromiso y ambición que muchos nativos. Desde muy joven orientó su vocación religiosa y su ristra de títulos universitarios a un objetivo: comprender a Venezuela y luchar porque mejore, siempre como docente, desde un aula de bachillerato hasta la rectoría de una de las mayores universidades.

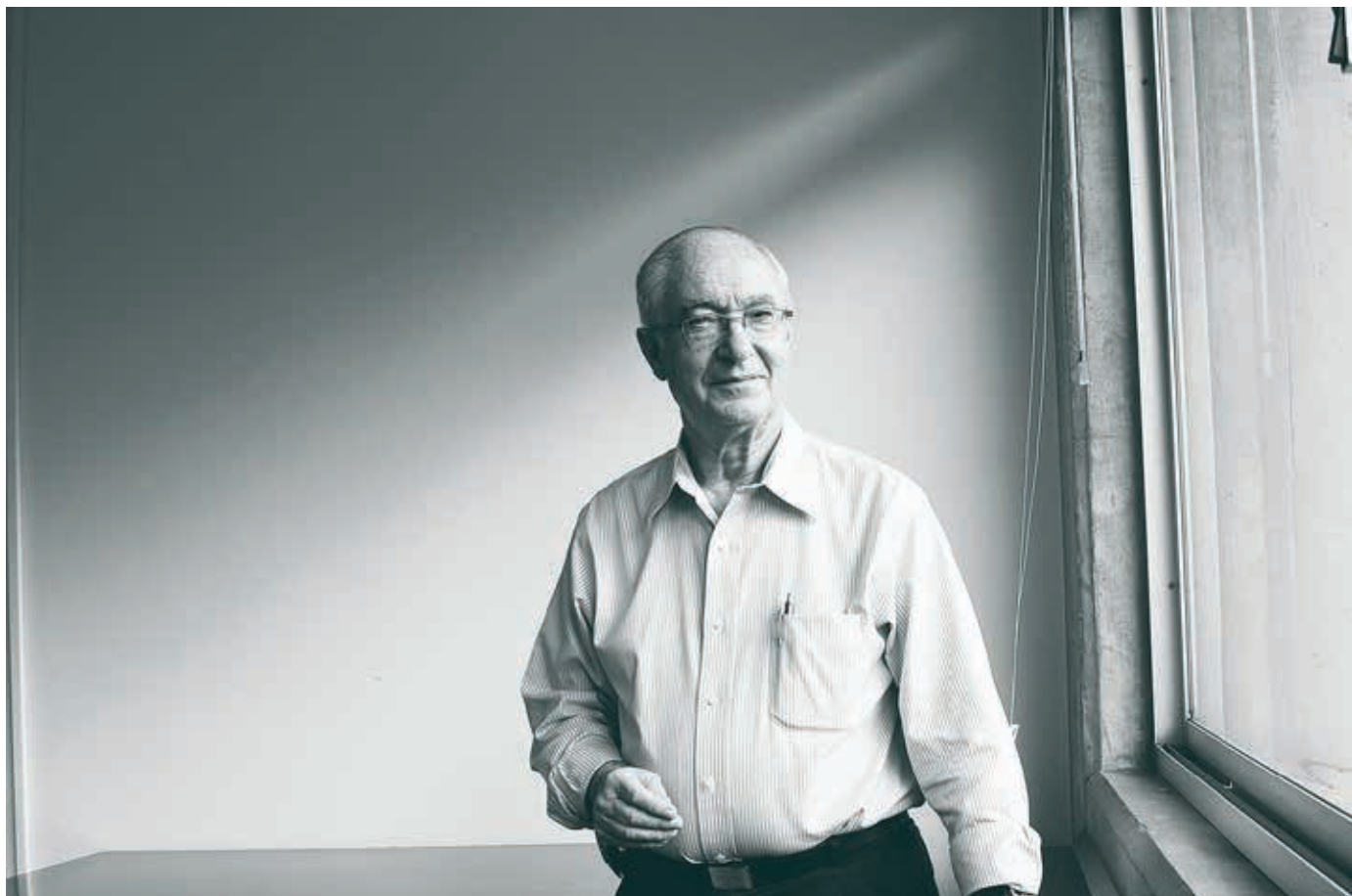
Las ventanas del Centro de Reflexión y Planificación Educativa, o Cerpe, están tan limpias que los pájaros que moran en las estribaciones del Ávila se estrellan a menudo contra ellas, creyendo que no están ahí. Quieren entrar a las austeras habitaciones donde se hacen reuniones en sillas que tienen medio siglo de existencia, cuando estos aposentos están vacíos, y luego tienen que corregir el rumbo, sacudiéndose el golpe en sus cabezas emplumadas. En una de esas estancias bañadas por la luz del Ávila trabaja sin descanso el padre jesuita Luis Ugalde, con sus ojos oscuros –el indicio más inmediato de su poderosa inteligencia– clavados en la pantalla del computador, y el ritmo apacible pero incansable que le ha hecho y le hace todavía emprender muchas cosas. ¶ No sería ninguna exageración decir que Ugalde es uno de los hombres que más ha contribuido a que la Venezuela de hoy tenga una comprensión de la naturaleza y magnitud de sus principales problemas, y específicamente de dos de ellos, muy relacionados entre sí: la calidad de nuestra educación y la extensión de nuestra pobreza. Fue durante su rectoría de la Universidad Católica Andrés Bello que el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de esta casa fundada por los jesuitas desarrolló y difundió su Proyecto Pobreza, un impactante conjunto de investigaciones que no solo produjo números sobre la más agobiante materia pendiente de la sociedad venezolana, sino también ideas, ideas que permiten entender por qué ese drama sigue vivo, y en cuya redacción y comunicación tuvo mucho que ver el padre Ugalde. ¶ Licenciado en Filosofía y Letras en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, en Teología por la Theologische Hochschule Sankt Georgen en Fráncfort y en Sociología por la UCAB, y con maestría y doctorado en Historia en la Universidad Santa María de Caracas (ambos *summa cum laude*), Luis Ugalde ha publicado cerca de una docena de libros y ha enseñado en la UCAB, la UCV, LUZ y el Instituto de Teología para Religiosos, ITER, en Caracas. Fue rector de la UCAB por veinte años, entre 1990 y 2010, cuando entregó el cargo al también sacerdote jesuita José Virtuoso. ¶ Pero un hombre como Ugalde, con setenta y cuatro años, no se queda tranquilo dentro de esos prístinos ventanales. Ahora es parte de un grupo internacional de expertos que se encarga de encontrar el modo de que el derecho universal a la educación efectivamente se cumpla, y en todo el mundo. Y dirige el CERPE, donde la UCAB imparte varios de sus cursos de posgrado. Sigue comunicándose con el país a través de sus artículos y sus comparecencias públicas, empeñado en demostrar que Venezuela tiene mucho con que salir adelante y en explicar por qué la nación sigue atrapada en la ingobernabilidad, la violencia y la desigualdad. **VOLUNTARIO DONDE HAGA FALTA** Llegó a Venezuela con dieciocho años y sin ningún pariente aquí. Pasaría diez años sin ver a su familia, solo comunicándose con ella mediante cartas eventuales o aún más esporádicas llamadas telefónicas. Venía del interior del País Vasco, ya en el trance de convertirse

en religioso. «Soy vasco en el pleno sentido: siempre hablé en euskera en casa, y aún lo hago con mi familia. En la escuela, el idioma (el único permitido) era el castellano. Como la tienen también los judíos, los vascos teníamos esa convicción de que si no hablábamos nuestra lengua en el plano doméstico, la perderíamos.» ¶ Había nacido en diciembre de 1938, en plena Guerra Civil española. Ya la violencia había pasado por su pueblo, Bergara, en la provincia de Guipúzcoa. La casa familiar, un rotundo y elegante edificio de piedra gris, es patrimonio de la región y no se puede reformar por la fachada: fue construida en 1630, tiene tres pisos y ahí llegaron a vivir catorce personas. «Mi infancia fue de absoluta posguerra, lo que es decir de una pobreza terrible, con todo racionado, y con cero libertad política, que no empezaría a llegar sino hasta los años sesenta. Soy del campo y cuando me aprietan se me sale el campesino. Estuve familiarizado con el trabajo desde pequeño. A la escuela no podía

L u i s

U g a l d e , S . J .

DISTRITO CAPITAL



faltar, pero cuando llegaba de ella me tocaban varias tareas, siempre.» ¶ Hizo la primaria en la escuela del pueblo y terminó el bachillerato en un seminario en Javier, provincia de Navarra. Siempre fue buen deportista –pelota vasca y sobre todo fútbol, muchas excursiones al Pirineo–, pero curiosamente odiaba escribir artículos y hablar en público, algo que en Venezuela le tocaría hacer infinidad de veces. «En aquel tiempo era muy tímido, pero fui mejorando.» ¶ Ugalde sintió la vocación de manera gradual y muy natural, al final de la adolescencia. Del internado pasó al seminario y de ahí al noviciado de la Compañía de Jesús. Su familia es muy religiosa, pero el único que tomó los hábitos fue él. Su padre le advirtió que era un camino muy difícil, y que si se daba por vencido podía volver a la casa cuando quisiera. «Tomé mi decisión en un ambiente de mucha oración. Los jesuitas mandaban gente a donde hiciera falta, con una vocación mundial, y desde mi región mandaban a Venezuela, además de a la India, Japón y Centroamérica, como aquellos jesuitas que fueron asesinados en El Salvador. Yo me ofrecí como voluntario con diecisiete años para irme a trabajar a un país del que apenas sabía dónde quedaba y cómo se llamaba su capital. Hoy, que un muchacho tome una decisión como esa parece insólito, pero entonces era bastante común. Debía cortar todas mis raíces y entender que haría mi vida adulta en un sitio que no conocía. Mi opción religiosa era incondicional: me hubiera ofrecido a donde me hubieran dicho que nos necesitaban. Y nunca me he arrepentido. Yo decidí estudiar y entender este país, y aprender aquí su historia y sus condiciones sociales. De hecho, lo que he enseñado ha sido principalmente historia económica y social de Venezuela.» ¶ El viaje se hacía a inicios de la formación religiosa y en la etapa de las pruebas vocacionales, que Ugalde superó en parte en España y en parte aquí: pasar un mes en silencio, pasar otro mes mendigando de pueblo en pueblo con otros dos compañeros (que en Venezuela se reemplaza por trabajo campesino) y pasar un último mes de voluntariado en un hospital, que él cambió por un ancianato en Los Teques. «Mucha gente no puede con esas pruebas, pero yo no recuerdo que a mí me costaran demasiado.» Llegó en diciembre de 1957, los últimos días de la dictadura perezjimenista: un buen momento para que una inteligencia como la suya, interesada en el progreso social, arribara a una nación que estaba por vivir grandes cosas. ¶ «La lectura que hago hoy de la Venezuela a la que llegué es muy distinta de la que hice entonces, porque estábamos aislados. Me impresionaron la luminosidad, a mí que venía del invierno gris del norte de España, las autopistas y los carros, y más tarde la simpatía de la gente. Pero al principio, durante año y medio, estuvimos aislados en una casa de Los Teques, donde hoy queda Intevp, sin ver televisión ni escuchar radio ni leer la prensa, tan solo trabajando con un maestro espiritual.» ¶ Luego vendría la etapa de los estudios. Primero, Filosofía y Letras en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, cuyo título tuvo

que revalidar en la Universidad de Los Andes, entonces asolada por la conflictividad de principios de los sesenta. «Íbamos a hacer las materias que nos faltaban, en sotana, en plena época de las guerrillas, a una Facultad de Humanidades y Educación dominada por el MIR y el PCV.» Pero cerraron la ULA y tuvo que quedarse sin la reválida. Le tocó a Ugalde hacer su «magisterio», su práctica docente, enseñando a muchachos poco más jóvenes que él en el colegio San Ignacio de Caracas, que hoy mira todos los días desde su oficina. «Fui maestrillo de Diego Bautista Urbaneja, de Leonardo Carvajal, de Gustavo Tarre, entre otros.» Mientras tanto, estudiaba Sociología en la UCAB, hasta que hizo un alto para irse a estudiar Teología en Alemania. **DENTRO DEL FUEGO CRUZADO** Esos cuatro años que pasaría de nuevo en Europa serían una intensa aventura intelectual y política, porque le tocó llegar a Fráncfort dos años antes del Mayo francés y de todos los conflictos que habría en Europa en 1968 y los años siguientes. «Así como los años anteriores habían sido de ingenuidad, estos serían de estudio y de contacto con la realidad.»

¶ Mientras terminaba de aprender alemán, que había comenzado a estudiar en Caracas, entró en contacto con los trabajadores españoles y con sus grupos de solidaridad, infiltrados por la policía secreta del régimen del general Francisco Franco. «Me agarró allá la revolución estudiantil y el período posterior al Concilio Vaticano II. La crisis económica en España era muy profunda. Con aquellos trabajadores españoles participé en grupos de reflexión, los de la Hermandad Obrera de Acción Católica, y teníamos un periódico, *Trabajadores Unidos*. La policía franquista, por supuesto, nos tenía a todos fichados. Leíamos a Marx, a Habermas y la Escuela de Frankfurt... Intelectualmente, fue un período extraordinario para mí. Desde ahí veíamos a América Latina y a la Iglesia de una manera un poco más crítica. Regresé a Caracas en 1970, para trabajar en el Centro Gumilla, y poco después reseñé en su revista, SIC, *Proceso a la izquierda y Checoslovaquia: el socialismo como problema*, de Teodoro Petfko. Por supuesto, unos cuantos creyeron que yo era comunista, como era muy fácil entonces creer.» ¶

Ugalde dice que los jesuitas eran muy críticos sobre la actividad de la Iglesia en América Latina desde 1948, y pensaban que tenían que formar gente suya en Antropología, Sociología, Economía, «gente capaz de reflexionar sobre los cambios desde un punto de vista cristiano, que debía ser liberada de otros compromisos para dedicarse a eso». El Centro Gumilla era uno de los varios institutos de investigación y difusión, llamados CIAS (Centros de Investigación y Acción Social) que la Compañía de Jesús había creado en América Latina para difundir sus ideas progresistas. ¶ No eran exactamente parte de la corriente conocida como Teología de la Liberación, el movimiento religioso fundado en Brasil que se asimiló a la izquierda radical de entonces. A finales de los setenta, ya había prosperado dentro de sectores de la Iglesia una visión moderada desde la izquierda,

Luis

Ugalde, S. J. J.

DISTRITO CAPITAL



pero al término de muchos conflictos. Conflictos que desarrollarían en Ugalde no solo una mayor resistencia, sino también habilidades para la negociación que habrían de servirle mucho en las décadas siguientes. ¶ «En 1971, un año después de que yo volviera de Alemania, habían fundado el Movimiento al Socialismo y había sobrevenido la expulsión por parte del gobierno de Rafael Caldera de un cura belga que había estado protestando con unos estudiantes en varios sitios de Caracas, una medida que provocó más bien que cien sacerdotes nos uniéramos para reclamar por ella.» En la UCAB hubo un serio conflicto estudiantil en 1972, por el que expulsaron a varios estudiantes y luego a los profesores o sacerdotes que se solidarizaron con la causa, Ugalde entre ellos. Sí, lo expulsaron de la misma casa de estudios donde años después sería un destacadísimo rector, cuya presencia sentirían intensamente todos los alumnos de la UCAB. ¶ «El caso llegó al Vaticano. Yo acababa de volver ordenado de Alemania y había respaldado a esos estudiantes desde el Centro Gumilla. Hasta pidieron mi salida de la misma Iglesia, desde sectores internos. Algo similar estaba pasando en Bogotá con la Javeriana y el Cinep, el equivalente colombiano del Centro Gumilla. No fue un período fácil. Yo había pedido mi nacionalización y me la negaron porque alguien le había dicho al gobierno que yo era comunista, de lo que yo no tenía nada, aunque sí pensaba que el país no iba bien y que debía cambiar. Luego, durante mi rectorado, nos encontraríamos los que estuvimos en un bando y en el otro. El conflicto fue duro, pero ayudó a que la universidad cambiara los estatutos para estudiantes y profesores.» ¶ En 1979, a los cuarenta años, Ugalde era provincial de la Compañía de Jesús en Venezuela, es decir, estaba a cargo de la orden. Cuando dejó el cargo seis años después, en 1985, se mudó con otros compañeros a una casa de la Compañía en la parte alta del barrio La Vega. En 1986 ya era vicerrector académico en la UCAB. «Yo trabajaba en la UCAB y vivía en La Vega, lo que me servía para ver las cosas distintas, para verlas de cerca.» Sería realmente de cerca que las vería cuando el 27 de febrero de 1989 llegaron allí las protestas que al principio de esa mañana habían empezado en Guatire. «No podíamos llegar a la universidad cuando comenzaron los saqueos, que presencié en la parte baja del barrio y en Antimano, al día siguiente. Nos dedicamos a transportar heridos, provistos de un pañuelo blanco: como éramos curas, nos respetaban y nadie nos disparaba. El martes se me ocurrió visitar al Nuncio Apostólico y luego al padre Matías Camuñas, que tenía un trabajo muy interesante con unos muchachos en Petare, para promover la difusión sobre la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Camuñas propuso la formación de una comisión de religiosos que recogiera las denuncias de abusos por parte de la fuerza pública y lo llevé a que tratara el tema con el cardenal José Alí Lebrún. Luego me fui a seguir tratando de ayudar. La situación era gravísima, aunque en mi opinión no hubo más de quinientas víctimas, una cifra ya inaceptable-

mente alta. En la medianoche de ese sábado, se apareció un comando policial muy armado en la casa nuestra en La Vega. Decían que éramos de la Teología de la Liberación y que estábamos guardando armas y panfletos subversivos. Los dejamos que revisaran donde quisieran y se fueron, pero volvieron poco después para llevarnos detenidos a un centro improvisado en una calle de El Paraíso, de donde nos llevaron a la Dirección de Inteligencia Militar en Boleíta. El padre Baquedano y el padre Aguirre fueron a rescatarnos y quedaron detenidos también. Nos soltaron a la mañana siguiente, y dos semanas más tarde el funcionario que me había interrogado, profesor en la UCV, me contó quiénes habían influido para que nos allanaran y nos detuvieran: gente de la misma Iglesia que temía que yo llegara al rectorado de la UCAB. Cuando más tarde interpellaron en el Congreso a quien era entonces ministro del Interior, Alejandro Izaguirre, él dijo que un vicerrector no tenía por qué estar viviendo en un barrio, que algo malo estaría haciendo. Hubo otros intentos más de impedirlo. Yo nunca pensé que sería rector. Pero asumí el cargo en diciembre de 1990. Y varios años más tarde diría la misa en el entierro en Caracas del presidente de Venezuela durante el Caracazo, Carlos Andrés Pérez.»

LA TIERRA DE LAS POTENCIALIDADES Ugalde y su equipo se plantearon el objetivo de que los alumnos de la UCAB rompieran los estereotipos que traían sobre los venezolanos que no eran como ellos, y que lo hicieran a través de las vivencias. Eso iría ocurriendo con el tiempo. «Para mí, es por esa vía que puede transformarse la universidad venezolana.» Fue un rector muy activo dentro y fuera de la universidad, dentro y fuera del país. Entre las muchas cosas que hizo en esa época, le tocó presidir la Confederación de Religiosos y Religiosas de América Latina, luego de que lo eligieran en Guatemala. Acudió varias veces a Nicaragua a tratar de ayudar en la intermediación entre la Iglesia y el gobierno sandinista. Y más tarde le tocaría enfrentarse varias veces al gobierno de Hugo Chávez, y tragar bastante gas lacrimógeno, por asuntos relacionados con las leyes educativas y el acoso a las universidades autónomas. ¶

Estar en la primera fila le permitió aprender mucho sobre el país, tanto como sus numerosas horas de estudio y de enseñanza. «Cuando llegué a Venezuela, aquí todo era proyecto y se respiraba un optimismo muy grande. Eso me llamaba mucho la atención. Era un país que se estaba haciendo y gozaba de mucho ánimo. A comienzos de los sesenta los barrios eran más pobres que ahora, pero los pobres decían que vivían mejor que sus padres y que sus hijos vivirían mejor que ellos. Fueron los tiempos de las masivas campañas de alfabetización y el campesino que se venía a la ciudad sentía el progreso. Era un momento de oportunidades.» ¶

Ya no es así, pero para él, el futuro está ahí esperando porque lo hagamos mejor que el presente. Algo que pasa por la solidaridad y por la construcción de consensos. «Venezuela es un país con enormes potencialidades humanas, pero que no ha logrado integrar en una misma visión

efectiva a los pobres y a los que no lo son. No ha logrado que ambos bloques entiendan que no les puede ir bien si no les va bien a los otros. Tenemos una gran carencia en la institucionalidad que haga efectiva nuestra condición de ciudadanos. Hace falta una visión más audaz, que las inversiones no sean solo para dar ganancias sino también para proveer buen empleo que ayude a los pobres a dejar de serlo. Mientras la gente sea pobre, seguirá jugando a la ruleta política. A Chávez le reconozco haber puesto ese tema sobre la mesa, pero le critico que lo haya hecho con los medios más atrasados y fracasados. Ese es justamente el fracaso de este gobierno: atender las expectativas de la gente con herramientas que ya habían fallado. Ha dejado en evidencia una vez más que el poder absoluto sufre una metamorfosis negativa que lo lleva a asumir la riqueza del país como si fuera suya. Veo enormes posibilidades humanas con un liderazgo que no sea este, ni el que se interesó por la otra mitad de la población a principios de los años sesenta pero luego se olvidó de ella.» ¶ Luis Ugalde está convencido de que este país puede recuperarse con mucha más rapidez de la que pensamos si cuenta con una buena institucionalidad y con el convencimiento sobre cuál es el centro de sus problemas. «Ahí podría generarse una dinámica muy creativa.»

L u i s

U g a l d e , S . J .

DISTRITO CAPITAL



Entrevista

Rafael Osío Cabrices

Caracas, 1973. Periodista y editor independiente. Colabora en *El Librero*, *Todo en Domingo* y *Debates IESA*. Ha publicado los libros de crónica *Salitre en el corazón* y *El horizonte encendido*.



Fotografía

Vasco Szinetar

Caracas, 1948. Fotógrafo, curador de colecciones, poeta, editor. Innumerables exposiciones individuales y colectivas en Venezuela y en el exterior. Curador de la exposición de Alfredo Cortina en la Bienal de São Paulo. Miembro de la directiva de la Fundación para la Cultura Urbana. Ha publicado cuatro libros de poesía.



O l g a C a m a c h o

«*Este tambor es la causa de mi vida*»

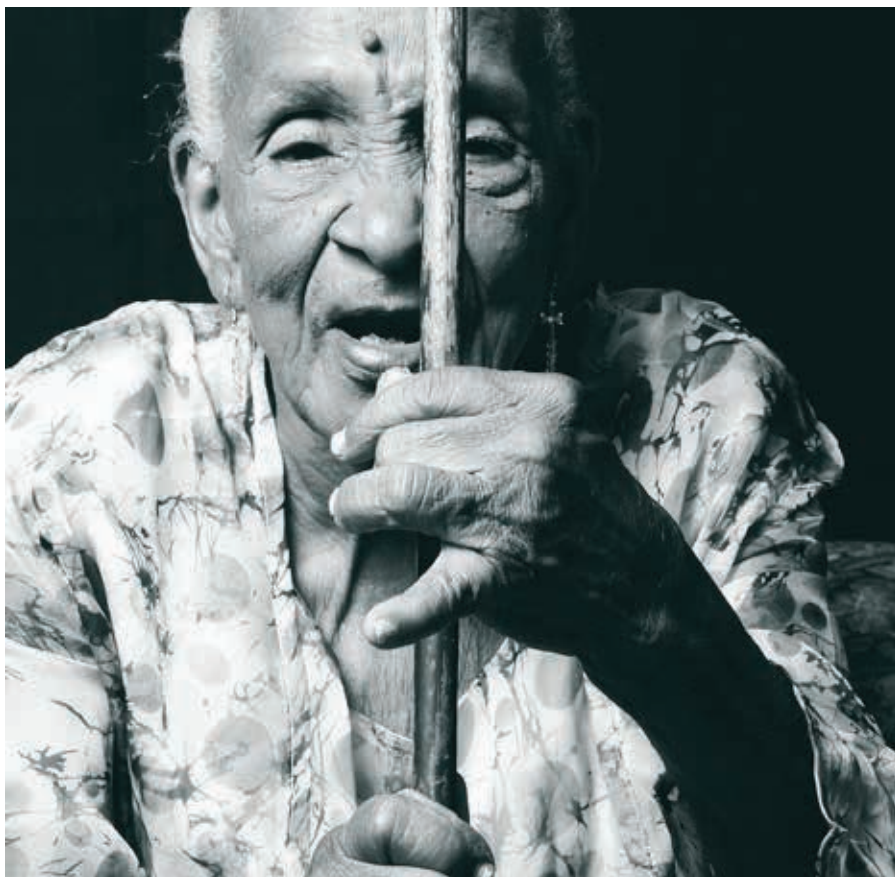
Nació en Coro el 30 de mayo de 1928, en el barrio La Guinea. Por más de setenta años ha sido cantora del tambor coriano. Ha luchado incansablemente por mantener la tradición ancestral del tambor o *Loango Tambú*, como también se le conoce. A sus ochenta y cuatro años, y con numerosos reconocimientos nacionales e internacionales, aún se le ve en su casa dictando talleres sobre el tambor, formando generaciones que han disfrutado de su arte y de su esencia. Enseña todo el tiempo, como si fuera un personaje de escuela. Hay quien la considera «Reina del tambor en Venezuela».

PRIMER COMPÁS Mi mamá se llamó Carmen Chirinos de Camacho y mi papá Agustín Camacho. Vivíamos en esta misma casa. Aquí nacimos todos. En ese entonces éramos once hermanos. Yo era la última de todos, y la más consentida. Mi papá tocaba guitarra, y cuando llegaba del trabajo nos ponía a Miguel y a mí a tocar y a cantar. Papá ya le había enseñado a Miguel a rasguñar la guitarra, como quien dice, pero a mí solo me gustaba cantar y bailar. Él se ponía contento cuando nos veía juntos, cantando y tocando. Yo tenía como siete años. Y esa era la diversión, porque aquí en el barrio no había luz; teníamos que alumbrarnos con unas lámparas de kerosene y sentarnos afuera. También gozábamos un mundo cuando llovía, porque como las calles eran de tierra se formaban unos barriales que yo aprovechaba para jugar. Era bien bonito eso de ver a la cuadra jugando y corriendo, tirándose en el barro. Y claro, después venían los regaños y las palizas por tanta travesura, porque a veces ni había agua para quitarnos el barro. ¶ Si no había luz, menos había agua. Pero el barrio tenía una pila donde mis hermanas iban a llenar los tobos en la calle Colón, cerca del mercado viejo. Ellas buscaban el agua que venía de la represa de Caujarao, y así la usábamos para las necesidades de la casa. Aquí en La Guinea hemos pasado necesidades, pero gracias a Dios ya las cosas han cambiado.

¶ Desde chiquita cantaba, y a los ocho años me fui a un programa de Radio Coro con un grupo de niños que llamaban Los Pitoquitos. Y con los años, Radio Coro era uno de los sitios adonde más iba, porque allí cantaba boleros. Sí, boleros. Para entonces yo cantaba boleros y también tambor. Resulta que cuando tenía dieciséis yo cantaba muchos boleros, porque también mi mamá y papá los cantaban. Mi mamá tenía una voz bellísima. Y papá ni se diga; era un serenatero muy solicitado. Entonces yo fui aprendiendo con ellos y me llamaron de Radio Coro para que cantara. En el barrio todo el mundo estaba pendiente porque yo le decía a la gente que iba a estar en la radio. Y como me la pasaba echando bromas, entonces estaban esperando a ver qué decía y a quién saludaba. Ahí cantaba boleros de todos los autores. Y luego me dieron una oportunidad para que cantara en otro programa que se llamaba «El Galerón Premiado». Terminé cantando de todo: boleros, galerones y tangos, porque en la Coro de esa época la gente era muy fanática del tango. El bolero era mi carta de presentación, hasta que llegó el tambor y lo dejé todo por él. Es que desde siempre estuvo el tambor. Solo que por fin en ese momento me terminó de conquistar. **SEGUNDO COMPÁS** Yo estudié hasta cuarto año en el liceo Cecilio Acosta. La verdad es que nunca fui muy buena con las notas. Por eso me desanimé y dejé los estudios. La primaria la hice en varios colegios: en la escuela Talavera, en el Virginia Gil de Hermoso y en el Juan Crisóstomo Falcón. Cuando dejé de estudiar, me puse a cuidar muchachos los sábados, porque algunos vecinos que trabajaban ese día me empezaron a buscar para que les hiciera el favor. No tenían con quién dejarlos

y entonces les cobraba un real por cada uno. Los sacaba a pasear y jugar. Así me fui defendiendo hasta que una prima, que se había ido a estudiar enfermería en Caracas, regresó a Coro. Y de Coro la mandaron a Chichiriviche. Como no se quería ir sola, habló con mi mamá y le dijo que me iba a enseñar enfermería. Me fui con ella y a los dos años volvimos a Coro. Me vine prácticamente como una enfermera, y empecé a trabajar en la maternidad Oscar María Chapman, poniendo ampolletas. Después en el barrio me empezaron a buscar para eso, para poner ampolletas, y la verdad es que a mí me gustaba. Ahora bien, cuando yo estaba en la maternidad, tuve que engañar a Benigno, mi esposo, porque nunca quiso que yo trabajara. Él me decía que era el hombre de la casa, que era el quien tenía que traer el pan para su mujer y sus hijos. Entonces yo le decía que iba para ayudar a las enfermeras, como lo hacía con mi prima. Eso fue como en 1955, cuando teníamos cuatro años de casados. Pero yo dejé la enfermería cuando mi hija Chicha (Zoila Pachano)

O l g a
C a m a c h o
FALCÓN





se enfermó. Me tuve que dedicar por completo a ella. Después hice un curso de corte y costura para trabajar en la casa, más cerca de mis hijos. ¶ Benigno Pachano y yo nos hicimos novios desde muchachitos. Siempre estuvimos juntos en todo hasta que se me fue. De su siembra van veintitrés años. Y claro que sigue presente en cada toque que hacemos. Por ahí quedó el estilo de Benigno en el furro. ¶ Benigno tenía tanta pasión por el tambor que, desde chiquito, se juntaba con mis hermanos y los viejos músicos, parrandeando todos los diciembres. Los 24 y los 25 tocábamos en casa y armábamos el parrandón, y después volvíamos a tocar los 1 y 2 de enero. Él podía estar desanimado, pero en lo que arrancaba el cuatro y repicaba el tambor... pues era como si tuviera un resorte: se paraba, agarraba su furro y empezaba a tocar.

TERCER COMPÁS El tambor lo viví en mi casa desde que nací. Y cuando mi papá se emparrandaba con Camilo Pirona y Victoriano Gutiérrez, entonces la casa retumbaba con sus cantos. Camilo Pirona fue el primero a quien escuché tocando el tambor. Era un negro flaco, alto, con unas manos grandes; bebía poco y no fumaba. Victoriano sí bebía y Pablo Rodríguez también. Mi papá se echaba también sus palos, pero quería que mi hermano Miguel aprendiera a tocar tambor con Camilo. Entonces cuando se enteraban de que en la casa había fiesta, se venían desde el barrio Monteverde. Panchón Faneite llegaba con la guitarra y Camilo con el ron y las verduras para la sopa. A Camilo le gustaba eso. Cuando murió, me dijo en su cama que le cantara tambor, que no lo dejara morir. Que yo tenía talento para eso. Él me veía como la que podía mantener la tradición, porque la gente me respetaba por cantar en la radio. ¶ Luego a Victoriano le dijeron que formara un grupo. Y a él se unieron Víctor «el Quebrao» y Juancho Chirinos. Con la ayuda de Camilo y de mis hermanos Luis, Miguel y Felipe lo terminaron de armar. Cuando Victoriano ya tenía su grupo, fue que llegó María Chiquitín, una curazoleña que vino a Coro por recomendación de una señora llamada Norberta Acosta. A María le encomendaron que buscara a alguien que supiera hacer dulces de leche. María Chiquitín llega y se hace mujer de Victoriano, y comienza a bailar tambor como se bailaba en Curazao. Antes nadie lo había hecho como ella llegó a hacerlo, y a lo mejor por eso dicen que María Chiquitín trajo el tambor a Coro. Pero ya el tambor hace un rato largo que se tocaba. Ella salía a bailar por las calles todo el mes de diciembre, y también por eso la gente la recuerda. Yo tenía nueve años cuando la conocí. Dicen que el tambor entró en un tiempo de silencio, que no se escuchó ni se tocó, al morir María Chiquitín, pero eso no es verdad. Sí hubo un bajón en lo que eran las reuniones, las parrandas, a pesar de que tú paseabas por La Guinea y en algunos solares se escuchaba siempre el tuntún del tambor. **CUARTO COMPÁS** Desde 1946 yo cantaba tambor con esta gente, y después con mis hermanos, pero cada uno fue dedicándose a sus cosas. Me casé en 1951, el 2 de enero, y en octubre parí a mi primer hijo, Chucho. Tenía en mi

mente esas palabras de Camilo Pirona, de que el tambor no debía morir. Y me acordaba también cuando íbamos al barrio Monteverde o a Chimpire a tocar. Eso era bien sabroso, porque gozábamos un imperio, pero no sabíamos que había gente que estaba pendiente de nosotros, y que nos había escuchado. Ya estábamos en 1965. Mi hijo menor ya tenía cinco años. Así que le dije a Benigno que iba a sacar mi grupo de tambor, porque no iba a dejar morir la tradición. Que me quitara lo demás, pero el tambor no. Y le empecé a cantar: «Este tambor es la causa de mi vida/este tambor es la causa de mi muerte;/y ese molino no muele mai, aceite con él.» ¶ Entonces también se entusiasmó y formamos el grupo con los muchachos. Como yo también era costurera, comencé a confeccionar el vestuario de las bailarinas, con mucho color, porque quería transmitirle a la gente toda la alegría posible. Y comenzamos con Los Pimientosos, un grupo de familia que lo conformaban mi compadre Miguel Lugo, Juan Marín, Carlos Manzanares, Miguel Chirinos y Chendo Chirinos. Todos ellos se la pasaban tocando en el barrio, y también alternaban con mis hermanos, mis sobrinos y después mis hijos. Pasó el tiempo y en el grupo quedaban solamente mis hijos y los sobrinos. En 1972 vino Yolanda Moreno a investigar sobre el tambor que hacíamos. Vio un ensayo y el baile que montamos. Entonces Yolanda me preguntó que cómo se llamaba el grupo, y yo le dije que no tenía nombre. «Pero Olga –me dijo–, si aquí están todos tus hijos y sobrinos. Ponle “Olga Camacho y su Camachera”.» Y así lo hice. **QUINTO COMPÁS** Un 30 de noviembre me fui a cantar al centro, por los lados de la plaza San Clemente, comenzando La Alameda. La intención era sacar el tambor del barrio, con la idea de tocar en un club donde se la pasaba la gente encopetada de Coro. Nos pusimos en la acera de enfrente, y ahí tocamos, tocamos y tocamos, para ver si nos dejaban entrar. Pero no nos dejaron; nos rechazaron. Entonces yo les dije a los muchachos: «Vamos a tocar en el club», pero ellos no querían. Yo les insistí, y recuerdo que al llegar a la puerta del club, me recibió don Roger Leyva, que era uno de los dueños de Radio Coro. Entramos y nos invitaron a tocar. ¡Ay Dios!, aquello fue maravilloso, porque no dejaban de aplaudir. Don Roger Leyva me dijo: «¡Te felicito, Olga. Ese tambor está bien bueno!» Salimos del Club Bolívar y nos montamos en una camioneta, en la parte de atrás, y empezamos a tocar por todas las calles de Coro, hasta que llegamos a La Guinea, donde nos estaba esperando un gentío, todos enterados de que habíamos tocado en el club. ¶ Ahí fue cuando entonces salió el tambor del barrio, y se empezó a escuchar en otros sitios. El gobernador, Pedro Luis Bracho Navarrete, me dijo que ya había escuchado algo del tambor con el grupo Los Pimientosos, y que le alegraba que ahora los corianos lo conocieran más conmigo. Recuerdo que el periodista Ildemaro Alguíndigue, que trabajaba en el diario *La Mañana*, me hizo una entrevista, y una de las preguntas fue que qué me gustaba más, si la gaita o el tambor, porque era tiempo de gaitas, y todos

los grupos la estaban tocando. Yo le dije que el tambor, porque la gaita era del Zulia y el tambor de Coro. Entonces él tituló su trabajo con «El tambor coriano de Olga Camacho», y de ahí en adelante empezaron a llamar lo que tocábamos tambor coriano. Allí comenzó esta tradición del repique cada 30 de noviembre, para recibir el 1^{ero} de diciembre, no solo en La Guinea, sino en las calles de Coro. **SEXTO Y ÚLTIMO COMPÁS** Gracias a Dios me han hecho muchos homenajes en vida, y eso se agradece. Yo lo que he hecho es cantar, porque me gusta cantar. Y si eso me lo reconocen, yo lo disfruto. Fui nombrada Patrimonio Regional y Nacional. Fui condecorada por el presidente Chávez en el 2003. La Universidad Francisco de Miranda me nombró Doctora Honoris Causa el 30 de julio de 2008. Pero lo que más me gusta es ir por la calle y que la gente me salude: «Hola, Olga». Eso para mí es suficiente, porque ya sé que el tambor no se va morir. Por eso tengo el proyecto de la Escuela del Tambor, que todavía no lo hemos sacado como debe ser, pero ya tenemos la idea, y ojalá pueda ver mi sueño hecho una realidad. Todas esas muchachas que he formado en el baile, que son vecinas, me han dicho que colaborarán con la escuela. Y los muchachos que han pasado por La Camachera también se han puesto a la orden. Así que por profesores no se para. Me muero yo, pero dejo mis retoños, que van a seguir con el tambor coriano, para que no se muera nunca. Este tambor no se va morir.

O l g a
C a m a c h o
FALCÓN



Entrevista

Simon Petit

Punta Cardón, 1961. Poeta, ensayista, guionista, promotor cultural. Director del Ateneo de Punto Fijo. Presidente del Instituto de Cultura de Falcón. Ha publicado los libros: *Bajo la grúa, Otros a la intemperie, Sol sostenido, La mirada impía, Desmemoria infiel.*



Fotografía

Robert Flores

Ha ejercido el reporterismo gráfico por veintidós años en los diarios *La Mañana, La Prensa y Nuevo Día de Falcón*. Fotógrafo del Instituto de Cultura de Falcón. Tiene en su haber ocho premios municipales, seis premios regionales y un Premio Nacional de Periodismo.



J e s ú s A g u i l e r a

«Sobre un caballo no se piensa en la muerte»

De la estirpe de Sergio Aguilera Pérez y María Carolina Royer, vio la luz el 14 de julio de 1960 en Caracas, pero su mundo ha girado alrededor de la parcela 175 del sector Lecherito de Calabozo, conocida como El Garcero. Coleador desde que tiene memoria, ha sido campeón nacional doce veces y mundial en dos ocasiones. Su familia ha sido su soporte, así como algunos personajes tanto de las mangas como de otros espacios donde como agricultor, productor y deportista se ha movido.

EN UN CABALLITO DE PALO Yo tuve una infancia muy bonita aquí en la parcela 175, donde me crié, con mis padres, mis hermanos, rodeado de ganado, de caballos, de animales. Ahí viví con todos ellos. Mi papá murió cuando estaba joven. En la parcela, que papá bautizó como *El Garcero*, era común que coleáramos con caballitos de palo de escoba. Yo creo que desde los dos años estoy montando caballo, porque apenas uno comenzaba a caminar ya le daban un caballito de palo. ¶ Mi papá era de Maracay y mi mamá de Puerto Cabello. Mis hermanos mayores nacieron en Turmero. Éramos ocho. Tuvimos muchísimos amigos, pero el que siempre me apoyó y estuvo pendiente de que llegara hasta donde he llegado en el coleo fue Alberto Villasana, que en paz descanse. Darío Carreño, mi padrino Fernando, aparte de mis hermanos, también me apoyaron ciento por ciento en este deporte. Pero la persona que más me influyó a agarrarle el rabo a un toro fue Manuel Sarmiento, que es el actual presidente de la Federación Venezolana de Coleo. Un hombre que siempre tuvo mucha fe y mucha confianza en lo que yo practicaba. Pero estamos hablando de conocidos, porque mucha gente que no era cercana a mí me empujó a seguir. Gente de la calle que me aupaba, hombres y mujeres. En eso, como a los doce años, me di cuenta de que iba a ser coleador. ¶ Y si afuera de la casa me apoyaron, a mi mamá siempre le gustaba que lo que tú practicaras lo hicieras bien. Mi mamá nos apoyó mucho, desde comprarnos caballos hasta echarnos ganado en la manguita, allá en la parcela, para que aprendiéramos. A mi papá le gustaba, pero él se ponía muy nervioso. Más nos apoyaba mi mamá que mi papá. ¶ *El Garcero* era nuestro paraíso. Papá le puso el nombre por unas matas que siempre están llenas de garzas. Son matas blancas. Es un verdadero espectáculo ver las garzas quietitas allí montadas. O cuando salen volando. Son un adorno natural. Mi papá tuvo la certeza de ponerle el nombre. Y así todo el mundo conoce el lugar donde crecimos y aprendimos a colear, ordeñar, amansar caballos, sembrar, a hacer las cosas del Llano. **YO ESTUDIÉ AQUÍ** Yo realicé mis estudios en la Escuela de Agricultura en Calabozo. La primaria la hice en el Grupo Escolar Estados Unidos de América. El bachillerato en el Liceo Alejandro Humboldt. El tercer año y el ciclo diversificado, por supuesto. Y el primero y segundo año en el Liceo Joaquín Crespo, también de Calabozo. En mis estudios me encontré con el profesor Rubén Gutiérrez, quien me ayudó a centrarme en lo que quería. Yo en verdad quería estar en mi pueblo, en pleno llano. Quise aprender todo lo relacionado con este mundo. De modo que me hice agricultor. Esa es mi carrera. Una carrera para toda la vida, porque la tierra está allí para sembrarla y cultivarla, para llenarla de animales. Y aunque no vuelvas a agarrar a un toro por el rabo, aunque no vuelvas nunca más a una manga, uno siempre será un coleador. **YO FUI AVIADOR POR UN RATICO** En medio de esos deseos, también se me ocurrió estudiar para piloto. Yo fui aviador. Me gradué de piloto

comercial y nunca ejercí. Volé poco. Hice el curso, pero en ese entonces se mató Luis Arocha, que en paz descanse. Un día aterricé en la parcela y mi papá me dijo: «No vuelas más nunca, no lo vuelvas a hacer». «Está bien», le dije, y nunca más volé. Después me dijo: «Encárgate de la finca. No quiero que estés volando más por allí.»

EL ENTRENAMIENTO, EL COMIENZO Todos nosotros éramos unos leones afeitados. Mi hermano Sergio nos entrenaba en la finca, y a la edad de siete años yo tenía mi primera competencia de coleo. Ya mi hermano Juan, que era mayor que yo, coleaba. La verdad es que se trataba de algo de otro mundo porque nosotros, los cinco hermanos, coleábamos en la casa. Orestes, que era el mayor, no era mal coleador. Sergio fue el más enfiebrado de todos. Era un coleador extraordinario, también con mucha visión. Ese no pelaba un caballo que fuera bueno. Siempre iba a los juegos nacionales, representando a Guárico. También estaba Juan, que en paz descanse. Mi hermano Juan Aguilera, que era médico veterinario, fue Campeón Nacional de Coleo. Él fue como mi otro maestro, porque él y yo nos apoyábamos mucho. Juntos para todas partes y coleando para todas partes. Y cuando no coleábamos en la manga, coleábamos en la finca. A veces hacíamos campeonatos de dos semanas, coleando todos los días. Teníamos cuatro y cinco caballos cada uno, nada más que para practicar en la sabana. Mi hermana mayor siempre nos apoyaba: era muy buena montando caballo. Mis hermanas no llegaron a colear porque mi papá no las dejaba, pero sí sabían hacerlo. Ellas celebran todas las coronas que hemos ganado.

DOCE VECES CAMPEÓN NACIONAL. DOS VECES MUNDIAL Mi hermano Sergio influyó en mí en todos los aspectos. Fue un guía muy importante. Estábamos muy compenetrados él y yo. Era mi hermano mayor y era mi padrino a la vez. Nos teníamos mucha confianza, y él se empeñó en que yo tenía que ser campeón nacional. Me decía: «Usted va a ser campeón nacional. Yo no sé cuántas veces, pero usted va a ser campeón nacional». Y con esas palabras fui doce veces campeón nacional. El primer campeonato lo logré en 1974, en la categoría «C». Luego en 1976 en la misma categoría. En 1979 alcancé el campeonato nacional en la «B». Después, en 1986, 1987 y 1988, gané la categoría «A». En el año 1992, otra vez gané en la «A». Y en dos ocasiones logré ser campeón mundial, una en 2000 y otra en 2008. En 2001, en los nacionales, lo hice como veterano. En 2005 y 2006 fui campeón de campeones en San Felipe. Algunos me llaman el «General del Coleo», gracias a la manga y al oficio de andar a «filo de lomo». ¶ Con todos estos campeonatos, comencé a viajar por toda Venezuela y luego por otras naciones. Hay diecisiete países donde se practica el coleo. Entre ellos, Estados Unidos, México, Argentina, Nicaragua, Brasil, Costa Rica, Panamá, Colombia, Cuba... Hay cubanos que colean extraordinariamente bien. Lo que pasa es que en Cuba todo el ganado es de Fidel. Allá te pare una vaca y tienes que ir a registrarla como si hubiera

nacido un niño. **TAMBIÉN BOXEABA Y LANZABA LA JABALINA**
Yo jugaba básquet en el liceo y lanzaba jabalina. Me metía en casi todos los deportes. Me gustaba mucho el boxeo. Orestes era fanático del boxeo. Nos poníamos los guantes. Pero claro, uno se concentra en lo que más tiene cerca. Y yo tenía los caballos y los toros. Así que cuando ya tenía cierto camino recorrido y algunas mangas paseadas, don Luis López, del estado Aragua, me aconsejó bastante.



Él tenía siempre buenos caballos. Extraordinarios, diría yo. En Colombia, por ejemplo, estaba Ángel Zambrano, quien llegó a ser campeón mundial de coleo. Fue muy amigo mío. También me aconsejó mucho. ¶ Uno llega a compenetrarse tanto con este deporte que sueña con él, vive con él, sufre y goza con él. Es un deporte que no es nada fácil, es un deporte en el que se tiene que tener mucha constancia,

mucha disciplina. Uno tiene que ser uno mismo y alcanzar mucha compenetración, tanto con el caballo como con el toro. El toro también tiene sus trucos, sus trampas. Entonces yo le digo a las nuevas generaciones que si quieren ser buenos coleadores deben conocer bien al toro, pero mucho más al caballo. Finalmente, me concentré tanto en ellos, en los caballos, que los deportes del pasado quedaron atrás, aunque a veces me pongo los guantes, pero nada más por ponérmelos. **«CALABOCITO», AQUELLA MARAVILLA DE CABALLO** Yo perdí la cuenta de los caballos que he tenido, pero los he querido y respetado a todos. Sí, perdí la cuenta. A veces imagino las veces que lidié con ellos en la manga y hasta en plena sabana. Un caballo es capaz de salvar a su jinete si advierte que está en peligro. Son tantos los que he tenido que se amontonan los nombres. Pero el que más me ha marcado el espíritu fue «Calabocito». Lo trajo don Alberto Villasana de El Chaparro, Anzoátegui. Lo compraron en un lote. No lo hacía muy bien con algunas personas. De hecho, una vez se lo prestaron a un amigo. En esa oportunidad, el muchacho agarró un toro bravo. Entonces quiso obligar al caballo con las espuelas, para que empujara, pero a ese caballo nadie lo obligaba a nada. Apretó de tal manera que se cayó. El caballo pateó en la manga, y eso es una amonestación para el animal y un desprestigio grande para el jinete. En ese caballo quedó campeón nacional mi hermano Miguel. También con él coleó mi sobrino Sergio Omaña, quedando subcampeón nacional. Federico Troconis lo montó cuando ganó su campeonato. Y yo con «Calabocito» quedé campeón nacional varias veces. ¶ Mi relación con el caballo es de respeto. Y de cariño también. El caballo es sabio. Los animales, y los caballos sobre todo, saben cuándo tú los aprecias y les tienes cariño. Se puede decir que uno ama al caballo como ama a una mujer. Para mí este deporte es una pasión muy grande, y ese caballo me dio la satisfacción de quedar campeón nacional. Hubo muchos otros, como «Guasón», «El Gato» o «Talento». ¶ «Calabocito» murió de veintiocho años. Murió de viejo. Lo enterramos en la finca de don Alberto Villasana. Es decir, tiene su cementerio particular, que es toda la sabana. Don Alberto prefirió enterrarlo ahí, porque a él le gustaba la sombra de unos árboles de mango. Sé dónde está enterrado, pero no voy al lugar, y menos a ponerle velas. Cuando murió, se le hizo un homenaje de coleo. Había mucha gente. También le hicimos tributos un año antes de morir. Fue llevado a la manga de coleo. Lo cargamos mi hermano Miguel y yo. Ya no podía caminar casi. Le hicimos ese homenaje y después, al año, se murió. Pero los homenajes continúan a través de canciones. Muchas son las que se le han compuesto. Entre ellas, piezas de Cheo Hernández Prisco y Reynaldo Armas. Recuerdo los títulos de algunas: «Guariqueño coleador», «De manga en manga»... ¶ Ya tengo cincuenta y un años y, todavía, con medio siglo y un poquito encima, digo que no he podido dejar el coleo. Después de todo, pienso que he cumplido y me he mantenido, porque

yo voy a las competencias, salgo y me codeo con muchachos de veinticuatro años, que tienen que echarle pichón para colear conmigo. Acabo de quedar subcampeón nacional por una jugarreta que me hicieron. Y todo por mi constancia, por mi dedicación. Esas palabras definen mi permanencia en el coleo, en los corrillos del medio donde caballo y toro se confrontan, en las mangas. **NO TODO ES FIESTA, TAMBIÉN ES DOLOR** No todo es fiesta. En este deporte el coleador sufre muchos golpes, aporreos y fracturas. Los dedos de mi mano derecha se han fracturado varias veces. Por eso la ves deforme. Tú llegas y te fracturas. Entonces no te puedes salir a operar para que te quede el dedo bonito, porque vas a tener que dejar los toros. Tú coleas y de repente en la próxima coleada te vuelves a fracturar. Estoy hablando de que yo coleaba los cuatro fines de semana del mes, durante todo el año. Y además de eso entrenaba en la finca los cinco días: lunes, martes, miércoles, jueves y viernes. Y montaba ocho o diez caballos a la semana. Toda la vida. El ejercicio del ordeño es el que me ha permitido que todavía pueda apretar mi mano. Por eso todavía sigo ordeñando. ¶ En esto del coleo hay que ser muy fuerte. De lo contrario, te arrastra el peligro. Hasta la muerte. Yo peso ciento ocho kilos y mido un metro ochenta y seis. Siento que esos ocho kilos me sobran. En temporadas de lluvia yo no salgo a colear mucho, porque el fango no es bueno. **PELOTEROS CON CABALLOS EN LAS MANGAS** Yo voy a un campeonato nacional y me ofrecen veinte o treinta caballos, pero ya yo tengo mi selección y preferiblemente los míos. Ha habido excepciones, como por ejemplo la vez que me monté en el mejor caballo de Venezuela, según las estadísticas del momento. Era una yegua y se llamaba «La Princesa». Tiene hoy el récord nacional en coleadas efectivas. Es de Geraldí Aguilar. ¶ Ahora hay mucha más afición que antes. Hay más población y practicantes. La cría de caballos ha proliferado. A pesar de que este deporte se ha puesto cada vez más difícil y más caro. Usted va al campeonato nacional de coleo y un caballo puede valer doscientos cincuenta mil bolívares. Hay muchos deportistas, como los que practican béisbol, que tienen caballos. Alex Cabrera tiene entre diez y veinte, y también escuelas de coleo, donde becan a los muchachos para que estudien el deporte. Carlos Zambrano también tiene. Esos caballos, cuyos dueños hacen todo lo posible porque sean los mejores, se pasean por las mejores mangas. En Venezuela, la mejor es la de San Juan de los Morros. Es muy cómoda. Uno está como que si fuera un estadio, como en el Yankee Stadium, sentado bajo techo. La manga de Maracay también ha sido una buena manga. **MI PADRE Y SUS CONSEJOS** Mi papá tenía una empresa de productos lácteos, yogurt, mantequilla. Y él sabía que yo era demasiado fanático de los toros coleados. Me tocaba la puerta a las cinco de la mañana. «Mire, hijo, coleador que no ordeñe está jodido.» Y ese era mi trabajo: ordeñar. Me puso sueldo como ordeñador y además estudiaba. Los fines de semana, anteriormente, los toros duraban hasta las



cinco de la mañana. Yo no me perdía las fiestas de Camaguán. Llegaba a la casa como a las tres o cuatro de la mañana. Mi papá me decía: «A mí me gusta mucho que usted colee, pero usted tiene un compromiso: tiene que ordeñar. Yo con los toros coleados no hago mercado». Entonces llegaba, me cambiaba la camisa, cumplía con mi trabajo, y me iba otra vez. Y así quedé campeón nacional en Valle de la Pascua y en Cagua. ¶ Una vez en 1974 mis hermanos Sergio y Orestes me llevaron a una competencia. Mi papá llegó el último día, y yo punteaba junto a un amigo de Barinas, de apellido Angarita. En el punto donde meten los toros a los toriles estaba un señor que me metió un torazo a propósito, para que yo no lo tumbara. Mi papá habló con mis hermanos: «Miren, Orestes, Sergio, a Jesús le metieron ese toro pintao». Luego me llamó y me dijo: «Mire, venga acá, tenga mucho cuidado con el toro que le va a salir». «¿Pero por qué, papá?, le pregunté». «Toro tuerto y labio chingo, o sea, toro cachalero que cogieron en sabana abierta», respondió. En efecto, era un toro bellaco. Entonces mi hermano Orestes me dijo: «Párate afuera». Y me paré en la boca del toril, para agarrar al toro de primerito, pero me mandaron a pararme afuera. Ese toro en lo que abrieron el toril salió fue echándole cacho a los que estaban de primeros, pasándome a mí por un lado. Lo agarré y lo pasé por encima de lomo, gracias a Dios, y ahí se aplastó en medio de la manga: no corrió más. Con ese toro gané la competencia. **EL AMOR POR UN CABALLO** Uno llega a querer un caballo. Es como familia de uno. Yo recuerdo un toro que en Barinas, en un campeonato nacional, logré sacar en una yegua de Alfonso Mendoza. Me acuerdo que el toro era muy bravo. Lo habían *estoconao* mal. La cornamenta del toro la tenían que cortar cuatro dedos, y le cortaron una cuarta de cada lado. Entonces el animal, cuando abrieron el toril, tenía el lomo lleno de sangre. En lo que abrieron, me bañó la cara, y salió echando cacho. Lo saqué de puerta y el toro se regresó. Trató de saltar la manga por la esquina y se vino de espalda. La yegua y yo esperamos, y el toro cayó solo con la pata hundida por debajo de la talanquera. Lo metí en la argolla de la cincha, lo halé con la yegua y logré pararlo, pero el animal ya no iba a correr más. Era un toro que ya no corría más, y si yo no le hacía un punto no me ganaba el Nacional. En eso el toro, viendo a un periodista que como a cuarenta metros le tomaba fotos, reaccionó y lo embistió. El periodista tuvo que salir corriendo del susto, pero yo aproveché la embestida del animal para colearlo y pasarlo por arriba de lomo. ¶ Los caballos son seres especiales. Duele mucho cuando sufren. En la manga nunca se me mató un caballo, pero por una cornada sí las pasé mal: el toro le picó la yugular a una yegua y no era ni un bicho bravo. Por eso siempre invocamos a la Virgen de la Caridad, que es la patrona de los coleadores. Ese día le amarré la camisa en el cuello a la yegua. Era sangre por todas partes. El chorro salía de manera impresionante. Fue un día muy gris, muy doloroso, porque en ese momento el jinete es parte del caballo o de la

yegua. En ese instante se siente el cariño, el amor que uno siente por su animal. **HE VIVIDO Y SOÑADO SOBRE UN CABALLO** Uno piensa en la muerte y me viene a la memoria la imagen de un hombre sobre un caballo. Se vive y se sueña sobre un caballo. Por eso me veo morir de la manera más tranquila posible. Ese hombre sobre el caballo no piensa en la muerte. Me imagino el infierno y el cielo. Me los imagino porque montado en un caballo la muerte siempre está presente. Pero no hay miedo. No hay miedo porque mi vida ha sido vivirla sobre un caballo, siempre. Vivos caballo y hombre. Yo voy a cualquier campeonato pensando en la vida.



Entrevista

Alberto Hernández

Calabozo, 1952. Escritor, poeta y periodista. Director del Suplemento Cultural de *El Periodiquito*. Entre sus libros: *La mofa del musgo*, *Amazonia*, *Última instancia*, *Párpado de insolación*, *Ojos de afuera*, *Bestias de superficie*, *Nortes*, *Intentos y el exilio*, *El poema de la ciudad*, *Fragmentos de la misma memoria*, *Relatos fascistas*.



Fotografía

Alberto H. Cobo

Maracay, 1980. Fotógrafo y escritor venezolano. Ha colaborado con textos y fotos en *El Periodiquito* y en las revistas digitales *Panfleto negro* y *Presagios Virtual*. Ha publicado el libro de cuentos *Susurros de octubre*.



A l e j o H e r n á n d e z A c o s t a «elTornillo»

«Pido a Dios que me deje vivir para seguir trabajando»

Era un adolescente cuando llegó a Venezuela, procedente de las islas Canarias, donde nació un 28 de julio de 1945. Ha llevado una vida apegada a la tierra, a la producción agrícola y pecuaria, a un trabajo pleno de visión que lo ha llevado a convertirse en la cabeza de un gigantesco emporio agroindustrial, El Tunal, en Quíbor. Es uno de los principales productores de leche, carne de cerdo y huevos del país.

PUEBLO LLAMADO EL PASO Cualquiera podría pensar que todos sus sueños se han cumplido al pie de la letra, pero a los 67 años, lejos de acariciar la posibilidad del retiro, o de bajarle el ritmo a sus afanes, en su mente solo bullen planes y proyectos. Trabaja en el lugar del mundo donde mejor se siente, en Quíbor, capital del municipio Jiménez del estado Lara, asiento de una admirable oleada de canarios que desde hace más de medio siglo hizo posible que esos eriales reverdecieran y cobraran vida, hasta ofrecer la mayor despensa de hortalizas de Venezuela.

¶ Familiar, sencillo, sensible, más allá de su prestigio, y de lo poco dado que es a la exposición pública, la voz se le quiebra al aludir cuánto se debe a su gente, a quienes le han ayudado a levantar el complejo agropecuario El Tunal, de donde sale buena parte de la leche, la carne de cerdo y los huevos de gallina que consume el país. No le gusta señalar cifras, pero se sabe que es líder en ambos rubros. Alrededor de su emporio gira un universo de unos mil ochocientos empleos directos y cinco mil indirectos. Hablar, en Lara, de Alejo Hernández Acosta, o simplemente de «el Tornillo», es nombrar la encarnación del éxito, la audacia y el emprendimiento.

¶ «Yo nací en las Canarias, en la isla La Palma, en un pueblo llamado El Paso.



Somos una familia del campo. Éramos seis hermanos, traídos al mundo en un pequeño cuarto, por una comadrona. Mi mamá, Amalia Acosta Pérez, se casó dos veces. En el primer matrimonio tuvo dos varones y una hembra, los González. Los tres murieron. En el segundo matrimonio procreó, otra vez, una hembra y dos varones. Nos criamos muy unidos, en un campo donde había vacas, cabras, conejos, gallinitas de patio. Mi papá, mi mamá, toda la vida se dedicaron a la agricultura y a la cría. Cuando muere mi padre, a los ochenta años, mis hermanos, Antonio y Sergio González, son los primeros en venirse. Llegan en 1940 a San Felipe, a la hacienda La Marroquina. Trabajé con mis hermanos en esa finca. Ellos, junto a ese grupo de canarios, salieron de allá porque había poco trabajo, pocas oportunidades. Yo llegué en un barco que venía de Italia, cargado de turistas. Duré once días y once noches desde Tenerife hasta La Guaira.» **QUÍBOR ERA UN PUEBLO SOLO** Tenía trece años. En predios yaracuyanos le da por fijarse en las destrezas de todo cuanto hacían los mayores. Ningún detalle escapaba a la observación de quien sentía las urgencias de aprender y desentrañar cada uno de los secretos guardados entre los surcos de la tierra, en el milagro de la germinación de las semillas, en la proximidad con los animales, y en los humores y caprichos de la naturaleza. ¶ «Sembraban batata, yuca, maíz. Tenían cerdos. Yo miraba el trajín de ellos allí, y a los ocho meses decidí irme. Me los traje a Quíbor, a todos, a mis hermanos, a mi mamá. Era el 4 de diciembre de 1960, cuando pisamos por primera vez esta tierra bendita. Y comencé a trabajar con un pariente, Juan Roberto Gutiérrez, primo segundo de mi papá. Quíbor era un pueblo solo, pelado. Era escaso el comercio, y apenas comenzaba a desarrollarse el valle. Las calles eran de piedra. Tendría unos ocho mil habitantes, y una tranquilidad que desapareció.» ¶ Dos prestamistas fueron claves en los esfuerzos iniciales por poner a producir el más tarde floreciente Valle de Quíbor: los hermanos don Leónidas y don Augusto Anzola, radicados en El Tocuyo. ¶ «Los bancos no creían en Quíbor en ese momento, porque no había nada. Todo era una promesa. Fueron los canarios más viejos, los que llegaron en los años cincuenta, quienes empezaron a sembrar tomates, pimentones. Sembraban aquí, en Tocuyo de la Costa (Falcón) y en El Sombrero (Guárico). Hacían una cosecha en uno de estos puntos, en una determinada época del año, y se desplazaban luego para la otra. Así andaban mis hermanos, y después me tocó a mí. Comencé a sembrar, a trabajar en tierras ajenas. Yo engrasaba las máquinas de los amigos, y me daban un pedacito de tierra en el que sembraba.» **AYUDANTE DE MECÁNICA** En El Paso, terruño canario, solo había estudiado hasta sexto grado de primaria, «o algo así». Todo cuanto sabe, advierte, se lo ha enseñado la vida. ¶ «Mi primer oficio fue el de ayudante de mecánica de tractores. Engrasaba las máquinas, apretaba los tornillos. De ahí viene el sobrenombre de “el Tornillo”. Un buen día se atoró el

Alejo
Hernández
Acosta

LARA

tornillo de un tractor, y nadie lo podía aflojar. Los demás se fueron a almorzar, resignados, y yo me quedé. Me comí unos pancitos y unos cambures y traté y traté, hasta sacar el terco tornillo. Entonces alguien dijo: “A este carajito le vamos a poner el Tornillo”. Dicho y hecho. Así me quedé. Hasta mi mamá me decía “Tornillo”. Después trabajé con tractores de oruga, y comencé a sembrar con un socio, Ismael García. Conseguía unos churupitos y sembrábamos. Con eso pagábamos a dos o tres trabajadores, y atendíamos la siembra. Así arrancó todo. Sembrábamos cebolla, tomate, pimentón. Primero una hectárea, luego dos, siempre en terrenos de particulares. También sembraba en las tierritas que me daban.» **POZOS SECOS** Era evidente que deseaba romper con todos los esquemas impuestos por sus antecesores, por los precursores de una bonanza preñada de giros inciertos. Soñaba despierto, en grande. Por eso en algún momento anidó en su febril mente la intención de abrirse paso en un horizonte más ambicioso que el de Quíbor y sus incultos suelos.

¶ «Conseguí unos churupitos y un buen día me fui a Dabajuro (Falcón). Allí conseguí unas tierras, perforé unos pozos, deforesté, arreglé una casita vieja que había en el terreno. Gasté los reales que tenía. Todo lo que había reunido en Quíbor lo gasté allá.» ¶ Corrían los tiempos del primer gobierno de Rafael Caldera. La incursión guerrillera, que tenía infestada la zona, volvía peligrosos los senderos, pero él no podía permitirse reparar en eso. No obstante, no sería la insurrección armada la barrera que se interpondría en su paso, sino la merma de unos pozos que se negaban a devolverle el agua sin la cual todo su esfuerzo se vendría abajo. ¶ «Apesadumbrado, entendí una noche que no podía seguir ahí. Conté y tenía treinta mil bolívares. Ese era mi capital. Pero esa misma cantidad se la debía a unos señores de Maracaibo. Recogí los treinta mil bolívares, en unos billeticos amarillitos que había, de quinientos, para ir a pagarlos, pero a ellos les dio mucha lástima mi situación. Por eso, de los treinta mil que les adeudaba, solo me cobraron quince mil. Llegué muy contento a Quíbor, con catorce mil y pico. En Quíbor tenía unas maquinitas viejas, que recogí, sin encontrar dónde tenerlas. Uno de los vecinos me dijo que un señor llamado Ángel María Pérez estaba vendiendo un terrenito, como de diez a quince hectáreas, valorado en diez mil bolívares. Él aceptó vendérmelo y, cuando salimos del registro, después de firmar, yo le pregunto: “¿Por qué usted no me presta esos diez mil bolívares? Le puedo pagar el dos por ciento mensual”. Y para mi sorpresa, aceptó.» **LA FUERZA DEL AFECTO** Emprendía un vuelo que exigía audacia. Eso lo llevó, de nuevo, a las gavetas de los dos hermanos prestamistas de El Tocuyo. ¶ «Yo anhelaba un respaldo mayor, pero ellos no querían prestar plata ya, porque estaban muy mayores. Decían que se iban a morir y más bien querían recoger. Sin embargo, me prestaron veinte mil bolívares. Con esa platica compré equipos en Maquinarias Mendoza e hice un pozo. También compré un tractor, un *jeep* Nissan. Todo eso a

crédito. Así arranqué. Empecé a trabajar y a pagar al día.» ¶ A pesar de las varias pruebas que ha tenido, su raigal apego por Quíbor se mantiene. Más que la circunstancia de unos pozos secos que lo obligaron a regresar de Dabajuro, la fuerza del afecto que siente hacia esta tierra y sus moradores ha sido la razón por la cual jamás se ha alejado de la comarca por mucho tiempo. Se trata, ahora, de un tornillo trabado por los sentimientos. ¶ «Me he propuesto irme de Quíbor, pero no he podido. Es por el agua. He dicho que me voy para Carora, a cualquier otra parte, y estoy un tiempito por fuera, pero regreso. ¡No he podido! Hemos ido trabajando, y creciendo. Es una lucha inclemente. Yo duré años descansando tres horas al día. Cuando me veía más rendido, en las noches, ponía un despertador dentro de una lata de kerosene, para poderlo escuchar. Con tanto agotamiento costaba despertarme cuando me dormía. Trabajaba desde antes de que saliera el sol y hasta mucho después de que se pusiera. Tardamos en comenzar a tener más gente, en disponer de más facilidades para trabajar. Pero no había electricidad. En las tierras había cárcavas de tres y cuatro metros. Toda la vida la pasé ahí, trabajando para tapar los huecos. Todavía las estamos acondicionando, con abono orgánico. Y tampoco es que las cosas se hayan puesto suaves.» **ORGANIZACIÓN DE ANIMALES** Ya no siembra tomate ni cebolla. La vocación de su organización se ha inclinado hacia los animales. Y, visto en retrospectiva, el hecho de haberse topado con cerdos en sus años mozos, cuando tenía la finca junto a sus hermanos, pudiera interpretarse como un presagio: esa es en la actualidad una de las tres principales fuentes de ingresos de El Tunal. ¶ «Tenemos una cría de cerdos en sociedad con Plumrose. Cuando la crisis, fuimos y negociamos con ellos. Nos ha ido bastante bien. Continuamos con las vacas. A mí no me gusta hablar mucho de cifras, porque hay muchas variaciones, pero tenemos una buena producción de leche desde hace treinta y cuatro años, y criamos gallinas. De manera que producimos huevos, leche y carne de cerdo, embutidos.» ¶ El negocio de El Tunal no se reduce a la producción. También asume la comercialización de sus productos. ¶ «Yo comencé con cebolla y mantenía un galpón. Comercializábamos entre uno y tres millones de kilos mensuales: la cebolla que producíamos nosotros y la que comprábamos. Pero ya el negocio nuestro no es la cebolla. La producción de animales es una actividad más segura, más firme, pues no está sometida a la variación de los precios ni a los vaivenes de los sindicatos, que de repente pretenden que el riego se suspenda por unos días. El campo hay que trabajarlo todos los días. Si la cebolla no se riega se muere, se pierde.» ¶ El hombre al que le cuesta reflejar orgullo o vanidad, se quiebra cuando desliza estas frases: «Toda la vida la hemos dedicado a producir comida. Es una buena labor. Reconforta saber que uno produce huevos, y esos huevos los cargan el mismo día, y el camión sale y los puede llevar a oriente o a occidente, a cualquier parte, y al día siguiente la gente ya se

Alejo
Hernández
Acosta

LARA



está comiendo esos huevos, que contienen, por cierto, la proteína más barata. En Venezuela necesitamos producir más comida. Por ejemplo, faltan reses. En este país deben faltar ahora como veinte millones de reses, que tienen que venir por los puertos. Esta es una región tropical, donde todos los días uno puede salir a la calle a buscar la comida, a trabajar. Tenemos tierras, tenemos los ganaderos, tenemos gente emprendedora que quiere al país. Pasa lo mismo con el arroz, que antes se exportaba a Colombia y otros mercados. Ahora no, ahora viene de los países árabes». ¶ Enfatiza que, en una nación que aspire a su engrandecimiento, el valor del trabajo no debe perderse

jamás. ¶ «¿Cómo se estimula el trabajo si se le paga a la gente sin trabajar? A la gente hay que atenderla, pero póngala a trabajar, enséñela a trabajar, dele la oportunidad a todos, para que hagan crecer este país. Los gobiernos, de toda la vida, levantaron un edificio enorme en Caracas, la sede del IAN, para perseguir al que trabaja la tierra, al que produce en el campo. Al que trabaja, señores, ¡déjenlo trabajar! Deberían perseguir al que no trabaja.» **GENTE DE MÍSTICA** Cuando pasa revista a los logros alcanzados, jamás lo hace a título personal. A cada una de las palmas adhiere la tradicional lealtad de su personal. «Desde el más encopetado hasta el más humilde, todos nuestros trabajadores son importantes. He trabajado con gente que me ha dado el apoyo básico para estar donde estamos. Es gente de mística. El país sería otra cosa si se tomara esto en cuenta.» ¶ Obstáculos y esperanzas se entremezclan a estas alturas de su balance personal, porque esa pareciera ser la dinámica de su propia vida: a cada ilusión le sucede un escollo, y viceversa.

¶ «Venezuela pudiera seguir adelante, hacia la autosuficiencia. Este es un país donde tenemos más verano que invierno (o medio año de verano y medio año de invierno), pero los gobiernos persiguen a la gente que trabaja. Algún día esto debería cambiar. En Quíbor casi nunca llueve. Lara es una tierra seca, pero pudiéramos tener aquí un río navegable con agua del Llano, porque el agua está en el Llano, y no en la represa de Yacambú, cuya primera piedra la puso Caldera. En Yacambú el agua se estanca en veinticuatro kilómetros de serranía, que es terreno movedizo. En cualquier país del mundo canalizan el agua. Yo digo que el agua es como un ser humano, que cuando está joven tiene que trabajar para reunir los churupitos que le servirán en la vejez. Uno no comienza a trabajar después de los sesenta años, para sobrevivir los días que le quedan. Pues con el agua es igual. El agua tenemos que recogerla en invierno para contar con ella en el verano. Nosotros nos inundamos en el invierno y en el verano nos quemamos, porque no tenemos el control del agua. Si hubiéramos traído del Llano un río navegable para acá, para Lara, tendríamos agua y navegaríamos por todo el estado. ¿Quién se lo podría imaginar?» **LEY DE VIDA** En Quíbor escasea el agua que no ha podido ser asegurada por la construcción de una quimérica represa. Algo parecido aconteció, también, en lo personal, en la vida del productor más próspero. Ya frisaba los 40 años cuando se percató de que no se había casado. No tenía descendencia. Y el amor llegó para irrigar los surcos de un alma acostumbrada a combatir sequías. ¶ «Yo me dije que tenía que cumplir con una ley de vida. Me casé. Ella es de Quíbor, por supuesto. Jacqueline Ortiz. Nos conocimos allá, pueblo pequeño donde todo el mundo se conoce. Su papá era un buen amigo, que trabajaba en la Inspectoría del Tránsito de El Tocuyo. Tenemos tres hijos: Amalia, de catorce años; y Jesús y Alejo, morochos, de diez años. A ellos les gusta la vida del campo. Andan conmigo. Jesús llega y se está en la oficina, y Alejo en

Alejo
Hernández
Acosta

LARA

vacaciones se pone sus botas y me lo llevo. Le gustan las vacas. Dice que quiere ser veterinario.» **LOS NUEVOS DERROTADOS** «Tenemos El Tunal. Su nombre viene de la zona, que se llama así. Pero también tenemos otras compañías. Ahora mismo terminamos un matadero industrial, llamado El Paso, en el sector de La Miel. Allí habrá una línea de cerdos, una de caprinos y una de reses. Se llama El Paso por el pueblo donde yo nací, en las Canarias. Por otro lado, en Chivacoa, estamos con los movimientos de tierra para instalar una planta de leche de larga vida.» **CREDOS PERSONALES** «Sigo durmiendo poco. El que duerme mucho vive menos. Yo me levanto a las cinco y media de la mañana, todos los días. Llevo los muchachos al colegio y me voy a trabajar. Regreso a las diez, once, doce de la noche... a la hora que pueda.» ¶ «Yo oigo música cuando voy en el carro. Uno de mis hijos está aprendiendo a tocar violín, el otro el cuatro. A la niña le gusta bailar el flamenco. Pero lo mío es el trabajo. He agarrado vacaciones dos veces en mi vida, y durante una de ellas me llegué a preguntar para qué debía trabajar tanto. Al regresar vendí tierras, vendí equipos, para bajar la presión del trabajo. Pero después me convencí de que era un error. Y arranqué de nuevo, otra vez, y no voy a parar. A mí me preguntan que por qué no apago el celular de noche, para dormir, pero yo digo que no sé a qué hora me va a necesitar mi gente, que anda en la calle. ¿Y si a la una, dos o tres de la mañana ocurre algo y yo no atiendo el teléfono? Dejo el celular prendido para contestarle a la gente que necesita hablar con uno.» ¶ «No le temo a nada. Yo me siento muy tranquilo. Lo único que pido a Dios es que me deje vivir para seguir trabajando, para seguir haciendo cosas. He esperado toda mi vida un cambio para el país que no he visto todavía: que no se persiga al que trabaja, que más bien se ayude al que trabaja.» ¶ «A veces llegan funcionarios ¡a revisarme! Por todas las áreas me revisan. Y no tengo ningún problema en que lo hagan. Pero aspiro a que un día lleguen a revisarme lo que estoy produciendo, a que me digan cómo producir más, a que me enseñen cómo se pueden mejorar los procedimientos.» ¶ «La persona que más ha influido en mi vida es esta señora que está aquí, mi esposa. Ella soporta las cosas que a veces no le parecen que están bien, como llegar tarde del trabajo. También pienso mucho en mi mamá. Pido mucho a Dios, para que nos ayude en tantas cosas. No es fácil cuando uno tiene problemas y quiere resolverlos de la mejor manera. Alterarse nunca es bueno cuando uno tiene que enfrentar un problema. Hay que llenarse de paciencia, y de ánimo. Yo miro mucho el sol, y tomo agua, cuando se me presentan los problemas fuertes.» ¶ «Nunca me sentiré un hombre realizado, mientras tenga tantas cosas por hacer. Y siempre he tratado de hacer lo mejor que he podido en mi vida. No he hecho daño, no he querido hacer daño. No quiero para mí nada que no me corresponda. Lo que no es mío no lo necesito. Me gusta ser consecuente con los míos. Una persona que trabajó con

nosotros tiene ciento dos años. Yo la visito, la llevo el médico. Si hay que hospitalizarla, la hospitalizo. Siempre estoy pendiente de ella porque trabajó con uno, porque fue una persona fiel y buena.» ¶ «Yo no tengo muchos amigos, pero los pocos que tengo son amigos verdaderos. La amistad que yo tuve, por ejemplo, con mi compadre Hugo Mario Jiménez, conocido abogado que en el 2000 murió asesinado en Barquisimeto, fue inolvidable. Nos llamábamos todos los días. Toda la vida fue mi amigo, mi compadre doble, mi hermano, mi papá. Fue todo para mí. Conversábamos todos los días. Fue la persona más allegada que he tenido.» ¶ «Para mí el significado de justicia es que cada quien reciba lo que le corresponde.» ¶ «Hay gente que no lo ve bien a uno, que no ve bien lo que uno ha hecho, pero uno no puede caerle bien a todos. Siempre hay un contrario. Que la gente me mire y me recuerde como cada quien crea. Es la potestad de cada quien. Yo creo que la mayoría de los que me conocen creen en mí.»

Alejo
Hernández
Acosta

LARA



Entrevista

José Ángel Ocanto

Periodista, narrador, dirigente gremial. Reportero en *El Diario de Carora*. Jefe de Redacción del diario *El Impulso*. Secretario general del CNP de Lara. Escribió una novela titulada *Ricardo en los días del tedio*.



Fotografía

Héctor Andrés Segura

Reportero gráfico. Fotógrafo profesional de bodas y eventos. Veintidós años de labor en diversos diarios. Fotógrafo del diario *El Impulso* y de las revistas *Gala* y *Estampas Larenses*. Miembro del Círculo de Reporteros Gráficos de Venezuela.



G u s t a v o S a l a s R ö m e r

«Nuestra fortaleza es la vocación de servicio»

Hombre de convicciones. A sus cincuenta y nueve años confiesa haberlo visto todo, y no pierde ni la confianza ni el optimismo por este país que bien «vale una misa». Educado en Estados Unidos, donde permaneció trece años. Graduado en Yale, con dos títulos universitarios. Su conciencia social lo trajo de vuelta a Venezuela para trabajar con las comunidades más necesitadas. Después de cuarenta años de haber llegado al estado Lara, tiene la satisfacción de ser uno de los auspiciadores de Cecosesola, una de las cooperativas más grandes del país.

ESPACIOS DE ENCUENTROS No ha sido nada fácil impulsar este movimiento que ya se hizo mayor de edad, pero lo que sembraron sus fundadores ha producido una muy buena cosecha en todos sus ámbitos. «Cecosesola ya es una referencia internacional después de haber superado todos los obstáculos que se nos han presentado, que no han sido pocos.» ¶ El esquema parece sencillo y complicado a la vez. Esa manera abierta y flexible de una organización sin líneas de mando rompe con las convenciones. Los veinte mil asociados tienen iguales derechos en la toma de decisiones. Llama la atención la cantidad de reuniones que se programan durante todo el año, asambleas donde se discute, se analiza y se llega a conclusiones consensuadas luego de largos debates. ¶ «Se trata de espacios de encuentro que no obedecen a un diseño previo, que se crean o desaparecen según las necesidades del momento, y cuyas características y contenido tienden a ser muy diferentes de lo que acostumbramos a ver en los sectores público o privado, e incluso en el resto del movimiento cooperativista. Se trata de la comunidad organizada. Todo comenzó como un movimiento similar al de cualquier organización de carácter económico. En los primeros tiempos, Cecosesola se dedicó a administrar una funeraria. Después de cinco años, ya teníamos unos doce trabajadores que reportaban a un Consejo de Administración, y una vez al año la Directiva rendía cuentas en una Asamblea conformada por representantes de las cooperativas afiliadas. Los conceptos de jerarquía, de cultura dominante, fueron abolidos con el paso del tiempo. Mucha gente no creyó en el nuevo sistema. Les parecía algo anárquico, que solo podía conducir a la desaparición de Cecosesola. Sin embargo, a medida que los valores fundamentales de la sociedad comunitaria se adecuaron al nuevo sistema, en esa misma medida fuimos creciendo hasta llegar a donde estamos ahora.»

BUEN ESTUDIANTE Y BUEN DEPORTISTA Una temprana vocación de servicio comunitario llevó a Gustavo Salas a dejar sin remordimientos una vida de comodidades en los Estados Unidos, donde vivió buena parte de su infancia y adolescencia. Con dos títulos universitarios, regresó a principios de los años sesenta a Venezuela, y hacia 1967 se vino a Barquisimeto, donde ha desarrollado una extraordinaria labor social desde Cecosesola, una cooperativa pionera en el país cuyo modelo han seguido organizaciones sociales internacionales. ¶ Salas no nació precisamente en cuna de oro. La única riqueza de la familia la constituía un padre –Jacobo–, empeñado en que todos sus hijos llegaran a ser algo en el futuro a través del esfuerzo y del estudio. Es el cuarto de once hijos (su padre se casó dos veces al enviudar prematuramente). No tiene ningún temor en ser identificado con una familia de políticos (es hermano de Enrique Salas Römer y tío del actual gobernador de Carabobo). ¶ «No me molesta llevar mi segundo apellido. No tengo ninguna reserva en decirlo. A mí nunca me ha interesado la política partidista, y menos el poder. Cuando mi hermano estaba

haciendo campaña como aspirante a la Presidencia de la República, me ofreció un ministerio si llegaba a ganar. Le dije que no me seducía la idea. Tampoco participé en el proceso electoral que llevó a mi sobrino a la gobernación de Carabobo. La familia es una cosa y la política otra. Me siento muy cómodo entre las comunidades más necesitadas. Trabajo en esta cooperativa desde hace más de cuarenta años, y los que faltan. ¶ Nací en Puerto Cabello, en 1941, pero no viví allí mucho tiempo. Mi padre tenía una obsesión por los estudios de sus hijos, y cuando tenía once años tuvo la buena idea de enviarme a los Estados Unidos junto a otro hermano. ¶ Era buen estudiante. Estaba consciente de mi responsabilidad con la familia y conmigo mismo. Hice toda la primaria sin problemas, y luego me gradué en la secundaria con muy buenas notas. Continué en la universidad, me gradué de ingeniero civil, y más tarde de administrador industrial. En Yale estudiábamos simultáneamente los cuatro hermanos. ¶ Me afectó mucho la muerte de mi madre. Ella tenía apenas treinta y nueve años. Creo que mi padre se dio cuenta del impacto emocional. Y ante esa irreparable pérdida, se decidió el viaje a Estados Unidos. Ya en secundaria, ingresé a un internado en Massachusetts, que más bien parecía una cárcel. Para no tener problemas, me impuse una autodisciplina tan férrea que me convirtió, sin quererlo, en el mejor estudiante del instituto. Con esas credenciales me fui al estado de Nueva York, donde inicié y terminé mis estudios universitarios. ¶ Mi padre, Jacobo, era muy pobre, pero también un hombre dedicado en cuerpo y alma al trabajo y a la familia. Hizo carrera como empleado en la Casa Boulton, y con el tiempo llegó a desempeñarse como director de la organización. Todo lo que ganaba, lo invertía en la educación de sus hijos. En una oportunidad, de los once hermanos, seis estudiábamos en Estados Unidos. Era un gran sacrificio, pero nosotros le respondíamos con buenas calificaciones, hasta que nos graduamos. Aparte de recibirme como ingeniero civil y luego como administrador industrial, yo casi concluyo la carrera de Economía. ¶ Después de mis estudios, mi segunda pasión fue el deporte. Hasta hace poco fui un deportista activo. La natación me ha dejado muchas satisfacciones, porque competí tanto en Estados Unidos como en América Latina, siempre con buenos resultados. También me gustan mucho el béisbol y el fútbol. Uno de mis recuerdos más gratos fue cuando la Federación Venezolana de Natación me designó como el mejor *master* del país. Luego, a los cincuenta y ocho años, me inscribí en una prueba de resistencia: cruzar el río Orinoco desde San Félix, en un recorrido de casi tres kilómetros. Lo hice dos veces y gané una de las competencias en mi categoría. Guardo muchas medallas en casa, que tendría que contar algún día. Lamentablemente, ya no tengo mucho tiempo para el nado.» **PROYECTO DE VIDA** Impresiona la humildad de un hombre dedicado casi toda su vida al servicio de las comunidades, una vocación que le ha dado más alegrías que tristezas, a juzgar por el

G u s t a v o

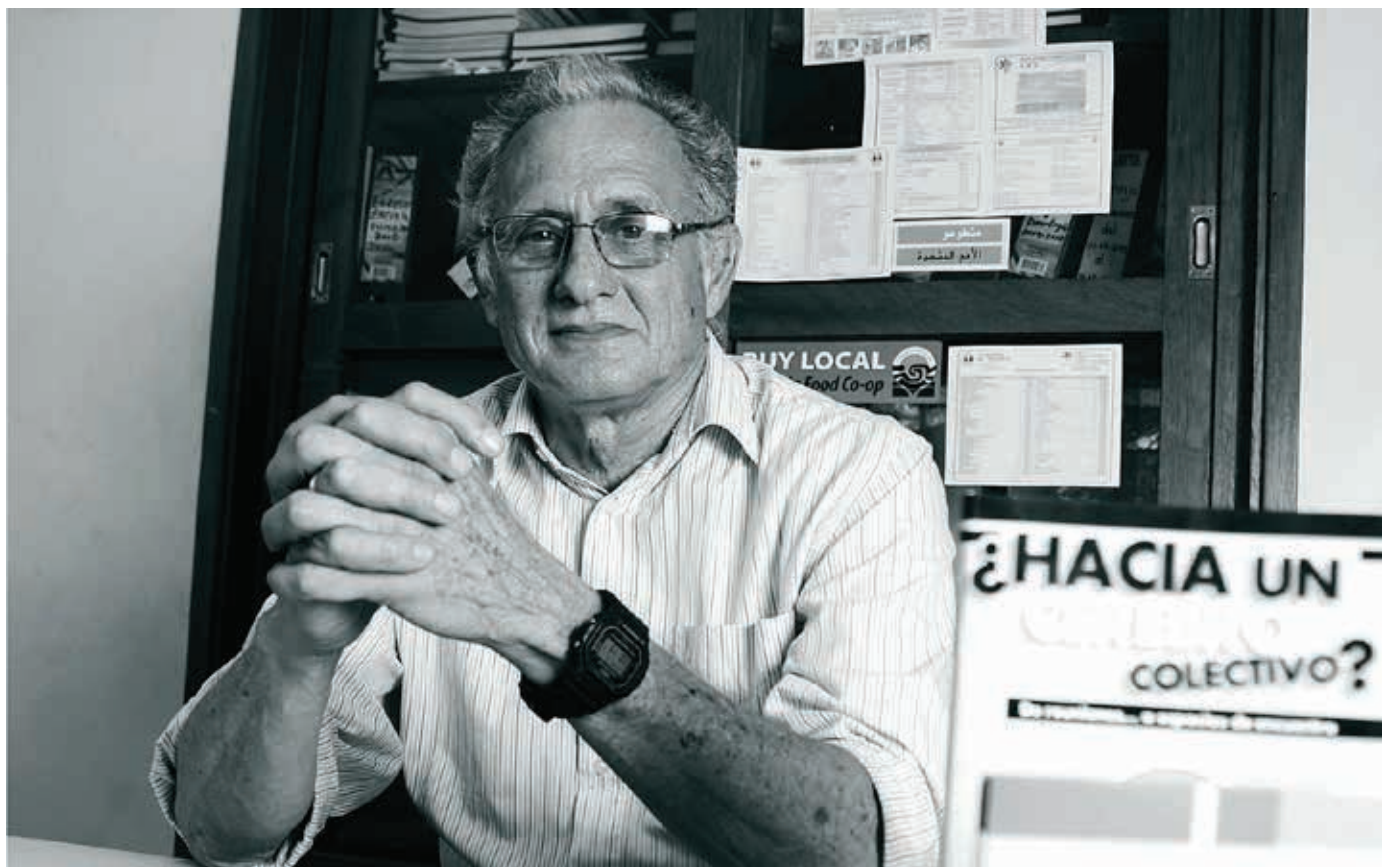
S a l a s

R ö m e r

LARA

pág. 176 | 177

tiempo transcurrido desde que tomó este camino. En 1965 regresó a Venezuela, una decisión de la que no se arrepiente. Aquí vio la oportunidad de desarrollar nuevas habilidades, nuevos conocimientos. ¶ «Me vine porque en Estados Unidos todo está muy determinado. Lo primero que hice al llegar fue buscar trabajo, y lo conseguí en una planta industrial donde se elaboraba el aceite “El Dorado” y la manteca “Los Tres Cochinitos”. Allí dure poco tiempo; no me había formado tanto para llenar formularios de pedidos y facturas administrativas.» ¶ Salas se incorporó a dos pequeñas empresas familiares: una fábrica de guantes de seguridad y otra de asesoría empresarial. Esa experiencia duró tres años. Seguía pensando que su vocación era la del servicio público, sobre todo enfocada hacia las comunidades más necesitadas. Decidió afiliarse a la Cámara Junior y, desde ese club, aparentemente dedicado a otras actividades, trabajó en varios programas sociales en Valencia, obteniendo mucha receptividad de parte de los sectores populares. Durante dos años se dieron a la tarea de visitar los barrios e intermediar con los organismos públicos para buscar soluciones. Los «Juniors» carabobeños se diferenciaban mucho de los otros clubes que funcionaban en el país. ¶ En esa incesante búsqueda de un proyecto de vida ajustado a lo que deseaba, tuvo la suerte de tropezarse con un venezolano excepcional, Miguel Acedo Mendoza, quien le habló del nacimiento en Lara de un movimiento cooperativista muy pequeño que podría llenar sus expectativas. ¶ «No lo pensé dos veces. Me vine a Barquisimeto y aquí sigo después de casi cuarenta años. Eso sí, con el mismo entusiasmo de siempre y profundamente integrado a las comunidades.» Con Cecosesola concretó lo que ansiosamente andaba buscando. Ha crecido mucho como ser humano y sigue incorporado al trabajo que desarrollan unas sesenta organizaciones comunitarias que agrupan en su seno a más de veinte mil asociados. A través de esta red, se crearon actividades diversas de producción agrícola, producción agroindustrial a pequeña escala, servicios funerarios, transporte, salud, ahorro y préstamo, fondos de ayuda mutua, distribución de alimentos y artículos para el hogar. ¶ «Es una verdadera aventura que continúa sin prisa, pero sin pausa. Cada día es una nueva experiencia que nos motiva para seguir trabajando. El programa de “Ferias de Consumo Familiar” ha resultado exitoso. Permite la incorporación de los grupos comunitarios de producción agrícola, de productos procesados por otros integrantes del proceso y de las organizaciones comunitarias que venden alimentos. En Cecosesola se trabaja con la funeraria más grande de la región, que presta servicios adecuados a las posibilidades económicas de la gente. Se creó también un hospital y varios centros de salud. Gestionamos una red comunitaria de producción y distribución de alimentos, que se extiende a cinco estados, constituyéndose en el sistema no gubernamental de mayor venta de alimentos al detal de la región centro-occidental. Todo esto se hace con el autofinanciamiento casi total de nuestras actividades.» ¶ «Aquí no



tenemos jefes ni juntas directivas. Damos la posibilidad de que todos participen de las tareas y decisiones consensuales. Los más de veinte mil asociados podemos intervenir en cualquier instancia con los mismos derechos. Así hemos funcionado por mucho tiempo sin problemas. En las asambleas se toman decisiones consensuales, sujetas a reconsideración en caso de que alguien, presente o ausente, muestre su desacuerdo. También se reciben críticas, y de la mejor manera. Aquí nos han acusado de comunistas, nos ha investigado la policía política, nos han dicho que practicamos capitalismo salvaje. Pero basta que nos conozcan para que cualquiera se convenza de que nuestro trabajo tiene solamente un objetivo social. Se trata de un compromiso social pragmático. ¶ Subraya Salas que, desde otros países, se han interesado por el movimiento cooperativista venezolano. Se han enviado funcionarios de Cecosesola a muchos países, para dar a conocer las virtudes del sistema. **CLAVES SECRETAS** «Estoy felizmente casado, y con cuatro hijos, todos profesionales. Mi esposa es licenciada en



Comunicación Social y nos apoya en la divulgación de nuestras actividades. También mis hijos se involucran, aunque no de forma directa, sino filosóficamente, en sus respectivos trabajos.» ¶ «La cooperativa maneja fondos de unos seiscientos millones de bolívares al año. No generamos lucro. Solo necesitamos recuperar la inversión, y que nos quede por lo menos un uno por ciento para cubrir nuestros gastos. Por otro lado, nuestros precios siempre están por debajo del mercado.»

¶ «Nosotros percibimos el mismo salario. No existe diferencia entre uno y otro sueldo. Es difícil que la gente entienda este sistema. La única explicación válida es que forma parte del compromiso social que adoptamos desde el comienzo de las actividades de la cooperativa. Aquí nadie se hará millonario.» ¶ «Los partidos políticos han intentado intervenir en los asuntos de la cooperativa. Lo han hecho en el pasado y lo hacen en el presente. Pero al final todo este sistema les parece muy complejo. Nos hemos enfrentado a la intolerancia y a la incompreensión de los que están en el poder. Muchos compañeros, incluso yo, fuimos detenidos por la policía por defender nuestros derechos. Hemos sido investigados por todos los gobiernos, hasta que se convencen de que lo nuestro es el servicio comunitario.» ¶ «Ni he simpatizado ni simpatizo con ningún movimiento político. Ni siquiera con el partido de mi hermano Henrique. La vez que me propuso que lo ayudara en su campaña, simplemente le contesté: “¡Ni de vaina!”» ¶ «Creo que la fortaleza de Cecosesola reside en nuestra manera de trabajar, en nuestro sentido de pertenencia, en la vocación de servicio. La confianza, la transparencia y el respeto en cada cosa que hacemos son valores indispensables.» ¶ «Yo no ocupo ningún cargo jerárquico en Cecosesola, y además no lo quiero. Soy simplemente uno más en el grupo. Todo el conocimiento que he llegado a tener lo comparto, y así lo hacemos todos. No tenemos ni jefes ni juntas directivas. Respondemos solamente a la comunidad a la cual servimos. Sé que es muy difícil entender esto, pero es así.» ¶ «Me quejo de lo que se quejan todos los venezolanos. ¿Un ejemplo? La inseguridad en la cual vivimos. No hay derecho de que vivamos permanentemente en este clima de violencia y temor, sin que nadie haga algo para impedirlo. Los gobiernos deben ofrecer respuestas a la angustia en la que viven los venezolanos de hoy.» ¶ «Mi relación con los factores de poder siempre ha sido de respeto. No deseamos involucrarnos con él. Pienso que las comunidades tienen su propio espacio y su propio lenguaje. El proceso social no plantea muros infranqueables, ni una meta final a la cual se pretenda llegar. Todo esto lo hemos dicho en los libros que se han escrito sobre el proceso que iniciamos hace ya más de cuarenta años. Seguramente el futuro nos encontrará suficientemente preparados para recibirlo. En el pasado tuvimos muchos problemas con el poder, por las etiquetas que nos querían aplicar, pero poco a poco se fueron convenciendo de que no teníamos por qué obedecer a ningún partido político. Una

G u s t a v o

S a l a s

R ö m e r

LARA

vez nos incautaron unas unidades de transporte público porque habíamos asumido el servicio de Barquisimeto con ciento veintisiete unidades y trescientos trabajadores. Pero logramos salir airosos al demostrar que no éramos subversivos, sino un grupo de personas con un proyecto de profundo contenido social. Esas historias se repiten todo el tiempo, y nos sirven para darnos cuenta de que andamos por el camino correcto. La transparencia con la cual actuamos es nuestro mejor aval frente a la comunidad. No existe ningún secreto oculto en Cecosesola. Estamos abiertos al diálogo y al trabajo productivo. Nuestro interés es mantener vivo el espíritu de cooperación entre quienes forman parte de este movimiento.» **F U E R Z A S O L I - D A R I A**

La sede de Cecosesola está ubicada en la zona industrial de la ciudad de Barquisimeto. Tres enormes galpones identifican el espacioso lugar, y una vivienda sirve de oficina para todo asociado que desee tener acceso a las computadoras o a los teléfonos. Apenas hay dos modestísimos escritorios que pueden ser utilizados por cualquier asociado. Gustavo Salas se sienta en uno de ellos, pero aclara que no es el suyo. Afuera están los galpones donde se reciben millones de kilos de productos agrícolas, para ser seleccionados y conducidos hasta los mesones de distribución. Muchos de esos productos están listos para expenderse en las llamadas «Ferias de Consumo», una alternativa que los pone a muy bajos precios. Esas ferias son supervisadas en rondas sucesivas por los asociados a la cooperativa. El propio Gustavo Salas cumple labores de vigilancia y hasta de limpieza. Miles de familias se benefician de los mercados solidarios. Los precios de las verduras y de otros rubros están muy por debajo de los que se pueden conseguir en los grandes supermercados. Los otros beneficiados son los productores agrícolas, que saben que van a cobrar el mismo día en que entregan sus cargas, y no a los veinte o treinta, como suele ocurrir en otros centros de distribución de alimentos. ¶ Igual sucede con los servicios funerarios, con el transporte, con los centros de salud. Todos contribuyen al mejoramiento de la calidad de vida de la gente pobre, que en la mayoría de los casos no puede costear esos gastos. ¶ «Llamamos “fuerza solidaria” lo que no se ve, lo que no se toca. Pero se sabe que existe porque la vivimos diariamente, ante cualquier reto, obstáculo o contratiempo.» ¶ Bajo esa premisa, Gustavo Salas Römer ha hecho de su vida una manifestación solidaria con los que tienen menos, con los necesitados de siempre. Su voz de aliento no desmaya en el intento sostenido de revertir la pobreza. En su quehacer diario siempre está disponible para la consulta y la reflexión, que es su manera de compartir pareceres sobre los temas del día. Esa amable cercanía le permite conectarse con quienes requieren de su experiencia en el manejo de situaciones complicadas. ¶ No es Gustavo Salas un hombre de grandes salones. Se siente cómodo, muy cómodo, entre la gente humilde, cuya manera de ser y de expresarse le es tan familiar como las clases que le impartieron los profesores de la

Universidad de Yale. ¶ «Recuerdo especialmente a un profesor de Yale, Chris Argyris, que fue el que me dio a conocer la importancia del trabajo social. Sus prédicas consiguieron un buen eco en lo que más tarde fue mi verdadera vocación.» ¶ «Quisiera que me recordaran como alguien a quien nunca le gustó el poder.»



Entrevista

Luis Rodríguez Moreno

Jefe de Redacción de *El Impulso* por treinta años. Fundador de noticieros de Radio y TV. Narrador deportivo. Fue concejal de Barquisimeto.



Fotografía

Simón Alberto Orellana

Comunicador social. Reportero gráfico del diario *El Impulso*. Premio Segunda Muestra de Fotoperiodismo del CNP, seccional Lara. Integrante de la muestra colectiva de fotoperiodismo «Memoria Inmediata». Premio Regional de Periodismo Ramón Orellana del estado Lara (2012).

G u s t a v o

S a l a s

R ò m e r

LARA



■ MÉRIDA

I v o n n e C a r n e v a l i

«*La misión solo termina el último día*»

Nació en Mérida, el 4 de julio de 1944. Se graduó de economista en la ULA, donde fue académica e investigadora. Realizó estudios de posgrado en Roma y en el IESA, en las especialidades de planificación y gerencia en turismo. Creó el proyecto de la Opción Turismo en la Escuela de Administración. Fundó y dirigió el Hotel Escuela. Gerenció ACUDE (programa de alfabetización). Dirigió la Fundación del Niño, desarrollando programas como Casas de los Niños, Biblioparques para la Comunidad, Proyecto de Educación y Capacitación Agrícola, Operaciones a niños con labios leporinos.

TRAJE DE LINO BLANCO Soy merideña, merideña de ascendencia italiana. Mi familia emigró de la isla de Elba en el siglo XIX, radicándose en los Andes. La política ha jugado un papel importante en todos los episodios de mi vida. Mis primeros recuerdos tienen lugar en San Cristóbal, donde mi papá fue funcionario del gobierno. Cuando muy chiquita iba a la plaza Bolívar, pero recuerdo sobre todo una visita que allá nos hizo mi tío Alberto Carnevali, siendo gobernador de Mérida. Su presencia me impresionó mucho. Vestía un traje de lino blanco y un sombrero de la época, también blanco. Recuerdo que me tomó y me alzó por encima. Nunca olvidé a la persona que tuvo ese gesto conmigo. Yo creo que es el personaje que más ha influenciado mi vida. Tenía unos tres o cuatro añitos, y hasta hoy me he sentido muy cercana a su pensamiento y obra. ¶ De Mérida recuerdo la parroquia Belén, donde nací. Allí vivía mi abuela materna, la familia de mi mamá. Recuerdo mis cumpleaños, muy sencillitos, las amigas de la época. También la plaza de Milla, que era enorme para mí. Ahí sucedían muchas cosas: las patinatas, las misas de aguinaldos, la presencia del sacerdote. Lo que hoy es el grupo Vicente Dávila, en aquel entonces era una finca, y ahí quedaba la casa de mi abuelo paterno. Ya de jovencita, volvimos a vivir cerca de la plaza de Milla, cerca del convento San José de la Sierra, donde íbamos a misa y a los eventos religiosos. Las calles de Mérida eran empedradas, y el gobernador de entonces les hizo echar una capa de cemento: nosotras pasábamos en patines y algunas huellas de eso deben quedar todavía en la calle.



Patinábamos en diciembre. Teníamos un grupo de amigas cercanas, las Febres Cordero. Nos la pasábamos con ellas en la plaza y los alrededores. Estaban también los Monsalve, los Moreno. Estudié en el Colegio de Fátima, que entonces quedaba en la calle Lora, en la calle 19, cerca del Kontiki, y nos íbamos a pie todas las mañanas, lo que no se puede hacer hoy en día. Mérida llegaba hasta Pie del Llano, donde había un enorme árbol, frondosísimo. De ahí en adelante todo era haciendas, monte.

VIDA DE REFUGIADOS Después de San Cristóbal, donde estuvimos año y medio, nos fuimos para Barquisimeto, porque había caído el gobierno democrático de Rómulo Gallegos. Comenzó una persecución enorme contra los dirigentes que habían participado en el gobierno. Llegamos a Barquisimeto, donde mi papá conocía a algunas personas que habían estudiado con él. Le dijeron que quizás allí iba a ser menos perseguido. Llegamos a una casa en la avenida 20. Pero lo que tengo muy claro, como un recuerdo muy cercano, muy vívido, es que apenas habíamos llegado, a media noche, escuchamos tres golpes fuertes en la puerta. Y cuando preguntamos quién era, nos dijeron: «¡Seguridad Nacional!» Abrimos y enseguida pasaron varios hombres armados. Comenzaron a romper los colchones de los niños, de los adultos, buscando lo que no teníamos, buscando armas, buscando papeles. Querían poner bajo las rejas a un hombre que no había hecho ningún mal, mi papá, por el solo hecho de ser familia de un gran líder, de Alberto Carnevali. Lo llevaron a la Seguridad Nacional y, al día siguiente, mi mamá, que no conocía a nadie, tuvo que desplazarse hasta la sede para conocer la razón por la cual había sido detenido. Se lo llevaron sin darle oportunidad de cambiarse, en pijama casi. Y la razón que le dieron es que ningún Carnevali podía desplazarse por el país sin que ellos, la Seguridad Nacional, lo supieran. Eso fue más o menos en 1950. Allí en Barquisimeto tuvimos una vida de refugiados. A mi papá lo pasaban de una cárcel a otra y, nosotros, los siete hijos, tuvimos que ser repartidos en casas de familiares, de amigos, pues mi mamá tenía que desplazarse a donde tuvieran a mi papá. Unas veces a la cárcel de Guanare, otras a la de Acarigua. Entonces ocurrió un hecho violento en la cárcel, que casi causa la muerte de mi papá. El partido en clandestinidad estaba muy pendiente de sus líderes, y creyeron que quien estaba preso era mi tío Alberto. Fue un error que se cometió. Intentaron sacarlo y entonces hubo disparos, heridos. De pronto un militar que había sido herido fue a la celda a buscar a mi padre para matarlo. Le dijo: «Usted es el culpable de lo que está pasando aquí». Y mi padre, que no sabía lo que estaba pasando, que era un hombre muy devoto, muy mariano, invocó a la Virgen (la iglesia de Guanare quedaba muy cerca) y le dijo: «Capitán, yo quisiera que me permitiera hacerle un torniquete. Usted se va a desangrar». El hombre quedó extrañadísimo con la reacción de mi papá, quien ya se estaba quitando la camisa para hacerle el torniquete. Y eso lo salvó: ese gesto de humanidad. ¶ Fue el comienzo de una época

convulsa: el inicio de una dictadura que duró hasta 1958. Durante todo ese tiempo, mi vida de niña estuvo siempre relacionada con los eventos políticos del país. Recuerdo que, en época de navidad, mi mamá tenía la fe de que a mi papá lo iban a sacar para que celebrara con sus hijos el 24 o el 31 de diciembre. Pero eso nunca ocurrió. Recuerdo a mamá esperando que tocaran la puerta y llegara. Me recuerdo en la ventana, con mis hermanos, unos encima de otros, viendo cómo los niños de afuera disfrutaban los regalos que les habían traído en las fiestas. Pero a nosotros no nos faltó la alimentación, pues el partido fue muy generoso, muy eficiente en la clandestinidad. Estuvo pendiente de sus líderes, y de la suerte de sus familiares. A nosotros nos dejaban, cada tanto tiempo, comida, mercados en la puerta de la casa. Sabíamos que eran ellos porque las cajas llevaban dentro una tarjeta. Por eso yo no pude ser menos que adeca cuando tuve ya conciencia de lo que significaba la política, pues toda mi vida estaba relacionada con Acción Democrática. Nos desplazábamos en Barquisimeto, en autobús, y para eso nos daban una especie de moneda que el partido había ingeniado y dado a los militantes que no tenían trabajo, a los familiares de los que estaban presos. Le enseñábamos la moneda al chofer, pues no teníamos dinero para pagar. Fue una labor de entendimiento con los transportistas. Percibir un sentimiento de solidaridad en el pueblo por aquellos que estaban luchando por la democracia en la clandestinidad nos ayudaba mucho. ¶ De mi tío Alberto sabíamos por los periódicos. Se había fugado del Hospital Militar, pero cuando salía lo ponían preso. No teníamos contacto con él. La familia no era bien recibida ni bien vista en ninguna parte. Cuando mi tío Alberto estuvo enfermo, mi abuela quiso ir a visitarlo. Le pusieron un telegrama a Marcos Pérez Jiménez para que le dieran la oportunidad de despedirse de él. Moría muy joven, defendiendo la libertad, defendiendo sus principios. El dictador le contestó: «Los presos políticos no tienen ni madre ni esposa». Al morir, tampoco le dieron la oportunidad de verlo. Lo trajeron a Mérida por la carretera Trasandina, a toda velocidad. Temían que hubiera manifestaciones en los pueblos, como de hecho las hubo, siempre pacíficas. Pero no lo llevaron a la casa, como esperábamos, sino directamente al cementerio El Espejo. Los estudiantes universitarios se portaron valientemente, llenando el recinto junto al pueblo. Lo recordaban como un gobernador que había hecho obras importantes, como el aeropuerto de Mérida y la Maternidad. En el cementerio tomó la palabra Humberto Zambrano Román, quien pronunció un discurso de despedida muy emotivo. Pero cuando terminó quisieron arrestarlo. Gracias a los estudiantes, que lo rodearon inmediatamente e impidieron su arresto, se escabulló. Hay quien pensaba que el cuerpo no estaba en la urna, que aquello eran piedras, pero cuando lo desenterraron, ya en democracia, el cuerpo estaba igualito a como era él. Por eso la gente se quedó con la idea de que era un santo, y entonces le ponían velas y estampitas. **L A**

ORFANDAD Mamá fue una mujer de una gran valentía. Murió de cuarenta y cuatro años. Sufrió mucho. Ella no se casó con un político, sino con un abogado. No esperaba lo que le pasó. Estaba muy atenta a nosotros. Su mundo era su hogar y su marido, pero tuvo que salir a la calle, tuvo que viajar para ver a mi papá en la cárcel. Nunca sentí que me faltara. ¶ Con mi papá teníamos una gran relación.

Mi mamá murió cuando yo tenía doce años. Yo era la cuarta de los hermanos, y quedé con la responsabilidad de los menores. Fue un mandato que yo misma me impuse, pues nadie me lo exigió. Mi papá sobrevivió a mi mamá cinco años, y luego nos quedamos solos. Los Carnevali quisieron que cada uno de nosotros se fuera con una de las familias, pero nosotros no quisimos. Decidimos quedarnos juntos, con la ayuda de los tíos. Mi hermano mayor era el responsable de los mayores, y yo era la mujercita de la casa. En los días finales de mi madre, ella me enseñó los oficios del hogar, y yo aprendía rápido. Todo esto me fortaleció como persona, porque lo que venía era un período de autoformación. Yo no era una alumna de 2o, pero sí sobresaliente. Las monjas sabían que yo era huérfana y estuvieron siempre muy cercanas a mí. ¶ Mis amigas del colegio, que nunca olvido, eran Eleonora Guerra, Judith Febres Fajardo, Mercedes Uzcátegui, Maritza Pineda y Reina Mayolo. Me eduqué con las dominicas, con valores muy firmes. Las cosas había que hacerlas siempre de la mejor manera. En tercer año, con dieciséis años, me cambié al Liceo Libertador. Siempre me sentí muy orgullosa de haber sido alumna de esa institución. Fue mi primer trato con jóvenes, pues era mixto. Allí tuve magníficos profesores, muy exigentes, de grandes conocimientos. Y también allí hice mis primeros pinitos políticos.

LA REACCIÓN VENEZOLANA Era la época de la Revolución cubana, cuando Fidel Castro se volvió un héroe universal, todo el mundo quería formar parte de la Revolución. Llegaban las noticias de Cuba y todos queríamos ser revolucionarios. Pero duró poco. La Revolución fue algo muy importante, que marcó mi vida, pero como ejemplo no se sostuvo por mucho tiempo porque enseguida hubo represión, muerte, paredón. Ocurrían cosas con las que yo no estaba de acuerdo. ¿Cómo aceptar a un hombre que se creía Dios y que podía disponer de la vida de la gente? La opinión hay que respetarla, la opinión es sagrada. Y no por diferir se puede acabar con la vida de otra persona, o encarcelarla. Esto me apartó de la Revolución cubana, aunque al principio estaba fascinada con la campaña de alfabetización. Creer en un modelo económico que pudiera acabar con la pobreza era algo muy tentador.

¶ Pero también fue muy importante la reacción del gobierno de Venezuela ante la Revolución cubana, que pese a los esfuerzos no pudo impedir la guerrilla ni los enfrentamientos en las universidades a favor y en contra. En mi propia familia había una división: la mitad de mis hermanos eran proclives a la Revolución, y la otra mitad estábamos con el gobierno democrático, con el sistema democrático, con la libertad.

Y comenzamos a ser líderes en el partido de mis antepasados: el de mi tío Alberto, el de Rómulo Betancourt. **TIEMPO DE DOCTRINAS** Los partidos democráticos comenzaron a preparar a sus cuadros juveniles. Hubo un acuerdo con la Fundación Adenauer para formar líderes. La Iglesia hacía cursillos de capacitación social, a donde íbamos los estudiantes de los liceos y de la universidad. Nos formábamos en doctrinas políticas y económicas, en modelos económicos. Venían a Mérida profesores que nos enseñaban oratoria, defensa personal, proyección personal. De allí salió una juventud robustecida, conocedora de la realidad mundial. Yo era de las más jóvenes. Había un jesuita llamado Manuel Aguirre entre los profesores. Había gente valiosísima, líderes sindicales, líderes católicos. Yo me sentía inhibida, pero aprendí a expresarme gracias a las clases de oratoria. Eso me sirvió para la misión que tenía en la vida, porque luego fui maestra en el INCE, profesora en la Universidad, fundadora del Hotel Escuela. ¶ Mis inicios vocacionales fueron solitarios. Fue una búsqueda y un encuentro conmigo. Luego comprendí que eran muchos los que pensaban como yo, que yo no estaba sola, que yo pertenecía a un grupo. Una persona que fue determinante para mi formación fue mi papá: José Miguel Carnevali. Era un gran lector. Siempre se preocupaba de que aprendiéramos a redactar bien, de que leyéramos. Muy temprano se levantaba a ayudarme, hasta que yo aprendía a hacer las tareas sola, hasta que yo desarrollaba los temas. El padre Aguirre también influyó mucho en mí. También mi tía Nina y, por supuesto, mi tío Alberto. Magdalena Carnevali Rangel, que fue una mujer muy sensible a lo social, pasó por la cárcel sin hablar, sin haber dicho nada que pudiera perjudicar a los actores en la clandestinidad. Le dieron al final casa por cárcel, y sus captores decían que era igual a su hermano Alberto. ¶ Ya en la universidad, el profesor Armando Bronz nos enseñó a ser seres íntegros, a ser ciudadanos. Había un profesor de economía, hermano de Eduardo Fernández, el Catire Fernández, que era excelente. Vinieron a Mérida muchos profesores jóvenes, de España y de Caracas, pues la Facultad de Economía era nueva. Eran profesores que nos exigían mucho, que nos enseñaron a estudiar realmente. El profesor Vargas, muy bueno en análisis matemático; Sabrosky, que era ruso; Julio Flores, Gustavo Hernández, y muchos otros. ¶ Ya en la vida profesional debo nombrar al gobernador Edilberto Moreno, quien fue secretario privado de Rómulo Betancourt. Él me dio el cargo de secretaria privada de la Gobernación, pero sin el nombramiento, porque no tenía la edad. Rigoberto Henríquez Vera, cuando fue gobernador, en un programa para premiar jóvenes valores, premió a mis siete hermanos y a mí, pues todos nos graduamos. Estudiamos como si nuestros padres estuvieran vivos, como ellos hubieran querido. A mí me premió con la Orden «Francisco de Miranda», en su segunda clase. Rigoberto Henríquez Vera me propuso que fuera secretaria general de Gobierno, pero yo estaba recién casada.

Acababa de dar a luz a mi segunda hija y no pude asumir el cargo. Tuve que escoger y le dije que no. **UN HOTEL QUE ES ESCUELA** En la ULA fui docente por más de treinta años, pero antes estuve en el INCE, como profesora de castellano. Allí me tocó también recibir a los alumnos que estudiaban de noche porque trabajaban de día, casi todos mayores que yo. Luego trabajé en Corpoandes, ya como economista. Me dieron la unidad de servicios y planificación, y allí comencé a interesarme mucho en el turismo. En esa época, había una oficinita de turismo que quedaba frente a la plaza Chaplin, pero me di cuenta de que no había organización ni planificación. Empecé a hacer un primer folleto de información en multígrafo, reseñando las iglesias y los lugares de interés. Luego se me ocurrió crear un cuerpo de guías para el turismo, que el gobernador Edilberto Moreno me aprobó. Allí comencé a sentir lo que era servicio público de calidad. Yo misma formé a las guías en un curso; les dimos hasta clases de inglés. Desde Corpoandes creamos un fondo para el turismo, el mercado artesanal de la plaza las Heroínas y otras importantes iniciativas.

¶ Me fui a Italia en 1968, a estudiar planificación y desarrollo turístico. Luego regresé a Caracas y trabajé en Cordiplan. Después regresé a Corpoandes, hasta que concursé en la ULA para entrar en la Facultad de Economía, ganando con las más altas calificaciones. Allí di clases en distintas cátedras. Recuerdo al decano Heberto Urdaneta, gran economista, que mucho influyó en la vida universitaria. Luego ingresé en el Instituto de Investigaciones Económicas, donde trabajé con los profesores López Sánchez y Elizabeth Garnica. Fue un período de mucha formación.

¶ Toda esa enseñanza me la llevó a la fundación del Hotel Escuela, un instituto universitario de gran nivel que ganó un sitio entre los hoteles escuela del mundo. El conocimiento que había adquirido en turismo, el posgrado en Italia, me permitieron hacer el primer plan de desarrollo turístico para Mérida. Logré que gente de Italia viniera a ayudarnos en la redacción de ese plan. Luego desde el directorio de Conahotu, del que formé parte, y aprovechando la experiencia de Mérida, pudimos avanzar en un plan nacional de turismo. Comenzamos a ver las carencias que nos afectaban, y una de ellas era no tener personal especializado que atendiera a los turistas. Le planteé entonces al Ministerio de Educación crear la Mención Turismo en el ciclo diversificado, y me la aprobaron. Luego pensé en una Escuela Nacional de Hotelería, que en su origen fue un trabajo de ascenso en la universidad. Corpoturismo se interesó tanto en el proyecto que me pidieron desarrollarlo y concretarlo. Yo quería conocer la opinión de otras personas en el extranjero. Y dio la casualidad de que Corpoturismo me incluyó en la delegación que fue con el stand de Venezuela a la Feria Internacional de Berlín. Allí encontré el escenario ideal para ver los hoteles escuela del mundo. Conversé con varios representantes de ellos, y la proposición que mejor se adaptaba para Venezuela era la de La Haya. Entonces contratamos al Hotel

Escuela de La Haya como consultores externos, creando un equipo interdisciplinario. Vinieron a Venezuela y nos recomendaron la figura del Hotel Escuela. Y así nació ese gran proyecto, como la más importante iniciativa que hayamos tenido para formar personal capacitado en turismo. **INFANCIA, EDUCACIÓN Y CULTURA** Trabajé cinco años en Caracas, en Fundarte, desde 1984. Allí estaba Pablo Antillano, otra de las personas que tuvo gran influencia en mí. Desde entonces, la óptica con que miro la cultura es otra. Trabajaba con un grupo de artistas muy creativos, únicos, y me sentí formando parte de ellos. Por la precariedad crónica de los presupuestos culturales, busqué caminos para encontrar financiamientos fuera de los del gobierno. Entonces se me ocurrió montar proyectos en *dossiers* para la empresa privada, como la Semana de Caracas. Era algo novedoso. Les decíamos a las empresas: si nos ayudan con patrocinios, su nombre se destacará en toda nuestra promoción. Hablamos con Polar y con muchos otros grupos, que colaboraron y después nos buscaban para seguir colaborando. Fue una revolución en el campo de la búsqueda de recursos para la cultura en Venezuela. Y también preparamos a las agrupaciones artísticas con cursos de formación para que aprendieran a montar proyectos. Fue un trabajo maravilloso.

¶ Luego en 1987 trabajé con el grupo Consolidado, de José Álvarez Stelling. Todas las empresas del grupo tenían un gabinete social. Crearon un cargo para mí, la gerencia de Promoción Financiera, y mi labor era buscar el dinero para que ACUDE, la empresa alfabetizadora, cumpliera su misión. Fue una experiencia muy enriquecedora. ¶ En 1995, como primera dama del estado Mérida, fui presidenta de la Fundación del Niño. En primer lugar reorganicé la nómina, lo que me obligó a conseguir mil millones en la Gobernación que parecían imposibles. Atendíamos a cuarenta mil infantes en todo el estado. Se fortalecieron los preescolares, las casas de los niños, los campamentos vacacionales, los programas de alimentación. Creamos el Banco de Medicinas, programas para niños que requerían educación especial, Biblioparques para la comunidad, proyectos de capacitación agrícola, programas para operar a niños con labios leporinos, y muchos otros. **ACTOS DE FE** He llevado mi trabajo, mis actividades, con vocación y pasión. No lo he hecho por oficio, sino porque lo disfrutaba muchísimo. Empeñarse en hacer las cosas lo mejor posible responde a una pasión. Y yo siempre he puesto todo mi pensamiento, todo mi esfuerzo, todo mi cariño y todas mis horas, en lo que he hecho. ¶ Nunca pensé que mi trabajo fuese transferible, pero puedo suponer que uno va dejando huellas en las personas que te acompañan o con las que has trabajado, así como yo las tengo de gente que me marcó o me formó en la vida. Desde que me conozco, no he hecho otra cosa que trabajar, y nunca siento que lo vaya a dejar de hacer. Lo hago porque me encanta, lo hago porque disfruto. Recordar a mis estudiantes contentos por el comportamiento de su profesora son satisfacciones que nadie borra. ¶ La verdad es que nunca trabajé con la noción de dejar

escuela, pero sí estoy muy consciente de las personas que dejaron escuela en mí. Son innumerables, son referencias ineludibles. Y les debo mucho. ¶ Me mantengo muy activa, trabajando por las causas en las que creo. Me siento muy viva, mantengo mis convicciones intactas, y para mí la misión solo termina el último día. Viéndolo en perspectiva, creo que mientras tenga vida habrá continuidad. El balance final esperará hasta la hora de mi encuentro con el Supremo Juez. ¶ Hubo una frase determinante en mi vida: «Hija, tengo mis esperanzas puestas en ti». Me la dijo mi madre en sus últimos días. Y espero no haberla defraudado. ¶ Quiero ver a mi país en libertad, unido, próspero, inserto en la globalización, desarrollado económicamente. Esa es la imagen que añoro. ¶ A estas alturas, no pienso mucho en la muerte. Sí me preocupa saber si cumplí o no cumplí con lo que tenía que hacer. Quise ser escritora y músico, pero no tuve tiempo. Creo que me iré tranquila, en paz. ¶ El infierno es para vivirlo aquí, en la Tierra, porque el cielo es solo del justo, del que cumple su misión de vida. Creo haber cumplido con la misión de vida que Dios me dio.

Ivonne
Carnevali
MÉRIDA



Entrevista

Pedro Rangel Mora

Mérida, 1956. Abogado, escritor, docente. Estudios de cine. Dicta talleres de narrativa y literatura policial en la ULA. Coorganizador de la Bienal de Literatura Mariano Picón Salas. Ha publicado: *Del reino del demonio*, *Muerte en la víspera*, *Tres novelas*, *Equís*, *Autobiografías*.



Fotografía

Gerardo Sánchez

Ingeniero electrónico. Trabaja en el Centro de Investigaciones de Astronomía en Mérida. Experto en diseño instrumental astronómico. Fotógrafo profesional, de cámaras analógicas y digitales. Colaborador de revistas nacionales e internacionales. Numerosas exposiciones individuales y colectivas.



■ MÉRIDA

J o h n W i l l i a m P á e z

«*Nuestro límite es el mundo*»

Nace en Mérida el 19 de septiembre de 1946. Economista de la ULA en 1972. Maestría y doctorado en la Universidad de Pennsylvania. Profesor de la Facultad de Economía de la ULA. Profesor invitado de la Universidad de Pennsylvania, Universidad de Iowa e IESA. En su juventud, fue jugador de fútbol en varios equipos andinos. Formó parte de la selección juvenil de fútbol del Zulia. Su historia es en verdad la historia de una familia de doce hermanos varones: John, Charles, Edward, Richard, Peter, Gerard, Gilberth, Joseph, Leonard, Roland, Raymond y Andrew. Es director-fundador de la Academia Emeritense de Fútbol Club.

LOS PÁEZ Y EL FÚTBOL Recuerdo los inicios de mi vida estudiantil en el Colegio San José de Mérida. Tanto en la ciudad de Mérida como en el Colegio San José el fútbol era el deporte principal, a diferencia de otras ciudades y escuelas del país, donde se prefería el béisbol. El fútbol arribó a Mérida en los años cuarenta, introducido por los sacerdotes jesuitas –la mayoría vascos–, razón por la cual los colores del uniforme colegial eran iguales a los del Atlético de Bilbao: camisa roja y blanca a rayas con pantalón negro. **EL TÍO ROBERTO** Aparece en ese momento la figura del tío Roberto Monzón, una especie del «Melquíades» de García Márquez para aquella época. Su ejercicio laboral le reportaba buenos ingresos. No podía llegar nada a Mérida, o no podía él conocer que llegaba algún artefacto moderno de la época, que inmediatamente no adquiriera. Y lo primero que quería era que entendiéramos cómo funcionaba. Junto a nuestros padres, Guillermo Enrique Páez Morales y Dora Alice Monzón, conforma la tríada de figuras tutelares de nuestra formación familiar, y de adecuación a un proceso de modernidad que exigía responsabilidad, eficiencia, honestidad individual y colectiva. ¶ Fue el tío Roberto el que nos llevó al estadio por primera vez. Se jugaba todos los domingos durante el campeonato de primera, en el viejo estadio Mérida. Allí se juntaban probablemente unas tres o cuatro mil personas, lo que era una multitud para la época, con fanáticas muy arraigadas. Al comienzo íbamos Charles, Edward y yo. Richard todavía no porque él nació posteriormente. ¶ Papá fue un buen jugador de béisbol –considerado en Maracaibo como prospecto para el nivel profesional–, pero por influencia de Jesús Enrique Lossada prefirió continuar estudios de Medicina en la ULA. Era el cuarto bate y el novio de la madrina del equipo de la Organización de Bienestar Estudiantil (OBE). Así conoció a mamá. Sin embargo, preferimos el fútbol sobre el béisbol. Para nosotros el fútbol era el deporte, y esa inclinación crece con la rivalidad de los equipos: Liceo Libertador, Universidad de Los Andes y Colegio San José.

EL VIAJE Y LA MUDANZA A MARACAIBO En 1957, mis padres deciden mudarse a Maracaibo, y nos inscriben en el colegio Gonzaga de los Jesuitas, donde obviamente jugamos al fútbol y representamos al colegio en los campeonatos municipales. Nuestras habilidades futbolísticas permitieron que integráramos los equipos de las categorías infantil y juvenil. Después de cuatro años jugando para el Gonzaga F.C., aparece una invitación para que los tres hermanos mayores jugásemos con un equipo en formación, Urbanización Pomona F.C. La Pomona era una urbanización popular en Maracaibo que aún existe, pero su equipo de fútbol desapareció. Nosotros, al igual que otros dos o tres jugadores, éramos considerados los «importados». **EL NEGRO MEDINA Y EL MANEJO DE LA «PELOTITA»** La experiencia con el equipo Pomona fue referencia organizativa de la Academia Emeritense, treinta o cuarenta años después. Pomona contrató como entrenador al



John
William
Páez
MÉRIDA

pág. 196 | 197

Negro Medina, ex jugador profesional del fútbol colombiano. Fue el primer entrenador que nos planteó un método de entrenamiento diferente, singular, especialmente para la época. Nos enseñó que había una teoría futbolística, con sistemas de juego, que implicaba una selección de jugadores de acuerdo a las habilidades y condiciones técnicas de dominio de balón y de exigencia según la posición de juego; que existía una estrategia y una táctica de juego y que todo se basaba en el manejo de la «pelotita». ¶ Richard comienza a jugar fútbol allí. Desde su iniciación está formado en el marco de ese sistema de juego y conoce los entrenamientos por repetición. Entiende, además, cómo los sistemas tácticos se implementan en el campo de juego. Eran los antecedentes de lo que hoy llamamos sistema integrado, esto es, entrenamiento con la pelota, pues solo de esa manera se lograba el acondicionamiento

físico-táctico del sistema de juego. **REGRESO A MÉRIDA Y LA PASIÓN FUTBOLÍSTICA DE RICHARD** Regresamos a Mérida. Los mayores deciden estudiar en la ULA, lo cual nos permite integrarnos al ambiente futbolístico de la ciudad. Desaparecido el Colegio San José en 1963, cuando regresamos en 1965 son el Liceo Libertador y el Colegio La Salle los que acogen a los hermanos menores. Richard es el primero que se destaca: integra la selección del estado Mérida, que gana el campeonato nacional en 1967. Los éxitos futbolísticos de esa generación propulsan la creación del Estudiantes de Mérida F.C. y su participación en el Campeonato de Fútbol Profesional de Venezuela. Richard integra ese plantel y desarrolla durante varios años una destacada actuación que eventualmente lo lleva a la Selección Nacional. En el seno familiar –al mismo tiempo– existió un seminario permanente de fútbol. Discutíamos desde sistemas tácticos hasta creación de jugadas, que permitieran sistematizar los aprendizajes. Como éramos doce hermanos varones, pensábamos en un método de entretenimiento de bajo costo que permitiera el aprendizaje de conductas proactivas de participación colectiva. ¶ La influencia de Richard fue determinante para la pasión de los menores por el fútbol. Era uno de los íconos futbolísticos venezolanos, incluso cotizado como el jugador más caro en el mercado futbolístico de ese tiempo. Se convirtió en el modelo familiar de superación, no solo como futbolista sino también como estudiante de medicina, pues siempre estuvo en el tope de su clase. Podemos decir que a partir de ese momento, para los hermanos menores, el fútbol es otra cosa. Para nosotros ya es como una tradición que además admite un rango de oportunidades como método de realización personal. La familia va a misa los domingos y luego hay que desplazarse a los diferentes campos de juego, para cumplir con los compromisos deportivos. **EL «CLAN» DE LOS PÁEZ Y EL VALOR FAMILIAR DE LO PRIVADO** Mucha gente ve a los Páez como una empresa familiar: las decisiones se toman en familia, la vida social y económica responde al concepto de «clan». La autoridad es ejercida verticalmente, pero la toma de decisiones admite un intervalo de confianza de cada una de las individualidades. El fútbol representa una imagen algo similar. Si la meta es ganar el partido, en consecuencia debe existir la integración de cada jugador al objetivo común. Sin embargo, cada jugador debe y puede demostrar sus propias capacidades sin entorpecer la búsqueda del objetivo colectivo. ¶ Toda esta interpretación es el legado de nuestros padres: Guillermo y Dora. Su filosofía de vida permitió educarnos bajo criterios de responsabilidad, de eficiencia, de reconocimiento, según el rango de cumplimiento de las tareas encomendadas. Esta actitud meritocrática explica buena parte de la vida familiar. La honestidad y la exigencia son imprescindibles. Han existido siempre lineamientos claros, tanto a nivel individual como colectivo, que permitieron conocer las obligaciones y los derechos que poseemos. Los beneficios que se puedan



disfrutar deben ser siempre fruto de nuestro propio trabajo. ¶ A pesar de haber tenido una participación en la vida política, papá siempre nos inculcó una «cultura de lo privado», de la iniciativa y el esfuerzo personal. Otro rasgo importante es que todos somos egresados universitarios, y algunos con estudios de cuarto nivel en universidades extranjeras. Si todos hemos tenido figuración futbolística, ello se debe al cumplimiento de estas exigencias. Supimos combinar preferencias de vida con obligaciones de vida. **ORÍGENES DE LA ACADEMIA EMERITENSE** El primero de la familia que jugó un campeonato nacional fui yo, a principios de los sesenta, con el equipo del Zulia. Nos alojaban en unos cuarteles de conscriptos del ejército, con baños y alimentaciones deficientes. Años más tarde, cuando mis hermanos asisten a los juegos nacionales, todo sigue igual. Luego mi hijo, que es integrante de la selección estatal, va en las mismas condiciones. Y actualmente nuestros sobrinos experimentan

nuevamente la indolencia y la falta de superación y respeto por los jugadores que tiene la Federación Venezolana de Fútbol. En casi cincuenta años, esta restricción de competencia no ha experimentado mejoría alguna. Yo he visto campeonatos nacionales en canchas de tierra, desnivelados, sin camerinos, sin agua... ¶ La formalidad organizativa la comenzamos a obtener de La Pomona. Allí vimos el primer esquema. Antes de ir al Zulia, no hacíamos entrenamientos formales. Sencillamente cada quien se ponía un uniforme y jugaba. Pero en Pomona no. En Pomona el Negro Medina comenzaba los entrenamientos con un pizarrón, en el que nos explicaba el sistema de juego: cómo juega un delantero, un medio, un defensa, un portero. Y una vez que nos explicaba el funcionamiento, nos llevaba a la cancha y nos ponía a hacer los mismos ejercicios. ¶ Nuestra idea era generar un modelo formativo distinto a lo que se realizaba en el país. Nosotros razonábamos acerca de cómo cimentar un modelo de calidad que implicara maximizar la cantidad de jugadores, de forma tal que el conjunto permitiera el desarrollo de talentos, con chance real de llegar al nivel profesional. Nuestra exigencia de trabajo profesional no admitía dedicarnos a soluciones particulares. **LA ESCUELA DE FÚTBOL DE LA SALLE** Mis hermanos Gilberth y Joseph comienzan a ser profesores de fútbol en el colegio La Salle y en el Country Club de Mérida. Ello permite formalizar nuestras ideas educacionales. Se discutió sobre qué haríamos si tuviéramos exigencias más formales en ese campo. Entre 1991 y 1992, los Hermanos de La Salle le piden a Richard que se hiciera cargo de la escuela de fútbol y la organizara. Richard se lo pensó un poco porque acababa de regresar de Argentina con un posgrado en Medicina. Nos consultó y luego aceptó. Estábamos decididos a apoyarlo. ¶ Apenas tomamos la escuela, nos piden una estructura organizativa. Planteamos entonces algunos criterios operativos: que se autofinanciara, que definiera un sistema de juego, que inicialmente no se preocupara de los éxitos sino de la formación, que la formación fuera complemento de la formación integral de los estudiantes (para poder jugar era imprescindible ser buen estudiante). En el plano futbolístico insistíamos en jugar un sistema 4-4-2, porque así se jugaba en esos años. Richard asumió la definición deportiva. Durante todo el año 1992 no participamos en campeonatos; solo desarrollamos capacidades futbolísticas con la pelota. ¶ En 1993, para poder competir en los campeonatos municipales y financiar los uniformes, comenzamos a hablar de la Academia Emeritense: establecer un patrón de juego y una referencia organizacional. En ese segundo año, como Richard asume la dirección técnica del ULA F.C., la responsabilidad plena del proyecto queda en nuestras manos. Gilberth, Joseph y Raymond asumen los roles deportivos más importantes, y el resto de los hermanos analizamos la construcción de escenarios empresariales que permitieran la superación de nuestros jugadores. Inscribimos cinco categorías en los campeonatos de la Asociación de Fútbol del estado Mérida. Y

triunfamos en tres de esas categorías. Era un comienzo exitoso. Demostrábamos que detrás de un buen juego de fútbol debe haber organización. **LOS PROPÓSITOS DE LA ACADEMIA EMERITENSE** En ocasión de la entrega de uniformes para ese campeonato, expresé los cuatro propósitos fundamentales que justificaban la existencia de la Academia Emeritense: ¶ 1. Iniciábamos nuestra presencia en la esfera deportiva y educacional en una ciudad que por tradición había respetado el conocimiento y el deporte. Heredamos, juntos a los conceptos de Logos y Mitos (observación y razón, imaginación y no verificación), también los conceptos de Escuela, de Academia, de *Gymnasium*. La educación se inicia con el ejercicio físico, pero luego se busca la integración con el Logos. ¶ 2. La Academia es el resultado de una reflexión profunda acerca de los conceptos de competitividad y eficiencia en fútbol. Una industria competitiva debe ser capaz de soportar retos externos de forma eficiente. La ausencia de liderazgos apropiados ha impedido el desarrollo productivo del fútbol venezolano. Queremos definir un estilo de juego que solo puede ser logrado con esfuerzo sostenido, basado en la enseñanza y el entrenamiento cotidiano.

¶ 3. La Academia está estructurada deportiva y técnicamente por un grupo de personas de reconocida capacidad y de liderazgo indiscutido. ¶ 4. La Academia ha optado por un enfoque institucional que plantea amplios patrones de prácticas reconocidas. El éxito radica en el grado de coordinación que se logre para alcanzar un nivel deseado de actuación. ¶ Paradójicamente, los principios que guiaban el imaginario futbolístico y la práctica deportiva de la Academia provocaron una discusión acerca de la presencia de los Páez en el colegio La Salle, en virtud de que los sueldos de los profesores del colegio eran menores a los sueldos que nosotros les pagábamos a los entrenadores. **LA ESCUELA BÁSICA LARA Y LA PARADOJA DEL POLIZONTE** Nos vimos obligados a mudarnos a la Escuela Básica Estado Lara. El acuerdo implicaba hacernos responsables de su mantenimiento. En 1998, año en el que el Estudiantes de Mérida de Richard clasifica en el quinto lugar de la Copa Libertadores de Suramérica, alcanzamos la matrícula récord de setecientos ocho estudiantes, casi todos de La Salle. En esa escuela colocamos la grama, e inmediatamente vinieron presiones para sembrar grama en diversos sectores urbanos. Todos se sentían con derecho a usar la cancha, y en consecuencia se deterioró el terreno. La cancha parecía un «bien público», lo que en teoría económica se conoce como la paradoja del polizonte. Esto es, todos tienen derecho pero nadie participa de la estructura de costos de mantenimiento. Y esto a mediano plazo arruina cualquier bien. ¶ Comenzamos a buscar un terreno en el cual pudiéramos construir una instalación deportiva que quisiéramos manejar con criterios de rendimiento eficiente en varios sentidos. Y eventualmente, identificamos varios terrenos para seleccionar uno de ellos. Para su adquisición participó también Linder

John
William
Páez
MÉRIDA

García, un exjugador de Estudiantes de Mérida. Mientras tanto, Richard asumió la dirección técnica de la Selección Nacional, y se llevó a varios de nuestros entrenadores, entre ellos a mi hermano Raymond como asistente técnico, y a Hugo Briceño, entrenador de arqueros. ¶ Los éxitos de la Vinotinto aparecieron, entre ellos el triunfo ante Perú en Lima. Un año después decidimos diseñar la Academia como un centro de negocios deportivo. Queríamos convertirnos en una compañía anónima, y enfrentar las vicisitudes propias de una empresa comercial. Para ello contábamos con un terreno adquirido de dos hectáreas y media. **LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA** Habíamos completado el diseño de nuestro centro deportivo. Desde el 2002 comenzamos con la construcción de las cercas de las canchas, así como de las gradas de la cancha principal. Mi hermano Andrew se había especializado en la implantación de canchas deportivas en el país: le encargaron la siembra de nueve de las canchas de la Copa América de 2007. Stefano Finco y Domenico Braga también decidieron apoyarnos en la implantación. Andrew es el artífice de que tengamos un gramado de esta calidad. Nosotros siempre lo habíamos querido, pero escapaba de nuestra realidad económica hacerlo. Fue él quien sirvió de enlace con Stefano y Domenico para completar el engramado. ¶ De los casi veinte años de vida que tiene la Academia, yo guardo una imagen entrañable: la siembra de esas canchas. Como todo lo hemos hecho en familia, la siembra fue otro acto familiar. Comenzamos un sábado de mayo de 2005. Había como setenta personas de la familia, unos pocos representantes y amigos familiares, y unos veinte muchachos de las categorías Sub 18 y Sub 20, que ya competían a nivel nacional. Mamá comenzaba a enfermarse severamente y, pese a todo, ese día decidió ir a la Academia, entre otras cosas para prepararnos un sancocho. Estoy convencido de que su deseo era estar presente, participar en un acto familiar que ella sabía trascendental. Mucha gente creía que nuestra adscripción al fútbol iba a ser transitoria, pasajera, temporal. Pero en esos días todos sabíamos que estábamos allí para quedarnos y trascender. Nació nuestro mayor legado como ciudadanos, como cultores del fútbol. **LA ESTRUCTURA RIZOMÁTICA DE LA ACADEMIA** Desde 1993 hasta hoy, cerca de cuanto mil jóvenes merideños han estado vinculados a la Academia. Hemos intentado afectar socialmente a la ciudad y a su juventud. La propuesta de utilización racional del tiempo libre como complemento de formación integral es evidente. Creemos haber inculcado valores de responsabilidad individual en el rendimiento estudiantil y el compromiso deportivo. El fútbol posee una importancia social y cultural que está más allá de lo estrictamente económico. En la base de la sociedad, la popularidad del fútbol genera beneficios en términos de salud pública. ¶ A nivel de la estructura funcional, nos gusta pensar la Academia como un espacio rizomático familiar que muestra sus propios mecanismos de control y canaliza el poder produc-

tivo comunitario. Cada agente de ese rizoma, por ser familia, está conectado a otro en diversos grados de interacción. Nosotros identificamos al menos tres niveles: a) el núcleo paterno Páez-Monzón, b) las doce familias de la primera generación, c) los individuos y familias de la segunda generación. En todos priva la máxima horizontalidad y la mínima jerarquía. Eso añade una sensación de cercanía y pertenencia. En la Academia, Richard, Andrew, Raymond y Ricardo David son unos brazos más de esta organización. Al modo de una estrella de mar, pueden ser sustituidos, sin ningún problema, en caso de posibles ausencias debidas a compromisos profesionales. Todos nos hemos propuesto desarrollar la Academia para protegernos como grupo, crear riqueza e impactar en nuestro medio social. **EL RIZOMA EN FUNCIONAMIENTO** Hoy tenemos quinientos siete estudiantes, y participamos en siete categorías de juego del campeonato municipal. Estamos representados por veintiún equipos, incluso una incipiente oncena femenina, bajo varias denominaciones. Asociados mantenemos alrededor de quince entrenadores, asistentes técnicos, kinesiólogos y preparadores físicos. Casi todos ellos, egresados universitarios y con experiencia futbolística a nivel profesional. Igualmente, existe una nómina de empleados y trabajadores, jardineros, con una alta identificación y una ética de trabajo relevante. El menú de acciones de trabajo cotidiano en la Academia es diverso: arquitectura e ingeniería, desarrollo y mantenimiento de planta física, construcción de canchas naturales y artificiales, gerencia de escuela de fútbol y de equipos, eventos, giras, uniformes, patrocinios, presencia en redes sociales, desarrollo de tecnologías, agencia de representación de talentos y entrenadores, directores técnicos, diseño gráfico, comunicación social, salud médica y odontológica, alianzas empresariales. Todo a cargo de una especie de *holding* de empresas dirigidas independientemente por miembros del rizoma. **IMPACTOS LOCALES Y GLOBALES** Nos ha interesado el fortalecimiento de la imagen comunitaria, que es estímulo para otros desarrollos. Existe otro factor externo que genera beneficio emocional a los participantes: mejoramiento de la salud, mejora de los procesos de socialización, amistades consolidadas en el terreno de juego, mejoras de rendimiento escolar, incremento de la actividad familiar, reforzamiento de la calidad de vida urbana. Aquí se forman además en el respeto a las normas establecidas. Los jugadores deben ser capaces de seguir reglas. La discrecionalidad solo es aceptada en términos de creación de juego. El espíritu de *fair play* siempre se sostiene, y se busca que traspase al accionar cívico, social. ¶ Aparte de beneficios intangibles, podemos indicar otros cuantificables. Aproximadamente el cuarenta por ciento de nuestros asociados disfruta de algún grado de beneficio como becario. Los equipos de competencia nacional están totalmente becados. Recibimos estudiantes de diferentes municipios merideños, incluso algunos de otros estados. Hemos formado a más de sesenta jugadores profesionales,

John
William
Páez
MÉRIDA

varios de ellos miembros de equipos europeos: Franco Signorelli con el Empoli, Angelo Peña con el Sporting Braga de Portugal, Gustavo Páez con Interbrock de Eslovenia y muchos más. **FUTURO DE LA ACADEMIA** El fútbol es un fenómeno colectivo irracional. Los sociólogos hablan de un constructo social, esto es, de un producto de la socialización. Tiene que ver con el aumento de la igualdad social, con la existencia de mejores y mayores oportunidades, con las posibilidades de participación. Puede hablarse del fútbol como un juego, como una actividad libre, o como forma de comunicación interhumana. Pero modernamente, también es una industria deportiva, donde la espontaneidad y la improvisación están rigurosamente reglamentadas. Entre los deportistas profesionales y la mayoría de los espectadores, que participan para ver a sus equipos favoritos, se crea el espectáculo. Debemos estar conscientes de que el fútbol puede modificar las relaciones sociales. ¶ La Academia inició la planificación y construcción de su complejo deportivo en el marco de una época difícil. No solo por razones económicas sino también políticas. La alta inestabilidad de la empresa privada, salvo honrosas excepciones como Polar o Herbalife, tampoco nos ha ayudado. Hemos logrado crecer sin muchos apoyos y bajo el acoso del aparato público. Hemos avanzado a una velocidad distinta a la del funcionamiento del país. ¶ Un aspecto relevante de la actividad empresarial de la Academia está relacionado con nuestra capacidad para adecuarnos a la modernidad y al proceso de la globalización. A los mayores nos correspondió establecer y darle sentido empresarial a la institución, siempre bajo la presión de los hermanos menores. Ellos fueron fundamentales en la organización de las giras a Europa y en la creación de los campeonatos, como el Academia Cup. Recientemente, hemos comenzado una transición ordenada y eficiente de los mandos gerenciales: Raymond es el nuevo presidente, y la Junta Directiva representa un equilibrio entre los mayores, que garantizan la continuidad gerencial, y las nuevas generaciones. ¶ Los menores creen que estamos en un momento en el que tenemos que insertar a la Academia dentro del mercado internacional del fútbol mundial. La propia meta de la Academia es establecerse como productora de jugadores e internacionalizarse. Aparte del objetivo deportivo, debemos fortalecer el aparato económico. **EUROPA, AHORA MÁS CERCA** Nuestro siguiente paso es afianzarnos en nuestro modelo formativo de cara al mercado europeo. Queremos transformar nuestros métodos de entrenamiento para exportar jugadores con el perfil de fútbol que se está desarrollando en Europa. A fin de poder aportar a nuestros jugadores un mejor panorama para su desarrollo profesional, en un marco organizacional adecuado, es fundamental realizar una alianza estratégica con algún club europeo que posea una visión formativa similar a la nuestra. Queremos trabajar mancomunadamente para llevarlos a clubes interesantes dentro del mercado futbolístico. Es así que estamos por

presentar una propuesta inicial de alianza con un club europeo. La alianza tiene un eslogan que dice «Europa, ahora más cerca», y hacia allí debemos apuntar. Tratar de conseguir un club aliado es nuestra meta. Cuando un padre inscriba a su hijo en la Academia, ya tendrá conocimiento de la alianza que hemos alcanzado con un club europeo, siempre bajo un acuerdo de copropiedad de los derechos formativos del jugador. Esto les brindará a los muchachos una visión que ahora no tienen: saber hasta dónde pueden llegar, saber que pueden ir más allá del fútbol profesional venezolano. El límite es el mundo.



Entrevista

Diómedes Cordero

Licenciado en Letras. Máster en Literatura Hispánica. Profesor de la Escuela de Letras de la ULA. Ensayista, investigador, promotor cultural.



Fotografía

Katiuska Páez

Diseñadora gráfica. Directora de Arte de Bounce Design Studio.

Pía Páez

Cantautora, Diseñadora gráfica y fotógrafa. Directora de Arte en Bounce Design Studio.

J o h n
W i l l i a m
P á e z
MÉRIDA



L i g i a d e G e r b a s i

«Todavía me siento responsable por mi país»

Distinguida en 2011 con la Orden José Solano y Bote, en su primera clase, por el Concejo Municipal de Chacao. Fundadora de la Asociación de Vecinos de La Floresta. Presidenta de la Federación de Comunidades Urbanas. Figura central del activismo civil en el país, del cuidado del medio ambiente y de la lucha por la mejora de la calidad de vida de los venezolanos.

La cualidad que describe con más precisión el carácter de Ligia de Gerbasi es su tenacidad. La desarrolló en su temprana adultez, a fuerza de enfrentarse de forma pacífica a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, cuando cayó preso su esposo, y continuó cultivándola en las décadas democráticas, cuando se entregó a la lucha por los derechos civiles. Si la promotora de la Asociación de Vecinos de la Urbanización La Floresta y de la Federación de Comunidades Urbanas ha dejado un importante legado, es porque ella misma contó con la inspiración de su marido. José Gerbasi es el personaje central de su biografía, no solo porque fue el padre de sus cinco hijos, sino porque su profundidad moral y su vocación por la justicia lo convirtieron en su ejemplo más inmediato. El hombre con quien se casó a los diecisiete años de edad fue clave en su formación. ¶ «Desde que Chepino murió, el 29 de mayo de 1978, no me interesé por otro hombre, porque él está presente en cada centímetro de mi vida, no como un espíritu, sino como una presencia viva que es parte de la familia.» Confesiones de una viuda que así lo recuerda, sesenta años después de unir su vida a la de un italiano que había emigrado a Venezuela buscando las oportunidades que la Segunda Guerra Mundial le había negado en Europa. ¶ Se conocieron a principios de la década de los años cincuenta, en los campos de fútbol de la avenida La Paz de El Paraíso, donde practicaban equipos profesionales y *amateurs*. La familia Pagazani iba para ver los partidos y Chepino, que era periodista, para cubrirlos. Los encuentros casuales se convirtieron en visitas y pronto comenzó a frecuentar a las hermanas. Pero cuando pidió permiso para cortejar a la menor, el padre, que había pensado que estaba interesado en Aura o Margot, le recomendó que se retractara. «¿Por qué no le pregunta a ella?» —se atrevió a decirle. «Porque su opinión no vale» —fue la respuesta del padre. ¶ A pesar de su negativa inicial, el padre de Ligia fue más fácil de convencer que los amigos del novio, quienes le declararon la guerra a la futura señora Gerbasi desde que supieron de la seriedad de la relación, pues Chepino era el único que no estaba casado del club de solteros que habían fundado los colegas de *El Nacional*. El asunto llegó a tal extremo que no solo le pusieron una guardia que nadie quiso cambiarle el 6 de septiembre de 1952, día de su boda, sino que, no bien había firmado el acta matrimonial, lo llamaron para decirle que se había muerto Monseñor Pellín. Así que tuvo que trasladarse a La Guaira, donde vivía el clérigo, para confirmar la noticia. Cuando llegó, luego de pasar horas en la carretera vieja de La Guaira, se lo consiguió tomándose un té y mirando las olas del mar. ¶ Sin embargo, el tiempo y la silente perseverancia de Ligia se ganaron a los compañeros de la redacción, que para su esposo eran tan hermanos suyos como el poeta Vicente Gerbasi. Las bromas disminuyeron y dejaron de ensuciar los pañuelos de Chepino con lápiz labial o de meterle zarcillos en los bolsillos de las chaquetas. Visto en retrospectiva, a Ligia quizá le hubiera gustado más que todas las pruebas contra su paciencia hubieran tenido la marca lúdica de

aquellas mamaderas de gallo. Pero eran los tiempos brutales de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y nadie se ahorró sacrificios. ¶ Ligia enfrentó el primer gran revés de su vida en 1956 —el segundo fue la muerte de un hijo—, cuando arrestaron a Chepino por un falso atentado contra el presidente. Ya lo habían detenido en ocasiones previas, pero esta vez era diferente: Laureano Vallenilla-Lanz le cobraba la publicación de una noticia que evidenciaba el distanciamiento entre Miraflores y las petroleras. Desde hacía tiempo, el periodista era incómodo para los miembros del gobierno, pues sabían que ayudaba a Ramón J. Velásquez a centralizar informes sobre los desmanes de la tiranía y que le mandaba noticias a Rómulo Betancourt y otros exiliados. A los veinte años de edad, Ligia se quedó sola con Pablo, su hijo de tres años. Tenía ocho meses de embarazo de otro niño al que llamó Juan Carlos. «Perdí la alegría, porque lo más duro de los tres años que Chepino pasó en la cárcel fue la incomunicación. Me endurecí con la dictadura porque no sabía si mi marido estaba vivo o muerto. Pero aquello me dio fortaleza, al obligarme a soportar cosas terribles, que ni siquiera decía a mis padres por miedo a que también tomaran represalias en su contra.» ¶ Su constancia mantuvo a salvo al esposo durante los meses que pasó en la Dirección de Seguridad Nacional. A diario iba Ligia a las oficinas del cuerpo policial en El Paraíso para llevarle comida: «La metía en una viandera plástica porque no dejaban pasar metales. Salía de mi casa a las dos de la tarde, luego de dejar a los niños con mi mamá. No falté nunca, aunque no me dejaban verlo.» ¶ Pronto también ella comenzó a ser incómoda. Una tarde, cuando cumplía cuatro meses frecuentando el temible edificio, un policía la convidó a encontrarse con él en una capilla cercana. Haciendo esfuerzos para esconder el terror que la sacudía, Ligia se sentó a su lado en un banco donde, con la vista fija en el altar y en actitud de penitencia, escuchó al funcionario: «Soy culpable de cosas terribles, pero usted me produce lástima y admiración. No venga más por aquí, porque a su marido lo tienen en el último sótano de la Seguridad Nacional, adonde van los encargos del ministro de Relaciones Interiores, y la comida que usted le trae se la comen los oficiales.» ¶ Era un golpe más contra su resistencia. ¿Es que no respetaban siquiera el dolor de una esposa? ¿Ni la esperanza de una madre de ver a sus hijos jugar con el padre, de tenerlo en su hogar? Pero Ligia no es mujer que se amilana. Así que a la tarde siguiente volvió a la Dirección con su viandera, a sabiendas de que alimentaba a unos hombres viles. ¶ Un Viernes Santo, cuando casi se cumplía un año de la detención de Chepino, nada menos que el Negro Sanz la mandó a llamar. Se trataba de un célebre torturador del régimen. La recibió en su oficina, tomándose un café. A Ligia le llamó la atención la manera ritual con que bebía el jefe de la Sección Político Social. La lenguaza Ligia hizo un esfuerzo enorme para no verbalizar el pensamiento que la abordó cuando vio al oficial sacar un rollo de papel higiénico y

limpiarse la boca. ¿Qué otra cosa podía limpiar los labios inmundos de aquel hombre? «Hoy por ser un día de penitencia tengo ganas de ser generoso. Así que aquí va mi consejo. Mírese en un espejo: usted es joven y linda. No venga más para acá a buscarse una mala hora. Enamórese, rehaga su vida. No pierda más el tiempo, porque este que está aquí no va a salir nunca» —fueron las palabras de Miguel Silvio Sanz mientras señalaba con el dedo índice el suelo de su oficina, debajo del cual quedaban los calabozos. ¿Y qué hizo Ligia de Gerbasi al día siguiente? Era de esperarse: volver al edificio con su viandera. ¶ El asunto de la comida se resolvió como un *Deus ex machina*. Una tarde, Ligia se consiguió de frente con Pedro Estrada y, mientras los oficiales que los rodeaban intercambiaban miradas, seguros de que el director de la Seguridad Nacional la detendría, ocurrió una escena insólita: «Ahijada, ¿qué haces acá? —le preguntó, luego de darle un abrazo—. ¿Cómo Isabina te permite venir?» Estrada y la madre de Ligia eran como hermanos. Se habían criado juntos en Güiria. Una década antes de que Pérez Jiménez se fortaleciera en el poder, y de que Ligia se casara con un opositor, su padrino la buscaba los fines de semana en su Buick verde, le compraba una hogaza de pan negro y la paseaba por el centro de la ciudad mientras ella comía, feliz, sin saber que él se convertiría en el arquitecto de un sistema brutal de inteligencia que blindaría a una dictadura y disminuiría la calidad de vida del único hombre que le inspiraba una admiración radical. Cuando encerraron a Chepino, lo único que pudo prometerle Estrada a Isabina, que había ido a pedirle la excarcelación del yerno, fue preservarle la vida, pues era un preso de Vallenilla Lanz, quien para entonces, después del presidente, era el hombre con más poder en el país. Pero aquella tarde en que supo de la tenacidad de su ahijada, un gesto tácito del padrino, que por algo era el policía más temido del régimen, permitió que la viandera llegara al esposo y que, una vez a la semana, Ligia pudiera lavarle sus pantalones de preso. ¶ Estos beneficios le permitieron al matrimonio Gerbasi establecer un correo. Dentro del ruedo de sus pantalones, Chepino escribía noticias y listas de peticiones para que Ligia y las esposas de sus compañeros pudieran hacerles llegar medicinas y comidas necesarias. Algo debían sospechar los policías, que en menos de un año mandaron a Chepino a la cárcel de Ciudad Bolívar. Allí su mujer le perdió la pista, hasta que recuperó su libertad el 24 de enero de 1958, al día siguiente de que Pérez Jiménez abandonara el país. **DE ACTIVA A ACTIVISTA** Durante los meses que sucedieron a la caída de la dictadura, el país comenzó a adquirir conciencia política, mientras se discutía públicamente su destino. El Partido Comunista de Venezuela y Acción Democrática eran las instituciones más notorias, pues se habían mantenido la última década trabajando en la clandestinidad. «Cada quien comenzó a tirar para su lado. Y hasta los concursos de belleza estaban politizados: las reinas las escogían los partidos.» Ligia hablaba constantemente con su marido sobre la necesi-

dad de fortalecer las bases de la democracia con la formación de ciudadanos. La pareja, como otros demócratas, temía la resurrección de fantasmas de golpes pasados. Sabían que si el pueblo iba por fin a tener expresión en el gobierno de la nación, era necesario que se crearan instituciones y que los ciudadanos aprendieran tanto a gestionar sus derechos como a respetar sus deberes. ¶ «Me involucré en la lucha vecinal por la misma actitud que tenía Chepino hacia las cuestiones de la comunidad y del país. En aquella época, no había leyes que permitieran escuchar las opiniones de la sociedad civil en una Venezuela debilitada por el autoritarismo. Comenzamos a organizarnos a través de los concejos municipales, porque eran las únicas instituciones que estaban más cerca de los ciudadanos.» ¶ La única manera de crear ciudadanía era mediante la participación de los vecinos. Así que Ligia y un puñado de compañeros se organizaron para determinar y resolver los principales problemas de su comunidad, La Floresta. Iban de casa en casa y andaban con megáfonos por las calles. Ligia ya había aprendido durante los años ominosos que la perseverancia es la virtud de los triunfadores. Los medios de comunicación comenzaron a notar la vitalidad de su grupo, y en los periódicos aparecieron los primeros cuerpos dedicados a temas comunitarios. También las radios y las televisoras comenzaron a ofrecer espacios que permitieron popularizar las demandas. ¶ «Al principio percibimos resistencia de los miembros de los partidos políticos, quizás porque creyeron que queríamos competir con ellos por puestos en los concejos municipales. Tuvimos que convencerlos de que nuestro objetivo era fortalecer la democracia y hacerles entender que los vecinos teníamos derecho a opinar sobre lo que queríamos para nuestro sector.» ¶ Las luchas vecinales no se limitaron a La Floresta y las regiones adyacentes de lo que hoy es el municipio Chacao, entidad administrativa creada en 1992. Conforme los habitantes de otros sectores comenzaron a pedirles ayuda, se multiplicaron las asociaciones de vecinos en Caracas y en otras ciudades del país. Cuando estaban constituidas dieciocho organizaciones de este tipo, se fundó la Federación de Comunidades Urbanas con un mandato claro: los problemas de los sectores los resuelven los vecinos organizados y aquellos de las ciudades correspondían a la Federación. Había transcurrido una década desde la fundación de la Asociación de Vecinos de La Floresta. Entonces los promotores de la lucha civil y vecinal estaban listos para demandas más grandes. ¶ En la década de los años ochenta, la época dorada del activismo civil en el país, los grupos vecinales se organizaron para protestar por la presencia en la ciudad del aeropuerto La Carlota, exigiendo su transformación en espacio público. En el marco de estos enfrentamientos, Ligia convocó a una manifestación en la cual los ciudadanos formarían una cadena humana alrededor del espacio. José Ángel Ciliberto, el ministro de Relaciones Interiores del gobierno de Jaime Lusinchi, la llamó por teléfono para comunicar-



le que el permiso le había sido negado. Ligia le pidió que le hiciera llegar por escrito la negativa. Era una estrategia para ganar tiempo y fraguar un plan. Convocó entonces a una rueda de prensa para anunciar la cancelación de la cadena. Añadió, sin embargo, que como ya era tarde para avisarle a todos los involucrados, no se responsabilizaba por aquellos que no supieran de la contraorden. El ministro «pisó el peine» y esa madrugada La Carlota amaneció rodeada no por civiles, que habían sido avisados antes de que Ligia declarara a la prensa, sino por militares y perros que querían evitar la protesta. Los medios de comunicación lo agarraron a chiste y la llamaron «la cadena canina.» ¶ «Ligia, tiene al ministro de Interiores como plancha de chino. ¿Cómo puso usted a este panzudo a hacer el ridículo?» –le dijo Lusinchi por teléfono. Ligia le respondió que la situación en La Carlota le parecía una arbitrariedad, y mareó al presidente con una de sus lenguaradas. «Papá decía que yo era la única persona a quien conocía que le sudara la lengua de tanto hablar.» Lusinchi accedió a retirar los aviones militares del espacio, pero no se comprometió a más nada. Más de veinte años después de aquella escena, la necesidad de convertir a La Carlota en un espacio para el disfrute de los caraqueños es una promesa que ningún gobierno ha querido cumplir. **ÍNTIMO Y PÚBLICO** Una aptitud fundamental de Ligia Gerbasí en su carrera como activista es su destreza para desafiar a la autoridad. Ya desde la adolescencia, su conducta retaba a las monjas del Colegio Santa Rosa de Lima, donde comenzó a estudiar cuando su familia se trasladó a Caracas: «Al final del curso, cuando hacían actos con los padres y entregaban como premios las bandas al mérito a las niñas aplicadas, las ordenadas, las buenas estudiantes y las de conducta intachable, a mí me tocaban las de castidad. ¿Cómo no iba a ser casta si era una niña de siete años? Pero no me podían poner otra porque me portaba muy mal.» ¶ Al parecer, la ciudad y la nueva institución educativa fueron cambios muy profundos, luego de una niñez feliz entre escuelitas rurales y campos petroleros. Como su papá trabajaba para la Texas Oil, y le tocó establecer los primeros lugares para la explotación del hidrocarburo en el país, Ligia y sus hermanas pasaron los primeros años de su formación entre las urbes petroleras que iban levantándose por todo el país. Aunque al juzgar por sus primeros meses de vida, quizá la insubordinación le viene de antes. Si bien su partida de nacimiento dice que es oriunda de Güiría, Ligia nació el 5 de abril de 1935 en la isla de Trinidad, adonde sus padres y abuelos se trasladaron cuando Juan Vicente Gómez les confiscó las tierras. Allí, unidos por el desprecio común al Bagre, entablaron amistad con algunos exiliados de la generación del 28. Y fue entre las conversaciones sobre la necesidad de modernizar la política venezolana que la recién nacida aprendió a decir sus primeras palabras. ¶ También esas rebeldías eran la marca de la época. Cuando Gómez murió y la familia pudo volver a Güiría, el mismo ambiente relajado

marcó sus relaciones con la autoridad, porque la economía de ese lugar estaba basada en el contrabando, que a pocos les parecía un delito. «Era común decir que Fulano había ido a buscar mercancías a las islas, y todos sabían que era de contrabando.» Ligia se acostumbró a la gastronomía multisápida de la península de Paria, en la que se mezclan la cocina de la India con la inglesa, la francesa y las del resto de las islas caribeñas. «Éramos unos simples aldeanos, pero comíamos langosta. Sabíamos del mejor aceite de oliva, de quesos, de galletas de jengibre para tomar el té. Todos esos productos nos llegaban del Caribe.» ¶ La verdad es que más que a la autoridad, Ligia se revela contra la arbitrariedad. Detesta las imposiciones y las medidas irracionales. De hecho, quienes trabajan con ella en las juntas vecinales le reconocen su sentido de justicia y su misticismo en la causa a la que se entrega con ahínco. Estas cualidades le han permitido mantenerse vinculada durante mucho tiempo a los movimientos de derechos cívicos, y formar con sus vecinos una familia, a tal punto que la comunidad de La Floresta la reconoce como una figura fundacional, y celebran con ella el Día de la Madre. Su vocación de servicio no ha mermado en las más de cinco décadas que lleva trabajando. «Todavía me siento responsable por mi país. No me gusta decir esto, porque creo que nadie es indispensable, pero los problemas de Venezuela me pesan tanto como los de mi familia.» ¶ La imagen de nación que escogería esta luchadora social es la de una entidad homogénea, sin divisiones entre razas, partidos políticos ni religiones. «Cuando cayó Pérez Jiménez, en esta casa se reunían miembros de todos los partidos políticos. En mi sala se sentaron a conversar con Chepino periodistas, políticos y guerrilleros sin mayores enfrentamientos.» Advierte que el problema de Venezuela no es que haya tenido militares en la presidencia, sino que los ciudadanos se acostumbran a obedecerlos. Su deseo para el país es que se fortalezcan sus instituciones democráticas, y que estas ayuden a crear ciudadanos exigentes y participativos. «A veces me parece que pasó sobre nosotros un avión para rociar insecticidas y nos bañaron con un somnífero: estamos adormecidos y a nadie le interesa ya luchar por sus derechos.» Pero a pesar de lo que dice, reconoce que la solidaridad del venezolano y la rapidez con la que perdona son las cualidades que al final construirán una unidad entre los compatriotas. «Por esto tenemos que apostar todos.» ¶ Esa vocación por la concordia fue otra de las enseñanzas de Chepino, quien nunca guardó resentimientos, ni siquiera contra aquellos que lo atormentaron en su injusto confinamiento. A los ocho meses de salir de la cárcel, y por instancias de Ligia, porque su esposo no se separaba nunca del trabajo, Chepino pidió un permiso especial en *El Nacional* para ir un fin de semana a Margarita. Era la primera vez que estarían todos juntos, los padres y los dos hijos en la playa. «¿Tú, que pasaste tanto tiempo sin ver el sol, te vas a bañar así?» –le preguntó Ligia cuando lo vio aparecer en traje de baño con una franela blanca. Estaban

sentados a la orilla del mar y a su lado estaba Pablo. «Mi hijo no verá las cicatrices en mi espalda, porque no quiero que sienta odio por nadie» —fue su respuesta.

¶ «Me dio una gran lección, porque para mí era imposible perdonar a los perezjimenistas. Chepino era un hombre de una calidad humana tremenda.» Ligia rememora que, cada quince días, su esposo le entregaba dinero a un hombre que lo torturó durante los años que estuvo en la cárcel para que pudiera mantener a la esposa y a los seis hijos que tenía en Barlovento: “No veas caras —siempre me decía—; ve corazones”.» ¶ Ejemplos como estos hacen que Ligia Gerbasi sea optimista sobre el futuro de Venezuela. «Esta tierra, habitada por gente alegre y solidaria, no tiene colores en las banderas ni enemistades en los espíritus.»



Entrevistas

Michelle Roche

Caracas, 1979. Comunicadora social. Maestría en Artes, Humanidades y Pensamiento Social. Encargada de la fuente literaria en *El Nacional*. Narradora y crítico. Colaboradora de *Qué leer*, *Literál*, *Latin American Voices*, «Papel Literario» y el portal Prodavinci.



Fotografía

Vasco Szinetar

Caracas, 1948. Fotógrafo, curador de colecciones, poeta, editor. Innumerables exposiciones individuales y colectivas en Venezuela y en el exterior. Curador de la exposición de Alfredo Cortina en la Bienal de São Paulo. Miembro de la directiva de la Fundación para la Cultura Urbana. Ha publicado cuatro libros de poesía.

L i g i a
d e G e r b a s i
MIRANDA



G e r r y W e i l

«La música es mi religión»

Gerhard Weilheim. Nace en Viena el 11 de agosto de 1939. Premio Nacional de Música. Compositor, pianista y docente. Sus piezas forman parte del repertorio clásico venezolano. Como pianista, ha sido el alma de las mejores agrupaciones de jazz de Venezuela. Tres generaciones de músicos se deben a su docencia. Figura de culto en el país desde hace varias décadas. Maestro que no se conforma con enseñar la estética, sino también una ética ante la creación, la interpretación y la vida.



Gerry sonríe y se acerca a la puerta del edificio de Sabana Grande donde vive desde principios de los años ochenta. Mira un poco por encima de los lentes mientras se aproxima con su caminar disparatado, casi arrítmico. Su espalda dibuja la curva del pianista. Su acento sajón, muy fuerte, es un acorde inesperado para sus palabras de caraqueño callejero. ¶ Hijo único de Anna Chalupa Doberauer y del barón Alexander von Weilheim, nació en la capital austríaca en plena expansión de la ideología nazi. Los primeros años de su infancia se los tragó la guerra. «Las bombas. Mis recuerdos más lejanos son las bombas cayendo en la ciudad. La radio prendida toda la noche, sin música, sin nada, esperando que aquel silencio en cualquier momento se viera interrumpido por la señal sonora de que venía un bombardeo. Y a correr... Corremos hacia el refugio. Un día, de regreso a casa, encontramos que nuestro edificio era una sola ruina. Nada. Entre los escombros estaba un carrito mío, lo único que se había salvado.» ¶ Vivió, hasta que salió de Austria, con su abuela materna y su tía. Su madre, a quien llama «Mutti», ocupada en sobrevivir para llevar recursos a la casa, «cantaba para las tropas alemanas y cuando perdieron los alemanes cantaba para las tropas americanas». Su padre tenía un título nobiliario que su madre nunca quiso adoptar. La pareja se divorció antes de su nacimiento, y Gerry solo vio a su padre durante una semana en toda su vida, cuando a los diecisiete años requería de su permiso para viajar a Venezuela. De él tiene el recuerdo de un hombre

muy simpático, con quien se fue de bares durante siete días y a quien nunca más volvió a ver. ¶ «En aquel momento durante la guerra, cuando nos quedamos sin casa, mi abuela decidió que nos iríamos a vivir a Bad Gastein, un pequeño pueblo hospital cerca de Salzburgo donde ella tenía unos amigos que nos recibieron en su casa. Ahí estábamos a salvo: la Cruz Roja estaba pintada en los techos de las casas, en señal de que se trataba de un lugar de convalecencia, de manera que no había bombardeos. Mi abuela había escogido un excelente lugar para sobrevivir.» **CONTEXTO DESOLADOR** «En lo que respecta a mi madre, yo tenía presente que ella era artista, que hacía su vida y que debía viajar todo el tiempo, porque era la única manera en que podía mantenernos. Ella venía de vez en cuando. Nos entregaba el dinero y volvía a irse. Creo que su ausencia me hizo ser un niño poco sociable, concentrado en mi propio mundo. De mi infancia no recuerdo amigos. Era ensimismado, independiente y curioso. Creo que la soledad fue el signo de mi infancia.» ¶ Con la victoria de los aliados venía, de inmediato, el proceso de la desnazificación. Había que desarraigar la ideología nazi de aquel pueblo que había llevado a Hitler al poder a través del voto. «Aunque todos lo nieguen, los alemanes y los austríacos eran nazis. La oposición a Hitler era cosa de una ínfima minoría. Así que de la desnazificación no iba a salvarse nadie. Ni los niños. Nos llevaban a los campos de concentración, para que nunca pudiéramos olvidar las atrocidades cometidas por el nazismo. Debo haber visto cientos y cientos de fotografías terribles, de todas las monstruosidades ocurridas en la guerra. Quizás desde entonces no he dejado de preguntarme qué es la humanidad, por qué somos como somos.» ¶ Pero junto al eco sordo de la guerra, que seguía sintiéndose en Europa después de su fin, para Gerry se abría un horizonte menos sombrío. A su regreso de Bad Gastein, con Viena dividida en áreas ocupadas por los vencedores, la familia consiguió vivir en el sector americano. «Era lo mejor que podía pasarnos. Fue mi primer contacto con esa cultura. Conocí su idioma, conocí el *western*, el chicle... ¡Y el jazz!» ¶ Al finalizar la guerra, lo primero que en Austria comenzó a restaurarse fue el movimiento musical. Los músicos sobrevivientes se reunieron de inmediato, conformaron sus ensambles y, en poco tiempo, la ciudad volvía a ser rica en su oferta de conciertos. El jazz, fuertemente perseguido y penado por el nazismo, que lo consideraba «arte degenerado», había sobrevivido en la clandestinidad. Sus fundamentos y raíces, su filosofía, su fulgor, su vitalidad, su innata irreverencia y toda la carga cultural de rupturas liberadoras que el jazz traía consigo encontraban, en la Viena de la posguerra, un gran escenario. ¶ «Desde muy pequeño comencé a ir a conciertos. Veía todo. Había muchos y muy buenos conciertos gratuitos en Viena. En el primer concierto de jazz al que fui en mi vida, estaban reunidos Ella Fitzgerald, Oscar Peterson Trio y John Williams. Un sinnúmero de músicos importantes iban a ese festival, llamado Jazz at the Philharmonic, que

Gerry
Weil

MIRANDA

recorría toda Europa. Escuchaba música a cada momento, sobre todo la estación americana, para oír jazz. Pero me interesaba toda, toda la música. Y así supe que quería ser músico. Músico de jazz.» ¶ Entre la niñez y la adolescencia, Gerry descubrió a la figura que más ascendencia artística tendría en él: el gran tecladista austríaco Joe Zawinul, fundador de lo que años más tarde sería Weather Report, una de las más grandes bandas de todos los tiempos, pionera del jazz-fusión. «Dondequiera que estuviera Zawinul con su banda, los Austrian All Stars, ahí estaba yo como un perrito faldero.» A fuerza de tanto verlos y de tanto hacerse presente, los integrantes de la banda concedieron a Gerry la oportunidad de organizar un concierto. El muchacho había hecho todas las gestiones para llevar, al escenario de su escuela, a los Austrian All Stars y, como artista invitado, nada menos que a Friedrich Gulda, cuya carrera de pianista comenzaba a trascender las fronteras de Austria. La gran noche había llegado, y el director de la escuela invitó a Gerry a subirse a la



tarima para presentar a los músicos: «Era la primera vez que yo me dirigía a un público. Me quedé petrificado. No pude pronunciar ni una palabra. Todos comenzaron a reírse mientras a mí me tragaba un abismo de diez kilómetros de profundidad. Vino el director y me sacó del escenario. Toda mi vida ha estado basada en superar adversidades como esa y tantas otras.» ¶ Teniendo la certeza de que la música era su vocación, había que optar por un cupo en el Conservatorio de Viena. Fue con su abuela a presentar las pruebas de aptitud musical y el resultado fue un total fracaso. Los maestros del Conservatorio le aconsejaron dedicarse a otro oficio porque, según unánime opinión, para músico no servía. **PASIÓN DESENFRENADA** «Los maestros tenían toda la razón. Yo nací sin talento. La música, lo que yo más amaba en este mundo, era lo que más me costaba. A mis alumnos yo les pongo un disco y les pido que copien lo que acaban de escuchar. Algunos me sacan la melodía en el mismo instante solo oyéndola una vez. Otros me dicen que se lo llevan y me lo traen en la próxima clase bien hecho. Y hay alumnos que se lo llevan para la casa y no lo traen nunca porque no logran sacar ni las primeras tres notas. Yo soy uno de esos. No tenía oído rítmico ni melódico. No tenía ninguna cualidad de aquellas que conforman lo que se llama talento. Lo que sí tenía era una pasión desenfrenada. Yo era como un jorobado deforme enamorado de una bella princesa: no tenía ningún chance. Y contra todo pronóstico, terminé casándome con la princesa.» ¶ Gerry había nacido en una familia de escasos recursos, que muy temprano requería de su integración al mercado laboral. No era un estudiante muy aplicado. Así que a mediados del bachillerato dejó la escuela, y con la intención de ser productivo en un plazo relativamente corto comenzó a estudiar pastelería vienesa: «El único diploma que tengo es el de pastelero», dice mientras ríe a carcajadas. Ríe, ríe, ríe, y de pronto su alegría se nubla. Parece haber doblado una esquina en su memoria, encontrando, por error, una sorpresa hosca que le esperaba para hacerle trampa: «¡Cómo me desagradaba ese oficio! ¡Nunca, nunca lo soporté! En cuanto llegué a Venezuela, lo dejé para siempre.» ¶ Esta inconformidad, sumada a su pasión por la música, absorta y sin historia, la soledad, la tensión entre lo que deseaba ser con una intensidad casi furiosa y lo que la vida parecía ofrecerle como destino, llevaron a Gerry, en su adolescencia, a convertirse en un muchacho rebelde, sin obediencia a las normas familiares ni sociales, que daba muchos problemas en casa y en la calle. «Yo estaba convertido en un malandro. Desaparecía de mi casa por tres días. Llegaba borracho. Robaba el dinero de las maquinitas monederas. Me metía en problemas. Andaba con *gangs*... Lo único bueno que hacía era ir a conciertos, y lo hacía escondido de mis amigos, que no hubieran entendido que yo estuviese interesado en Bach, Mozart o Brahms. Mi madre se había casado por segunda vez, y había emigrado a Venezuela a principios de los años cincuenta con su esposo italiano. Así que mi abuela un día le escribió una carta

Gerry
Weil

MIRANDA

diciéndole: “Ocúpate de tu hijo. Te lo mando a Venezuela porque yo ya no puedo con él”.» ¶ Y a mediados de 1957, Gerry tomó un barco que lo llevaría de Génova a La Guaira. Luego de varias semanas de un viaje turbulento, llegó a la costa venezolana. «El sol, los colores... Yo no podía creer que en el planeta hubiera tanto color, colores y formas que nunca había visto en mi Viena gris de la posguerra. Nunca dudé de que en Venezuela iba a quedarme para el resto de mi vida. Lo supe apenas vi La Guaira desde el mar.» ¶ Su madre tenía un hotel en Los Corales. Gerry comenzó a trabajar allí como barman, pero las conductas que traía desde Viena continuaban: «Rápidamente me hice amigo de todos los malandros del estado Vargas. Me llevaba el carro de mi mamá. Iba a los burdeles. Sacaba la plata de la caja del hotel. Así que Mutti un día me dijo que me fuera. Me metió un billete en el bolsillo y me botó a la calle. Fue lo mejor que podía pasarme. Siempre se lo he agradecido. A los pocos días, conseguí un trabajo en el Club Puerto Azul. Yo entregaba las llaves en la recepción de uno de los edificios, y mi turno era desde la madrugada hasta la mañana, así que tenía todo el día libre para hacerme amigo de todos los socios». Y esta amistad con los jóvenes del club llevó a Gerry a convertirse en el pianista del salón principal, El Galeón, donde pasaba horas practicando y tocando su reducidísimo repertorio de aficionado. Había tomado algunas clases en Viena, un año con un profesor particular que le enseñó a leer música, pero sus estudios eran muy escasos e irregulares. ¶ Al cabo de algunos meses, Gerry se



muda a Caracas. Tenía el propósito de tomar las riendas de su carrera musical, aunque aún no veía muy claro cómo hacerlo. Una tarde, mientras caminaba por Sabana Grande, se encontró con el (ya para entonces) exesposo de Mutti, quien al conocer su intención de hacerse músico lo recomendó como pianista en un bar chic de la Sabana Grande de la época, finales de los años cincuenta. Gerry se presentó en el Don Luis Bar, y llegó a un acuerdo con el dueño: tres noches de prueba. «Ahí estaba yo, tocando lo poco que sabía. Al cabo de tres noches, el dueño me dice: “Mire, Usted tiene muy poco repertorio. Nosotros necesitamos un pianista de más experiencia. Póngase a estudiar, aprenda más piezas y vuelva, si quiere, dentro de un tiempo”. Cuando ya estaba recogiendo mis cosas para irme, un cliente me pidió que conversara con él unos minutos. Me dijo: “Joven, dígame, ¿usted quiere ser pianista? Yo soy profesor y puedo enseñarle. Pero quiero saber: ¿usted tiene ocho horas diarias para estudiar?”. Yo le dije: “Sí. Tengo las horas pero no tengo el piano”. Y él, que se llamaba Vittorio Giaratana, me dijo: “Yo tengo dos pianos y no voy a cobrarle nada. Pero eso sí, usted me tiene que asegurar que va a dedicarle ocho horas diarias”. Y así fue. El profesor Giaratana fue quien sembró en mí este sentido de la disciplina férrea que tengo, gracias al cual comencé a superar aquello que podía llamarse “falta de talento”. El hábito de practicar ocho, diez horas al día, lo mantuve por años, por décadas inclusive. El profesor Giaratana es una de las personas más determinantes de mi carrera.» ¶

De ahí en adelante, todo en su vida fue música. Trabajó durante varios años en bares, y no solo, por cierto, en bares chic. Tuvo profesores a quienes recuerda como especialmente importantes: Corrado Galzio e Ilmar Luks en la música académica; en jazz, Charlie Nagy y Tito Fuentes; y en sus estudios de piano, concede particular relevancia a su maestra Harriet Serr. ¶ Gerry había logrado encaminar su vida hacia la música y estaba viviendo del piano, componiendo e interpretando sus piezas. Las agrupaciones que conformaba tenían solidez, tanto desde el punto de vista interpretativo como funcional. Pero aún a Gerry le faltaba una gran adversidad que también habría de vencer: «Hacía mucho tiempo que mantenía un ritmo de trabajo muy intenso, de día y de noche. De pronto, comencé a tener dificultades para mover las piernas. No podía subir escaleras. En pocas semanas, la parálisis era total, y había llegado también a los brazos. Era el síndrome de Guillain-Barré, una enfermedad que ataca el sistema nervioso. Pasé dos años en silla de ruedas y casi tres sin poder tocar piano». Superó la enfermedad cumpliendo una exigente terapia, y fue durante esos años cuando emprendió otra de las búsquedas que más lo definen: la espiritualidad. «Siempre supe que iba a recuperarme y que aquello iba a ser una etapa, una prueba. Fueron años difíciles, pero dediqué mucho tiempo a leer. Descubrí las filosofías orientales. Los primeros libros que me acercaron hacia esos conocimientos fueron el *Tao Tè-King* de Lao Tse, los *Upanishads*, la

G e r r y

W e i l

MIRANDA

obra poética de Rabindranath Tagore, y la obra de Hermann Hesse, principalmente *Siddhartha* y *El juego de los abalorios*. Otra de mis lecturas principales fue y sigue siendo el *Bardo Thodol*, o Libro tibetano de los muertos.» ¶ Cuando se le pide identificar a la persona cuyo influjo ha sido más decisivo en su vida, dos cosas sorprenden de su respuesta: la primera, que esa persona no viene del ámbito musical, y la segunda, la absoluta seguridad con que responde, sin haber tenido que decidir entre dos o más nombres: «No hay duda alguna. Esa persona es Rafael Losada, mi maestro de yoga, actualmente retirado en los Andes venezolanos. Y lo señalo a él porque para mí la formación espiritual es la más importante. Mi profesión no son los negocios, ni involucra talentos técnicos o artesanales. Ser músico es algo que está netamente vinculado a lo espiritual, y la influencia de Rafael ha nutrido profundamente mi música. Rafael Losada me llevó a la lectura y a la reflexión, me enseñó a meditar, a ayunar. Vivió once años en la India. Es un hombre muy sabio. De él aprendí a tener nexos espirituales individuales, no sectarios, que me han hecho ser una persona profundamente respetuosa de las diferencias.» ¶ Cuando se trata de música, en cambio, Gerry acude a muchísimas referencias: «Louis Armstrong es prácticamente el primer jazzista importante en la historia. No existe un solo músico de jazz que no le deba algo a Louis Armstrong. Después de él, para mí está Oscar Peterson, porque hizo que me enamorara del piano de jazz. Después de Oscar Peterson me atrevo a decir Miles Davis. Y mis tres principales compositores han sido Bach, Beethoven y Mozart. Bach me ha dejado lo más importante: el concepto polifónico. Es decir, la capacidad de escuchar, pensar y eventualmente ejecutar varias melodías al mismo tiempo, lo que lleva al concepto del contrapunto. Mozart, por sus hermosos motivos melódicos, su elegancia, su gracia, su fluidez, su belleza indiscutible. Beethoven es quizás el primer compositor que genera música descriptiva, vinculada a las emociones humanas. En su música se puede sentir el drama de sus decepciones individuales y políticas. En el piano, han sido fundamentales para mí Bill Evans, Herbie Hancock, y Keith Jarrett, que es mi influencia más importante.»

HALLAZGOS E INFLUENCIAS VENEZOLANAS El primer músico que yo recuerdo que captó mi atención al llegar a Venezuela fue Aldemaro Romero, a quien veía siempre en casa de nuestro común amigo, Jacques Braunstein. De Los Antaños del Stadium aprendí algo crucial para mi música: la conceptualización del merengue caraqueño, la música urbana, la música de retreta. Admiro mucho a Luis Perdonzo, Otmaro Ruiz, Silvano Monasterios, Ed Simon, Pablo Gil, Andrés Briceño. Y sin duda, le debo mucho a todos los músicos con quienes he tenido el privilegio de tocar. Me han influenciado y me han dejado algo. **EL ARTE DE LA ENSEÑANZA** Sus alumnos se cuentan por cientos, quizás por miles, si se suman los que ha tenido durante sus casi cuarenta años de docencia. Por sus clases han pasado



músicos de salsa, de reggae, de pop, académicos, de jazz, de música tradicional venezolana, de rock, de ska, de funk... Muchos de sus discípulos son músicos de carrera internacional. ¿Aciertos como docente? Sus discípulos son los primeros en reconocerlos. ¶ «El intenso esfuerzo que he hecho para superar mis propias dificultades en el aprendizaje de la música, me ha permitido acceder a una serie de técnicas y soluciones que aplico en la enseñanza. Al haber superado personalmente mis dificultades, me he equipado con recursos que utilizo en ayudar a quien sea a superar lo que sea. No me asusta nada. Ya sé que todo se supera, que todo se logra, que todo se puede hacer.» ¶ «Mi método ya es utilizado por alumnos míos que han abierto sus propias escuelas. Es el caso, por ejemplo, de Eduardo Fuenmayor. Hace poco vino de Maracaibo, con todo el profesorado de su institución, para que les diera un curso intensivo. Pero hay que decir que mi método tampoco es mi método, sino una síntesis de diversos sistemas con los que he tenido contacto durante mis propios estudios. He ido adoptando lo que me parece valioso, importante y efectivo. Sé que hay talentos latentes que pueden continuar la labor que yo he venido haciendo. Reconozco, por ejemplo, la tremenda labor docente de Andrés Briceño: sus alumnos llevan la marca de un gran profesor. Y en otra escala está la obra de José Antonio Abreu, ya reconocida mundialmente, y que también deberá ser continua-

da.» **UN GRAN RELATO** «Me mueve el amor a la vida y a la música. La música es mi religión. La única manera en que yo siento que puedo realmente expresar mi amor por la vida, mi agradecimiento al Ser Supremo, es haciendo música. Hacer música es un gesto de agradecimiento. Siempre lo digo en mis conciertos: la música es un gesto de amor de la Divinidad hacia nosotros y, a la vez, nuestra respuesta, apasionada y agradecida. De la música viene toda mi felicidad, y cuando veo que mi música hace feliz a la gente, la música me hace feliz de nuevo. Por eso, el instante que define mi vida es muy simple: una tarde tranquila, frente a un piano bien afinado, con la necesidad de crear, de componer.» ¶ Como jazzista, Gerry concede un valor superior a la improvisación, ese gesto mediante el cual nos captura lo que no existe, lo que no se ha hecho, y nos convierte en creadores. Todos los jazzistas reconocen, en la improvisación, el alma de su arte. Para Gerry, el don de la improvisación alcanza a todo artista, no solo a los músicos. «La composición son improvisaciones que se anotan. La poesía también lo es. Todo poeta es un cultor del arte de la improvisación,



y todo artista, en su propio desempeño y mediante su propio lenguaje, también lo es.»

¶ Aquellos que, como el maestro Gerry Weil, han logrado hacer de su vida un gran relato, una gran sinfonía para coro y orquesta, quizás lo han logrado gracias a que han aceptado la vida, sus vicisitudes e imprevistos, sus tonos graves, sus estridencias y obstinaciones, como claves para la creación instantánea, como señas para la improvisación vital. ¶ No quiso creer que la obra estaba escrita, y atendió a cada anuncio de la adversidad como si se tratara, solamente, de la primera nota, a partir de la cual comenzaría a escribir la obra deseada, la obra verdadera.



Entrevista

Cristina Raffalli

Comunicadora social. Maestría en Estudios Hispánicos. Autora de los libros: *Delta, Tierra de agua*, *¿Debo operarme?* Colaboradora regular de publicaciones nacionales y extranjeras.



Fotografía

Lisbeth Salas

Caracas, 1971. Ha centrado su trabajo en el retrato y la fotografía documental. Autora de los libros *Rostros y decires* (sobre Rafael Cadenas), *Infinitamente serio* (sobre Enrique Vila Matas) y *El ojo en la letra* (sobre escritores venezolanos).

G e r r y
W e i l

MIRANDA



D o m i n g o R o g e l i o L e ó n

«Todo nuestro hacer debe ser transferible»

Poeta, etnógrafo y maestro. Nació en 1935, en un pueblito montañoso, donde ni siquiera había acceso en bestias. Desciende de los últimos indígenas chaimas, que poblaron los cerros de Caripe. Fue maestro durante treinta años. Autor de los libros *Caripe: historia y oralidad* y *Tradiciones escénicas, populares y folklóricas del estado Monagas*. Su poemario *Catador de cuchillos* usa epígrafes tramados de voces chaimas. Impulsor de las publicaciones culturales *Profundidad* y *Pez de Plata*.

LA IMAGEN QUE PERDURA La señora Pastora tiende ropa en su patio, cerca de un pomalaquero. De repente, cae un pájaro herido. Ella lo recoge, lo cura con esmero: con un algodoncito lo va limpiando, le da de comer, lo introduce con ternura en los anchos bolsillos de su bata. De allí volará, cuando esté curado definitivamente. Su hijo, Domingo Rogelio, para perpetuar esa imagen de la madre, cada mañana, antes de cepillarse, lanza un puñado de arroz y de pico a los nidos que hay en los árboles de su casa. «También les pongo cambur, naranjas... Eso lo aprendí de mamá.»

ZACARÍAS Y LOS LIBROS «Fuimos una familia muy tribal, demasiado tribal. Cuando mi papá murió, mi madre tenía treinta y un años. No tuvo después más marido. Éramos seis hermanos. Yo, el único varón. Las cosas que pasaron, casi todas, las recordábamos en conjunto, porque lo que sucedía nos sucedía a todos. Por ejemplo, el asombro de las primeras letras. Mi mamá leía muchísimo: la letra de imprenta, la cursiva no. Tampoco conocía los números. Cuando veía una fecha, la saltaba.» Un errante cosechador de café, Zacarías, fue quien inició a la familia en los libros. «Recorría todos los pueblos en tiempos de cosecha. En la casa le dábamos comida, café.» ¶

La mamá le contó cómo aprendió a leer. «Tenía que buscar café para vender. Le lavaba la ropa a la gente. Veía a los hijos de la adinerada familia de los Luongos aprendiendo a leer. Esas lecciones costaban dos bolívares semanales. Mucho dinero para la humilde familia León. «Ella se quedaba pegada de la pared viendo cómo era aquello.» ¶ Zacarías dejaba libros en la casa, y se iba para la montaña a recoger café. Recuerda los primeros libros que leyó, de la editora Thor. «Mi mamá leía y nos contaba: *El médico de las locas*, *El Conde de Montecristo*, los libros de Salgari, *Genoveva de Bravante*, *El coche número trece*. En la noche nos contaba lo que leía. Te hablaba de *La mano del muerto*, que fue el libro que no le gustó. Este último es del hijo de Alejandro Dumas. Cuenta que una mano de muerto le da una cachetada a alguien. Eso la enfurecía. Así fue como entramos en ese hechizo. Mamá abría la boca y nos quedábamos extasiados. Hay un libro del que nos hablaba: *El Parnaso venezolano*. Se lo sabía de memoria. Nos recitaba completa “Vuelta a la patria”. Tenía una memoria asombrosa.»

LA FAMILIA BAJA DE LA MONTAÑA Nació la familia en una montaña a la que se accedía solo por farallones, muy resbalosos. Para moverse había que pegarse de raíces y de ramas. «Mi papá sembraba café. Poco a poco los italianos fueron apoderándose de los cultivos. Tuvimos que irnos a la orilla del río. A un sitio que no conocíamos. No sabíamos decir nada en español. El desplazamiento fue masivo. Casi toda la gente bajó. Comenzó el choque. Te decían: “¿dónde dejaste la flecha?, ¿a cuántos has matado?, ¿y después que ustedes matan, se comen a los hombres?” Si alguien veía un gusano, decían: “déjasele al indio, para que lo coja”.»

DESPUÉS DEL COMETA HALLEY «Tenías que tener un nombre. En la Prefectura buscaban testigos para hacer un justificativo,

quienes debían admitir que te conocían de trato y comunicación. A mí me dijeron que yo había nacido un 4 de agosto. Cuando a mi mamá le preguntaron, utilizó como referencia la salida del cometa Halley, que fue en 1910. Preguntaban: “¿cuántos años tiene esa niña?” Respondían: “cuando el cometa ella tenía...” Reponían: “ah, entonces ella nació en tal año...” Por esas cuentas, yo nací en 1935.» ¶ Pero el padre murió cuando apenas bajaban de la montaña. Se ubicaron a orillas del río, como pudieron. «Hicimos un ranchito de barro. Mamá dirigía todo y decía todo. Subsistíamos de ir cada dos días a la montaña a recoger chayotas, que eran silvestres y de pajareras, también lechosas muy pequeñas. Recogíamos cangrejos, esos caracoles que llaman guácaras y guama. La leña era los trozos secos que caían de los árboles. Tuvimos que resignarnos a recoger el café que los cosecheros dejaban caer de sus canastos. Alborotábamos las hojas, para conseguir los granos. Nosotros los trillábamos, los tostábamos en la casa, para salir a venderlo. Era dura la cosa.» **LA MADRE Y LOS GALERONES** No recuerda ningún reproche de su madre. «Lo que sé, se lo debo más a mi mamá que a la escuela. Nunca nos golpeó. Pero nos hablaba.» Rememora los galerones. «Mi mamá no se pelaba uno.» Se daban en las calles de Caripe, los días de los velorios de cruz, o en los alumbrados, que eran ceremonias dedicadas a la Virgen del Valle, para pagar promesas. Se cantaba de todo. «Gracias a los galerones, mamá sabía dónde quedaba Rusia, qué es una fosa marina, historia de Venezuela, historia universal, mitología griega. Toda esa información la aprendió de boca de esos cantores. Era una cátedra abierta. Los galeronistas fueron mis mejores maestros.» **PADRE FUERTE, PERO QUERENDÓN** Las imágenes de su padre las tiene tatuadas. Murió en un accidente. «Cuando quiero recordarlas, se me vienen con una precisión absoluta. Recuerdo la noche del velorio. Mi mamá, llorando, pegada a una cerca. Recuerdo para dónde me mandaron. Recuerdo a mi papá muerto.» Recurre a una anécdota: «Un día me encomendaron a un barbero para que me cortara el pelo, y este me rapó toda la cabeza. El Negro Silva, que así lo llamaban, se perdió, temeroso de mi papá. Para esconder mi rapado, mi padre me compró un sombrero margariteño, que en ese tiempo llamaban “huevo frito”. Era muy colorido, y costaba algo de dinero, del que no disponíamos en ese tiempo. Lo hizo para que no se burlaran de mí en la escuela. Pero qué va: la maestra me obligó a quitármelo. Llovieron conchas de cambur y tusas de maíz que los alumnos escondían en la parte baja de los pupitres. Mi papá estuvo mucho tiempo buscando al barbero». Recuerda a su padre con las manos cuadradas. «Era un indio vigoroso, fuerte. Era muy serio, pero querendón. Te apretaba fuerte, pero con cariño.» **MUCHOS AMIGOS** Mi mamá y todos nosotros vendíamos cosas. Mi mamá hacía arepas. Las hacía con gracia. La maestra Mariíta Rodríguez la convenció para que me mandara a la escuela. «Allí tuve muchísimos amigos, porque era muy cobarde. Nunca entré en el

D o m i n g o

R o g e l i o

L e ó n

MONAGAS

negocio de pelear. Siempre andaba bien. No me metía en pandillas. Eso de que “si tú me salvas, yo te salvo”, no iba conmigo.» ¶ El cine de Caripe fue determinante en su vida. «Uno pasaba toda la semana tratando de conseguir un real. Un real era lo que costaba un kilo de lisa salada, con lo que comía toda una familia. ¿Cómo conseguíamos ese real? O íbamos a recoger café al monte, café rastrero, como lo llamábamos, y vendíamos una medida por un centavo; o empezábamos por esos montes a buscar nidales de gallinas. Las casas antes no tenían cercas; las gallinas ponían en cualquier parte. Entonces, uno las oía cantar, y así conseguíamos los huevos, que vendíamos a centavo. De modo que hacíamos cinco con el café, otros centavos con los huevos y, cuando faltaba, nos poníamos a hacer mandados. Y no era que nos buscaban, sino que preguntábamos: “¿Usted no va a comprar nada, señora Teresa?” Cuando se ponía muy difícil la cosa, cargábamos los carteles, que pintaban de noche. Si era pequeño, lo llevaba uno solo; si era grande, lo llevábamos entre varios. Íbamos por la calle y, donde estaba la gente sentada en la puerta, dábamos la vuelta y nos parábamos frente a ella. Así nos ganábamos la entrada al cine.» **LA MARCHA FURTIVA A CUMANÁ** Terminada la primaria, a escondidas de su mamá, se marchó a Cumaná. Ya se había hecho amigo de la persona que pasaba las películas. Con él consiguió que lo pusieran a vender tickets. Quería seguir estudiando. De su sueldo, le daba una parte a su madre, y con la otra fue haciendo su futuro ajuar: «Me compré una maleta, de las de cuero, y entre semana y semana adquirí unas camisitas,



que iba guardando. Recuerdo que compraba pañuelos, de los llamados “Pirámide”.» Cuando ya tenía su maleta llena, y había hecho unos ahorros, le dijo a un amigo, que llevaba café en un camión a Cumaná, que quería irse con él. Se fue a las tres de la mañana, sin avisarle a su madre. ¶ Ya en Cumaná, experimenta su primer sentimiento de orfandad. Cuenta que el amigo lo dejó con su maleta en una plaza. «Me senté solito en un banco. Con muchas ganas de llorar. Jamás he vuelto a sentir esa sensación. Estaba en plenas inscripciones el liceo Antonio José de Sucre. Se me acercó una señora, que estaba esperando el autobús con un muchacho, y me preguntó: “¿qué haces allí sentado con esa maleta?, ¿de dónde vienes?, ¿dónde está tu mamá?”. Le conté lo que me pasaba. La señora no lo podía creer. Me dijo: “¿tú sabes cómo estará tu mamá ahora, vuelta loca porque no sabe de ti?” Me presentó a su hijo, José, quien se había inscrito en el liceo. “¿Quieres que te inscriba?” Costaba veinte bolívares la inscripción. Me inscribió. No podía dejarme allí, pero tampoco podía llevarme a su casa. Ella conocía a una señora de Caripe, que vivía en Caigüire. Bueno, me compró un *snow ball*, y me llevó a casa de la señora, que conocía a mi mamá. La señora me regañó. Pero al final, aceptó que me quedara en su casa. Me dijo que podía darme la comida, pero que no podía lavarme la ropa. No había agua, y para bañarme tenía que ir a la casa del frente, donde tenía que pagar una locha por el baño. Estuve como tres días sin moverme de allí.» Poco tiempo pudo estar en el liceo Sucre. Luego se inscribe en la Escuela Normal «Pedro Arnal». Se gradúa de maestro.

TRES VERTIENTES: ETNÓGRAFO POPULAR, ESCRITOR Y MAESTRO «Creo que lo que más me gusta es dar. No le pongo precio a lo que hago. Puedo estar todo un día dándole formación a la gente, y por eso no recibo ninguna remuneración. Eso es lo que mejor he hecho, lo que más me gusta hacer: dar. En la biblioteca, van muchas señoras con sus hijos, a que les explique cosas, también jóvenes de las universidades de la región y otras personas.» ¶ Le gustó siempre estar en el aula. «Nunca fui sino maestro. No quise ser supervisor ni director ni subdirector. Nunca he creído en un programa. No creo en control de un lineamiento. Estoy convencido de que la necesidad que tú tienes no es la que contempla el programa. Está más allá. No sería el cumplimiento de una meta, sino el recorrido de un camino. Al final, lo importante es lo que aprendes. Quisiera que cualquiera tuviese la oportunidad de llegar hasta donde se lo proponga.» ¶ Confiesa que, en verdad, no era esa la profesión que quería. «Me inclinaba más por la Medicina. Le hice un planteamiento al padre de un amigo que estudió conmigo. Le pedí que financiara mis estudios en Caracas. Le dije que le pagaría hasta el último centavo que me prestara, desde el momento que ejerciera. No aceptó mi propuesta. Cuando regresé de Cumaná, terminé mi bachillerato en el Liceo Sanz, de Maturín, en la promoción 61-62, la misma de los estudiantes Guerra y Millán, asesinados por la

D o m i n g o

R o g e l i o

L e ó n

MONAGAS

policía del estado y un grupo político del gobierno.» Pero no pudo iniciarse en la Universidad. «Tuve que ocuparme de mi mamá, que ya estaba muy mayor. Mis hermanos se habían ido. Estaba soltero en ese tiempo. Pudo más la nostalgia y la responsabilidad que el deseo de retomar los estudios.» **CUMANÁ Y SUS INICIOS CULTURALES** Su inmersión en los asuntos de la cultura comenzó en la propia Escuela Normal de Cumaná. Cuando estudiaba segundo año, ganó un concurso en homenaje a Andrés Bello. Luego vino la revista *Sucre*. En ella escribían Humberto Guevara y José Agustín Fernández, este último director de la biblioteca Armando Zuloaga Blanco, donde permanecía leyendo. ¶ Cuando se le acabó el poco dinero que tenía, consiguió trabajo en el único periódico de Cumaná, *Renacimiento*, dirigido por Juan José Acuña. «Solía ir allá a buscar el papel sobrante. Un día, Acuña me preguntó si me quedaba tiempo para que trabajara con él. Le dije que sí. Y esa misma tarde empecé. Me inicié con los chibaletes, limpiándolos, guardando las letras. Empezó a pagarme diez bolívares mensuales, pero con el tiempo me subió a quince, bajo el compromiso de que me ocupara de la corrección.» ¶ Gracias a ese trabajo, se hizo amigo de los poetas cumaneses. «Les corregía sus textos, que salían puliitos.» Cuenta cómo publicó su primer poema: «Cuando se muere el poeta Humberto Guevara, que siempre andaba con una siempreviva en el paltó, comenzó todo ese chorrerón de poetas a llevar poemas. Pasamos como tres días publicando textos dedicados a él. Muy tímidamente, le di a Acuña un poemita. No me dijo nada. Corrigiendo, vi mi poema. No sé cómo ese ejemplar llegó a mi pueblo. Cuando volví a Caripe, todo el pueblo había desfilado por la casa. “Mira, ve, en un periódico, el hijo de Pastora”. Luego en la revista *Sucre* publiqué un texto sobre la Cueva el Guácharo.» ¶ Regresa a Maturín, y se conecta con Juan José Betancourt, de la *Revista Comercial*. Así se inició en el periodismo. **LA MADRE, LA PRINCIPAL INFLUENCIA** La señora Pastora influyó mucho en él. «Tenía una forma muy particular de hablar. Algunas veces miraba la luna y me decía: “Esa luna salió como para los poetas”. Siempre andaba con su Andrés Eloy, con su Pérez Bonalde, con Schiller... Eso me movió ciertas fibras.» También Cumaná contribuyó. Conversaba mucho con Agustín Fernández. «En cierto modo, él fue decisivo para mí. Me hablaba de libros. Me los prestaba. Me los dejaba llevar a casa. Y eso que había una diferencia muy marcada en edad: yo era un guaricho de trece años. Juan José Acuña, también de vez en cuando, me regalaba un poemario.» **LA ABUELA, LA VOZ DE LA MEMORIA** «Tuve una hermana que me dio fortaleza: Delia, la mayor. Recuerdo también a mi abuela, la mamá de mi mamá, que fue el último vestigio puro de la etnia. Ella no pudo asimilar el cambio. Le decíamos Mamá Juana. Ella es una imagen que no he podido borrar. Era el nexo indiscutible con lo de allá. Todo lo que hablaba era de allá. Mi último libro publicado, *Catador de cuchillos*, recoge su impronta. Cada



D o m i n g o

R o g e l i o

L e ó n

MONAGAS

poema está precedido de epígrafes en idioma chaima, que son fulguraciones. Hablaba del agua no porque el agua se bebiera, sino porque el agua te invitaba con su voz a beber.» **SEDENTARIO RADICAL** Es un sedentario radical. «Lo más lejos que he ido es a San Felipe, porque estaba enamorado. Mi esposa es de allí. Dos veces he ido a Caracas. No conozco Guayana. Conozco los tepuyes por los libros. Los sitios los conozco por los libros.» **LA CONCIENCIA DEL OFICIO** «Cuando tú coges la palabra, y la usas, ya estás poetizando. Si tu voz sale, se acomoda, se organiza, se prepara para ser entendida, o impacta... ya allí estás creando. No se le puede explicar a un niño algo de ciencia, como si le enseñaras a hacer un bloque. Cuando le hablas del árbol, de su raíz, le estás hablando de su esencia, que no es la palabra mecánica, la palabra semántica. Ser maestro y ser poeta es lo mismo. El maestro no le está regalando nada al alumno; le está dando la posibilidad de que él llegue a... Es lo mismo que hace un poeta: le da el poema a la gente para que él llegue a... En el trabajo etnográfico, ¿cómo separar al poeta y al maestro del entorno, del contexto, de la fuente del conocimiento que le ofrece al niño? Mi preocupación es como una profesión de fe. Uno escribe, enseña, averigua lo que nos rodea sin la pretensión de trascender.» **SATISFACER LA NECESIDAD DE ALGUIEN** «Yo me diera por satisfecho si lo que hago pudiera satisfacer la necesidad de alguien. Que alguien lo necesite, que alguien lo use... eso me hace sentir bien. No hay

justificación para que lo que tú hagas, se quede contigo. Todo nuestro hacer debe ser transferible. No tiene sentido atesorarlo, quedarse con eso. Por ejemplo, si eres capaz de hacer un poema, eso no es suficiente para que lo atesoras como tuyo. Eso tiene que llegar a la necesidad y tratar de satisfacerla.» **VIVO PORQUE CREO EN EL OTRO** «Yo creo en el otro. Hay un principio chaima, que repetía mi abuela: “Cuando tú quieras ver con claridad, ve con un ojo tuyo y con un ojo del otro”. Yo creo en el otro, como tal, y no como cual. Si voy a creer en el otro como cual, entonces me van a preguntar si yo creo en fulano?» **UN HOMBRE A FORTUNADO** «Me considero un hombre afortunado. Tengo setenta y siete años y veo bien, hablo bien. No se me enreda la lengua. Tengo las sensaciones perfectas. Puedo acariciar a mis nietos, oírlos; reírme, jugar con ellos. Ir donde mis amigos. Los oigo, los comparto. Voy a donde yo quiero. ¿A qué más puedo aspirar?» **LA IMAGEN DE LA UTOPIA** «Una imagen para la Venezuela de hoy sería la de la utopía. Tenemos que seguir pensando que aquí, y solo aquí, está la posibilidad de lo que tú haces, de lo que escribes, de lo que escribe otro.» **SENTENCIAS** «No soy muy añorante. Creo que



la mejor época que me ha tocado vivir es la que vivo ahora, la que estoy viviendo. Si me hubiera tocado vivir en la época de la Independencia, creo que no hubiera tenido cabida allí. ¿El heroísmo del Negro Primero? ¡Qué va! No se aviene conmigo. Esta es la época en la que yo he hecho mis cosas. Me he sentido muy cómodo en ella.»

¶ «A la muerte, miedo no le tengo. Como es tan breve, cuando llegue, que llegue. Eso no me agita, no me estremece. Nunca he pensado en ella. No me interesa.» ¶ «Que no me den a escoger entre cielo o infierno. Yo estoy más cerca de Stephen Hawkins que de Madame Blavatsky. Yo solamente comparto. No soy devoto del miedo, pero tampoco del amor puro.»



Entrevista

Celso Medina

Doctor en Filología Hispanoamericana. Escritor, poeta, investigador y docente. Profesor del Instituto Pedagógico de Maturín. Ha publicado los libros: *Oleaje*, *Misterios gozosos*, *Epígrafes para el ave de la sed*, *Sólo el mar*, *Sísifo entre nosotros*, *La literatura frente al pesimismo*, *Historia y novela en Denzil Romero*.



Fotografía

Ramdy Sierra

Maracaibo, 1949. Escritor, compositor, fotógrafo. Productor en Televisora Nacional y reportero gráfico de varios medios nacionales. Dirige en Maturín desde 1993 la Cátedra de Fotografía de la Escuela de Artes Eloy Palacios.

D o m i n g o

R o g e l i o

L e ó n

MONAGAS



F e r n a n d o C e r v i g ó n

«En la pobreza hay mucha sensibilidad»

Nació en Valencia, España, el 15 de mayo de 1930. Doctor en Ciencias de la Universidad Barcelona. En 1960 se radica en Venezuela, para formar parte de la Estación de Investigaciones Marinas de La Salle. Ha sido profesor universitario, miembro fundador de la Universidad Monteávila de Caracas y creador y presidente de la Fundación Museo Marino.

Camisa blanca con bordado de la institución, pantalones caqui, un reloj de agujas en la mano izquierda, anteojos colgando del cuello y zapatos «Converse» de color negro. Así se presenta desde muy temprano a trabajar en el museo que se conoce de memoria. Con ochenta y dos años recién cumplidos, lo recorre metro a metro, inspeccionando, revisando, chequeando. De voz pausada y firme, con un acento que se resiste a desvanecerse a pesar de los años, Fernando Cervigón se ha convertido en un vecino más de Boca de Río. Los numerosos ahijados y las incontables voces de saludo que se despliegan a su paso por esas calles aguijoneadas por el punzante sol, demuestran que en la capital de la península de Macanao, este «navegao» es considerado uno más de la casa. ¶

En medio de la oficina que ocupa seis días al mes, rodeado por libros, fósiles y conchas, y con el azul del mar que se cuela por la ventana, esta figura prominente de la biología marina venezolana reflexiona sobre el camino andado, senda de sobresaltos y aventuras. El investigador aún tiene fresco el día en que pisó por primera vez Punta de Piedras. Llegaba para ser el ayudante de Robert Menzies, un científico norteamericano que se iba a hacer cargo de la Estación de Investigaciones Oceanográficas, proyectada por el Hermano Ginés de la Fundación La Salle. Era el **AÑO** 1960 y el estado Nueva Esparta todavía no vislumbraba la transformación que generaría el decreto de Puerto Libre. Cervigón se consiguió con una isla rural que luchaba contra duras condiciones climáticas y socioeconómicas: «Punta de Piedras parecía el fin del mundo. Era puro polvo, arena y miseria». ¶

Este «castellano de pura cepa» —como se define a sí mismo— está acostumbrado a sortear tempestades y a hacer frente a las adversidades. Los obstáculos no han sido pocos a lo largo de su vida, pero la constancia, cuyos límites se han desdibujado con la testarudez, ha sido su herramienta principal para dejarlos atrás. El primero que enfrentó, en la tierra que lo acogería por el resto de su vida, fue tener que hacerse cargo de la dirección de la estación tras la renuncia de Menzies. Y de seguidas se encontró con el segundo: en Punta de Piedras no había un solo bachiller. ¶

Como muchas otras veces, Cervigón no admitió negativas. Reunió a una docena de jóvenes de quince años de edad, con apenas la primaria hecha, y con ellos ayudó a levantar La Salle. Uno de esos muchachos, Pablo Rodríguez, es hoy el curador del Museo Marino. «¿Cómo pude adaptarme tanto a un lugar en donde no había nada?» —se pregunta a sí mismo. Para encontrar la respuesta, hay que echar a andar la memoria. **ENTRE LIBROS**

Y BALAS Su vida ha sido tan compleja y rica como las circunstancias que lo rodearon. Los acontecimientos más importantes del siglo xx moldearon de manera determinante su destino. El primero de ellos fue el gran *crack* económico de 1929, que afectó profundamente a su España natal, obligando a sus padres a emigrar a Valencia. Fernando Isidro Cervigón Marcos vino al mundo en esta ciudad portuaria el 15 de mayo de 1930. «Nací en Valencia, pero soy el único valenciano de la familia.



Fernando
Cervigón

NUEVA ESPARTA

Mis padres y hermanos son de Salamanca. Así que mi carácter y forma de ser son totalmente castellanos. Soy espiritual e intelectualmente castellano. Y además seguidor de *El Quijote*.» ¶ La relación con sus padres dice recordarla a grandes rasgos. Fernando y sus tres hermanos –María, Amparo y José Antonio– fueron criados en un hogar de típicas costumbres castellanas. «Mis padres nacieron en el siglo antepasado. Papá nació en 1889, cuando Cuba todavía pertenecía a España.» Su padre, Blas Cervigón, era de los de aquellos tiempos: «Muy pero muy severo, y siempre a cierta distancia de sus hijos». A su madre, Lidia Marcos, la describe como una mujer de tradiciones salmantinas, formada en una religiosidad muy disciplinada, pero a la vez muy dada a sus hijos. ¶ Cervigón sigue hurgando en su pasado y relata sus tránsitos con la paciencia y las maneras de un profesor que explica el funcionamiento de un organismo marino. No está en el aula de clases en la que se

mantuvo durante más de cincuenta años; está sentado en su escritorio, en su oficina del Museo Marino de Boca de Río, que se aproxima a celebrar su vigésimo aniversario. Con una cortina de lágrimas cubriendo sus pupilas castañas, rebobina su memoria al 13 de julio de 1936, un día que recuerda como si fuese ayer: «Llegó papá a casa, se quitó el abrigo, y textualmente dijo. “Han asesinado a Calvo Sotelo. Hemos llegado al final”.» ¶ Cinco días después, estalló la Guerra Civil española. «Entonces se acabó todo: no más escuela, no más comida. Comenzaron las matanzas. Ese día, ardieron más de cien iglesias en Valencia. Desde la azotea de nuestra casa, veíamos arder la ciudad.» Tan lejos su mirada y tan cerca del suceso. ¶ La vida de la familia Cervigón cambió radicalmente. El pequeño Fernando comenzó a visitar la huerta valenciana, con su madre cada día, para intentar cambiar un par de calzados de la zapatería de su padre por alguna gallina. Sus hermanos iban con don Blas a los pocos establecimientos que aún tenían alguna provisión: hacían largas colas para intentar conseguir algún alimento. ¶ «Me sorprendió mucho cómo las cosas pueden cambiar de un momento a otro. Así, sin más. Cómo de repente un día ya estábamos en guerra y parecía que la vida se nos había terminado.» Época difícil en la que tuvieron que aprender a extraer el azúcar del algarrobo, en la que fabricaban el jabón en casa. El miedo era una constante. Entendió el significado de los llamados «paseítos», sobre todo el día en que se llevaron a su padre a dar uno. Tres horas duró la angustia, pues afortunadamente regresó a casa. No fue a parar a una de esas fosas múltiples para víctimas anónimas que empezaron a llenar los campos. Primeros años de vida en medio de las guerras más cruentas de la historia... hasta que Valencia cayó el 1 de abril de 1939. ¶ Poco más de un año después, asistía a su primer día de clases en el colegio de los Maristas. Entró directamente a bachillerato, gracias a que durante los años de enfrentamiento su padre se había asegurado de que aprendiese a leer y a escribir correctamente, y de que conociese las operaciones matemáticas básicas. «Debido a mis aficiones, yo era siempre de los primeros de mi clase. Adquirí fama de inteligente.» Tenía entre diez y once años cuando su familia comenzó a frecuentar los pueblos de Benimar y Paterna durante los veranos. Allí, «sin saber por qué», despertó un interés incontenible por cazar y coleccionar insectos. Desde entonces, los muebles y adornos de la casa de la familia Cervigón cedían sus espacios a cajas y jaulas llenas de mariposas, lagartijas, abejas, escorpiones, y cuanto organismo interesante se cruzaba en el andar del joven precoz. ¶ Sus compañeros y colegas de aventuras le llevaban nuevos y raros ejemplares. Y él, «muy señorialmente», los rechazaba por culpa de las «patas rotas» o de las «alas maltratadas», exactamente como ocurre setenta años después con los pescadores de Boca de Río, cuando se acercan al Museo con alguna criatura de las profundidades. Sin embargo, toda esa dinámica descrita por el ictiólogo no encajaba en lo que se podría calificar como simples juegos de infancia; eran más

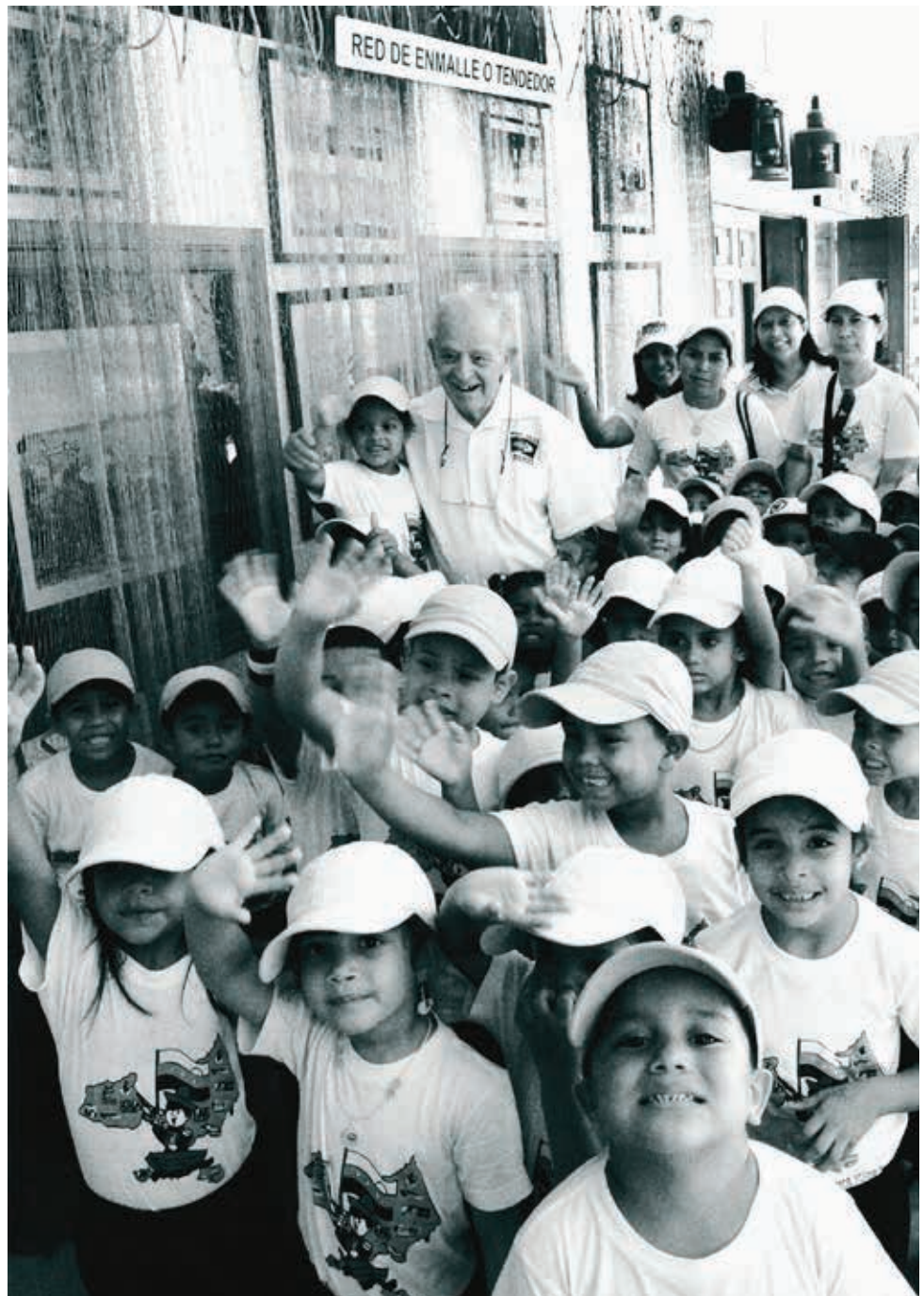
bien verdaderas aficiones y pasiones, que se iban conjurando en su personalidad. Los libros y la filatelia completaban el universo de su vida.

¶ También lo hacía el teatro, a donde su padre lo llevaba para ver obras de Zorrilla o Calderón de la Barca. Y en todo ese panorama de adultez prematura, un pequeño destello de puerilidad: *Peter Pan*. «Esa historia del niño que no quería crecer, me atraía e impresionaba profundamente.» ¶ Ya en esa época, como hoy, Cervigón era un personaje de amistades selectas. No era un niño de jugar en la calle y de correrías. Ya asomaba la seriedad y la circunspección que lo acompañarían para siempre. La música clásica era otra de sus grandes aficiones. Lo entusiasmaban las composiciones de Wagner, Rimsky-Korsakov, Beethoven y Bach. Cuando don Blas consideró que era lo suficientemente «serio», lo llevó a escuchar una orquesta para que pudiese apreciar esos temas que lo hacían vibrar. ¶ Los siete años de bachillerato no resultaron ser un reto para la mente despierta de un estudiante al que la guerra le secuestró los años de primaria y lo obligó a ver clases en la sala de su casa. Entonces vino la universidad. Desde los catorce años, el joven Cervigón sabía que estudiaría Ciencias Naturales. «La falta de vocación siempre me ha resultado un misterio.» Lo dice un hombre que al principio tuvo que luchar contra el escepticismo. Así como también mantener firme su decisión cuando su madre, con voz muy dulce, le decía: «Pero hijo mío, ¿por qué no estudias algo que sea útil?». **ADIÓS A LOS IDEALES** Desde niño, la tendencia a idealizar la realidad es una constante en la personalidad de Fernando Cervigón. Un rasgo que ha tenido que aprender a manejar gracias a la experiencia acumulada. De ello responsabiliza a la sensibilidad que lo ha acompañado desde que tiene uso de razón: «La consecuencia de todo esto es que he tenido una tendencia a la idealización que sale de lo normal». Pero esa idealización es también uno de los ingredientes clave para que este «hijo ilustre» del estado Nueva Esparta lograra alcanzar cada meta propuesta. ¶ Cervigón se mudó a la capital de Cataluña para cursar la carrera de Ciencias en la Universidad de Barcelona. «Éramos apenas siete estudiantes en la clase. Yo tenía la visión de dedicarme a estudiar la naturaleza. Así que eso de cómo ganarme la vida era un problema que ni siquiera me pasaba por la mente.» ¶ Pero entonces vino un gran golpe de realidad. El ideal que había construido sobre la vida universitaria, como un estadio intelectual y científico superior, se vino abajo durante su primer día en la Facultad. La adolescencia, que aún no había abandonado a la mayoría de sus compañeros, llenaba de gritos y bromas las aulas de clases. Eran comportamientos que él suponía superados en los años de bachillerato: «Me causó un impacto espantoso. Mis ideas de niveles superiores de conducta y de cultura, que debían ser la norma de la vida académica, se cayeron. Y yo me caí con ellas.» El escenario era de fracaso total para el estudiante que apenas daba sus primeros pasos en la carrera. De pronto, llegó el mes

Fernando
Cervigón

NUEVA ESPARTA

pág. 242 | 243



de mayo. Y con los exámenes a la vuelta de la esquina, Cervigón tenía la certeza de que suspendería todas las materias. Se decía a sí mismo: «Mi padre no querrá pagar por un hijo fracasado». ¶ Tras semanas de ausencia de clases, y con menos de un mes para prepararse para las pruebas, el discípulo desencantado comenzó a estudiar. Esa fue también la época en la que comenzó a fumar. Y todo gracias a una certeza que, a pesar de las circunstancias, no había desaparecido: «Quería sacar el título». Su determinación por la vocación era total, y su entrega no tenía límites. Era el ambiente humano lo que se le hacía insoportable. Para el examen de Biología de ese primer año, apenas tuvo tiempo de estudiar los primeros y últimos capítulos del libro. Y gracias a ese esfuerzo, y a la ayuda de un catedrático muy paciente, Cervigón aprobó la materia. Así fue con tres de las cinco asignaturas. **NO APTO PARA**

LAS MASAS Las bromas entre hermanos y los comentarios jocosos de terceros producían en Cervigón un sentimiento que define como «congoja». A los catorce años, le quedó claro que el fútbol no era para él, y después de ver un partido en vivo con unos compañeros, «acabó» con el deporte rey de su patria para siempre. Así fue cultivando aficiones cada vez más personales, como la del cine. Corría el año 1944, en plena Guerra Mundial, cuando los ingleses hicieron la película *Enrique V*, con Laurence Olivier como protagonista. El joven Cervigón se fue a verla. Y de repente, otro impacto: «El público estaba totalmente ajeno a la belleza de la película. Y con chistes, risas y gritos ignoraban la idea valiosa, el contenido profundo.» ¶ Esta-
ba claro: Cervigón no era ni sería jamás una oveja más del rebaño. La masa, la uniformidad y la vulgaridad eran conceptos que no encajaban en su visión de mundo. Barcelona terminó de consolidar su estrecha relación. *La Sagrada Familia* de Gaudí, con apenas cuatro torres entonces, y algunos monumentos romanos le dieron el escape necesario a la realidad académica en la que nunca terminó de sentirse a gusto. Sin embargo, fiel a su determinación, se metió a fondo en la carrera, y cinco años después se graduaba de Licenciado en Ciencias. ¶ Con sus compañeros,

Cervigón mantenía buenas relaciones, pero restringidas al aula de clases. De sus profesores, recuerda a Francisco Pons, quien dictaba la cátedra de Fisiología Animal, por la severidad y cuidado con que preparaba sus clases. Pons le sirvió de ejemplo para que, durante los cincuenta años dedicados a la docencia, adquiriese fama de buen profesor. ¶ Al terminar la universidad, Cervigón tuvo que escoger entre continuar su camino en el campo de la biología marina o de la antropología. Se decidió por la primera opción, y en 1953 comenzó sus funciones como becario. Cuatro años después, pasó a trabajar en el laboratorio de Castellón y luego en el de Cádiz. ¶ De 1955 a 1957, vivió la experiencia que califica como la más impac-
tante y terrible de su vida: el servicio militar. Para aprovecharlo como parte de su carrera profesional, pensó en convertirse en marino mercante. Se enlistó en la

Marina con veinticuatro años, y se destacó en Cartagena. «Era espantoso. En una hora, pasábamos de ser una persona a no ser nada. Nos cambiaban el nombre por un número, y todo se reducía a lo que sabías hacer. A los militares les parecía que yo no sabía hacer nada útil.» ¶ Como Cervigón, según sus superiores, «no sabía hacer nada», le asignaron la tarea de educar a los analfabetos. Los libros que había llevado al cuartel para distraerse se los quitaron bajo el cuestionamiento de «¿Y los libros para qué?». Ni siquiera un pijama les dejaban tener a él y sus compañeros en ese mundo despersonalizado y hostil. Fueron tres años muy duros, pero con uno de los más grandes aprendizajes de su vida: «Uno tiene que saber adaptarse a todo y no creerse nadie». Además de algunas amistades «maravillosas», que se mantuvieron en el tiempo. Fue entonces como, a fuerza de vivencias, comenzó a sacar la mejor cara de su fuerte idealismo, y a no dejarse vencer ni decepcionar por las circunstancias.

¶ Después de la experiencia militar, regresó al laboratorio de Cádiz, a continuar su trabajo de investigación. Allí conoció al doctor Ramón Margalef, primer catedrático y uno de los refundadores de la ecología en España. Él fue también su primer contacto con la naturaleza americana. Después de regresar de un viaje a Puerto Rico, donde fue invitado a dar una conferencia, las historias sobre el trópico solían ocupar un buen porcentaje de sus conversaciones. Fue el propio Margalef quien recomendó a Cervigón para sumarse al proyecto de la estación oceanográfica de La Salle. **C A M B I O D E R U M B O** Cuando llegó a la isla de Margarita, Cervigón no tenía idea de los peces de Venezuela. Entonces se dio cuenta de que los únicos que podrían enseñarle eran los pescadores. Así que comenzó a hacer expediciones a las rancherías de Cubagua, y a convivir con los hombres de mar. «En ese mundo de la pesca, me encontré con una sensibilidad que era precisamente lo que había añorado en Europa. Eso fue lo que me enraizó a este país: la sensibilidad que había en medio de la pobreza.» Desde entonces pasó a ser uno más de ellos. ¶ Pese a las ofertas de trabajo que nacían en otros estados del país, Cervigón permaneció en Margarita, al frente de la Estación de Investigaciones Marinas de la Fundación La Salle.

También se desempeñó como profesor-investigador de la Universidad de Oriente, y como director del Centro de Investigaciones Científicas de la misma casa de estudios. ¶ En el transcurso de esos años, tomó forma una idea que lo había

acompañado desde la niñez. Una iniciativa que lo ayudaría a combinar biografía personal con la historia, la cultura y la biología. Así comenzó a gestarse el Museo Marino. ¶ A principios de los años noventa, Cervigón también formó parte del grupo fundador de la Universidad Monteávila de Caracas, donde permanece como director del Centro de Estudios Iberoamericanos. Todo esto mientras iba gestando y sentando las bases para abrir el Museo. El material ya lo tenía, gracias a esa tendencia a coleccionar y guardar. La ayuda de muchas personas contribuyó a lograrlo. Entre

ellas: Armando Valerio, Bartolomé Marcano, Germán Robaina, Virgilio Ávila, los obreros de la Fundación La Salle y los vecinos de Boca de Río. También empresas como la desaparecida Lagoven. Finalmente, en 1994, abrió sus puertas el edificio. Por eso, cada mes, regresa por unos días a la isla en la que se forjó el futuro que imaginó cuando sobaban la vocación y la determinación pero faltaba la certeza.

¶ Ahora, con ochenta y dos años, y pasando revista a las memorias, a los hechos, a las vivencias, Cervigón tiene muy clara una cosa: no se retirará hasta que las circunstancias lo obliguen: «la edad o los achaques». Mientras tanto, el nivel de compromiso sigue aumentando. Sigue trabajando en nuevos libros, en la universidad, en el Museo. A los pescadores les agradece haberle brindado la vida afectiva y familiar a la que, de una forma u otra, tuvo que renunciar cuando decidió cruzar el Atlántico para convertir sus ideas en hechos. ¶ «Todo en mi vida ha sido satisfactorio, a pesar de las circunstancias. Como mi trabajo ha sido una proyección de mi personalidad, yo no he tenido que trabajar un solo día de mi vida.» Puede decir frases como esta mientras recibe a los niños que llegan al Museo para una visita guiada. Y aunque el camino andado ha dejado sus huellas, Cervigón se mantiene firme: «Sigo siendo un idealista incurable, sin aceptar las Olimpiadas, ni los mundiales de fútbol, ni el cine de Hollywood».

Fernando
Cervigón

NUEVA ESPARTA



Entrevista

Indiana Galindo

Valencia, 1984. Comunicadora social. Periodista de *El Sol de Margarita*. Premio Regional de Periodismo «Batalla de Matasiete» (2011). Premio Municipal de Periodismo «Aquilino José Mata» (2011).



Fotografía

Tanya Millán

Comunicadora social. Larga trayectoria como reportera gráfica. Fotógrafa profesional. Reportera gráfica de *El Sol de Margarita*.



M i l t o n M a r t í n e z

«Valoro mi trabajo en función de lo que le puedas dar a los demás»

Empresario, visionario, lector y deportista. Hijo de un inmigrante canario, José Martínez Valenzuela, que en 1972 fundó una pequeña proveeduría llamada SIGO, hoy una de las más importantes empresas de *retail* de Venezuela. Con más de dos mil empleados, operaciones en seis estados, una Universidad Corporativa y sólidos programas sociales, SIGO quiere ser parte del siglo XXI.

PROGENITORES En el recuerdo más remoto que tengo, veo a mi madre moviéndose por la casa, de un lado a otro. Puede ser en el medio de una fiesta, y ella trae y lleva cosas para recibir a los invitados. Más específicamente, podría ser una fiesta de cumpleaños. Veo dulces, tortas, refrescos. Veo una mesa decorada para la ocasión, con mucho colorido. Estoy rodeado por familiares y amigos. Y sin embargo, el espacio es pequeño, lo que obliga a que la gente esté concentrada en un solo punto, alrededor de la mesa. Me parece que alguien enciende las velas de una torta, dos o tres, y me parece que soy yo el que las sopla para apagarlas. En coro cantamos el cumpleaños y yo veo esas caras alegres que a la vez me miran. ¶ Cuando pienso en la historia personal de mi padre, es inevitable tener presente a Franco. A Franco y a la Guerra Civil española. Mi padre es de origen canario, y las islas del archipiélago sufrieron mucho en todo ese período, en parte por la dura situación política, y en par-



te por la pobreza. Son ya conocidas las olas migratorias de canarios durante todo el siglo xx, en una primera etapa a Cuba y en una segunda a Venezuela. ¶ Es un período difícil, confuso, del que mi padre hablaba poco. Lo que sabemos es que a los veinte años abandona las islas y comienza a viajar, sin destino claro. Parece que vendió todo lo que tenía, que nunca fue mucho, y comenzó a probar suerte. Andando vueltas por el mundo, sin tener las ideas claras. Se dice que así estuvo durante dos años, y en un momento del recorrido, pasa por Caracas, donde tenía algunos parientes. Allí conoce a mi madre, quien según los cuentos que tenemos le nubla la mente. Decide entonces quedarse porque la vida que llevaba era inestable y sin sentido. La estancia en Caracas coincide con lecturas, que al parecer traía del viaje. Y hay una determinante, de un autor de superación personal llamado William Clement Stone, que lo acompañó por un tiempo. Lee en esas páginas una frase que lo marca: «Toda obsesión tiende a convertirse en realidad». Y es como si esa frase arrojara luz sobre todo su pasado confuso. Toma entonces conciencia de que no puede vivir como viene viviendo, de que debe optar por otra filosofía, de que debe imponerse metas claras. Había algo evasivo en esa actitud de errancia, y él al final lo entiende. ¶ Conoce a mi madre, se establece en Caracas y empieza a pensar de manera estructurada. Pero ahora se va al otro extremo, y comienza a trazarse metas para todo, como la de decir que debe vivir hasta el año 2000 y, por lo tanto, seguir todos los consejos de salud necesarios. Mi padre era un hombre de mucha energía, de mucha capacidad inventiva. Necesitaba estar todo el tiempo pensando en proyectos, desarrollando ideas, innovando en procesos. Su pensamiento siempre tenía que estar abocado a algo, siempre debía tener un punto de atención. Era la única manera de canalizar toda la energía que tenía. ¶ Mis padres se encuentran en 1959, y en sus primeros años de matrimonio se mueven entre Caracas, Margarita y España. Recuerdo que cuando yo terminaba quinto grado, viajamos por unos meses a España. Pero ya de regreso, mi padre no quiere volver a Caracas y nos venimos directamente a Margarita. Entonces el resto de los estudios, hasta segundo año de bachillerato, los hice en la isla. **PRIMEROS NEGOCIOS** ¿Por qué Margarita? No lo sé bien. Pero sí he pensado que mi padre nació en una isla y terminó en una isla. Por alguna razón será. Llegamos en 1970, y lo primero que hizo mi padre fue montar un negocio. Eran los inicios del Puerto Libre y entonces le compró a un tío mío una licencia de importación. Con eso abrimos una primera tienda en la calle Guevara, que fue el inicio de todo. De importaciones mi padre sabía, y él veía mucho futuro en la isla. ¶ Aquí estuve entonces durante sexto grado de primaria, y luego cursé primer y segundo año. Era una época en la que yo me adaptaba a todo, y la verdad es que fui muy feliz. La vida era tranquila, con libertad para hacer muchas cosas. Yo iba a mis clases, en colegios que supuestamente eran malos, luego me iba a hacer depor-

tes, y al final llegaba a casa y me ponía a trabajar. Ya en esa época yo trabajaba. Mi padre nos levantaba todos los días a las siete de la mañana. Nos íbamos a repartir volantes de propaganda y a ponerla bajo los limpiaparabrisas de los carros. No lo hacíamos todos los días, pero sí tres o cuatro veces a la semana. Todo el tiempo libre que tuviéramos lo invertíamos en la tienda. Años de trabajo, de ocupaciones, de responsabilidades. Me veo todavía vendiendo mercancía al mayor a las tiendas árabes del centro de Porlamar: lo hacía desde muy pequeño. ¶ Cuando termino segundo año, mi padre me manda a Estados Unidos, a una academia llamada Wentworth Military Academy, en Lexington, Missouri. Allí estuve tres años, hasta terminar el bachillerato. Llegaba sin saber nada de inglés, y te daban cuatro meses para aprenderlo, a un ritmo intensivo. Fueron años felices, sanos, en los que también aprendí a romper algunas reglas. En verdad, estudiaba poco, pero hacía mucho deporte. En la academia hice muchos amigos, sobre todo latinoamericanos, y también venezolanos. Es una época en la que fácilmente se hacen amigos, primero porque los jóvenes son muy abiertos, y segundo porque la soledad te impulsa a buscar la compañía. ¶ Como mi padre creía mucho en la autosugestión y en la programación mental, desde muy pequeño me ponía a recitar frases como estas: «Yo a los treinta años tendré tanto dinero» o «Yo a los treinta años voy a lograr esto y aquello» o «Yo a mis treinta años voy a trabajar con mi familia». Y esas frases entraban en la cabeza. En la Academia yo coincidí con un primo mío que siempre ha sido muy cercano. Su padre ha sido un empresario muy exitoso, y siempre muy bien relacionado. Entonces nosotros dos nos visualizábamos haciendo negocios juntos: yo encargado de la empresa, y él manejando las relaciones institucionales y el entorno. Esas visualizaciones son ejercicios importantes para el desarrollo de las empresas, porque finalmente se convierten en visiones corporativas. **UN LIBRO EN LAS MANOS** Yo me gradué en la Academia a los dieciséis años, y mi sensación es que era un poco inmaduro. Era la década de los años setenta y estaba muy viva toda la influencia *hippie*. Lo lógico era que buscara una universidad para continuar con mis estudios, pero mi padre no sabía mucho de *colleges*. Entonces más bien me tocaba a mí buscar y encontrar. Yo quería entrar en una buena universidad, pero no sabía cómo hacerlo. Pensaba que mi nivel educativo debía ser mejor que el que tenía para poder entrar. Entonces me parece que perdí un poco el tiempo, buscando sin orientación alguna. ¶ Me encontré con mi padre en Florida y, paseando un día con él, nos topamos una universidad llamada Boca Raton College. Nos metimos a buscar información y vi que la matrícula era de trescientas mujeres y cien hombres. «¿Te gusta?», me preguntó mi padre. Y yo le dije que me parecía bien. Pues bien, a los ocho meses me expulsaron. Entonces mi padre me trajo a Margarita y me puso en las manos un libro llamado *Piense y hágase rico*. Yo para entonces estaba muy desviado, pero ese libro me

causó mucho impacto, porque a medida que lo leía yo iba teniendo como unas visualizaciones. Mi mente se puso a volar. Y yo caía en cuenta del poder que puede tener una persona si usa bien las herramientas que Dios le ha dado. ¶ A partir de ese momento, empecé a cultivar una filosofía de vida. Estudié mucho, me culturicé, aprendí a conocerme, desarrollé mi pensamiento. Más allá de los estudios, estaba mi esfuerzo personal, estaba la batalla conmigo mismo, para convertirme en mejor persona, en mejor profesional. Regresé a Florida y me inscribí en la Universidad de Miami. Los comienzos fueron duros, porque tuve que mejorar mucho mis niveles de redacción, mis capacidades expositivas y mis técnicas de estudio. Fue todo un proceso de cambio, que me costó mucho, pero a los tres años me estaba graduando, y después hice el *máster*. Había completado mi carrera a los veintiún años y ya estaba dispuesto a trabajar. **CIERTO GRADO DE CONFLICTIVIDAD** Mis inicios vocacionales fueron solitarios, aunque la influencia de mi padre siempre estuvo presente. Implícitamente, nosotros formábamos un equipo donde había mucha sinergia. Él me apoyó siempre, sobre todo en los primeros tiempos, cuando yo tenía veinte, treinta años. Quizás aún me veía inmaduro, porque yo sabía más o





menos lo que quería, pero él no me soltaba el negocio. De alguna manera, siempre tenía que ir a través de él. Yo a mis veintitrés años, por ejemplo, llevaba todo el Departamento de Importación. Era una época en la que teníamos muchos choques, en la que peleábamos a cada rato. En todo caso, la estructura de equipo permitía manejar un cierto grado de conflictividad. Él me recompensaba financieramente muy bien, por lo que nunca dudé en mantenerme aquí. Y la verdad es que también me daba mucha libertad. Pero en síntesis, trabajar con mi padre era muy difícil. Y hay quien dice que trabajar conmigo también. Así que algo habré heredado. **CIRCUNSTANCIAS DETERMINANTES** No creo que haya influencias determinantes en mi vida, salvo la de mi padre. Pero siento que, más que personas, me han influenciado circunstancias, como las de la expulsión de la universidad o la de lecturas oportunas que hice. Esas fueron lecciones muy superiores a cualquier consejo que haya oído o me hayan dado. ¶ Yo creo haber pasado doce o catorce años de mi vida nutriéndome de un tipo de búsqueda muy personal, espiritual, que me ha legado hábitos de vida y me ha llevado a lograr lo que me he propuesto. ¶ Yo tuve conciencia de lo que quería hacer desde los catorce años. Yo lo visualizaba muy claramente. Y esa especie de precocidad me marcó. Se trata de momentos inspiradores que te llegan y que no puedes dejar ir hasta que no tomas conciencia del valor que tienen. Han llegado para señalarte asuntos esenciales, y no los puedes dejar ir. ¶ Hoy en día hay mucha información en el mundo, y la verdad es que hasta el curioso más exigente puede saciar su sed de información. Hay de todo y para todos. En mi juventud, a mí me inspiraban mucho revistas como *Porschen* o *Fortune*, que son revistas de negocios. Estas publicaciones te dan una perspectiva del éxito de las empresas o de lo que han logrado. Eso me causaba mucha motivación. Después recuerdo libros importantes,

como *Straight from the Gut*, de Jack Welch, o *Made in America*, de Sam Walton, o *Execution*, de Larry Bossidy. Todas esas lecturas se convirtieron en ideas que he desarrollado durante las diferentes facetas del negocio. ¶ No creo que, en relación al trabajo, pueda hablar de oficio, vocación, pasión o ambición. Eso cambia a medida que van pasando los tiempos. Si tienes veinte años, lo ves como un simple trabajo, como una manera de llegar adonde te has propuesto. Si tienes treinta, lo ves como una simple perspectiva. Si tienes sesenta, lo ves como una meta ya alcanzada. Pero yo estoy viendo mi trabajo hoy de otra manera: lo estoy viendo más como gratificación, lo estoy viendo en función de lo que le puedas dar a los demás. Creo que eso es lo más importante. Y cuando hablo de los demás, hablo de comunidad, empleados, familiares, clientes... todos los que se benefician del esfuerzo que hacemos días tras día. **SIGO ES UNA ESCUELA** Todos los esfuerzos que cada quien hace son transferibles. Al esforzarte y trabajar, dejas obra y no te das cuenta. Pueden ser cosas pequeñas o grandes, pero siempre valiosas. A veces se hace difícil determinar tu rol, tus responsabilidades, pero el paso del tiempo te indica que tu actuación está afectando positivamente a los demás. Yo recibí un legado de mi padre, y sin duda gente de mi equipo lo está recibiendo de mí. Cuando las cosas se hacen bien, el conocimiento y las prácticas pasan de unas personas a otras. ¶ Si yo desapareciera en el día de hoy, probablemente habría un vacío, un vacío grande, pero estoy seguro de que la situación se superaría. Los planes están encaminados, tenemos un muy buen equipo de trabajo, el compromiso y la mística son altos. En pocas palabras, nuestro negocio es sólido. No dudo de que el *shock* sería grande, y de que el período de adaptación sería considerable, pero al final nos enrumbaríamos, porque estamos preparados para eso y más. Me toca pensar en eso, en mi desaparición, y sé que debo preparar mejor el escenario, pero todavía siento que me quedan muchos años por trabajar. Espero vivir por mucho tiempo más. ¶ Yo creo que SIGO es una escuela. Tenemos años trabajando para que así sea. Si ves concentrados en un solo sitio aspectos como valores, oficios, sentido de superación y profesionalización, estás refiriéndote a una escuela. Tenemos años transmitiendo valores, transmitiendo mejoramiento continuo. Tenemos años transformando a nuestra gente, dándole oportunidades. Trabajamos a favor del cambio de perspectivas, del optimismo, de las posibilidades de desarrollo, de la esperanza. Ese es el mensaje que transmitimos, que machacamos todos los días. ¶ Nuestra gente ha adoptado nuevas actitudes, ha internalizado mensajes, ha cambiado sus sistemas de valoración. Y yo diría que no solo nuestra gente, sino también la gente con la que trabajamos en los distintos frentes de la operación. Hemos tenido un gran impacto en las comunidades, y no solo en Margarita, sino también en Maturín, Puerto La Cruz, Paraguaná. Creamos vínculos, relaciones, sueños. Desarrollamos intercambios, programas educativos, cultura-

Milton
Martínez
NUEVA ESPARTA

les, deportivos. Y todo basados en formación de equipos, conocimiento de realidades, diagnósticos del entorno en el que operamos. Un programa como «Guayacán» ha transformado el hábitat de nuestras escuelas y ha mejorado los niveles de enseñanza educativa. Un programa como el de las «Cátedras Sociocomunitarias» ha contribuido a la formación de líderes comunitarios.

UNA UNIVERSIDAD CORPORATIVA Nuestra empresa invierte mucho en capacitación, en educación, en formación. Hacia dentro y hacia fuera. Y la capacitación te lleva a mejorar procesos, continuamente, y a crear equipos. Una vez leí un artículo en una revista que hablaba de una empresa exitosa. ¿Pero por qué exitosa? Por cómo trataba a su gente, por cómo la motivaba, por cómo la integraba. Con equipos integrados, educados, que piensen en positivo, todo es posible. ¶ La idea de crear una universidad corporativa viene de Jack Welch, pero ya yo tenía noticias de la universidad corporativa de Mac Donald's, y por ahí nos fuimos orientando. Hoy en día, todos nuestros planes de capacitación internos pasan por la Universidad Corporativa SIGO. Pero no solo los internos, sino también los programas de formación que hacemos con las comunidades, como el programa de Emprendedores, que ha resultado muy exitoso.

CREENOS PERSONALES Cuando tenía dieciséis años, mi padre me regaló cuatro libros. Uno de ellos se llamaba *La magia de pensar en grande*, de David Schwartz. Hay una frase de ese libro que no he olvidado: «Pon el servicio primero, que luego el dinero te llega solo». Creo que es sentido común del más puro. No hay empresa exitosa que no lo haya aplicado. ¶ No concibo mi vida sin trabajar. Me tracé una meta hace veinticinco años, pero todavía me faltan quince para llegar. Cuando la cumpla, ya veré cuál nueva meta me trazo. Yo me visualizo trabajando a los ochenta años, y también a los noventa, pero en un rol diferente al de ahora. Me quiero mantener mental y físicamente activo en el trabajo. Lo necesito. Espero tener una larga vida, pues sin esa premisa no hay motivación. Espero tener salud para seguir dando y cumpliendo. Tenemos muchos proyectos, y cada uno de ellos lleva su componente social. ¶ Queremos crecer en Venezuela, junto a la sociedad, junto a las comunidades. Muchos de nuestros proyectos responden a necesidades públicas. Obviamente son negocios, pero no hay buen negocio sin interés público. Siguen habiendo en Venezuela muchas oportunidades de hacer bien las cosas. Hay nichos completos que no están atendidos. ¶ Hemos tenido años difíciles, pero qué empresa no los tiene. Las adversidades forman parte del crecimiento. Nadie puede determinar cuántos años más seguiremos aquí, pero yo estoy lleno de esperanza, de fe, de optimismo. Hacia el futuro, veo a SIGO como una empresa diversificada, con negocios en varios sectores. De hecho, ya esa senda la estamos transitando. Queremos ser de los primeros jugadores en cada uno de los sectores en los que estamos activos. Queremos seguir ocupando espacios en los que haya oportunidad de mejorar el servicio. Nos

vamos a mantener activos, muy activos, si Dios nos lo permite. Y con esto no hago balances personales. Prefiero pensar en términos de continuidad. De continuidad del proceso, de continuidad total. ¶ Yo como venezolano veo un país de grandes potencialidades. Y en su momento este país despertará. Quiero estar aquí cuando eso ocurra, quiero estar presente y participar. Venezuela tiene todo lo necesario para ser un país ejemplar en Latinoamérica. Sus condiciones geográficas, sus recursos naturales, su capital humano, dan para tener algo mucho mejor de lo que tenemos. La belleza de sus paisajes, su geografía contrastante, la nobleza de su gente... son únicas. ¶ Estoy por cumplir cincuenta años, y cuando uno llega a la mitad de la vida la reflexión es inevitable. He pensando que debería hacer una fiesta, y que la canción que pondría es «My Way», de Frank Sinatra, con la que me identifico bastante. Pero me gustaría llegar a los cien años, con buena salud, sintiendo que contribuí al desarrollo de mucha gente, sintiendo que influí en ellos positivamente.zt



Entrevista

Antonio López Ortega

Punta Cardón, 1957. Narrador, ensayista, crítico, promotor cultural. Quince títulos publicados entre cuentos, novela, ensayos y antologías. Director de las revistas *Bigott* y *Veintiuno*. Becario de las fundaciones Rockefeller y Guggenheim. Columnista de *El Nacional*, *El Sol de Margarita* y del portal Prodavinci.



Fotografía

José Félix Rodríguez

Caracas, 1980. Licenciado en Ciencias Audiovisuales y Fotografía en 2004. Fotógrafo profesional. Colaborador de medios impresos regionales. Premio «Aquilino José Mata» (2005). Premio de Artes Plásticas «Claudio Perna» (2007).

Milton
Martínez
NUEVA ESPARTA



■ PORTUGUESA

C a r m e n T e r e s a M o r i l l o

«Amí que me llamen maestra»

Nació el 30 de marzo de 1945 en El Tocuyo. Maestra normalista, dedicada durante cuatro décadas a la enseñanza musical. Ha formado a varias generaciones de niños y adultos. Fundadora de la Sociedad Civil «Casa de la Cultura de Agua Blanca», actual «Casa de la Cultura Carmen de Montesinos» en su honor. Creadora de las agrupaciones «Golperos de Agua Blanca», «Golperos de Santa Bárbara», «Locainas infantiles». Embajadora cultural de Agua Blanca. Fiel defensora del acervo cultural y folclórico



La carretera de Humocaro Alto no admite un descuido. Es una ventana privilegiada del municipio Morán del estado Lara, desde la cual el paisaje regala el cromatismo sereno de sus montañas, pero también el riesgo de una curva traicionera, a la que poco le importa sembrar sus orillas con las cruces de quienes nunca adivinaron sus quiebres. A sus doce años recién cumplidos, Carmen Teresa Morillo Yáñez lo recuerda de manera nítida, como si fuera hoy: el vehículo volcó y en un momento se vio aferrada a la bata del doctor, de rodillas, suplicante, pidiendo con la devoción de una oración: «No me corte la pierna; sálvemela doctor». No se lo pedía por gesto de niña coqueta ni nada similar. Su oración retumbó hasta en los corazones más duros: «No me la corte, por favor, que quiero ser maestra». Milagros de la ciencia, de José Gregorio Hernández o de la Divina Pastora, la pierna se salvó, y en su lugar solo quedó una cicatriz que llega al recuerdo de la maestra Teresa: «Me decían: Si tienes un defecto, no puedes ser maestra, y a mí esa frase se me grabó». ¶ La famosa maestra Teresa, quien en palabras de su hija Mayllinet, no sabe cuánto cuesta un paquete de harina, sabe obrar el milagro de la multiplicación, pues donde hay poco hace mucho. Su frase predilecta es «Dios proveerá». Voluntad y entrega le sobran cuando tocan a su puerta para solicitarle alguna colaboración para cualquier actividad cultural. «Aquí en Agua Blanca (capital del municipio de idéntico nombre del estado Portuguesa), si usted pregunta por la maestra Teresa, todo el mundo me conoce.» La Casa de la Cultura lleva su nombre, pero cada habitante de Agua Blanca y de los caseríos cercanos, la recuerda porque enseñó a varias generaciones que leer y cantar no son oficios reñidos. ¶ Aparece en la cédula como Carmen Teresa Murillo Yáñez, pero en realidad es una soberana equivocación: el Morillo perdió la o en el camino de una mala transcripción y se quedó Murillo, pero ella no tarda en aclararlo en la intimidad de su hogar. «Este es mi ranchito. No vivo con lujos.» Su dignidad y decencia hace rato que amasan mejor fortuna: la de un amor ganado a fuerza de educar a sus niños y adultos en las artes de un tamunangue o de un golpe.

DE EL TOCUYO VENGO Nace Carmen Teresa el 30 de marzo de 1945 en El Tocuyo, capital del municipio Morán del estado Lara. «Vivíamos en el caserío Los Cocos, separados de El Tocuyo por el río y una carretera de tierra. Cuando era 13 de junio, fiesta de San Antonio, estrenábamos falda, blusa llanera y alpargatas. Eso sí, mi papá me decía: la cuidan para el otro año.» A las seis de la mañana, a lomo de bestia, salían desde el caserío hacia El Tocuyo con una indicación paterna: «No miren hacia abajo, no se vayan a marear». Ese *abajo* se traducía por un precipicio cercano. Los temores los apaciguaban las ganas de bailar y de llegar a tiempo a las misas de las nueve en el templo central. «Para cantar y tocar no tuve escuela. Aprendí el tamunangue viendo a la gente bailar. En Los Cocos recuerdo la influencia de Alfredo Colmenárez, quien era compositor y sabía mucho de tamunangue.»

C a r m e n

T e r e s a

M o r i l l o

PORTUGUESA

¶ Del terremoto de El Tocuyo, ocurrido el 3 de agosto de 1950, no conserva mayor registro. Ya vivían en Barquisimeto cuando la sacudida de tierra los llevó a buscar refugio debajo de una mesa. Luego por boca de la abuela conocían la noticia: «En El Tocuyo fue donde más se sintió». **LA HIJA DE MARÍA** A sus cinco años, los padres Juan Víctor Morillo y Josefa Yáñez de Morillo, decidieron con sus hijos Víctor, Luis Emilio, Adela, Alirio (ya fallecido) y Carmen Teresa la mudanza a Barquisimeto porque el tifus hacía estragos en El Tocuyo y un hermano enfermó.

¶ «Mi papá era agricultor, pero además de trabajar la tierra vendía leña. Cuando llegamos a Barquisimeto, decidió dedicarse al comercio informal.» Era un hombre estricto y formal, que no le aceptaba salidas a los hijos después de las diez de la noche, que soportaba las serenatas a las muchachas con la resignación de quien amaba la música pero no atrevimientos de enamorados. ¶ Su mamá reinaba en la cocina. Preparaba catalinas, empanadas y hasta arepas rellenas para vender y colaborar a sostener el hogar. Pero también era artesana. Diseñaba con esmero sus muñecas de trapo y, si bien recibía palabras de halago, no eran del gusto de Teresa. «Se ponía muy brava porque no me gustaban. Las quería más modernas. Cuando llegaba diciembre, las cosía para las hembras, pero no eran tan elegantes ni finas como las que se vendían en la época.» Dedicada hasta la constancia, la madre de la maestra Teresa le ponía corazón a sus muñecas. En cada inicio de año escolar, tomaba medidas y cosía los uniformes a la descendencia numerosa. ¶ Vivían en la calle 8, cerca de la plaza Macario Yépez, de la iglesia Claret y del actual rectorado de la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado, hasta hoy la casa familiar. Tenían la bendición de recibir, casi en la puerta del hogar, cada 14 de enero, la procesión multitudinaria de la imagen de la Divina Pastora, a quien cargaban en hombros los devotos desde el cercano pueblo de Santa Rosa hasta la catedral de la capital. Carmen Teresa formaba parte, en calidad de laica, de la congregación de las Hijas de María, que cada 14 de enero colaboraba con la programación de la iglesia Claret, segundo templo donde la Divina Pastora recibe el canto y la oración de sus seguidores en tarima dispuesta para la solemne ocasión. «Me vestían de blanco y me colgaban una medalla. La ocasión me emocionaba mucho. Además en la casa preparaban sopa para quienes quisieran entrar y comer.» ¶ Dos referencias acompañan el hogar actual de la maestra Teresa en Agua Blanca: las placas en su homenaje que tapizan con orgullo las paredes de su hogar, y el altar donde la imagen de la Divina Pastora se deja acompañar por los santos de la religiosidad venezolana. «Yo soy muy católica.» Su sonrisa franca y su cuerpo menudo no la mantienen sentada: sería una hazaña apartarla de la agilidad con la que encara las cosas sobre las que debe estar pendiente. **LA HERENCIA MUSICAL DEL TÍO LUIS YÁÑEZ** «Mi papá era músico. Tocaba cuatro pero no salía de un tono. Siempre en

re menor.» La maestra Teresa busca de inmediato el instrumento para invocar el *re* perezoso, que fue un inicio pero no la esencia de su vocación. «Mi música va por la sangre. La viví desde pequeña, en los bailes de San Antonio, en El Tocuyo, y luego cuando escuchaba el clarinete de mi tío Luis Yáñez, con quien aprendí todo el repertorio de la música tradicional venezolana.» ¶ Estudió primaria en la Escuela Riera Aguinagalde de Barquisimeto, con el profesor Alonso Pacheco, y ya a los ocho años no faltaba a las actividades culturales cuando la invitaban a cantar. «En una oportunidad, por el Día de la Madre, me metieron en una caja. Salí como si se tratara de una sorpresa y canté: *Madrecita del alma...* y hasta me dieron una flor. El profesor Alonso Pacheco me inspiró para ser maestra y escribir. Como también era compositor, nos enseñaba a escribir con rima. Nos contaba cuentos, los analizaba, y después del recreo tocaba para sus alumnos.» ¶ «La herencia musical me viene por el tío Luis Yáñez. Era músico profesional, leía partituras y formaba parte de la tradicional Orquesta Mavare, que tocaba en la procesión de la Divina Pastora. Después se trasladó al estado Portuguesa y se integró a la Banda del Estado.» La historia del tío músico entra en su vida cuando sale de primaria y decide formarse como maestra normalista en el Instituto Fermín Toro de Barquisimeto. ¶ La realidad económica la obliga a mudarse del hogar: se va a casa de la abuela materna. Ochenta mil bolívares costaba cada curso académico y, si bien en el hogar de la maestra Teresa no faltaba amor y voluntad, el dinero solo alcanzaba para atender las urgencias de la cotidianidad. La abuela materna, María Domitila de Yáñez, y una tía que era enfermera, Magdalena Yáñez, además del tío Luis Yáñez, quienes vivían bajo el mismo techo, juntan voluntades y ayudan a Carmen Teresa a costear un sueño. ¶ El tío Luis Yáñez tuvo doce hijos, pero la única en heredar su parte musical fue la sobrina que, al regresar de la jornada diaria del Instituto Fermín Toro, lo escuchaba practicar con rigurosidad académica el clarinete que lo acercaba a Dios. De su época en el Instituto, recuerda sus cantos en una coral sin nombre, pero bien dispuesta en cuanto acto fuera necesario para darle realce a la programación cultural de la institución. «Eran otros tiempos. No había internet ni computadoras. Acudíamos a la biblioteca. Nos reuníamos en equipos para estudiar. Teníamos clases de siete a doce del mediodía, y luego de dos a cinco de la tarde.» **LA MAESTRA QUE CANTABA** En el año 1964, a los dieciocho años de edad, se gradúa e inicia su largo peregrinar en busca de trabajo. En Barquisimeto no lo consigue, pero en Barinas se le abren las puertas del Colegio Ítalo Venezolano Bolívar Alighieri. En la casa de la abuela de Margot Montilla, su mejor amiga en tiempos del Instituto Fermín Toro, la reciben como una hija más. La maestra Teresa ponía su música a cuanto sitio llegaba. Y el Colegio Ítalo Venezolano no fue la excepción: funda una coral, crea la cátedra de música, y hasta el loro que vigilaba la formación escolar cantaba el Himno Nacional y le silbaba cuando

Carmen
Teresa
Morillo

PORTUGUESA

la veía de traje elegante. ¶ De lunes a viernes, era la maestra Teresa, pero el fin de semana consiguió trabajo en un local turístico de Barinitas, donde interpretaba la infaltable «Linda Barinas» y cualquier otra pieza del repertorio folclórico venezolano. Pero además, con los niños de la comunidad, formaba grupos, y si faltaba algún instrumento, apelaban a la lata de leche para darle sonoridad a la serenata de la cuadra o animar los pesebres de las noches navideñas. Después, ya radicada en Agua Blanca, el profesor Pedro Vargas, director en su momento de la coral «Juan José Landaeta» de Araure, le hizo una revelación: «Usted es contralto». Cuatro años duró la aventura de Barinas. **LA LETRA CON AMOR ENTRA** En 1967, en Guanare, logra un cargo en la Administración Pública: entra al Departamento de Educación de Adultos del Ministerio de Educación. Mijaguito, Payara, Sabana Larga, Las Majaguas y Algodonal, son algunos de los caseríos dispersos, nobles y atentos de la geografía portuguesa, que reciben las enseñanzas de la maestra Teresa,



una jovencita de El Tocuyo que se esmeraba por enseñarles los misterios de vocales y consonantes. ¶ La labor era en doble tanda. En el día, alfabetizaba a quienes tenían la posibilidad de acudir a la escuela, y en la noche, puerta por puerta, enseñaba el misterio de la lectura y la escritura a hombres y mujeres del campo, que aprendían sus primeras lecciones en un libro de título *Abajo cadenas*. «A los adultos cuesta más enseñarlos, pero es necesario tratarlos con tolerancia. Les tenía mucha confianza. De cada casa salía con huevos, gallinas, y todo lo que pudiera llevar para Barquisimeto. Además, siempre me esperaban con un café o con la comida servida.» Con el cuaderno, el libro y un lápiz la recibían, incluso con la tarea hecha. «No existían límites entre el pupitre y el escritorio. Era una relación directa y fraterna, basada en el intercambio de experiencias y conocimientos.» ¶ Cada maestro de la época se regía por el censo de la población analfabeta. Luego, llevaba con rigurosidad científica el reporte de los alumnos para medir sus progresos. «Tuve una señora que, además de leer y escribir, hasta sacó el sexto grado. Conmigo estudiaron niños, pero luego médicos, ingenieros, maestros... Ya perdí la cuenta de la gente a quien formé.» ¶ En los caseríos no integró corales, pero sí se dejaba acompañar por el cuatro de sus alumnos. «Cante, maestra Teresa», era la indicación que seguía al emotivo repertorio de la noche llanera. «A mí lo de profesora no me gusta; me resulta incómodo. Prefiero que me llamen maestra, la maestra Teresa.» **«ÉL CON SU DEPORTE, Y YO CON MI MÚSICA»** En el año 1970, en la población de Majaguas, conoció a Lino Coromoto Montesinos Ceballos, nacido en Portuguesa, pero de clara ascendencia larense, quien trabajaba como auxiliar en el sistema de riego de la represa Las Majaguas. «En cada fiesta o actividad, él llegaba con sus deportes y yo con mi música. Así nos conocimos.» Y hasta el sol de hoy, la relación de la pareja se mantiene bajo un contrato no escrito de libertad: Lino Montesinos cultiva la pasión por el deporte, y Teresa de Montesinos su música y su baile. No es esposa cautiva de la cocina y la camisa recién planchada; es el equilibrio de un hogar donde se canta como se baila. ¶ Al apenas casarse en la iglesia Claret de Barquisimeto, alquilan una casa en la avenida 4 de Agua Blanca, con calles 8 y 9. En 1974, consigue trabajo en la Unidad Educativa Nacional Atapaima de Agua Blanca, y el 15 de noviembre de 1977 le dan el cargo de maestra especialista en Educación Musical. Veinte años duró ejerciendo la docencia en la institución. ¶ Una anécdota merece contarse: la maestra Teresa seguía como docente de la escuela Atapaima, pero en uno de los tantos jolgorios populares la escucharon cantar, y al unísono las autoridades dijeron: «Música deberá enseñar». Y así quedó consagrado. Su ya lograda fama como nunca comenzó a volar. ¶ Nadie diría que en 2002 se jubiló, pues la música la acompaña y le espanta la monotonía. Apenas dejó el cargo, quiso comprarse un carro, pero no aprendió a manejar. Esta limitación no es obstáculo para usarlo: sobra quien la lleve y la traiga en

Carmen

Teresa

Morillo

PORTUGUESA

su vehículo, en particular sus hijos. Sus cuatro orgullos. ¶ Marité, la mayor, es licenciada en Educación Especial por la Universidad de Carabobo, y está al frente del Departamento de Educación Especial de la Zona Educativa de Carabobo. Fundó una coral de manos blancas para demostrar que la música es capaz de despertar la sensibilidad incluso de los que están privados del don de la palabra y la escucha. Su entrega es un homenaje a su hermano Lino Alberto, de treinta y un años, que para el hogar de la maestra Teresa y Lino Montesinos será siempre el hijo especial.

¶ Mayllinet es profesora de Computación, graduada en la UPEL. Antes de ser maestra, ejercía como profesora de danzas. Domina con pasión el arte del tamunangue. ¶ Rafael Guillermo estudió docencia en el Colegio Fermín Toro. Trabaja en el área cultural, y los fines de semana toca con su grupo de mariachis. ¶ La

música es la pasión que los une como familia. En su hogar, ellos ponen la fiesta. Los invitados no faltan, pero tampoco se extrañan, porque cada quien tiene a su modo el don de la alegría. **UN RINCONCITO DEL ESTADO LARA EN AGUA BLANCA** En el año 1970, la maestra Teresa crea el grupo «Santa Bárbara», con sede en la Casa de la Cultura de Agua Blanca, como una manera de venerar a la patrona del municipio, en particular durante el mes de diciembre. Diez años después, en 1980, le da vida a «Los Golperos de Agua Blanca», siguiendo la tradición de la música tocuayana. Es su manera de vivir en Portuguesa sin dejar sus afectos de mujer larense, que baila los sones del tamunangue en homenaje al padre San Antonio. ¶ De manera simultánea, cultiva un antiguo sueño de maestra: el grupo

infantil «Las Locainas», tributo a esta manifestación genuina del municipio Agua Blanca, con expresión cada 28 de diciembre, Día de los Santos Inocentes, cuyo origen se remonta al año 1890. Las normas son estrictas y de riguroso cumplimiento: el hombre viste de camisa manga larga, pantalón y sombrero adornado con cintas o lazos. La mujer, con falda y blusa, recibe el nombre de varona. Cantos, ritmos y expresiones resumen la esencia de esta fiesta, con dos personajes principales: Juan de Dios y doña Simona. Caricari es el jefe de la Locaina, y quien lo desobedece o viola las normas queda condenado al cepo, sin derecho a protestar. **LA MAESTRA QUE QUISO SER ALCALDESA** No fue por ambición o vena política. La convencieron y eso bastó. Los líderes de Copei, MAS, Opina y otros partidos tocaron la puerta de su casa y le dijeron: «Nadie en Agua Blanca le gana en popularidad. Acepte y la apoyamos como candidata». Ella, como maestra, afinaba su discurso, pero no hablaba tan bien como cantaba. Con su música se fue de caserío en caserío, en una campaña muy particular. No ganó, pero tampoco quedó mal como candidata a alcaldesa en aquellas elecciones de 1995: solo cien votos la separaron del triunfo. «El día de la proclamación, me entregaron placas y recibí homenajes. Fue una experiencia muy bonita. Mi sueño era transformar Agua Blanca.» ¶ Su vida se



Carmen
Teresa
Morillo

PORTUGUESA

resume en entrega, pasión, dedicación, esmero y participación. Pero además todos le reconocen su amor al prójimo y su entrega desinteresada. Si a un muchacho le faltan alpargatas, rápido corre en su búsqueda para que no falte al baile. Si se dañó el equipo de sonido, toca puertas y antes de una queja ya lo tiene listo para el siguiente toque. Se guarda la vergüenza cuando de pedir ayudas para el fomento de la cultura se trata. Y nada es para ella: todo es para los demás. Lo dice su vida sencilla, la digna humildad de su hogar, donde no falta un plato de comida para el forastero. Por más de cuarenta años ha sido formadora de varias generaciones. Todos la ven como un modelo a seguir. **MIENTRAS HAYA VIDA SOBRAN GANAS** En el año 2003, se le hizo justicia: la Casa de la Cultura pasó a llamarse Teresa de Montesinos, como un homenaje a quien ha entregado su vida a la labor cultural desde el oficio y el arte. Se reunían en ese momento de celebración sus diferentes facetas: compositora y cantante, pero también ejecutante del cuatro, la charrasca, la tambora, la maraca y la pandereta. Lo agradeció de viva voz, porque no tuvo que esperar a la muerte para saberse querida en Agua Blanca y en cualquier otra ciudad donde acude con su título



de embajadora cultural. «Me siento muy orgullosa y contenta de lo que he logrado. La gente lo reconoce, y ese es el mejor premio.» ¶ Es delegada del municipio en los festivales «San Fernando de Oro» en Ospino, en el «Internacional El Silbón» de Guanare y en el «Cantaclaro en Valle de la Pascua», entre otros encuentros de prestigio. ¶ «Venezuela es un país de variedades artísticas, y en cada estado es posible conseguir una manifestación. Con la música he ido hasta Amazonas. Es grande nuestra nación; nada tenemos que envidiar.» ¶ A la vida la bendice todos los días, y a la música la declara su compañera espiritual. «Cuando muera, que me saquen los golperos de la casa y me velen en la plaza Bolívar de Agua Blanca. A mí que me entierren con mi música para estar más cerca del cielo.»



Entrevista

Violeta Villar

Barquisimeto, 1969. Comunicadora Social. Magíster en Literatura Latinoamericana. Ha ejercido por más de veinte años en medios como *Diario de La Nación*, Agencia-EFE, *La Voz de Galicia* y la revista *Glamour*. Jefe de Información del diario *El Impulso*.



Fotografía

Héctor Andrés Segura

Reportero gráfico. Fotógrafo profesional de bodas y eventos. Veintidós años de labor en diversos diarios. Fotógrafo de del diario *El Impulso*, de la revista *Gala* y de la revista *Estampas Larenses*. Miembro del Círculo de Reporteros Gráficos de Venezuela.

C a r m e n
T e r e s a
M o r i l l o

PORTUGUESA



I r m a E s p i n o z a d e L a r a

«Mi trabajo es oficio, vocación y pasión»

Nació en Miremire, estado Falcón, el 30 de abril de 1963. Inicia su labor como escultora y alfarera en el caserío Curaguaca de Muelle de Cariaco. En 1983, obtiene el segundo lugar en el «12° Festival de Arte Ingenuo», realizado en el Hotel Tamanaco de Caracas. Ha participado en numerosas exposiciones y obtenido importantes reconocimientos. Ha sido el factor principal de toda una comunidad que se ha dedicado en gran parte a la artesanía del barro.

EL CONUCO Lo más antiguo que recuerdo de mi infancia era cuando mi mamá nos llevaba en la mañana para el conuco y agarrábamos ese burro, porque era agricultora. El conuco no quedaba tan distante de la casa, más o menos a media hora. Yo recuerdo que me gustaba mucho ir en la mañana para el conuco y llegábamos a las trojas. Eso es lo que más recuerdo. Eso me llenaba mucho. De ahí nos íbamos a la casa. Ya a las once estábamos saliendo. Mamá sacaba del conuco maíz y yuca. Entonces le ponía al burro un saco de cada lado. Fuimos criados en ese ambiente. Porque veníamos hasta comidos del conuco: mi mamá tenía un fogón y todo allá. Y cuando llegábamos a la casa, nos bañábamos todos, porque a las doce teníamos que ir a la escuela. La mayor parte de nuestra infancia la pasábamos entre el conuco, la casa y la escuela. Éramos nueve hermanos. Yo vengo siendo de las mayores.

¶ En mi colegio había un maestro llamado Manuel Guía, a quien yo le veía mucha decencia y respeto. Él respetaba a todos los niños, hasta a los más chiquititos. Nunca le vi una mala expresión en su lenguaje, y eso a mí me quedó grabado. He visto a otros profesores, y a pesar de que son profesores, les he visto mala imagen, porque hablan con groserías, y eso no están bien. No he visto más esa expresión que me quedó de aquel profesor. Él nos dio clases de matemática en sexto grado. En Valencia conocí a otros profesores buenos, pero nunca vi a otro profesor igual a él.

¶ He aprendido que, en este mundo, amigo hay uno solo. Amistades de infancia tuve muchas; compañeros de clases. Tenía una muchacha que era muy amiga. Era muy apegada a ella. Pero a la medida del tiempo fue cambiando: ella se distanció y yo me distancié. Y después siempre tuve un mensaje de mi mamá: «Es mejor andar solo que mal acompañado». Después que la amiga se distanció, siempre tenía amistades así. Pero alguien en quien confiar, eso no. ¶ Éramos cuatro hembras, porque ya falleció una de cuarenta y cinco años, y cinco varones. Nos llevábamos bien, aunque siempre había peleas entre hermanos. Pero unidos todos; mi mamá nos mantenía a todos unidos. Nosotros estábamos alrededor de mi mamá. Después que crecieron, unos se fueron casando... Hasta ahora estuve en casa de mi hermano el mayor, y compartí bastante con él. **MADRE Y PADRE** Mi mamá es un ejemplo a seguir; siempre la miento. Siempre la hemos visto ahí. Setenta años viviendo con mi papá. Una vida entera. Ella nos ha ayudado en mucho; en los momentos más difíciles nos ha dado fortaleza. Ella tuvo un poco de muchachos, y yo también tuve ocho. Y ella siempre ha estado ayudándome, siempre me apoyaba. Me decía: «Mija, los muchachos se cuidan así...» Del hogar al conuco, esa fue su vida. Mi mamá siempre nos inculcó el amor a Dios, a doblar la rodilla. Estamos aquí porque Dios nos ha creado, decía. Eran unos mensajes tan sencillos, pero primordiales para el ser humano. Ahora está recogidita, porque tiene diabetes, y no puede estar metida en el conuco porque está en cama. Bueno, en cama no, porque está levantadi-





ta, pero ya no puede trabajar como antes. Ella dejó varias matas de cambur, de yuca, de quinchoncho, de plátano. Dejó un terrenal sembrado. Ahora que estuve allá, en Morón, cuidándola, gocé al sancocharle sus comidas, con lo del conuco. Ella me decía: «Mija, todavía están comiendo de lo que sembramos». Ella es un ejemplo bonito. ¶

Mi papá siempre estuvo al ladito de mi mamá. Su paternidad siempre estaba allí. Llegaba con el mercado después de que cobraba. Luego salía, siempre viendo a mi mamá. En los momentos de enfermedad, siempre estaba con nosotros. Él también iba al conuco, pero más mi mamá, porque él tenía su trabajo de vigilante en Inavi. **ESTUDIOS Y MUDANZAS** Estudié en un colegio que llamaban La Inca. La primaria para mí fue maravillosa: mientras más aprendía más preguntaba, y más quería aprender. Me gustó mucho la matemática: la multiplicación, la división... Tan así fue que hice un curso de contabilidad. Pero llegó el momento de ejercer y no ejercí: me quedé pariendo, criando muchachos. En la adolescencia, sí había inconvenientes, como siempre uno tiene, pero se resolvían. Salí bien en mis estudios. Salía de un curso que estaba haciendo y me metía en otro. Si llegaba a casa de mi hermana, ella me apoyaba. No recuerdo nada malo. Todo bonito. ¶ Después de eso llegué aquí, a Curaguaca, y vi todo de otra manera. Venir de una ciudad donde todo está cerca a un pueblo más pequeño, a mí me cambio todo el sistema. Toda la manera de pensar me cambió cuando llegué, pero gracias al Señor he mantenido mi fe y confianza en Dios. Mi esposo trabajaba de vigilante en la Volkswagen, y yo trabaja en refrigeración, en Aires Brasilia, como soldadora. Nos conocimos y nos casamos después. Yo me vine para acá, porque la familia de mi esposo es de acá, y él decidió venirse. Y como el deber de la esposa es seguir al marido, yo me vine. Él comenzó a trabajar en la bloquera del pueblo, y después continuamos en lo de la artesanía.

¶ Yo rezaba mis oraciones en las mañanas y en las noches. Después de un tiempo, Dios contestó mis oraciones. Porque después de tener unos niños yo decía que quería trabajar, también en el hogar, pero quería trabajar. Que me entrara un salario, que yo no tuviera que dejarle mis niños a nadie. Yo lo que hacía era orar, pedirle a mi Dios un trabajo en mi casa misma. Si yo veo madres que no cuidan bien a los de ellas, ¿cómo van a cuidar los hijos de otro? Mi mamá siempre nos decía: «Los niños tienen que tenerlos cerca». Mi mamá siempre nos crio alrededor de ella; le jalábamos el fondo, la falda. Y eso me lo traje conmigo. Por eso me daba miedo dejar a mis hijos a otros, o descuidarnos de momento. Porque hay mucha maldad. Yo vi siempre por mis hijos; me pegué mucho a ellos. Viviendo necesidades y todo, clamé a Dios, y de momento me di cuenta de que estaba haciendo cosas. **LA CERÁMICA** Cuando yo inicié el trabajo de la cerámica, a quien veía más al lado mío era a mi esposo. Él me daba ideas; pocas le daba yo a él. Viendo que yo dominaba mucho el rostro, él me decía: «Sácale un poquito más de pómulos» o «Sácale un poquito más de

quijada». Y así me fui iniciando, y él me iba motivando. Siempre con mi esposo.

¶ Yo nunca había hecho trabajos manuales. A través de un programa de televisión del canal 8, con Sofía Imber, estaban hablando de manualidades. Y aquí en el pueblo comenzamos a comentar. Con unos vecinos que tenían televisor, estábamos viendo ese programa. Comenzamos a preguntarnos que si ese señor hacía bloques de arcilla, por qué nosotros no podíamos. Bueno, yo agarré la chispa y me dije que la tierra de aquí era buena. Entonces comenzamos a hacer pruebas, mi esposo y yo, y otros en el pueblo también comenzaron a hacer pruebas. Todo con la arcilla de aquí. Y yo me ponía así, quietecita. Comenzaba a moldear sapos, caballos. Me metí con animales, y después con muñecas. Hice unos mueblecitos de sala, mesas, sillas. Eran



pequeñitos; toda una curiosidad. Llegó un señor de Cumaná, llamado Narciso Pérez, y se enamoró. Me los compró todos, porque yo los hacía en cantidad. Se llevó todos los bichitos. Eso era platica pequeña, pero ayudaba cuando uno iba a una bodega... **LOS NACIMIENTOS** Yo leía la Biblia y veía aquel mensaje del nacimiento del Señor Jesucristo. Unos decían que había nacido en un pesebre y otros en una cuna de oro. Entonces comencé a hacer el pesebre. Hice el niño, hice la cunita, hice la mula y el buey, hice los tres camellos, hice a María y a San José. Como pude, saqué ese rostro de hombre con barba, y a los tres reyes los puse al ladito de los camellos. Yo ponía las piezas al sol y me las quedaba viendo. Después que yo hice eso, con ese ahínco, con ese deseo, yo sentía que no era yo cuando lo estaba haciendo. Yo me recuerdo y no era yo. Después todo el mundo tenía que ver con ese nacimiento. Y hasta mi esposo me dijo: «Ponlo en una parte que no se te vaya a romper». Yo iba, le pasaba el dedito, y sentía que era macizo. En aquel tiempo no trabajábamos con rollete, como fuimos trabajando después. Las piezas del nacimiento se secaron, y después todo el mundo en el pueblo iba y venía: «Ay, la señora Irma hizo un nacimiento.» ¶ Tiempo después, la comadre viene un día y me dice: «Comadre, aquí le traje a una gente de Caracas, para que le hable de su nacimiento». Bueno, pase, le dije, porque yo lo tomaba así de simple. Cuando ese señor, llamado Jaime Valbuena, vio el nacimiento, me dijo: «Yo quiero que me haga todo lo que pueda sacar de ese nacimiento». Yo me quedé viéndole la cara a mi esposo. Yo dominé ese nacimiento, me decía, pero cómo voy a hacer para dominar todos los demás. Eso era algo que me quedó aquí, en la mano. Pero yo decía que si lo hice, podía volver a hacerlo, en el nombre del Señor. Ese era mi principio, mi iniciativa. Valbuena me dijo: «Todo lo que pueda sacar, me lo saca. Cuando me los tenga listos, me llama. Y si es por dinero, yo le voy a dejar un cheque». Cuando ese hombre habló de cheque, mi esposo me veía y yo lo veía. «Bueno, le voy a dejar más bien dos cheques.» Cuando dijo dos cheques, le volví a ver la cara a mi esposo. Estábamos comprometidos con ese señor. Yo no pensaba tanto en el dinero, sino en el compromiso. «Este nacimiento me lo dejan. Y si me lo pueden quemar para cuando yo vuelva, me lo guardan.»

¶ Mi esposo se encargó del nacimiento. Él dijo que lo dejara allí, que él hacía lo demás. Él comenzó a lijarlo. Lo emparejó, lo quemó, lo guardó. Ya estábamos montados en el burro. Y allí comencé yo a trabajar. Trabajaba y trabajaba. Cuando yo terminaba el almuerzo, me volvía a pegar. Para ese tiempo, año 1981, lo que nos había encargado equivalía a un dineral. Y comencé a trabajar, y a sacar piecitas, cositas. Cuando el señor vino a retirar su mercancía, ya teníamos un poco de cajas llenas. Ese encargo me ayudó a dominar más la técnica. Era como si hubiera recuperado algo que había pedido. Porque yo le había pedido a Dios que me permitiera trabajar en algo sin salir de mi casa. Al principio trabajaba en el galpón, en la parte de

atrás del señor Gilberto. Después hicimos un hornito. Yo contemplaba todo lo que iba saliendo y me decía: «Dios me contestó». **TODOS UNIDOS** Comenzamos juntos todos los del pueblo, luchando juntos. Ellos hicieron un horno más grande, nosotros uno más pequeño. Todos unidos allí, trabajando, una formación de hermanos. Mi esposo iba a su trabajo. Venía y me ayudaba. Así estábamos. La que más trabajaba la arcilla era yo. Él se defendía con su trabajo de prefecto, en Muelle de Cariaco, y yo adelantaba con la artesanía. ¶ Después de comenzar con los nacimientos, venían más encargos. A la gente le gustaba lo que yo hacía. Entonces me dije: «Te quedas aquí, porque vienen más encargos». Yo tenía que dominar más la técnica. Así que me he ido puliendo a medida que he ido vendiendo y trabajando más. Todo mi trabajo, lo hago de mi propia inspiración. Decir que hay una influencia de alguien, no lo creo. ¶ Hace poco estuve compartiendo con otros artesanos en San Joaquín. Unos expusieron sus ideas y sus trabajos, y yo también expuse los míos. Todo lo que ellos hacían, yo lo dominaba. Por ejemplo, el diseño de los cabellos que yo saco, el pelo liso, el moño. Ellos me preguntaban cómo yo hacía para sacarlo. En esa reunión de artesanos sí aprendí de ellos a trabajar mejor con los hornos, que son diferentes a los nuestros. ¶ Mi trabajo es un oficio y una vocación y una pasión. Las tres cosas están incluidas en mi manera de ser. Cuando uno ama su trabajo, es como cuando uno ama las cosas, aparte de que lo relaciono con mis oficios diarios. Amo mi trabajo como amo mi cocina, mi casa, mi familia. Como estoy pendiente de mi trabajo, estoy pendiente de mi casa. ¶ He tenido varios alumnos en Cerezal. Y por ahí dejé varias alumnas. Ahora dos monjitas en Casanay quieren que dicte un curso para diez personas, pero puede que sean más. Aquí en el pueblo he compartido con varios alumnos. Hasta hace poco no había dictado cursos en la comunidad, porque la gente de aquí mismo hace sus cosas. Pero ahora voy a dictar unos cursos en el liceo. Todo el aprendizaje que tengo, voy y lo enseño a otros, como siempre lo he hecho. He hecho mis cosas, pero no es que yo crea que debo estar en un museo. No me creo tan allá. Me siento muy contenta de lo que he hecho, porque sé que hay un Dios que nos protege. **VER HACIA EL FINAL** Yo me he visto en problemas de salud, y había abandonado el trabajo. El sueldo que entraba es el de mi esposo. Porque mis hijos están estudiando, los que viven aquí conmigo. Por la situación económica, yo me dije: «Tengo que volver a trabajar otra vez». Este es un trabajo que necesita fuerza de hombre, por la leña, por los sacos de tierra, pero ya no tengo la fuerza de antes. Ahora volví, porque mis hijos pequeños me están ayudando. Ellos se dan cuenta de que mi arte se vende. Hago lo que pueda y hasta donde pueda. ¶ Cuando yo veo lo que hago, en el momento en que lo hago, me animo a mí misma y me digo: «Sí, vale la pena hacerlo». Me animo también cuando veo que a la gente le gusta mi trabajo. Vale la pena porque a mi familia, a mis hijos, los he ayuda-

do mucho. Vale la pena siempre hacer lo que uno hace, y continuar. ¶ Venezuela es un país rico y hermoso. Nosotros como venezolanos somos los que tenemos que hacer que siempre se mantenga en alto. Venezuela está en manos del país entero, de nosotros mismos. Y somos nosotros los que podemos construirlo o destruirlo.

¶ Me siento satisfecha de lo que he hecho, pero sobre todo de ser madre, y ahora de ser abuela. Me criaron temerosa de Dios. Uno tiene que guardar su alma, que guardar su espíritu. Uno tiene que hacer lo bueno. Nosotros como seres humanos debemos ver hacia el final, para mantenernos activos. ¿Qué hay al final? Como dijo un sabio, la muerte va adelante y el pecado atrás. Por eso hay que mantener viva la fe, y que Dios nos ayude. Mi imagen definitiva siempre será la del cielo.



Entrevista

Rubi Guerra

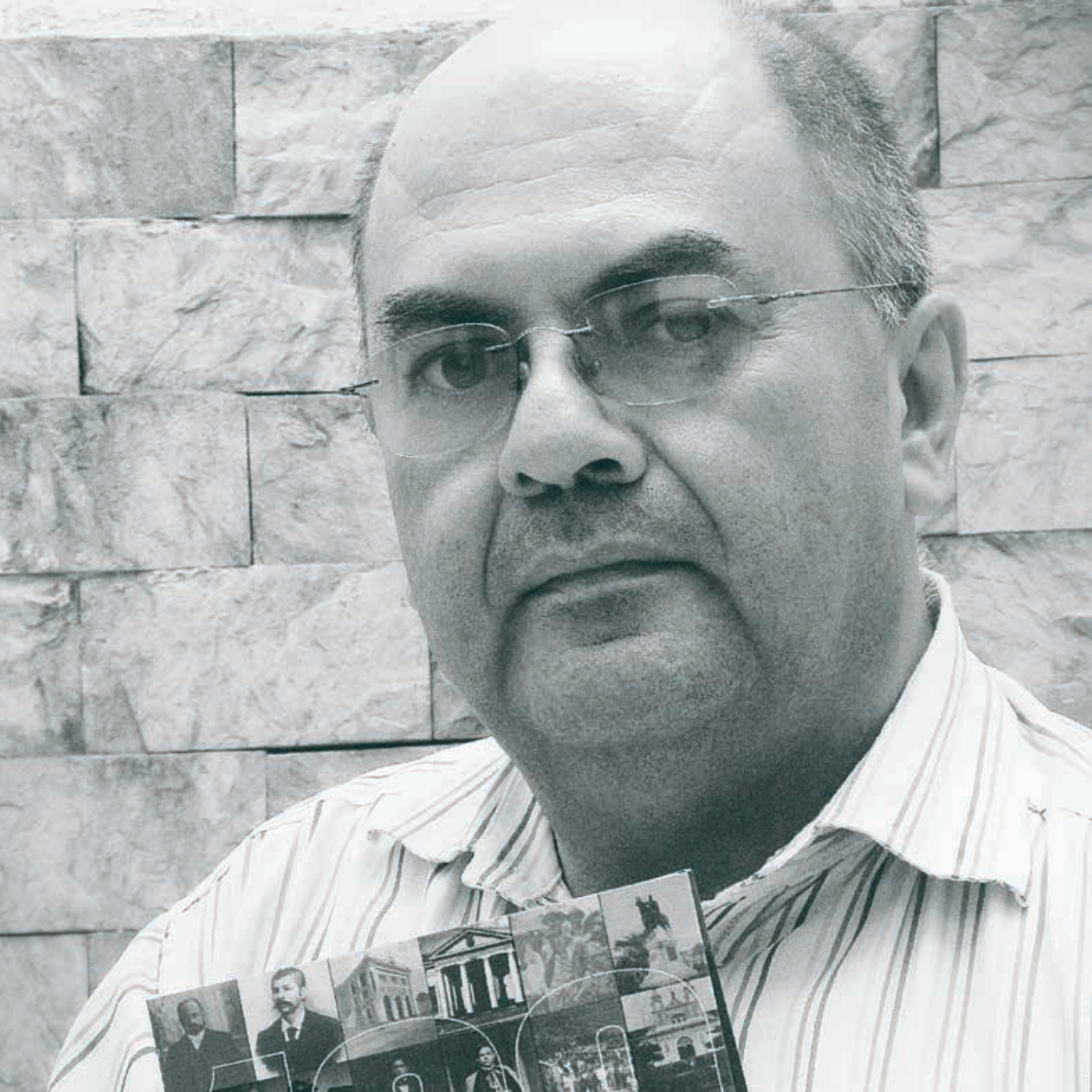
San Tomé, 1958. Escritor, promotor cultural, editor. Ha publicado seis libros de cuentos y dos novelas. Se ha dedicado por treinta años a la difusión de la literatura y el cine. Gerente editorial de *El Diario de Sucre*. Premio Rufino Blanco Fombona de Novela Corta (2006). Premio Salvador Garmendia de Narrativa (2009).



Fotografía

Miguel Arenas

Cumaná, 1949. Fotógrafo autodidacto. Estudios de Sociología. Premio de Fotografía Ciudad de Cumaná (1977). Finalista del 1er Concurso «Arte sin Mordaza» de Caracas.



■ TÁCHIRA

L u i s H e r n á n d e z C o n t r e r a s

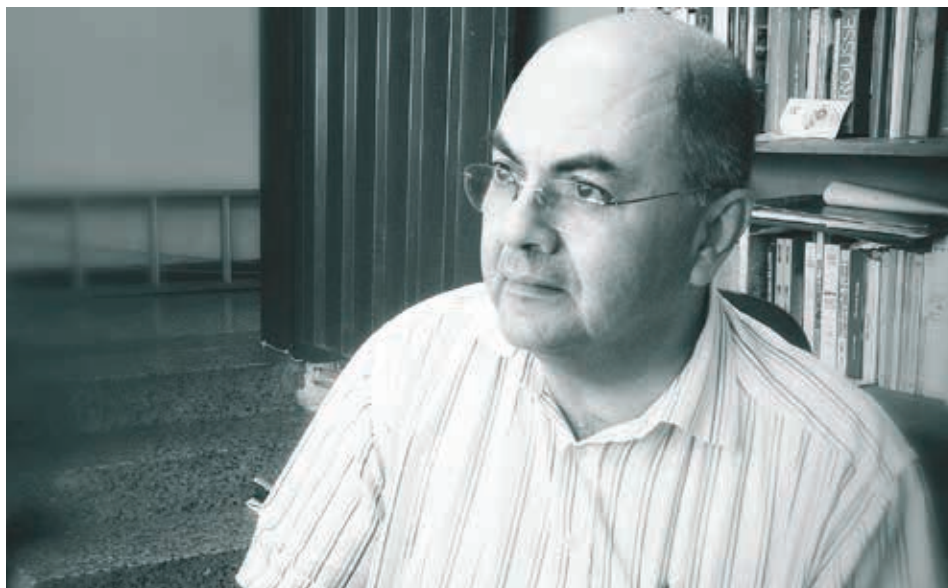
«He servido a los demás sin reservas»

Músico, productor radial, promotor cultural, historiador y abogado nacido en San Cristóbal. Especialista en Gerencia y Gestión Cultural. Magíster en Ciencias Políticas. Ha publicado veinte libros sobre historia regional, entre ellos *Cien años de historia tachirenses, 1899-2000*. Guía intelectual de la vida tachirense, vive planificando su futuro a partir de su historia personal.

PUERTA SIEMPRE ABIERTA Como imagen más remota de infancia, tengo grabada en mi memoria la inauguración de la Quinta Avenida de San Cristóbal, en 1967. Era la primera vía moderna que atravesaba el centro de la ciudad. Papá me llevó con mi hermana, y recuerdo un hombre montado en unos zancos, el bullicio de la gente y la gran fiesta que se armó. También pasan por mi mente algunas retretas de la Banda del Estado en la plaza Bolívar. En una esquina un hombre vendía cotufas, a las que llamábamos «maíces», y más arriba, en la calle 7, en la acera del Banco de Maracaibo, se sentaban las «cascareras» a vender cortes de telas que guardaban debajo de sus enaguas. Allí se ubicaban los «fotógrafos de cajita». Metían su mano en una manga conectada con su cajoncito y, luego de disparar el activador, lavaban el negativo en un balde de agua. ¶ Nací en la casa en la que actualmente vivo, que mis padres levantaron con mucho esfuerzo desde 1960. Tuve una relación particular con mis hermanos mayores. Con mi hermana me crié en afectos y juegos. Estudiamos juntos. Esta fue una casa de trabajo. Mis padres tenían una fábrica de queso. No era casa de lujos, y menos de cenas especiales o atenciones a visitantes. Llegaban todos. Desde los camioneros que traían la leche que se cuajaba en una enramada posterior, hasta quienes compraban los productos elaborados: queso, requesón, mantequilla. La puerta siempre estaba abierta. Eran otras épocas. Mamá dejaba su almuerzo y se levantaba para atender a quien llegara. Eso perjudicó su salud: enfermó del estómago y murió en 1976, cuando yo tenía trece años. Llegaban seres extraños, vendedores de telas y cobertores, hasta de escobas. Una espiritista vivió con nosotros, y también muchos primos que venían desde Queniquea, para trabajar en la fábrica. Mamá fue el centro de atención de sus hermanos y sobrinos; tenía un fuerte ascendiente sobre todos. Era la gran protectora. ¶ Mis padres... ambos me marcaron. Eran seres mayores, que casi podían ser mis abuelos. Mamá fumaba impenitentemente. Manchó su cama con las colillas que dejaba al borde de la madera, y encendía su radio de onda corta para escuchar Radio Moscú o Radio Habana o La Voz de los Estados Unidos. Esa imagen me quedó grabada, al punto de dormir con un radio a mi lado, hábito que mi mujer ha soportado por casi veinte años. Papá fue igual, un hombre de trabajo. Parrandero en su juventud, se buscó una mujer mayor que él, que lo disciplinó. Ambos me marcaron por su disciplina y capacidad de trabajar honestamente. Fueron verticales. Creo que seguí esa línea. Fuera de casa, me marcó un viejo maestro de obra, don Antonio Ramón Rey, amigo de ellos. Era comunista y repartía la *Tribuna Popular*. Se formó con alemanes de la planta eléctrica de los años treinta, y recordaba la ciudad de su niñez. Eso me flechó: su amor a San Cristóbal. Además, contaba la historia universal, en especial los hechos de la Segunda Guerra Mundial, como si fuera una película. Lo hacía por capítulos. Un día hablaba de Hitler y después venía la dosis de Stalin. También fue



un viejo vertical. ¶ Nos criamos en un marco de obediencia absoluta, no discutida. Mis padres fueron seres que no aceptaban una contradicción, y menos que interviniéramos en sus conversaciones. Fueron educados a la ruda manera de antes, y nos la transmitieron. No eran expresivos en afectos, y menos en darnos abrazos ni besos. Nunca contaban episodios de su niñez. Crecimos así. Obediencia, trabajo y honestidad. Además, ningún tipo de incursión en la política. Cayetano Gil, que crio a papá como su hijo, lo alejó de la política, pues sufrió mucho en Humocaro Alto, de donde era oriundo. Papá nos inculcó eso todo el tiempo: nada de militancias, de reuniones, de carnés de partido. Nunca tuve con papá un reproche, una retrechería, un alzar de palabras. Eso ni siquiera estaba considerado. Estuve a su lado hasta su último aliento, sin choques ni rivalidades absurdas. **SERVIR A LOS DEMÁS** Mamá no sabía leer ni escribir, pero sacaba cuentas como nadie. Mantuvo un orden económico siempre próspero. Gustaba de buenas cosas: usar perfumes de París, ponerse zapatos de corte clásico, asistir a la peluquería. Venía de un mundo rural. Nació cerca de Mesa de Aura y se levantó por los lados de El Cobre. Luego de la tromba marina, sus hermanos se mudaron a Queniquea. Eran diez en total, y dos de ellos, dos varones, nunca se casaron ni tuvieron hijos. Era sumamente respetada por todos, hermanos y sobrinos. Fue una mujer dura, que tradujo sus afectos en cosas materiales: casa, estudio, vestido, alimentación. De campesina, laboró en las cocinas del Ferrocarril del Táchira. Luego pasó al Mercado Cubierto de San Cristóbal, donde vendió yuca y plátano, hasta que se encontró con papá, mucho más joven que



ella, y montaron una venta de loza: platos y tazas de peltre, importados de Checoslovaquia y Alemania. Más adelante, a comienzos de los años sesenta, vino lo del queso. Cuajaban hasta seis mil litros de leche de manera casi empírica. Hicieron de eso una industria. ¶

Ella dejaba sus momentos de tranquilidad por servir a los demás. Nunca recuerdo verla en misa, aunque creía a su manera, ni la vi rezando. No asistió a nuestra Primera Comuni3n, pero me compr3 un traje hermoso en Cúcuta. Nos hizo una gran fiesta, a la que invit3 a amigos y vecinos. No era mujer de estar haciendo zalamerías, ni cosquillas. Fumaba mucho, hasta dos cajetillas diarias. Tampoco comía a las horas debidas. Su organismo enflaqueci3 abruptamente, hasta envejecerse de pronto. De la mujer robusta que fue, qued3 una sombra. Se apag3 el 11 de mayo de 1976. El Día de la Madre lo pas3 en el Hospital Central, y su peritoneo estall3.

¶ Me dio lo que quise: juguetes, libros, cursos de inglés. Todo lo necesario para formarme. Quizás con esos gestos llenaba lo que ella no pudo lograr en ese ambiente silvestre y rudo del páramo tachirense. Le gustaban los buenos adornos y los buenos muebles. Adquirió los mejores que encontr3 para su sala, entre ellos un comedor de pantry, que seguimos usando después de cuarenta años. Su muerte fue una gran pérdida para todos. Un vacío inconmensurable. Papá queda viudo a los cincuenta y un años, pero no se volvió a casar ni llevó mujer a nuestra casa. Sintió que debía respetarnos. **VERTICAL EN RAZONES** Papá y mamá fueron compañeros por muchos años. Eran una pareja de trabajo. Algunos afectos pude ver, como bailar juntos o irse de compras, pero eran el uno para el otro en razón del trabajo. Papá le recriminaba el hecho de fumar, pero ella no le hizo caso. Al quedar viudo, se convirtió en padre y madre. Estuvo pendiente de nuestros estudios, y cuando no había quién trabajara en la cocina, se metía a hacerlo. Recuerdo que preparaba muy bien la carne de soya, que debíamos comer religiosamente. Durante un tiempo fuimos a varios restaurantes, hasta que llegó alguien que se ocup3 de la cocina. ¶ Papá fue talabartero. Una pareja de viejos sin hijos, sus padrinos, Cayetano Gil e Isabel Gutiérrez, lo criaron. Cayetano era de Humocaro Alto e Isabel de San Antonio. Papá se separ3 pronto de su madre, Betzabé Hernández, a quien yo conocí cuando era una anciana de ochenta años. Manifestaba afectos por ella, pero distantes. Pero sus padres reales fueron Cayetano e Isabel, a quien llamaba «mi nona». Lo inscribieron en el Liceo Sim3n Bolívar, dirigido por Carlos Rangel Lamus. Tremendo como fue, llev3 férula y castigo en los calabozos de la Escuela Correccional. Hizo el sexto grado y luego se fue con los viejos a trabajar en el Mercado Cubierto, ayudándolos en su toldo. Ellos le dejaron la vieja casa que ocuparon papá y mamá. ¶ Papá se adentr3 en el oficio de la talabartería al lado de quien consider3 su maestro y amigo, Eusebio Becerra, dueño de un negocio desde 1915. Allí conoci3 a quien fuera su hermano, Ramón Leónidas Vivas. Cuando mamá muri3, no lo vi llorar, pero cuando

L u i s
H e r n á n d e z
C o n t r e r a s

TÁCHIRA

pág. 284 | 285

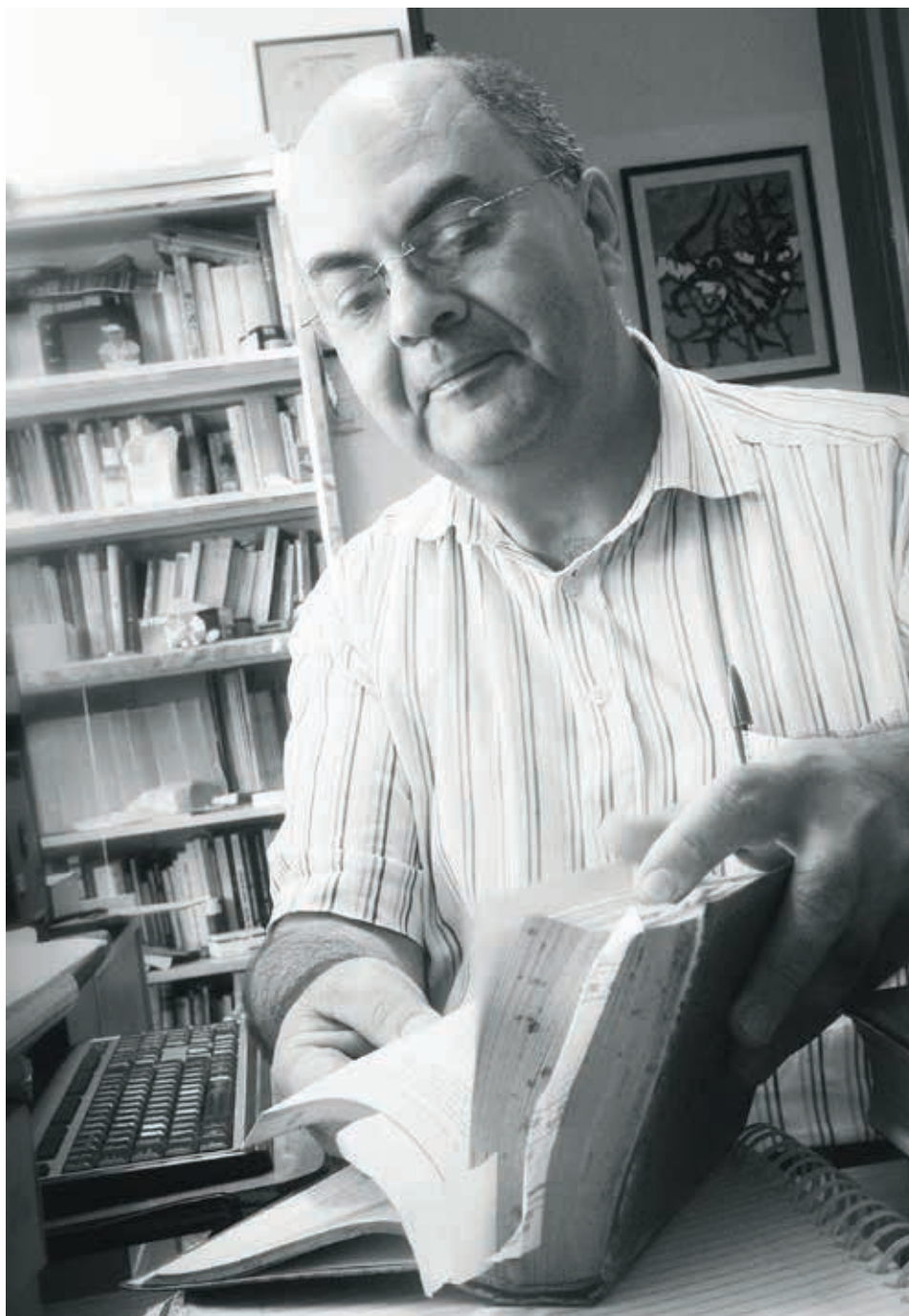
falleció Ramón, se puso su corbata negra y las lágrimas corrieron por su cara. Contaba que, de joven, llegó a tener cuatrocientas corbatas, pero cuando su papá Cayetano murió, en 1948, solo usó las de color negro, guardando luto para siempre. Papá era vertical en sus razones, honestísimo hasta más no poder. Una herencia que recibimos. Hábil para los negocios, recuerdo haberlo acompañado al Mercado, a la venta del queso, que hacía con mi hermano Carlos Ramón. Sabía cobrar bien sus facturas, y olvidaba las deudas que no le podían honrar, sin rencores. Llevaba su queso a Mérida, en una cava, solo y sin ayudantes. Yo fui muy jovencito, y veía cómo llevaba sus dos quesos. Hacía las facturas y cobraba en efectivo. Pero tuvo dos accidentes de tránsito, y entonces le dijimos que dejara de viajar. Luego montó una fábrica de velas y velones, pero no le fue bien. ¶ Tuvo una agonía que le duró veinte años. Se enfermó de los pulmones, seguramente por sus largos años de fumador de Chesterfield y Lucky. Cuando hice mi curso de inglés, y no había fotocopias, papá transcribió el libro copiándolo a máquina, íntegro. Me hacía las tareas de dibujo y, en adelante, cuando estaba en condición de cuasi-jubilado, manejaba los tiempos a su antojo, hasta el punto de llevarme y buscarme en la Universidad. Cuando me dediqué a la dirección de orquesta, tuve la oportunidad de obtener becas a Nueva York y Alemania, pero las rechacé por su enfermedad, pues prácticamente estábamos los dos solos. En su larga enfermedad, estuve con él en los momentos difíciles. Luego vi caer ese roble que todo lo sabía y podía. Cuando fui director de Cultura, lo llevé a mis expensas a Bogotá y Tunja; también en la comitiva que me acompañaba a cuanto pueblo tachirense debía visitar. Sé que sintió mucho orgullo de mí. Solo me expresó sus afectos amorosos un año antes de morir. Lo operaron un 31 de diciembre y, en el momento del abrazo, los dos solos en la habitación de la clínica, me dijo: «Hijo, lo quiero mucho». Nada más. Exactamente un año después lo sacamos de la casa para el hospital del Seguro Social. Allí falleció el 9 de enero de 2005. **AÑOS DE APRENDIZAJE** Yo estudié kínder y primer grado en el Colegio Domingo Irwin. Aún recuerdo esa casa de la calle 3 de mi ciudad. Cursé del segundo al sexto en el Grupo Escolar Carlos Rangel Lamus. Fui el mejor alumno de todos esos grados, y eso me fastidiaba, pues me ponía en compromisos con todos. Recuerdo que me colocaron una medalla como mejor alumno y debía exhibirla. Tengo gratos recuerdos de mis maestras, en especial de doña Cruz de Ramírez, Isabel de Durán, Luisita Sánchez y Rubén Rondón, un llanero bravo y arrojado que falleció. Fui malo para los deportes, pero bueno en todo lo demás. En los actos escolares recitaba las poesías, de memoria. Hoy no tengo capacidad ni para decir una oración. ¶ Hice los tres primeros años en el Ciclo Básico Táchira, en el viejo local que ocupó el Colegio La Salle. Todo cambió por la variedad de profesores. Cada uno distinto; cada uno indiferente, frío. Pero volcaban la atención cuando

sacaba buenas notas. Fui siempre alumno de 19 y 20. Eso me ponía en aprietos, pues algunos compañeritos se burlaban cuando fallaba en algo. Recuerdo que en tercer año hicimos unas competencias de «cráneos» entre institutos, que pudimos ganar. Eso traía admiradoras. A diferencia de mis amigos, no tuve novia durante todo el bachillerato. Recuerdo una muchacha que siempre me gustó, pero nunca le dije nada, por timidez. Hoy es una señora a quien saludo con sus hijos y yo con los míos, pero nunca le expresé esos primeros sentimientos. Lo mío fue estudiar, nada más. Recuerdo gratos profesores como Lina de Contreras, Ismenia de Ramírez, José Pagola y Yariesa Lugo, que me contagió el amor por la historia. Igualmente, Belkis Candiales, que hoy dirige el Museo de Artes Visuales, y Román Hernández, que fue vicerrector de la ULA. ¶ Pasé al Liceo Simón Bolívar, en el que hice cuarto y quinto año. Allí siguieron esas presiones por ser buen estudiante. Entonces en quinto año decidí quitarme ese peso. Me dejé raspar Física y fui a reparación dos veces. Además, el padrino de promoción no era de mi agrado: no quise que ese señor me entregara el título de bachiller. Comencé a explorar otras vías. En bachillerato descubrí mi pasión por la música. Estudiaba piano y trombón de vara. Participé desde 1977 en la Banda Filarmónica Experimental, bajo la batuta del maestro Amable Alfonso Sánchez, quien ha sido como un segundo padre. En el liceo tenía fama porque a los 15 años me gané un concurso de historia que patrocinó el diario *La Nación*. Eran tres mil bolívares; mucha plata para entonces. Mi profesor de Historia, Carlos Batista, cuando se ausentaba por algún motivo, me decía: «Hernández, dé usted la clase». Y yo la dictaba. Aprendí a manejar grupos de mi edad desde muy temprano. Eso me sirvió cuando a los dieciocho años fui director de la Banda Filarmónica Experimental. **CHOQUES VOCACIONALES** Quise ser médico, pero no tuve el arrojo de irme a Mérida. Además, en 1980, empecé a dirigir la Banda. Fui músico mayor, subdirector y luego director en 1981. Estudiaba trombón de vara en Caracas, con Ángelo Pagliuca, y viajaba quincenalmente, en autobús. Era músico de la Banda del estado, y cumplía con esos compromisos. Papá enfermó por esa época, y a raíz de esto decidí dejar mi aspiración de ser médico. Me incliné por la música, pero papá decía que debía ser no solo músico, sino buscar un título universitario. Entonces estudié Derecho en la Universidad Católica, lo que jamás me gustó. Con altibajos estudié, pero sin vocación. Me gradué en 1990. ¶ Estudié a fondo la dirección de orquesta en Maracaibo, con mi maestro Eduardo Rahn. Fui su mejor alumno, hasta el punto de ser el primero de ellos en conducir la Sinfónica de Maracaibo. Dirigí en Mérida y San Cristóbal. Trabajé con destacados solistas, como los pianistas Carlos Duarte, Olga López, Alba Acone y Elizabeth Guerrero, entre otros. Ese sueño de director lo cumplí en la medida de las posibilidades locales. No fui a Estados Unidos o a Europa a estudiar, pero considero que tengo una aceptable

Luis
Hernández
Contreras

TÁCHIRA

formación. Además, es un oficio que empieza a madurar después de los cincuenta años. Por el lado del Derecho no hice nada, pero sí cursé un posgrado en Ciencias Políticas, especializándome en Sistema Político Venezolano. También estudié Gerencia y Gestión Cultural en Bogotá, en el Colegio Mayor del Rosario. Ambas disciplinas las disfruto mucho. **INFLUENCIAS DETERMINANTES** Creí que todos podíamos ser iguales. Pero la vida y los años le muestran a uno que hay diferencias. Papá decía, campechanamente, que «el bonete no se hizo para todos.» De los años de formación, la influencia de papá y mamá fue determinante. Fueron, además, grandes amantes del Táchira. En el campo musical, me marcó la sencillez y la disciplina de mi maestro Amable Alfonso Sánchez, también la técnica de dirección de orquesta de Eduardo Rahn. Tuve gente noble que me apoyó, como la pianista Clara de Ferranti. Conocí ya anciano, cuando tenía ochenta y cinco años, al compositor y director Marco Rivera Useche, quien dirigió la Banda del estado entre 1929 y 1969. Ese compromiso de amistad me marcó. Yo tenía apenas veinticinco años, y hablaba con un hombre sesenta años mayor. Y pese a la diferencia de edad, fui su confidente, amigo y hasta discípulo. Me decía: «Alguien debe renovar el repertorio de la Banda. Esto no se hace desde 1954, cuando fui a Nueva York». Pues bien, con el apoyo del gobernador Ricardo Méndez Moreno, fuimos a Nueva York y pudimos adquirir ochocientas obras para banda. Eso nos permitía ofrecer veinticinco años de conciertos sin repetir uno solo. Lo hice en memoria del maestro Rivera. ¶ También participé en la radio tachirense con varios programas. Uno de ellos, «Del *Jean* a la Etiqueta», se transmitía los domingos a mediodía. Era una variedad entre el Indio Figueredo, Frank Sinatra, Jascha Heifetz y hasta Paganini. Allí vi trabajar a un gran hombre de radio, César Maldonado. Productor nato, voz calificada, dicción perfecta. Me enseñó a producir bien mis programas. Un poco más atrás estuvo Erasmo José Pérez, locutor de La Guaira. En San Cristóbal fue famosísimo en los años cincuenta. Presentaba en «Ecos del Torbes» a Libertad Lamarque o Pedro Vargas. Me aconsejó muchísimo en asuntos de radio, y también en códigos de vida: cómo ser puntual, impecable, honesto y recto con los demás. En el campo de la historia, desde jovencito, admiré los discursos y la obra de Ramón J. Velásquez. Tuve la fortuna de conocerlo en 1995. Nos une una gran amistad. He aprendido de su estilo, sus enseñanzas, su método, además de su entrega por esta tierra. Me ha prologado varios de mis libros. Ha sido un gran maestro. En métodos de investigación, aprendí mucho del maestro Kaldone Nweihed, internacionalista y estudioso de la política y la historia. Ha sido embajador de nuestro país. Le debo lecciones de amistad y afecto. Por último, he sido seguidor del gran biógrafo Emil Ludwig, uno de mis maestros junto a Roger Vaughan, biógrafo de Herbert von Karajan. **HISTORIADOR Y MÚSICO** A los diecisiete años comencé a dirigir. A todos les gustaba. Logré buenos conciertos. Trabajé con solistas serios y dirigí obras



L u i s
H e r n á n d e z
C o n t r e r a s

TÁCHIRA

pág. 288 | 289

complejas, como la *Cantata criolla* de Estévez, en dos ocasiones, el *Concierto para piano* de Khachaturian, con Carlos Duarte, o una pieza difícil como el *Concierto* n° 2 *para cello* de Schostakovitch. Me enfrenté a eso, y aún me recuerdan en Maracaibo y Mérida. ¶ No me considero historiador. Soy apenas un investigador de la historia del siglo xx tachirense que tiene algunas habilidades para poder escribir. Pero historiador, jamás. No me gusta usurpar oficios. He publicado veinte libros, que son muy consultados por investigadores, cronistas y estudiantes. Soy escritor de historia como pueden serlo Ramón J. Velásquez, Tomás Polanco Alcántara o Aurelio Ferrero Tamayo, que nunca se graduaron como historiadores. Emil Ludwig era el más famoso biógrafo de una época. Escribo libros de historia tachirense desde 1999, pero me considero ante todo un investigador. Me llaman «perro de presa», que no suelta hasta comprobarlo todo. **OFICIO TRANSFERIBLE** Todo oficio tiene un cinco por ciento de inspiración y un noventa y cinco de empeño. Las nuevas generaciones de historiadores y músicos ya están aquí. En el caso de los músicos, ya he notado la generación de relevo. Por eso ya no dirijo más. Sería necio intentar enseñar lo que no sé. Supe que mi tiempo había pasado y entregué la batuta. Mi tiempo es ahora de madurez, de reflexión, de estudio individual. Ahora bien, en el campo de la historia, apenas veo al joven profesor José Antonio Pulido como un buen representante de las nuevas generaciones. Conozco alumnos que se interesan en la historia para aprobar una nota, pero no por vocación. ¶ No me atrevería a afirmar que en mi trayectoria he dejado escuela, pero sí creo que he servido a los demás sin reservas. A mí me mantiene activo, en el campo de la música, el deseo de proyectar a nuestros jóvenes ejecutantes, directores o compositores a un rango mundial. Es importante que puedan compartir experiencias, que se codeen con los más grandes, que sientan localmente pero actúen globalmente. ¶ En el campo de la historia, me preocupa el gran desconocimiento que tenemos. En el caso tachirense, no percibimos aún el error de fechas en el escudo, o la ignorancia sobre personajes y hechos del siglo xix. El historiador Samir Sánchez produjo una investigación insuperable sobre el proceso de conquista y fundación de San Cristóbal. El doctor Ferrero tocó este tema y se adentró en la Colonia. Don Rafael María Rosales trabajó la Independencia. Pero quedaron manuscritos inéditos, como los de Juan Nepomuceno Contreras Serrano —por mencionar uno solo—, que deben ser conocidos. Así como hice con *Cien años de historia tachirense*, 1899-2000, en el siglo xx, intentaré presentar la correspondiente al siglo xix. Igualmente preparo un *Diccionario de tachirenses*. ¶ Para todos estos proyectos solo cuento con mi mujer y mis dos hijos. Trabajo todos los días, sin mayor financiamiento. Tengo tres mecenas económicos y dos mecenas espirituales, que me dan su aporte y afecto. Veinte años de investigación recogidos en fichas no se pueden tirar por la borda. Yo sigo con esto

hasta que Dios quiera. ¶ Yo hago balances para poder continuar. Digo en mis libros que lo peor que le puede suceder a una generación es creer que está viviendo un cuento nuevo cuando todo ha pasado. El artista debe reflexionar sobre el planteamiento estético de su obra, para encontrar juicios que le permitan sopesar su técnica. Si ha sido deficiente, debe hallar otra, con la cual abordar otros contenidos. No hay otra manera. ¶ Si me dan a escoger una imagen para Venezuela, pienso en una en la que estemos todos juntos, sin distingos ni mezquindades, sin prejuicios, caminando por una calle cualquiera, tejiendo urdimbre social, haciendo la buena tarea que comienza en la mañana y termina en la noche, o que comienza en la noche y concluye en el alba. No hay otra vía. Las cosas no llegan de arriba, tampoco de la inspiración. Todo es producto del esfuerzo diario. ¶ Desearía llegar a la muerte como nuestro Señor lo disponga. Sería pura vanidad pensar cómo será ese momento. Y entre el cielo y el infierno, no creo que uno sea más definitivo que el otro. El infierno es el castigo a las debilidades humanas: codicia, avaricia, egoísmo. El cielo, en cambio, es el horizonte de la gente buena. Parece ingenuo, pero todo está allí, en esa antinomia. A veces olvidamos que el cielo y el infierno también pueden estar aquí, en la Tierra.



Entrevista

Ernesto Román-Orozco

Cabimas, 1962. Poeta y promotor cultural. Coordinador de Literatura del Ateneo del Táchira. Director y fundador de El Árbol Editores. Premio de Poesía Revista Solar (2007).



Fotografía

Rodrigo Arboleda

San Cristóbal, 1982. Fotógrafo, diseñador gráfico y publicista. Premio del Concurso Anual de Fotografía Ecológica (2012).

L u i s
H e r n á n d e z
C o n t r e r a s

TÁCHIRA



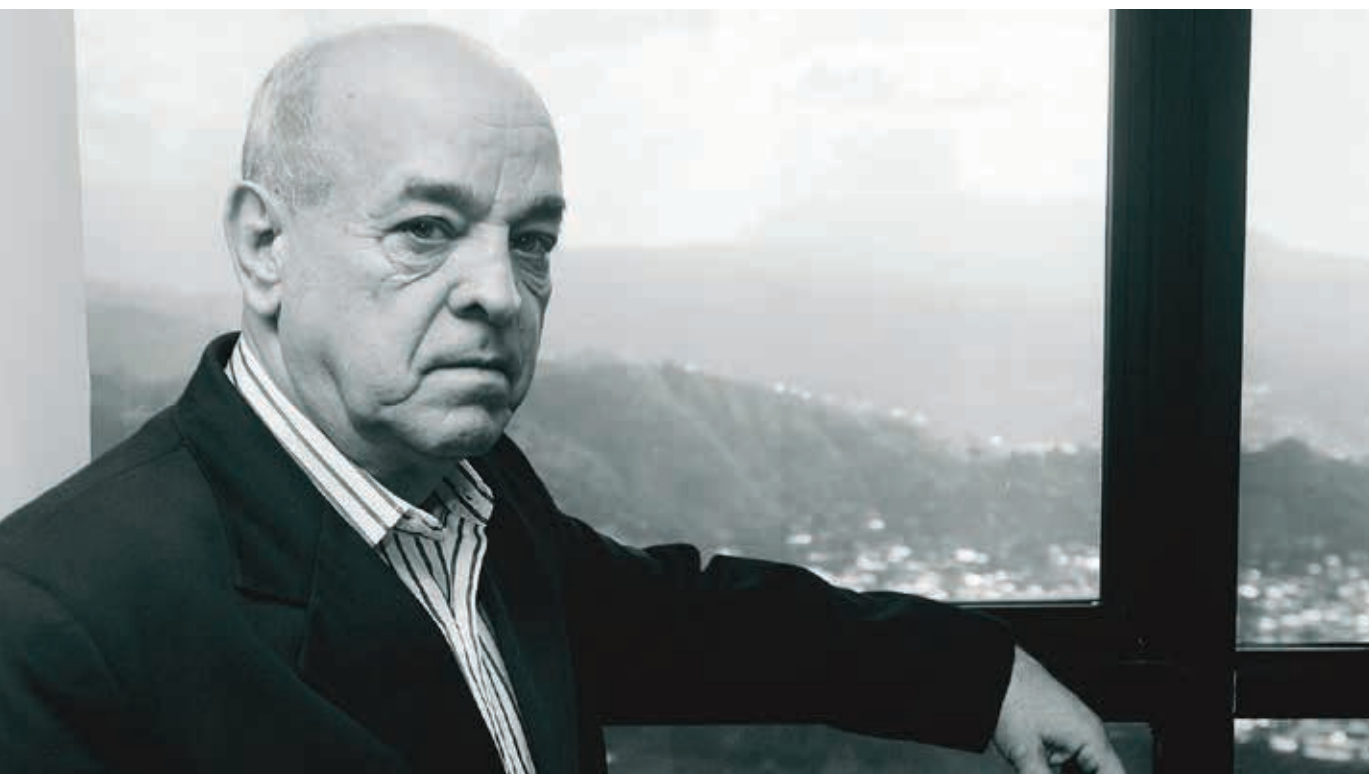
■ TRUJILLO

F r a n c i s c o G o n z á l e z C r u z

«Es necesario forjar una ciudadanía emprendedora»

Nace el 23 de mayo de 1946 en La Quebrada, estado Trujillo. Geógrafo egresado de la ULA, con maestría en Planeamiento Urbano cursada en Lima. Rector de la Universidad Valle del Momboy desde 1997. Ha sido director general de la Universidad Rafael Urdaneta, presidente del Proyecto para el Mejoramiento de la Educación del estado Trujillo, presidente de la Comisión para la Reforma del estado Trujillo, viceministro para la Descentralización, miembro del Directorio de la CAF, director de Planificación de la Universidad Sur del Lago.

Hemos llegado a uno de sus lugares, el de la nostalgia. En una curva muy pronunciada, desde la cual se divisan cerros muy verdes, indistinguibles para ojos extraños, se detiene. Mira al frente, extiende el brazo y señala cada uno con su nombre propio, de resonancia *cuica*: «Aquél es *Esdovás*, el que asoma por detrás es *Estapape*, y el de más allá es *Miquinoco*... Este donde estamos es *Tubú*, y allá –indica bajando la mirada– está el pueblo». ¶ Y lo que alcanzamos a ver en el fondo es un conjunto abigarrado de travesías y casitas, que más tarde veremos retratado en varios óleos colgados en las paredes de su casa. Allá repetirá el gesto, poniendo el dedo sobre uno de los cuadros: «¿Ve? Aquí estamos». Mapa y territorio al mismo tiempo. Junto a él es imposible separarlos. Los va uniendo tal como encajan armónicamente a lo lejos los sembradíos en una sola colcha multicolor. Porque en las montañas el verde no es uno solo; hay que aprender a distinguir cada uno de sus matices. Esta es la riqueza del lugar: sus particularidades. ¶ El camino que serpentea la montaña es muy angosto y de tierra, con apenas unos tramos mal encementados, pero lo conoce tan bien que puede conducir casi sin mirarlo. «Esta camioneta llega al pueblo en automático», nos había asegurado el día anterior. Vamos detrás de un camión cargado de



gallinas, al que se le escapa una. La esquivo y ríe divertido. Va llegando a su lar nativo, que nunca ha dejado de ser su hogar, su casa. «Es que de allí —y allí— soy yo.»

¶ Es una soleada mañana de domingo. La voz del cura retumba por los altoparlantes de la iglesia y los parroquianos pasean remolones y sin precaución por esos recovecos mínimos que resulta imposible llamar calles. Una larga fila de deslucidas construcciones, no ajustadas a ordenanza alguna, muestran una aldea visualmente poco amable. Pero la gente se encarga de saldar la deuda de esa primera impresión. Los paisanos que salen al paso lo saludan, con gestos familiares y cariñosos. La fórmula más repetida es: «Epa, Morocho, hoy saliste en *El Avance*». Se refieren al semanario de la Iglesia católica. Morocho se ríe a carcajadas, se juega con todos; para cada uno tiene un guiño, un detalle. ¶ Antes de llegar a la finca, cuyo nombre es «El Tendal», «porque la tierra es arcillosa y aquí se tendían las tejas para las casas del pueblo», se detiene a comprar empanadas en una bodega que no acusa nombre, pero que todos conocen como la de Amable, donde su esposa, la señora Elena, sigue al pie de la letra la receta de las Balza: cocinar el guiso con mucha cebolla por más de dos horas y *darle mucho* a esa masa. Ya hechos con el avío, recorre de arriba abajo las mínimas callejuelas que anidan y van exhalando a su paso una historia entrañable.

¶ Al costado de la aún imponente iglesia de San Roque, frente a la casa cural, ubica su casa materna —la de Luisana Cruz Jugo, conocida entre familiares y amigos como Mamá Chana— y, metros más allá, la de don Chico Matheus y Eloísa Durán, «un matrimonio extraordinario, cuyos seis hijos eran músicos». No entra a la iglesia donde está a punto de oficiarse la misa, pero sí describe la de aquellos años: «con los cuadros de Pío x, Pío XII, Eleazar López Contreras y Rafael Caldera. Recuerdo muy bien al cura, el padre Paulino... Nosotros aprendimos a rezar muy pequeños. Nunca fuimos monaguillos ni sacristanes, pero *La historia sagrada de Jesús* nos marcó».

Cuando se habla de Francisco González Cruz, de *El Morocho*, no es necesario decir que estamos en La Quebrada. ¶ La imagen más remota de su infancia se ubica allí, entre las montañas del municipio Urdaneta del estado Trujillo. «En los corredores de mi casa, pero también en Cabimbú, en “La Loma Tendida”, donde nos mandó mamá a los cinco o seis años, quién sabe por qué circunstancia. Las mañanas eran heladas. De ordeño, de arepa de trigo con cuajada y leche caliente, de mantequilla criolla y café de habas. De queso ahumado en el rodete sobre el brasero y la papa negra sancochada. Era el aposento con las carpetas de lana para no morir de frío, todos juntos, muchachos y muchachas. Era la casa de los Moreno, de papá Delfín y mamá Susana, con la escuelita enfrente, de una sola aula, con sillas de cuero, cada muchacho con su pizarra y su grafito, con el corredor de entrada para dejar el sombrero y los avíos de los que venían de lejos. La maestra Gertrudis Rangel, las primeras letras...» ¶ Francisco González Cruz trabajó desde niño para ayudar

Francisco
González
Cruz

TRUJILLO

pág. 294 | 295

a su madre. Él y su morocho, Fortunato, vendían empanadas calle abajo y calle arriba, allí en La Quebrada. Su padre, Elio González Medici, fue parte de la emigración rural, uno de los tantos que abandonó el campo para irse a probar suerte en el centro del país. A Mamá Chana le tocó criar sola a sus muchachos. Hizo todo lo que hace una mujer en un pueblo para levantar a sus hijos: «Lavar, planchar, hacer comida, tejer y coser. Un día se fue a Valera animada por una amiga y encontró trabajo de camarera en el hospital La Paz, pero pronto ascendió a enfermera auxiliar». ¶

En su infancia y juventud no hubo una fuerte presencia paterna, pero «a papá lo consideré siempre un buen amigo. Aunque se fue del pueblo dejando a mamá embarazada de nosotros, nos visitaba. Fuimos los primeros en tener bicicletas. Era un comerciante próspero que tuvo bodegas, transportaba mercancía en burros, compraba reses y las beneficiaba. Era un hombre de buen verbo y de buen ver, que vestía liquiliqui y usaba sombrero *borsalino*. Tenía tres casas, tres hogares, entre Maracay y Villa de Cura. Que yo sepa, nos dejó al menos dieciséis hermanos».

¶ Criada con él en el seno de su familia materna, solo tiene una hermana, Mercedes Cecilia, «a quien disfrazábamos de varón para que entrara con nosotros al cine», pero huellas indelebles en su vida fueron las de su madre y las de Fortunato, su morocho. Por eso le cuesta hablar en singular. «Aquí vivíamos junto a dos tías solteras que nos criaron, Cecilia y Emperatriz Cruz, maestras del pueblo. Ellas rezaban y daban clases de modales, ¡que nosotros no aprendimos! Recuerdo la pequeña biblioteca que teníamos, algo nada usual en la comarca, con el diccionario de la Real Academia Española, la *Historia Sagrada de Jesús* y un libro llamado *Geografía moderna*». El ejemplar, que aún conserva, fue escrito por Carolina Marcial Dorado, Helen Goss Thomas y Wallace Walter Atwood, dentro de la serie “A Castilla y a León, Nuevo Mundo dio Colón”, y publicado en Boston por la Editorial Ginn, en 1932. Varias páginas tienen comentarios manuscritos, pero uno sobresale entre todos: “Este libro es del *niño* Francisco y Fortunato González”. Uno que son dos. O dos que son uno». ¶

En las paredes de la finca se ven ambos abrazados, de pantaloncitos cortos, en una foto muy desleída. Si se le pregunta cuál de los dos es él, no lo sabe. «Pero el mayor soy yo», certifica. «Domitila, la comadrona que atendió a mamá, nos dijo que primero había salido yo y a los cinco minutos Fortunato. Fue una sorpresa, algo que nadie esperaba.» Esa unión vital no se ha roto nunca, por ninguna circunstancia. «No supe lo que era la propiedad privada hasta que me casé. Entonces sí, Fortunato y yo nos repartimos algunas cosas, como las piezas de ropa. Porque nunca tuvimos nada propio de cada uno; todo era de los dos por igual... Ah, menos un flux de la época en que éramos estudiantes universitarios en Mérida. El mío era azul y el de él era gris... o al revés. La verdad es que no lo puedo precisar ahora. Pero sí, eso es lo único que recuerdo haber tenido como mío entonces.»

EDUCAR EN COMUNIDAD PARA HACER COMUNIDAD Quizá provenga de ese *nosotros* compartido el sueño de educar en comunidad, a la comunidad, para hacer comunidad. Esa aspiración que Francisco González Cruz ha visto cumplirse gradualmente con la progresiva constitución de la Universidad Valle del Momboy (UVM), la primera y única universidad comunitaria del país –levantada bajo la figura de una fundación privada sin fines de lucro– que tiene como misión mejorar el entorno local a través de una educación de calidad. Su objetivo es formar una vanguardia que promueva la transformación social y económica de Trujillo, «para que nuestros talentos, que son muchos, se queden aquí y no se vean en la obligación de emigrar», como a lo largo de la historia lo han hecho valiosos trujillanos como José Gregorio Hernández, Rafael Rangel, Mario Briceño Iragorry, Arturo Cardozo, Hernán Méndez Castellano, Ana Enriqueta Terán, Adriano González León, Rafael Ramón Castellanos, Miguel Ángel Burelli Rivas, Arnoldo Gabaldón, José Antonio Abreu... ¶ «No puedo precisar cuándo comienza esta vocación, pero sí dónde: alrededor de mis lugares. En el de la nostalgia, que es La Quebrada, y en el que acumula la mayor cantidad de frustraciones posibles: la cátedra de lo que no debe hacerse, que es Valera. Lo mío es eso, el desarrollo regional y local. Debe ser porque mamá nos sembró el cariño por lo nuestro. Quizá porque peregrinamos entre La Quebrada y Valera, y nos sentíamos seguros allá en el pueblo, se fue asentando en mí el arraigo por el terruño. Mis tres lugares son esos dos y Trujillo, la entidad geográfica como un todo, el lugar de los lugares, la diversidad y la particularidad de un entorno que resguarda una identidad.» ¶ «Para nuestro desarrollo hace falta que conservemos la tradición, los valores más profundos y sólidos de la trujillanidad, pero a ellos se les debe incorporar la noción de vanguardia. Valera, que es una ciudad de raíces cortas, nuevas, puede aportar eso. Ese es el desafío y para ello nació la UVM, para transformar a Trujillo a través de la educación. Es necesario levantar una élite, y no estoy hablando de una aristocracia, sino de una gente de avanzada, capaz de sacar a la mayoría de la pobreza. Forjar una ciudadanía emprendedora. De eso se trata.»

INFLUENCIAS DEFINITIVAS «Son muchas las personas que me han ayudado a vislumbrar la ruta, y quizá no las recuerde a todas. Del bachillerato, en el Rafael Rangel, me viene a la memoria una profesora comunista, Mónica Montañez, que nos formó muy bien en filosofía. Se suponía que era un liceo, pero hasta el mismo Pedro García Leal nos dio clases. En la etapa universitaria, Antonio Luis Cárdenas fue fundamental: primero fue mi profesor, pero luego yo fui el preparador de su cátedra en la Escuela de Geografía de la Universidad de Los Andes. También influyeron en mí los intelectuales del Ifedec, que se dedicaban a formarnos a nosotros, los jóvenes de la Juventud Demócrata Cristiana, y entre ellos destaca su fundador y pilar ideológico, Arístides Calvani. Luego, en la etapa del posgrado, Raúl

Francisco
González
Cruz

TRUJILLO

Prebisch, Fernando Henrique Cardoso, Jorge Ahumada y Milton Santos, que me dio clases dos años.» ¶ «Al margen de esos procesos formales, debo decir que me he hecho en las conversaciones con profesores y amigos, como “Perucho” Rincón Gutiérrez. Esa etapa merideña fue decisiva. Eran los años sesenta, y nosotros los socialcristianos éramos minoría en relación con la izquierda que dominaba en esos ambientes. Teníamos discusiones profundas, y esos diálogos de bohemia, paralelos a la escuela, nos fueron forjando en la tolerancia. Después he tenido otras referencias que me resultan indispensables, como la de Eladio Muchacho, con quien comparto, entre otras cosas, la espiritualidad profunda y la angustia y el amor por Trujillo.» **E L A R T E D E C O N V E R S A R** «Yo diría que el trabajo es pasión, pasión maniática. Se trata de vivir para el logro de un objetivo superior. De sostener el compromiso con un proyecto histórico, cuya consolidación uno no necesariamente va a ver, pero al que se le abona con perseverancia y determinación. Eso lo tuve muy claro en 1987,



cuando un grupo de personas muy entrañables hicimos un retiro espiritual para definir el rumbo de nuestras vidas. Nos acompañaron los sacerdotes Luis Ugalde, Arturo Sosa, José Virtuoso y Baltazar Porras... De allí salí con la convicción de crear la Universidad. Ya había sido una aspiración nuestra en 1976, cuando diseñamos el proyecto del Tecnológico de Trujillo. Habíamos pasado por esa etapa, que se frustró; también habíamos intentado la creación de la Universidad Experimental de Trujillo, en 1983, que tampoco cuajó. Luego de ese retiro, organizamos unas jornadas en Boconó para pensar “La Universidad que queremos”, y de allí surgieron las líneas maestras de la UVM, que aún se mantienen firmes. Claro que para entonces no se llamó así. Tuvimos que comenzar en 1988 como una extensión de la Universidad Rafael Urdaneta de Maracaibo. Van a cumplirse veinticinco años de ese esfuerzo inicial, y una de mis grandes satisfacciones fue ver graduar a mi hijo mayor en su primera promoción de 1993. La UVM, como tal, está celebrando sus quince años.»

¶ «Consideramos varios nombres al comienzo: Universidad de Trujillo, Universidad de Valera, Universidad Mario Briceño Iragorry y Universidad Cristóbal Mendoza. Pero justamente en ese momento se adquirió una extensión de tierra en San Isidro y le dejamos la decisión a los extraordinarios escritores y poetas trujillanos Ramón Palomares, Ana Enriqueta Terán, Francisco Pérez Perdomo y Adriano González León. Ellos, cumpliendo con la vieja tradición universitaria, la nombraron como el sitio donde está ubicada: el valle del río Momboy, que en idioma de los antiguos cuicas significa “Río de Espumas”.» ¶ «Me incomoda pensar que yo haya hecho escuela. No me gusta representar el personaje de rector. A mí me gusta ser rector como lo era de la ULA *Perucho* Rincón Gutiérrez, alguien alejado de los formalismos. El papel de un rector es velar porque la razón de ser de la Universidad se cumpla, y establecer relaciones internas y externas. En otras palabras, conversar. Y yo soy eso, un conversador. Conversar representa para mí un gozo, un placer enorme. Creo que lo que no podría faltarme nunca son los árboles y una mesa para sentarme con los amigos a echar cuentos. Hay conversaciones que me han marcado. La más profunda de todas con Fortunato, cuando ya sabíamos que mamá se moría. Nos tocaba tomar decisiones fuertes, sobre si dejarla sufrir o no. También con Eladio Muchacho y Giácomo Clérico hemos sostenido unos diálogos largos e intensos, muy importantes, en los que hemos trazado juntos el rumbo de la Universidad. Recuerdo unos intercambios muy singulares también, cuando era viceministro, con el doctor Ramón J. Velásquez. Un día él me dijo que Trujillo estaba destinado a volver a ser vanguardia. Ha habido otras muy desagradables también, pero de esas es mejor no hablar.»

¶ «Creo que mi momento es de balance y continuidad. De las dos cosas. Pienso dejar el Rectorado antes de 2013, y dedicarme a dar clases y a escribir. La jubilación no cabe en mi cabeza... ¡Hay tanto por hacer todavía! Sueño más bien con dedicarme

Francisco
González
Cruz

TRUJILLO

pág. 298 | 299

a las ligas menores, es decir, con fundar un colegio. También quisiera abrir un sitio de corte bohemio donde se pueda conversar, porque a Valera le hace falta ese lugar. El de la conversación.» **VISIONES Y DESENLACES** «Si me dieran a escoger una imagen para Venezuela, elegiría la de diversidad. La de un Estado federal, tal como está definido en la Constitución, con justicia y paz. La nuestra es una identidad construida, porque hasta Gómez existían los andinos, los zulianos, los orientales... Como una unidad centralizada, el país es inviable, porque cada lugar tiene su propia identidad. La imagen que nos corresponde es la de un conjunto armónico de identidades locales conectadas globalmente.» ¶ «En alguna de mis clases magistrales, utilicé el término “lugarización”. Quiero aludir con él a lo local globalizado. Es necesario que el proceso globalizador se dé, pero sin que se pierdan las identidades propias que nos particularizan. No hablo del lugar, de lo propio, en un sentido incontaminado. Muy por el contrario hablo del siglo XXI, pero sin dejar la tradición. Lo contrario del lugar es el *mall*, ese centro comercial de idéntica figura que se repite alrededor del mundo. Las ferias de comida rápida, con las mismas «gastronomías», el alojamiento «todo incluido», que no promueven la economía local. Ese mecanismo homogeneizador aplanar, o más bien trata de aplanar el mundo, de meternos a todos en una misma horma. Y las sociedades son diversas, plurales.» ¶ «La etapa de vida que más me marcó fue la merideña. Allí me formé, y no solo profesionalmente sino en ese ambiente cultural, intelectual y político que vibraba en la ciudad. Con mucho afecto, recuerdo también los meses que pasé en el Sur del Lago, entre los años 86 y 87, con mi gran amigo Elías Méndez Vergara, trabajando en el proyecto de la Universidad del Sur del Lago. Conocí toda esa zona, recorrí todos los puertos, los ríos... Vivíamos un grupo de hombres profesionales, todos juntos en una casa, y conocimos también todos los botiquines de la zona, ¡que tienen una fama muy bien ganada! También fue muy importante en mi vida, la época de la Fundación *PorTrujillo*, una muy particular porque funcionaba como un club de conversación, donde soñábamos con el “Trujillo posible”. Allí compartíamos con Eladio Muchacho, Raúl Díaz Castañeda, Luis González, Hernán Méndez Castellano, Manuel Salvador Áñez, Emigdio Cañizález Guédez...» ¶ «Para ser justos, también debería recordar las épocas no tan buenas, cuando por ejemplo fui concejal en Valera por Copei. Fue un proceso muy penoso, lleno de frustraciones, que me indujo a retirarme de la política partidista. Fue cuando escribí *Trujillo, el equilibrio fatalista*. También algunos avatares de la Universidad relacionados con el mecenazgo local, la brega para que algunos entendieran que aportar recursos no significaba intervenir en la vida diaria de la institución, sino ser solidarios con su misión. Esa ha sido una constante no muy agradable en mi vida, el enfrentamiento con las élites de Trujillo... si pueden llamarse así. Don Giacomino Clérico, nuestro gran benefactor, lo tenía claro

cuando decía: “En Trujillo hay gente con cobres, pero élites no”.» ¶ «Quiero llegar a la muerte con tiempo para confesarme y arrepentirme de mis pecados. No quiero que me entierren, sino que me cremen, y que desde un parapente lancen mis cenizas sobre La Quebrada. Bueno... y si hay algún problema con la Iglesia, pues que también esparzan un poquito en la de San Roque.» ¶ «Entre el cielo y el infierno, sin duda me quedo con el infierno. ¡El cielo debe ser muy aburrido!»



Entrevista

Raisa Urribarri

Comunicadora social. Doctora en Ciencias Humanas. Docente e investigadora de la ULA. Promotora de prácticas de educación y comunicación digital. Autora de diversos libros.



Fotografía

Alfredo Cedeño

Caracas, 1956. Redactor y reportero gráfico de los principales diarios nacionales y de las agencias France Presse y Notimex. Ha realizado exposiciones individuales tanto en Venezuela como en Nueva York, Puerto Rico y Yugoslavia.

Francisco
González
Cruz

TRUJILLO



■ TRUJILLO

C a t a n a T o r r e s d e W i t t

«Con la constancia se vence cualquier obstáculo»

Nació en Macuto, estado Vargas. Abogado. Creadora más que artista. Ganadora del Concurso «Ideas 2011», categoría «Emprendimiento Social», con el proyecto Taller Escuela «Sembrando Semillas de Arte» (La Lagunita , estado Trujillo), estructurado para ser itinerante, replicable y autosostenible. Con esta iniciativa pretende brindar medios de vida que favorezcan a niños, jóvenes y adultos de la región andina.

Germinando cual semilla aferrada a una tierra rica en nutrientes, encontramos sembrada en pleno Valle del Momboy, estado Trujillo, a Catana Torres de Witt. La vida de esta mujer ejemplar, con fuerza y tenacidad para afrontar los más variados retos, dio un giro singular desde la creación del Taller Escuela «Sembrando Semillas de Arte», que no es otra cosa distinta a la persecución de un sueño que necesitó trece años de preparación y acumulación de conocimientos. ¶ A más de dos mil metros de altura, rodeados de verdes montañas, pinos caribes y sembradíos de flores y hortalizas, con hombres y animales arando el campo y olores propios de la tierra mojada, encontramos una pequeña comunidad ubicada en la parroquia de La Puerta del municipio Valera. Se trata de La Lagunita, un paraje con gran atractivo turístico en temporadas vacacionales. Su gente –personas humildes, respetuosas, trabajadoras del campo– ha encontrado en los visitantes verdaderas oportunidades de ingresos económicos, al ofrecer productos propios de la zona, tales como arepas recién hechas de harina de trigo, o de maíz pelado, embutidas con cuajadas que saben a hoja de plátano. También ofrecen mermeladas de fresa, mora, durazno y arequipe, entre otros. ¶ A unos metros de la entrada, al lado del ambulatorio, encontramos la Capilla en honor a San Martín de Porres. Una estructura con techos altos de madera, pisos de ladrillo y terracota, cuyas paredes están enmohecidas por la humedad del lugar. Los amplios ventanales dejan colar los haces de luz que se proyectan al interior. En la nave central, dos hileras de bancas y, en un lugar destacado, arriba del altar mayor, está el santo moreno observando y dando la bienvenida. ¶ Una vez adentro, el olor a guardado se disfraza con el olor particular a arcilla de los talleres de arte. Y allí, con manos maravillosas que moldean el barro sobre las mesas de trabajo, rodeada por hermosos e inquietos niños, amas de casa y estudiantes universitarios, todos entregados a la creatividad, Catana Torres de Witt casi pasa inadvertida. Su cabello blanco y corto, la paz que emana de su rostro, la mirada cálida que abriga, componen un conjunto de maneras armonioso. Catana parece reservada en cuanto a su vida privada, pero a la vez es expresiva y detallista cuando de su proyecto se trata. **FAMILIA** Bajo el lema «Únete al mosaico», con el cual impulsan que un gran número de personas colabore en la restauración de la Capilla de La Lagunita, Catana dosifica su voz y habla de su niñez y entorno familiar. Es la segunda de cuatro hermanos. Su padre, Carlos Torres, médico cirujano de origen ecuatoriano, trabajaba en el Hospital Militar. Fue enviado por intercambio a La Guaira. Su madre, Floreana de Witt, artista de origen holandés, le infundió el amor por el arte. De esa unión nace Catana María de Lourdes, en Macuto, y a los tres años se la llevan al Ecuador. ¶ Sobre los valores inculcados por sus padres, expresa sin titubeos que su papá le enseñó la honestidad y la rectitud. Su mamá, en paralelo, le inculcó el amor a la vida, a la belleza, y también las ansias de conocimiento. «Fue una lectora

brillante. Me enseñó a ver la belleza en todas las cosas.» ¶ «Como estuvimos viajando constantemente, mi hermano mayor siempre estuvo en otro colegio, porque era varón. Con los menores hay un corte, porque me diferencian quince años con el que me sigue. Mi vínculo fuerte fue con mi hermano mayor, que era un intelectual. Mi hermana, casada con un hindú, es comerciante: ambos residen en Caracas. Y el último hermano reside en España.» **INFANCIA** Su recuerdo más remoto data de cuando tenía tres años de edad, en Ecuador. «Un tío, por afecto, me puso en una ventana para contemplar la vista. Y me dijo: “Tírate, tírate a mis brazos”. Todavía lo recuerdo como una gran expresión de cariño. Incluso vuelvo a percibir la sensación de vacío en mi estómago.» ¶ Su infancia está signada por las constantes mudanzas, cambios de colegios y de idiomas. Todo esto la afectaba. Se desplazaban constantemente debido al trabajo de su padre, que era enviado por Ecuador a programas de intercambio con otros países. «En un país me ponían en un grado, y en otro país me bajaban de grado.» Para evitar mayores mudanzas, sus padres deciden internarla en Trujillo, en el célebre Colegio Santa Ana, regido por monjas, donde permaneció seis años. Paralelamente, luego de una estancia larga en Estados Unidos, a su padre lo trasladan a Mene Grande, estado Zulia, donde prestó sus servicios por



cuarenta y siete años. **VAIVENES CON LA MEDICINA** «Cuando tenía diecisiete años, mi papá me empezó a llevar a sus cirugías. Yo sentía una inclinación fuerte hacia la medicina. Vi cosas muy fuertes. Incluso a mi papá lo veía como a un Dios, sobre todo cuando ayudó a una señora sordomuda a dar a luz a su bebé. El grito que emitió debe de haber sido el más maravilloso de su vida.» ¶ Pero de pronto se desencantó. «En una ocasión, llaman de emergencia a mi papá para revisar a un bebé. Cuando trataba junto a la enfermera de buscarle la vena, yo les dije: “Dejó de respirar”. Él actuó de inmediato: con respiraciones, con masajes en el tórax... pero desiste y se va. La enfermera lo ve y dice: “¡Ay, se murió”. En ese instante me dije: “No puedo ser tan fría, y menos con la muerte de un ser humano”. Y me fui llorando. En la casa, mi papá trató de explicarme que eso era parte de la vida, que uno no debía involucrarse sentimentalmente. “Pues bien –me dije–, hasta aquí llegó la Medicina”.»

¶ Posteriormente, se ve seducida por el Derecho Internacional. Inicia la carrera en la Universidad del Zulia, con la intención de cambiarse a la ucv, pero las constantes huelgas del momento no le permiten completar los trámites. **DESPERTAR ARTÍSTICO** Graduada en Derecho, trabajó en una institución bancaria durante catorce años. Se encargaba de los créditos hipotecarios. «Llegó un momento en que tenía que tomar una decisión: o estar como una muñequita para atender al público, o estar como estoy ahora, con estas uñas llenas de arcilla. No hubo tristeza en la determinación. Simplemente, cumplí una etapa y ya.» ¶ Tuvo la oportunidad de vivir en varios países, conocer sus culturas e idiomas. Maneja el inglés, el francés, el alemán y el italiano. Pudo tomar todos los cursos que quiso, bien sea de música o de arte. Logró perfeccionar algunas técnicas ya conocidas, de la mano de su madre y de su tío, que también era artista. «Yo desde que nací siempre estuve en vínculo con el arte. Se me dio la facilidad, y Dios me regaló los dones en las manos que con amor transmito. Desde niña tuve habilidades para el dibujo, para trabajar con miniaturas. Hacía cosas pequeñas, preciosistas, hasta intrincadas y difíciles. Las he ejecutado con facilidad gracias al trabajo constante y de alta calidad.» ¶ Comenzó a trabajar en un Taller de Arte, haciendo obras exclusivas para una tienda de Maracaibo, que la representó por doce años. «Con ellos continuó mi relación laboral. Envío mis piezas desde Trujillo. Crear, darle forma a una cosa... ese es mi oficio. No me considero un artista. Para mí un artista es un gran maestro. Yo solo trato de hacer las cosas con excelencia, que es un modo superior de hacer las cosas.» **PERSEGUIR UN SUEÑO** Su madre fallece en 1998. Abandona temporalmente la ciudad grande, calurosa y ruidosa, llena de gente y movimiento, y decide viajar por tres semanas a La Lagunita. Desde el primer día de llegada, la vida se le vuelve silencio y soledad. Sumergida de lleno en esa naturaleza de paz y armonía, decide quedarse. Aprende a vivir sin nada material. «No traía nada conmigo, y aprendí que esa nada

era importante.» Estar en contacto directo, íntimo, con la naturaleza, con sus plantas, sembradíos y aves, con la furia de sus elementos, la volvió una observadora de sonidos, colores y matices de luz. En el hermoso Valle del Momboy, veía y captaba los cambios de luminosidad en sus tiempos exactos. ¶ Su mayor distracción y gozo ha sido recorrer los campos, las altas montañas, mientras recoge plantas, semillas, piedras y troncos de bellas formas. También sentarse en una piedra y contemplar la lejanía, al tiempo que miraba hacia dentro de sí misma. Para entonces, su espíritu se volvió jardinero. «Mi riqueza mayor, mi secreto, es mi mundo interior en desarrollo. Poco a poco fui capturando la esencia de la naturaleza, su armonía. Me fui sintonizando con ella, porque quien está en contacto perfecto con la naturaleza, con su ser interior, con la belleza, captura una visión profunda hacia lo supremo. En mi caso, empecé a verme a mí misma como una semilla, con un potencial de vida gigantesco. Me llegaba el tiempo de germinar y manifestarme hacia el mundo exterior.» ¶ Y allí surgió el proyecto Taller Escuela «Sembrando Semillas de Arte», que necesitó trece años de preparación. El proyecto pretende ser un espacio itinerante, que fomenta la formación y capacitación de niños, jóvenes y adultos de la comunidad de La Lagunita y caseríos cercanos. Las disciplinas artísticas son variadas: vitralismo, mosaísmo, restauración de imágenes escultóricas, vitrofusión con reciclaje de vidrio, arte con desechos y educación ambiental. ¶ Catana recuerda una visión de trece años atrás. Caminaba hacia el Páramo de los Torres y, a medida que avanzaba en su ascensión, se encontraba con lo que los lugareños llaman piedras extrañas. Eran formaciones de arcilla en su más pura expresión, ideales para el arte. Sin perder tiempo, aprovechando tres sacos que tenía vacíos, comenzó a llenarlos con esas piedras. Llegó a su casa con ciento cincuenta kilos de arcilla. Desde entonces, supo que ese material era para un mosaico de la Capilla de La Lagunita, que fue hecho con la ayuda de los niños y lugareños. Doce años después, mandó a hidratar y a amasar esa arcilla, que se convirtió en trescientos kilos de masa.

¶ Bajo el fundamento de darle valor artístico y cultural a los espacios públicos de la comunidad, decidieron comenzar por la Capilla, cuyo embellecimiento contemplaba la restauración de las imágenes religiosas, la realización de dos mosaicos bizantinos y el cambio de ventanales por vitrales artesanales, hechos con vidrio reciclado. El proyecto está en plena ejecución. Todas las mañanas, niñas, niños, adolescentes, amas de casa y estudiantes universitarios, se dan cita en la Capilla para trabajar la arcilla y hacer las teselas necesarias para el mosaico. Se estima que trabajando desde ahora hasta el 2014 se llegará al número necesario: alrededor de seiscientas setenta mil. **ASPIRACIONES** «Así como yo tuve la maravillosa oportunidad de estar en contacto desde mi niñez con la belleza, la estética, el conocimiento, asimismo espero que otros niños, jóvenes y adultos tengan, a través del Taller

Catana
Torres
de Witt

TRUJILLO



Escuela, un acercamiento similar. Ellos mismos deben ser capaces de volverse semillas; de germinar, de crecer, de dar frutos y nuevas semillas. A semejanza de las semillas del pino caribe de esta zona, que tienen una hojuela que les permite volar movidas por el viento hasta remotos lugares, nuestros niños pueden germinar, crecer, dar frutos y volverse semillas.» ¶ «Siempre he pensado que mi oficio era transferible. Dios puso con generosidad en mis manos muchos dones y habilidades, que debo compartir con la misma generosidad. Todos los conocimientos y experiencias que he acumulado en estos años sirven para ofrecer oportunidades de desarrollo y superación. Estamos obligados a transmitir nuestros conocimientos de manera generosa, porque de manera generosa los hemos recibido.» ¶ «Ahora es a mí a quien le toca ver con regocijo cómo otras personas empiezan a descubrir un nuevo

mundo de habilidades, capacidades y destrezas. Antes ni siquiera tenían conocimiento de lo que llevaban por dentro; solo necesitaban recibir apoyo. Desde hace mucho tiempo estoy transmitiendo conocimientos. Es el medio de vida que llevo ahora.» ¶ «Mi hora no es de balances, sino de continuidad. Yo quisiera que el día tuviera cuarenta y ocho horas, y el año dieciocho meses. Tengo mucho por hacer.» ¶ «Si me dieran a escoger una imagen para Venezuela, pensaría en algo ligado a la naturaleza. Una montaña y un sol, que nacen como una esperanza. Un nuevo amanecer. Una energía tratando de salir detrás de una montaña.» ¶ «Las palabras que definen mi vida son paciencia y constancia. Y no sé cuál de las dos es más importante. Porque con la paciencia se logra todo, y con la constancia se vence cualquier obstáculo.» ¶ «A la muerte llegaré tranquila. Yo la aceptaré cuando venga. La verdad es que no pienso en ella. Pero cuando llegue, llegará y seré feliz.» ¶ «Como imagen definitiva escojo la del cielo, porque en el cielo físico que puedo ver he contemplado maravillas en las noches despejadas. El cosmos que late detrás del cielo es una visión sobrecogedora. Ya yo me imagino lo que será mi vida en ese cielo.»



Entrevista

Layisse Cuenca

Comunicadora social. Especialista en temas de género, responsabilidad social empresarial y redes sociales. Gerente de Productos Editoriales del *Diario de Los Andes*. Docente Universitaria.



Fotografía

Oswaldo Vergara

Valera, 1977. Técnico en Comunicación Social. Reportero gráfico del *Diario de los Andes*. Dieciocho años dedicado al fotoperiodismo.



C é f o r a C o n t r e r a s d e M a r t í n e z

«Elasistencialismo es una aberrante forma de dominación»

Nació el 6 de julio de 1946 en Mapire, estado Anzoátegui. De niña, se traslada con su familia al estado Vargas. Su futura intervención determina lo que primero fue el Territorio Federal Vargas y más tarde el estado Vargas. Fue la primera mujer del país en desempeñarse como secretaria general regional del Partido Social Cristiano Copei, en el cual militó apasionadamente. Su sensibilidad religiosa y su trabajo en pro de los derechos de la mujer, la convierten a partir de 2010 en Miembro del Consejo Directivo de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC).

Entre las primeras ensoñaciones de infancia, hay aviones que aterrizan y despegan rumbo a remotos paisajes que ya entonces prometió llegar a conocer. Vivía en Maiquetía, muy cerca del Aeropuerto, donde trabajaba su padre. Había dejado Mapire y las orillas del río Orinoco para trasladarse al mar y frente a él estudiar, iniciar una fecunda vida política, casarse, tener hijos, fundar instituciones y siempre partir y volver con sueños pendientes. ¶ «Mi madre, Josefina Guzmán, nació en Las Majadas, estado Bolívar. Y mi papá, Dimas Contreras Francesconi, nació en San José de Bolívar, estado Táchira. Mis bisabuelos paternos participaron en lo que se conoce como la segunda fundación de San José de Bolívar, en 1883. Aparecen en las actas como miembros de la Junta. Mi papá y su familia trabajaban llevando café de su pueblo a La Grita, un trayecto que podía tomarles toda una noche, caminando o montados en lomos de bestias. Por distintas circunstancias, tanto mi papá como mi mamá se mudaron al estado Anzoátegui, y fue allí donde se enamoraron, se casaron y nacieron mis hermanos Edgar, Rubén y yo, que soy la mayor. Mi hermano menor, Henry Antonio, nació en La Guaira. Mi papá era pariente lejano del general Eleazar López Contreras, quien no nació en Queniquea, como todos creen, sino en San José de Bolívar, como mi papá. Siendo presidente, López Contreras mandó a mi papá a trabajar como jefe civil de la Prefectura de Mapire. Años después, a mi papá le ofrecieron trabajo en el Aeropuerto de Maiquetía como jefe del estampillado de cigarrillos importados. Así que se mudó, consiguió una casa, la acondicionó, y nos mandó a buscar.» ¶ Ya en Maiquetía, Céfora Contreras cursó su primer grado en la Escuela Miguel Suniaga y continuó el resto de la primaria en la Escuela Juan Germán Roscio, una de las más reputadas de la zona, cuya directora era entonces Cecilia Nahmens, la primera mujer secretaria general de un Comité Regional de un partido político (AD). Siendo su padre tachirense y con muchos parientes en San Cristóbal, la enviaron a estudiar el primer año de bachillerato con monjas dominicas del Liceo Santo Domingo de Guzmán. Pero la joven no soportó la distancia de la familia y quiso regresar para continuar segundo y tercer año en el Colegio Salto Ángel en Maiquetía. Luego entró al Liceo José María Vargas —el primero en la región en ofrecer bachillerato completo—, donde se graduó en el área de Humanidades. ¶ Fue allí donde comenzó a participar de lleno en actividades políticas como miembro de la Juventud Revolucionaria Copeyana. «Mi labor fundamental era motivar a los muchachos para que se inscribieran en la Juventud Revolucionaria Copeyana y hacer que participaran en las actividades del liceo en primer lugar, y luego en las actividades partidistas. Programábamos visitas a los barrios para conversar con la gente y llevar el mensaje del partido. Se trataba de estar siempre presentes en todo momento de la vida de la región. Fue una época muy hermosa. Compartí con personalidades de Vargas, como Francisco Figueredo, quien era

secretario juvenil de Acción Democrática y compañero de estudio en la misma aula. Esto nos traía muchos roces, sobre todo en nuestras intervenciones públicas o dentro del salón de clases, pero guardo un recuerdo hermosísimo de él. Recuerdo también a Pavel Rondón, quien fue luego candidato a la Federación de Centros Universitarios por el MAS. Conocí también a jóvenes que hoy son líderes de Vargas, como Agustín Camacho y Tito Olivares.» ¶ «Mi vida siempre giró alrededor de Vargas. Siempre me mortificaba ver la situación de los que estaban desfavorecidos, de los niños más pobres. Mi familia era muy pobre, por supuesto, pero siempre había gente más pobre. Mis inclinaciones políticas son herencia de lo que siempre vi en mi casa. Mi papá participaba en actividades de Copei, primero en la clandestinidad. Y mi mamá fue fundadora de lo que se llamó el Frente Femenino Copeyano. Yo los veía trabajar con tanto entusiasmo, tanto ahínco, tanta vocación de servicio, tanta voluntad, en condiciones que no eran fáciles, primero en la época de Pérez Jiménez y luego en la democracia. Eso me motivó muchísimo a seguir sus pasos, a tener inquietudes. De manera que luego fue muy fácil participar en actividades políticas.»

LA MADUREZ DE UN ANHELO El deseo de continuar estudiando la llevó a la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela. Cuenta haber sido siempre una ávida lectora, que aún hoy lee todo cuanto cae en sus manos. Letras era lo que más calzaba con su íntima vocación, aun cuando su espíritu batallador y defensor de las grandes causas hacía suponer una posible inclinación por el Derecho. «Cuando ingreso a la ucv, entre 1964 y 1965, inmediatamente me pongo en contacto con Joaquín Marta Sosa, que en aquellos tiempos era el líder juvenil de Copei. Él me introduce en las actividades políticas de la universidad y empiezo a formar parte de la Juventud Democratacristiana, a quien representaba en la Escuela de Letras. Estudié con mucho sacrificio: trabajaba de día y estudiaba de noche. De esos tiempos en la Escuela de Letras, recuerdo a mucha gente entrañable: a Gioconda Espina, Eglée Machado, Nuria Rico, María Fernanda Palacios. Recuerdo a una querida amiga, Rosalba Giuliano, que acababa de ganar una beca para irse a París a hacer un posgrado cuando la chocaron, cayó al Guaire y murió. En los predios universitarios conocí a todos los líderes, a los de la oposición al gobierno de turno. Recuerdo a Otto Maduro, a los compañeros de la izquierda cristiana Saúl Rivas y Oliver Belisario. Participé en el proceso de Renovación Universitaria, que se tradujo en muchísimas asambleas y reuniones. Nosotros hacíamos planteamientos, hablábamos de la renovación académica. Recuerdo a profesores inigualables, como Segundo Serrano Poncela, Pedro Beroes, Federico Riú, los hermanos Carrera Damas, Marisa Vannini y, por supuesto, Ángel Rosenblat, quien en una oportunidad me obsequió uno de sus libros con una pequeña dedicatoria. Rosenblat era tan humilde como sencillo. Atravesaba todo el pasillo para llegar a un kiosco donde almorzaba un sándwich y se ponía a

C é f o r a
C o n t r e r a s
d e M a r t í n e z
VARGAS

pág. 312 | 313

escuchar las conversaciones de los alumnos. Cuando le interesaba una palabra en especial, los interrumpía y les decía: “Por favor, repita”.» ¶ Pero Céfora Contre-ras no concluyó su licenciatura en Letras sino hasta el 29 de marzo de 1985. Se le atravesó, a conciencia, la vida y las muchas experiencias que con ella vendrían. En 1969, cuando Rafael Caldera asumió la Presidencia de la República, fue designada jefe civil de la parroquia Maiquetía. Era la primera vez que una mujer llegaba a ese cargo en Vargas. Luego, entre 1970 y 1973 ejerció como jefe civil de la parroquia Macuto. «Yo era muy joven. Apenas tenía la edad que exigía la ley. Estuve poco tiempo en Maiquetía. Fue en Macuto donde me entregué totalmente a mis labores, haciendo mucho más de lo que implicaba mi cargo. Era una entrega total, como me ocurre siempre que me dan una responsabilidad. Cuando adquiero un compromiso, me doy del todo al cumplimiento. En Macuto organizamos muchísimas cosas, como por ejemplo una parodia de la llegada de Cristóbal Colón: la gente bajaba de Caracas a ver ese espectáculo, que hacíamos con un grupo de muchachos amigos, la mayoría militantes de Acción Democrática y de otros partidos. Recuerdo a un compañero incansable, un luchador que me ayudó todos esos años: el querido Juancito Ortega. Hacíamos de todo con tal de que la gente participara. Yo organizaba los actos conmemorativos de la fundación de Macuto con gente de todos los partidos, incluyendo a la esposa de quien había sido prefecto de Acción Democrática en períodos anteriores. Buscaba gente de todos los sectores para incluirlos en mis comisiones de trabajo, en las juntas representativas, y esa gente se entregaba a trabajar para que las cosas quedaran bien. Por ejemplo, en los carnavales nos dábamos el lujo de llevar a la Orquesta Billo’s Caracas Boys para que le tocara gratis a la comunidad.» ¶ En 1971, se casó con Oswaldo Martínez González, miembro de las Fuerzas Aéreas –hoy retirado con el rango de coronel–, abogado y meteorólogo que durante muchos años fue jefe de la Estación de Meteorología del Aeropuerto de Maiquetía. A partir de ese momento, vendrían cuatro hijos que son su orgullo: María Alejandra, Edlyber Eleazar, Oswaldo Enrique y María Verónica. «Cuando nos casamos, nuestra primera residencia estuvo en Macuto, frente al balneario. Luego nos mudamos a Maiquetía, pero por un tiempo corto, mientras comprábamos nuestra casa. La pudimos comprar porque mi marido se dedicó a eso, pues yo no vivía sino para la actividad política. Si no hubiese sido por él, yo no habría podido desarrollarme. A veces pasaban meses sin que yo pudiera salir con mis hijos. Yo le decía: “Mi amor, no puedo el domingo. Llévate a los muchachos a la playa, a un parque”. Él fue mi apoyo, mi soporte, para poder proyectarme y realizar-me.» ¶ En 1974, cuando fue electa por primera vez secretaria general regional del Partido Social Cristiano Copei en el estado Vargas –lo sería otras muchas veces más en distintos períodos–, comprendió que la política estaría con ella por el resto de su vida, y que ser la primera mujer en Venezuela en ocupar tal cargo en su partido



implicaba más que un trabajo. «Esa era una responsabilidad sumamente grande. Tenía que recorrer el país, todos los estados, los municipios. Tenía que preparar las maquinarias municipales, los candidatos. Tenía que organizar cursos, talleres, reuniones. Fue una entrega a tiempo completo. Viajábamos en autobús al interior del país. Salíamos en la noche y llegábamos al otro día a la ciudad escogida para las actividades. Y a veces nos regresábamos esa misma noche. Ni siquiera en aquellos momentos de gran actividad política –con idas y venidas diarias a Caracas–, pensé en mudarme de Vargas. Y jamás lo hice. Tampoco cuando un tumulto de piedras comenzó a bajar del Ávila y vino la vaguada de 1999, que me obligó a salir de mi casa, perderlo todo, perder muchos amigos y comenzar de nuevo. Es que yo estoy muy arraigada a Vargas, compenetrada con sus problemas. Yo era la voz de los varguenses. Siempre traté de representarlos con dignidad.» ¶ Entre 1973 y 1989 ejerció como concejal principal del entonces Departamento Vargas del Distrito Federal en el Concejo Municipal del Distrito Federal. Y entre 1989 y 1993 actuó como diputada del Congreso de la República. «Era un ambiente rudo, pero no tan rudo como el batallar político en mi propio estado, que siempre se ha caracterizado por ser una región muy difícil. Mi esposo dice que tengo un tono de voz muy elevado. Pero es que a mí me tocó hablar frente al ruido ensordecedor de las olas del mar, hacer campaña en las zona portuarias, con obreros que eran difíciles. Me perfeccioné en la vida política en ese medio tan áspero. Por eso el Congreso me parecía de una rudeza más sofisticada. Por supuesto que me preparé para trabajar en el área política, siempre sabiendo que el cociente intelectual no se mide por el sexo. Trataba de actuar en función de mis capacidades.» **UN PILAR DEL ESTADO VARGAS** Aún antes de llegar al Congreso, estuvo en el grupo que planteó la necesidad de reformar la Ley Orgánica del Distrito Federal para crear dos municipios: Vargas y Libertador. Siendo secretaria nacional de asuntos municipales de Copei, promovió ante el Congreso Nacional el Anteproyecto de la Ley de Reforma a la Ley Orgánica de Régimen Municipal. Más tarde, intervino en lo que constituye uno de sus más relevantes aportes al desarrollo de la tierra que la vio crecer: formó parte de las comisiones parlamentarias que elaboraron el Proyecto de Ley que creó en 1998 el territorio federal Vargas y, posteriormente, el tan añorado estado Vargas. «Pudimos lograrlo, porque tuvimos mucha ayuda en el Congreso, diputados que nos dieron todo el apoyo, como Gustavo Tarre Briceño –presidente de la Comisión–, Ramón Guillermo Aveledo, Carmelo Lauría, entre otros.» ¶ Cuando el doctor Rafael Caldera ganó las elecciones en 1994, Céfora Contreras se quedó en Copei –otros conformaron el partido Convergencia– y fue llamada a trabajar *ad honorem* en la Comisión de Participación del Consejo Nacional de la Mujer, que luego pasó a ser Instituto Nacional de la Mujer y, más adelante, Ministerio de la Mujer. Junto a

invalorables compañeras, enfiló su lucha hacia un tema pospuesto: la defensa de los derechos de la mujer. «Empecé a tomar conciencia de la situación de minusvalía de la mujer, aunque en Venezuela la mujer se había incorporando masivamente a la educación desde los años sesenta. La mujer comienza a participar y a adquirir cierta relevancia, pero no es suficiente, porque vivimos en una sociedad de costumbres machistas, que nosotras mismas hemos transmitido. En 1982, participé muy activamente en la Reforma del Código Civil, cuando Mercedes Pulido de Briceño era ministra, y organizamos muchísimas actividades, hasta que se aprobó. Desde el Consejo Nacional de la Mujer, promovimos la Ley contra la Violencia, que se aprobó en 1998, cuando María Bello de Guzmán era presidenta del Consejo. Pero esa ley todavía tiene que seguir reformándose, porque tiene fallas. Recuerdo que desde el Congreso, junto a Lisbeth Guevara, hice un planteamiento en otra Comisión acerca de la paridad de las mujeres en la Ley Electoral. Fue una lucha muy grande, pero se logró también en aquel momento. Después el Consejo Nacional Electoral lo quitó de un plumazo, sin miramientos. Estamos en mora con la mujer venezolana. Se ha trabajado para darle legalidad al reconocimiento de las amas de casa, pero eso todavía no se ha aprobado. Hay fallas en el Código Penal. Hay que seguir trabajando para mejorar la situación de las mujeres.» ¶ Entre 1994 y 1998, fue Coordinadora de la Comisión de Organización, Participación y Liderazgo del Consejo Nacional de la Mujer (Conamu). Asimismo, fue miembro fundadora de la Red de Mujeres de Vargas, y en 1998 del Capítulo Venezolano de la Fundación para los Derechos de la Mujer Latinoamericana (Fundemul), de la que es hoy coordinadora ejecutiva. En 2010 llegó a ser miembro del Consejo Directivo de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC), a la que pertenece Fundemul. «Junto a un grupo de mujeres sumamente valiosas, todas con una larga trayectoria en las luchas sociales, me he dedicado fundamentalmente a la educación y a la formación. Dictamos talleres sobre distintos temas: participación y liderazgo, mujer y familia, promotores sociales y vecinales, gerencia municipal para la participación ciudadana, microempresas, educación para el trabajo, trabajo en equipo y destrezas de influencia, violencia. Hemos podido recorrer el país varias veces, dictando talleres con nuestras organizaciones amigas. En la UMOFC nos reunimos una vez al año. Sus objetivos son lograr la participación y la incorporación de la mujer en la sociedad y acercarla a la Iglesia católica, para que desde ambos frentes pueda rendir una labor en beneficio social. Nos hemos esforzado mucho en tratar de construir liderazgos éticos, que entiendan que nuestra misión es un apostolado, un dar y ayudar mucho a los demás. Pienso que uno es dirigente en la medida en que construye nuevos liderazgos, en que logra crear nuevos cuadros que puedan sustituirnos. A mí me preguntan: “¿Por qué no te vuelves a lanzar?” Pero ya cumplí mi rol. Ahora hay que

C é f o r a
C o n t r e r a s
d e M a r t í n e z
VARGAS

darle paso a los que vienen detrás, a los más jóvenes. La experiencia... vamos a ponerla al servicio de ellos.» **EL TIEMPO DE DIOS** A Céfora Contreras no le alcanza el tiempo para todo lo que desea hacer. Sigue vinculada a instituciones que fundó, como el Ateneo José María Vargas de La Guaira. Es además miembro de la Sociedad Bolivariana y de la Sociedad Benéfica Auxiliadora. «Siempre ando buscando un huequito en la agenda para hacer más cosas. Debo decir que me siento satisfecha de lo que he logrado hacer en la vida, de las condecoraciones con las que he sido honrada, del hogar que tengo y de las tres nietas que me tienen realmente chiflada. Pero no diría que estoy conforme del todo, porque siento que puedo seguir haciendo más. Pienso que he tomado iniciativas. He dado pasos que han abierto muchas puertas para que otros puedan continuar.» ¶ «De vez en cuando pienso en la muerte, y le digo a mi marido que debemos dejar todas las cosas arregladas, para que los muchachos no tengan problemas. Quisiera tener una muerte plácida, sin traumas, sin violencia, sin angustias. Una muerte que no deje secuelas, ni tristezas, sino una paz infinita a todos los que están a mi alrededor. Se trata de estar en paz con Dios, de sentir que he cumplido con mi deber, con mi responsabilidad. Le pido a Dios sabiduría para actuar siempre apegada a la justicia, a la verdad, a la lealtad, a la dignidad. Sabiduría para actuar siempre por el bien, por lo positivo, por lo mejor. Recuerdo que el rey Salomón pidió a Dios sabiduría. Si tenemos sabiduría, lo tenemos todo. Pero esa sabiduría se va aprendiendo en el camino, todos los días, hasta el día en que nos entierran. Para ello hay que establecer una comunicación permanente con los demás, una comunicación que nos enseñe. Nunca dejamos de aprender y nunca lo que sabemos es suficiente. La cuestión es asumir en nuestras conciencias que somos capaces, que podemos desarrollar y cultivar capacidades. Cada uno de nosotros nace con un mundo de potencialidades que tenemos que cultivar y desarrollar para poder transmitírselas a los demás. Eso he pensado durante toda mi vida.» ¶ Contreras no cree en el «asistencialismo», en poderes políticos que acostumbran a la gente a fáciles dádivas. «Estamos criando parásitos cuando simplemente les damos una beca para que se conformen con eso. Ese asistencialismo es una aberrante forma de dominación. Ahí es cuando desde las organizaciones a las que pertenezco planteamos e impulsamos la promoción social. El papel gubernamental debe ser crear los instrumentos necesarios para que la gente se forme, se eduque, se capacite, y así poder desarrollar todas las potencialidades que le permitan luego adquirir un trabajo digno y bien remunerado.» ¶ Para ella Venezuela no puede estar mejor representada que en el Salto Ángel y en la Virgen de Coromoto. Su discurso es socialcristiano, como el partido al que ha pertenecido desde sus primeros suspiros. Pero no cree en proselitismos sino en el trabajo. «La Iglesia tiene una doctrina social inspiradora, hermosísima. Hay que trabajar mucho por acercar la

gente a la Iglesia. Hay que trabajar mucho para que la gente tome conciencia del humanismo que encierra el catolicismo, la palabra de la Iglesia. Pero todo de manera cónsona con los tiempos.» ¶ Aquella promesa que de niña se hacía viendo aviones partir rumbo al horizonte se ha cumplido. Ella quería cruzar fronteras y lo ha hecho. La primera vez que subió a un avión fue por asuntos familiares, luego lo haría incontables veces por razones políticas y de labor social. Con los años, ha tenido la bendición de dictar conferencias, talleres y seminarios sobre los grandes tópicos que la conmueven, representando al país en lugares aún más remotos que los que imaginaba: Israel, Italia, España, Inglaterra, la otrora Unión Soviética. A París ha ido por placer, con esfuerzos propios, para ver la *Olympia* de Édouard Manet en el Museo d'Orsay y quedarse largo rato frente a ella, pensando quizá en los logros, las pérdidas o el porvenir.



Entrevista

Jacqueline Goldberg

Maracaibo, 1966. Licenciada en Letras. Doctora en Ciencias Sociales. Poeta, cronista, periodista, editora. *Verbos predadores* (2007) recoge toda su obra poética. Premio Poesía Bienal Mariano Picón Salas (2000) y Premio Regional de Literatura «Jesús Enrique Lossada» del estado Zulia (2008).



Fotografía

Sandra Bracho

Comunicadora social. Primera mujer en desempeñarse como reportera gráfica en el país. Fotógrafa de *El Nacional* y otras publicaciones. Reconocimientos nacionales e internacionales.

C é f o r a
C o n t r e r a s
d e M a r t í n e z

VARGAS



E s t e b a n G r a t e r o l

«Me siento orgulloso cuando alguien aprende lo que le enseñé»

Ampliamente conocido en el pueblo de Farriar, estado Yaracuy. Sabe llevar a la perfección una parranda sanjuanera. Reconocido personaje de la cultura popular, de ánimo versátil y ocurrente. Sus décimas y salves a la Cruz han recorrido buena parte del país, de la mano de su inseparable cuatro. Ha empeñado siempre su tiempo en la enseñanza de niños y jóvenes de su comunidad.

Esteban Evangelio Graterol es el nombre de un hombre noble, guataquero y querendón. De oficio cultor, y con la riqueza en las cuerdas de su viejo cuatro, se confiesa bendecido por la vida. ¶ Palmarejo, un pequeño sector del municipio Veroes del estado Yaracuy, lo vio nacer hace unos cuantos años, que todavía no le pesan. Amanecía el 25 de abril de 1935 y el mundo recibía a quien se convertiría más tarde en uno de los grandes cultores de la tradición musical venezolana. ¶ Ha sabido granjearse el cariño de su gente, pues «quién no va a querer a *Estebita*», hombre simpático y ameno. Sus logros no se miden en cuentas bancarias, propiedades, extensiones de tierra o cabezas de ganado. Pero sí en cientos de niños y niñas que con él han aprendido a tocar el cuatro. El amor por la música en esas almas infantiles ha despertado gracias a su influencia, gracias al vivo recuerdo de una parranda sanjuanera cantada y tocada por quien sabe de sangüesos y sonos de negros. Son tantos los discípulos que han recibido sus lecciones, que ya perdió la cuenta. Lo que sí sale de su pecho es un suspiro de alivio cuando siente que la tarea encomendada ha sido cumplida. «Yo quisiera hacer muchas cosas, pero ya tengo setenta y siete años. Seguiré con lo mío, educando a niños y jóvenes, porque si en Venezuela tuviéramos más música, seguramente tendríamos mejor país.» ¶ Este caballero ligero de peso, de dialecto casi propio —una madeja que acumula palabras dichas a mil por hora—, con el color de la noche pegado a su piel, se levanta día tras día bien temprano porque, como decían en los tiempos de antes, «al que madruga, Dios lo ayuda». La siesta es tema de obligatorio cumplimiento. A mediodía, el calor de Farriar, donde reside desde 1974, lo tumba como tronco de árbol en su pequeño catre y lo hace descansar hasta la media tarde, cuando emprende la marcha por las terrosas calles de su pueblo: toma café en las casas vecinas, saluda a cuanto personaje se le cruza en el camino y canta acompañado de su cuatro en donde quiera que le piden una canción. ¶ Esteban cuenta su historia sin vergüenza alguna. Desde el zaguán de su humilde morada, emprende el viaje memorioso. Junta aquellos episodios de vida en los que ha sido valiente pero también cobarde. «¡Epa, Esteban!», gritan los niños y muchachos que salen de la escuela y caminan hacia sus casas. Todos saludan al músico que no aprendió en ninguna academia especializada, sino memorizando y practicando la teoría del Método Práctico del Cuatro, en el que los pentagramas mostraban una extraña danza de corcheas, fusas y semifusas. **EL CAMPO NO FUE LO MÍO** La costumbre de los habitantes de las zonas rurales venezolanas, cuyo sostén depende mucho de las faenas agrícolas, era precisamente trabajar la tierra desde los primeros años de vida, pues la lectura y la escritura parecían ser privilegio de pocos. La primera asignatura de un niño campesino era ir al conuco con los mayores para aprender a cultivar lo que en los fogones se preparaba, pero las faenas del campo exigían un esfuerzo importante. «Recuerdo bastante cuando tenía más o



menos catorce años. Mi papá me llevaba a los conucos. Me enseñaba cómo se jalaba el machete, el hacha, la escardilla.» Pero Esteban nunca se dedicó a sembrar ni a cosechar. Lo suyo eran las artes populares, la cultura, la forma ilustre de expresión que venía de una creación propia. «Me metí a cobarde, porque no quise la tierra. Lo mío fue leer libros para aprender la historia cultural de los pueblos. A eso me dediqué. Es lo que me gustaba.» ¶ Efigenio Oliveros fue su padre; María Lorenza Graterol, su madre. Por razones que nunca descifró, Esteban no fue presentado con el apellido paterno. De sus hermanos conserva buenos recuerdos, aunque ya todos, menos una, están muertos. Se llamaban Vicente Graterol, Eulogio Ilarraza, José Francisco Landínez, Ventura Ilarraza, José Marcelo Graterol y Juan José Graterol. Todos con los apellidos de sus respectivas madres. «Solo me queda una hermana mayor, de nombre María Marco Graterol, que ya tiene ochenta y dos. Yo me iba a llamar Marco Esteban Graterol, pero como ya tenía una hermana con ese nombre, decidieron ponerme Esteban Evangelio.» Se recuerda como un niño tímido, aunque la chispa se le fue desarrollando conforme crecía. «Yo no era espontáneo, pero mis manos sí. Mi vida era para las cuerdas.» ¶ A sus padres los admiró desde que nació. Efigenio fue poeta, y de allí cree que le viene la vena artística; sabía leer y escribir sin siquiera haber ido a la escuela. María Lorenza era la partera del pueblo, oficio que aprendió de una señora llamada Trina Moreno y que ejercía con mucha pericia. Cuenta que cuando lo trajeron al mundo, María Lorenza llevó a su querubín a la prefectura para presentarlo como «bebé nacido vivo y con el nombre criollo que

Esteban
Graterol

YARACUY

pág. 322 | 323

indicaba el calendario de los santos. Ahora los bautizan con nombres muy extraños: *Yanchún, Guanchán*» —se divierte Esteban mientras su sonrisa deja a la luz sus encías desnudas. Recios de carácter, empeñados en trabajar para salir adelante, sus padres nunca desfallecieron, pese a vivir en un rancho de paja, con madera de guama, piso de tierra y paredes de bahareque. «Así era antes.» ¶ La oportunidad de estudios para *Estebita* llegó hasta el cuarto grado de educación primaria. A partir de los diez años, creció entre parrandas de tambor, curioseando cómo se rasgaba el cuatro, escuchando merengues, vales, gaitas y décimas a la Cruz. «Yo no era parrandero; ahora sí lo soy.» Con la mayoría de edad, también llegó a la fuerza militar. Salió sorteado en una selección: le tocaba cumplir con el servicio en el estado Mérida. Allí completó quinto y sexto grado, en la escuela básica del cuartel Ribas Dávila. Un profesor de instrucción civil, José Balza García, se empeñó en que completara sus estudios. **PLANCHADOR DE TINTORERÍA** Cuando volvió de Mérida, hecho un joven disciplinado y maduro, Palmarejo lo cobijó por dos años. Luego decidió buscar mejor destino en Caracas y, siete años más tarde, en Puerto Cabello. Allí vivió por veintiséis años, siempre en el barrio La Libertad, muy cerca del mar, arropado por los vientos salinos. El color de su piel combinaba a la perfección con el fenotipo de los lugareños. Sus últimos nueve años en la ciudad porteña lo convirtieron en un especialista de la plancha. Esteban Graterol, el cuatrista de Farriar, el gran cultor popular, fue planchador de tintorería. Se especializó con esos equipos a vapor que delineaban un filo de lino en un santiamén. ¶ Pero los ojos acusaron recibo. El vapor le estaba haciendo daño y el hombre se volvió a Yaracuy. «Aquí he planchado bastantes vestidos a las mujeres del pueblo.» ¶ Ya para entonces era momento de pensar en matrimonio. El compromiso fue aceptado por María Victoria Landínez —*Villoria*, como también la recuerda. La única mujer que reconoce como suya. Con ella tuvo a su único hijo, Lexman Enrique Graterol Landínez, quien creció educado solamente por su madre. El único heredero de ese linaje cultural nació el 1 de enero de 1967. ¡Semejante parranda la que armó *Estebita* por la llegada del muchachito! «Pero yo fui un cobarde también para eso: a Lexman no lo críe yo.» ¶ Durante cuatro años, vivió en Palmarejo, en casa de la señora Macaria Graterol, a quien le guarda sincero agradecimiento por haberle dado cobijo antes de irse a Farriar. Para esa fecha, ya pertenecía al grupo musical «Guarachas», de la familia González, que vivía en el caserío Taría. Se hizo cantante estelar de esa agrupación. También perteneció a los grupos «Los Cultores de Veroes» y «Cumaco Ardiente». En 1979, de manera definitiva, llegaba a Farriar, capital del municipio Veroes. En ese pueblo de trece mil habitantes, donde el sol atonta al más resistente, a los blancos los llaman «catires». Una cachapa recién asada con cochino frito y queso de mano es el plato tradicional. **PATRIMONIO VIVIENTE** En el año 2008,

llega la buena noticia. Corría la gestión del alcalde Santos Aguilar, quien lo nombra «Patrimonio Cultural Viviente» del estado Yaracuy. Se hace un sencillo acto en el que participan representantes del Ministerio de la Cultura. Poco después llegó la ayuda económica: una pensión mensual que alcanza para lo estrictamente necesario. Se publican reportajes en periódicos y revistas que hablan de un hombre que, para muchos, ha sido escuela. ¶ Las parrandas de tambor en honor a San Juan, la adoración a la Cruz en el mes de mayo y los velorios cantados para los angelitos que se lleva Dios al cielo, siguen siendo pasado, presente y futuro del que no se amilana ante la adversidad. Allí sigue don Esteban, con su cuatro entre las manos, cantando con voz afinada, alegrando el alma de quien le pide un tema, enseñando al que requiera unos acordes en sol mayor o re menor. «Yo aprendí a tocar el cuatro con el Método Práctico, pero también con Benito Oliveros, un tío vecino de la casa que fabricaba instrumentos musicales. De cuando en cuando iba a las parrandas de tambor para mirar y escuchar el sonido y los cantos, que me gustaban tanto.» Las parrandas, por lo general, se montan alrededor del 26 de junio, en conmemoración





de San Juan Bautista. «Uno comienza a sangrear el 26 a las seis de la tarde. Se levanta al santo y se le pasea por la comunidad. Eso es lo que llaman una romería. Se va de casa en casa, para que mujeres y hombres le hagan ofrendas por los favores concedidos.» ¶ Esteban fue aprendiendo de los acordes y tonos que escuchaba en las fiestas de los santos patronos, y comparaba con los que estaban colgados de las líneas del pentagrama. El conocimiento lo cultivó solo, de oído. «Muchos músicos, entre ellos Hernán León, de Santa María, me decían que yo le daba bien a la guataca. Así se le llama al que aprende solo. Por eso yo soy un guataquero.» A las fiestas populares también iba con su tía Ambrosina, a desarrollar su oído musical, a aprender que no debía desafinar. ¶ En Farriar hay un instituto musical que queda en la misma calle principal donde vive el guataquero. Y aunque se imparten clases de instrumentos orquestales, siempre hay espacio para las composiciones populares. Tanto así, que el ensamble se llama «Esteban Graterol». «Cuando los niños y jóvenes llegan a la escuela y les preguntan de dónde conocen los acordes y tonos, ellos responden que Esteban Graterol se los enseñó.» Tal deferencia llena de orgullo y satisfacción a este patrimonio viviente, al que no le hubiera gustado estar atrapado en la jaula de un salón de clases aprendiendo lo que ya sabe. «A la escuela de música no me dejan ir porque dicen que no tengo nada que aprender.» **ESPECIALISTA EN SALVES Y DÉCIMAS** Alrededor de la música siempre es mucha la gente que se reúne. Unos cuantos tragos de aguardiente, la entonación de poemas cantados, la camaradería entre quienes comparten un mismo fervor, son los ingredientes idóneos para armar la guataca. En Yaracuy, es propio el sincretismo cultural y religioso, especialmente en los caseríos de Agua Negra, Farriar, El Chino, Taría, La Hoya y Palmarejo, donde se les rinde culto a María Lionza, al Negro Felipe, a San Juan Bautista y a la Cruz de Mayo. La herencia forma parte de un legado afroamericano que se remonta a los tiempos de la Conquista. «Esta comunidad se llamaba antes La Rosita, porque en el cruce de caminos crecían rosas de colores y otras flores. Pero luego llegó un extranjero de apellido extraño, que sonaba a Farriar. Fue un investigador que vino no sé a qué cosa, pero dejó su nombre hasta para reconocer al pueblo. Eso lo leí en un libro. A mí no me pueden discutir porque yo sé cómo es.» ¶ Las serenatas de la juventud para agradar a las muchachas no pudieron faltar en la vida de Esteban. Hasta rancheras formaron parte del repertorio. Pero en lo que realmente mostraba calidad de interpretación, cuando la época del año así lo exigía, era en los cantos populares yaracuyananos, las salves y las décimas. «Yo le canto a los santos patronos, yo le canto salves a la Cruz, y también canto en los velorios de los niños. Es como una costumbre.» La gente siempre le pide composiciones nuevas, a medida que pasa el tiempo, porque aparte de tener una voz clara e inconfundible, que mucho contrasta con su ronco hablar, se inspira desde la punta de su lápiz para escribir letras que más

Esteban
Graterol
YARACUY

pág. 326 | 327

tarde aprenden sus pupilos. ¶ De la juventud conserva buenos amigos. Uno de ellos, William Sequera, es conocido como «el Moreno William». Sergio Meza y Fernando Rodríguez son amigos de San Felipe. Y Hernán León, párroco de Santa María, también es muy cercano, porque además de sacerdote es también músico «que toca a la zurda». A Esteban lo llaman siempre para rendirle homenajes culturales. En noviembre de 2011 fue parte de una muestra fotográfica llamada «Poesía en Salsa», y en mayo de 2012 estuvo de invitado especial en la inauguración de la Casa de la Diversidad Cultural de Nirgua. ¶ Con los grupos que lo han tenido como cantante, ha viajado por varias ciudades del país. «Yo estuve dos veces en Maracay, cantando salves a la Cruz. Para allá me llevé el arte de los sonidos.» A Esteban le gusta que lo llamen a cantar, porque así dedica a la gente sus composiciones. Es la mejor manera de ver y valorar lo que hace. «Me llegan a conocer tanto, que me dicen señor o profesor. Me siento orgulloso, alegre y emocionado cuando veo que alguien aprendió lo que le enseñé. He sido escuela para mucha gente que ha pasado por mis manos, porque con ellos canto y cuento la historia popular.» ¶ A este guataque-ro le escribieron un libro. Su autor fue Bruno Manara, un caraqueño que recopiló hace treinta años buena parte de las letras de décimas y salves escritas por el compositor. «Ya de eso hace mucho. El único ejemplar que me quedaba lo presté y lo perdí.» En las paredes raídas de su casa, están colgadas varias placas de reconocimiento: establecen una ruta de sus logros, de los momentos importantes de su vida, de sus hazañas como cultor. Siempre está dispuesto a conversar, pero prefiere hacerlo con un cuatro entre las manos: «Es que así converso mejor». También le entra con cara sonriente a la guitarra, sin que sea su instrumento predilecto. ¶ De los ritmos tradicionales, practica la gaita falconiana y los aguinaldos venezolanos. «No me gusta la gaita zuliana. Prefiero componer un merengue dominicano.» Uno de esos temas, en ritmo caribeño, es *El quita banderas*. Y dice: «*Yo soy el quita banderas/yo soy el abandera'o/ Yo soy el quita banderas/yo soy el abandera'o/ y tengo la casa llena de banderas que he quita'o/ Decímele al pollito/ que venga pa' acá/ Decímele al pollito/ que venga pa' acá/ con una risita/ con una risá*». Cada vez que canta esos versos, la gente escucha atenta y espera ansiosa la expresión chistosa que pone al final. «Esa canción yo la escribí para hacer reír a los vecinos. Cuando la termino, les pongo la cara más fea de lo que la tengo.» **LA NOTICIA EN LA PUERTA** Por su trabajo, en ocasiones, gana algún dinero. «Una vez gané un millón doscientos por un taller de cuatro que di. La cajera del banco, que me conoce, me aplaudió cuando me pagó. Me dijo: “Cónchale, Esteban, te felicito”.» Pero no siempre las noticias son buenas. La razón por la cual Esteban Graterol se levanta a las cuatro de la mañana todos los días es porque una hora después recibe en la puerta de su casa unos cincuenta o setenta ejemplares del diario *Yaracuy al Día*. En el año 2006 se hizo pregonero porque «la

cultura será muy bonita, pero en este país no da para vivir». Anda en una vieja bicicleta, con rines de veinte pulgadas, que pedalea a buen ritmo para llegar hasta la puerta de cada uno de sus clientes. No se cansa nunca. «Todos los días bien temprano, me voy a casa de doña Agubidia a tomar café. Luego salgo en la bicicleta a llevar el periódico, y en hora y media estoy listo.» Es estricto con la contabilidad diaria del pregón, porque no le gusta tomar nada que sea ajeno. ¶ Cuando habla de Venezuela mira hacia adentro de su corazón y reflexiona con la autoridad que le dan sus cientos de canas. Cree que en el país hay mucha envidia y poca música. También mal comportamiento de la gente. También un modelaje inadecuado para los más pequeños. «Venezuela sería mejor si tuviera más música, más músicos populares. Si quieren aprender, que me busquen. Yo los enseño.» ¶ Esteban Graterol nunca ha sentido cercana la muerte. «Ni lo quiera Dios.» Pero sabe que algún día llegará. Y con esa seguridad que tiene todo ser vivo sobre la tierra, también late en el corazón de este cultor la certeza de que irá derecho a ocupar el lugar que Dios le ha reservado. «Yo soy católico, y a mi manera amo profundamente a Dios. El cielo será mi última casa, pero que me entierren con mi cuatro.»



Entrevista

Claudia Aldana

Barquisimeto, 1984. Comunicadora social. Productora de radio y TV. Redactora de *El Impulso*. Premio Municipal de Periodismo del Municipio Iribarren (2008). Premio Regional de Periodismo de la Gobernación de Carabobo (2010).



Fotografía

Rafael Barragán

Barquisimeto, 1984. Comunicador social. Estudios de fotografía. Fotógrafo profesional desde 2005. Colaborador de diarios, revistas y portales.



L í a B e r m ú d e z

«Cada quien debe comprender la responsabilidad que tiene con los demás»

Carmen Rosalía González Ágreda, Lía Bermúdez, nació en Caracas el 4 de agosto de 1930. Vive en Maracaibo desde 1948. Estudió en la Escuela de Artes Plásticas Julio Árraga. Docente en las Facultades de Arquitectura y de Humanidades (Escuela de Periodismo). Fundadora del Centro de Arte de Maracaibo, que lleva su nombre. Doctora *honoris causa* de la Facultad Experimental de Arte de la Universidad del Zulia. Premio Nacional de Cultura, Mención Artes Plásticas, en 2006. Artista homenajeada por la Feria Internacional de Arte de Caracas y por la Feria Internacional de Arte de Maracaibo.

ANHELO DE PERFECCIÓN La maestra Lía Bermúdez modela una imagen, alguna frase o recuerdo para definir su vida. «He sido una trabajadora, principalmente, por la educación. Porque para estudiar arte, su historia, eso es clave. Por allí empezó mi carrera. Lo más importante para este país es la educación...» La maestra Lía extiende su vida para construir museos. Apasionada ciudadana, consagra cada instante de su tiempo en esa tarea infinita. Nada la detiene y, ante cualquier instancia que le ofrezca una oportunidad, presenta sus proyectos, comienza a dibujar con las manos y los ojos sus fábulas del espacio recobrado. Cuando llegó a Maracaibo, comenzó a trazar la memoria de todos. Hizo la Galería Gaudí con un grupo de amigos. Y siempre con ese concepto: la ilusión de la convocatoria. Recuerda a Joan Miró y a Pablo Picasso, con quienes también fragua un concepto telúrico. «Cuando en el arte se crea, estamos culminando un anhelo de perfección, que no es otro que acercarnos a lo eterno, a Dios, a lo que otros llaman el infinito.» Es más que una declaración de principios. Es la esencia misma de su cátedra permanente. ¶ Su pasión por la poética tridimensional extiende sus alas. En 2006 recibió el Premio Nacional de Cultura. Pero ya antes había expuesto su interés en desarrollar el proyecto del Museo del Lago «como un compromiso vital». También con su amigo, el crítico de arte Roberto Guevara, compartió el anhelo de erigir un Museo del Barro de América, pues ambos hicieron de la Bienal homónima un punto de encuentro y reflexión. A partir de esa iniciativa, que contó con el apoyo de instituciones y el entusiasmo de amigos fieles, muchos artistas, sobre todo jóvenes, asumieron el barro como un movimiento y un compromiso. La sonrisa de Lía lo dice todo: «Es que el barro, la tierra, nos enseña a vivir unidos». ¶ En una de las salas del Centro de Arte de Maracaibo (CAMLB), un centenar de jóvenes bailarines participan en una sesión de *casting*: buscan reclutar integrantes para una nueva plataforma de danza. En el área del café, la música se mezcla con los aromas. «Ya el CAMLB es una institución que marcha sola, aun en medio de las dificultades.» Comenta con orgullo la calidad de su equipo de promotores y productores, que son los que le dan vida al Centro. Con actitud visionaria, Lía transformó el antiguo mercado principal de Maracaibo, con su insólita estructura de hierro, en una prolífica multiplicidad de escenarios y salas de exposiciones. Como en una de sus esculturas, establece relaciones intensas entre el tiempo, el espacio y los visitantes. A la entrada del Centro hay una hermosa estructura, de título *Castalia*. Y en el pasillo que conduce a las oficinas, hay otra negrísima lechuza metálica, llamada *Petrolia*. Cuando se propone hacer un comentario sobre esa hermosísima pieza, Lía expande sus alas y afirma: «El negro es muy elegante. Si mezclas todos los colores y los colocas bajo un espectro de luz, obtienes el negro. ¡Una maravilla!». ¶ Pero a la maestra Lía no solo la enternecen las valoraciones en torno a su obra escultórica. Insiste en seguir dibujando museos, empecinada en reflejar su verdadera pasión. La

soledad que invadió su casa, tras las muertes de Rafael y Bernardo, marido e hijo, la instó a mudarse a un apartamento. Ahora quiere vender la casa donde fraguó tantos sueños, materializados en metal, tiempo y espacio, que convirtió en materia muy sensible. No es tan fácil que la maestra Lía concentre su reflexión en torno a sí misma. Prefiere conversar, hablar de los otros, anticipar proyectos. Un olor a cauñiles, exótico fruto zuliano, enriquece el ambiente. Insiste en hablar del presente proyectado hacia el futuro. Abajo se escuchan con fuerza las notas de *Carmina Burana*. Quizá no son las mejores para evocar una vida tan prolífica. Pero la maestra Lía convoca su infancia e indaga sobre la imagen más remota que recuerda. «Tengo que pensarlo. Nunca me lo había planteado. Tiene que ver con el barro. Hacía figuritas de barro, en el patio de la casa. Con mi hermanita y una prima. Mamá, para que estuviéramos tranquilas, nos compró unas pailitas y nos puso a jugar con barro. Empezamos a jugar con barro. Eso es lo más remoto. Tendría cuatro años...» ¶ Otro elemento que jamás la abandona es la secuencia de imágenes acerca del mar. Su abuela vivía en el Litoral, y esas visitas de infancia marcaron profundamente su amor marino.



Recuerda a Neruda: «Necesito del mar porque me enseña:/ no sé si aprendo música o conciencia:/ no sé si es ola sola o ser profundo/ o sólo ronca voz o deslumbrante/ suposición de peces y navíos. /El hecho es que hasta cuando estoy dormido/ de algún modo magnético circulo/ en la universidad del oleaje». Años más tarde, compró una hermosa casa en Adícora, estado Falcón, y allí de nuevo vibró frente a las olas, esta vez inquirendo por Mario Benedetti: «¿Qué es en definitiva el mar?/ ¿por qué seduce? ¿por qué tienta?/ Suele invadirnos como un dogma/ y nos obliga a ser orilla.»

UÑAS CON BARRO Cuando habla de su infancia, de su lugar de residencia, de sus hermanos y amigos, así como de algún personaje especial que la hubiese marcado en aquel tiempo, su mirada adquiere brillo. «Nosotros vivíamos en una urbanización que se llamaba El Conde. Muy cerca del puente Mohedano. Eso lo tumbaron todo. En El Conde sucedieron muchísimas cosas. Eso era lo más moderno que había en Caracas... Recuerdo que vi y le pedí un autógrafo a la primera wayúu que conocí. Yo tenía como ocho años. Ella había sido reina de belleza. Se llamaba Flor Enmanuel. Fue la primera vez que estuve en contacto con alguien del estado Zulia. A ella la llevaron a una fuente de soda, como las llamaban, la primera que se inauguró en Caracas. Llegó en carro, pero escoltada por regios caballos, cuyos jinetes eran unos hombres indígenas adornados con collares de tumas. Me llamó la atención la manta que llevaba. El colorido. Salí corriendo a mi casa, para buscar mi libreta de autógrafos.» ¶ «Éramos cuatro hermanos: María Cecilia, la mayor, que vive en Estados Unidos; Alicia, la menor, que ya murió; José Raúl, que era el varón. Al lado de nuestra casa vivían unos hebreos, checoslovacos, que se habían salvado de la guerra. El papá era un médico muy famoso. Tenían dos niñas, de las que nos hicimos amiguitas. Nos acabamos de reencontrar en España, las cuatro, y seguimos siendo amigas. Desde los once años, yo estudié en la Escuela de Artes Plásticas Cristóbal Rojas, que quedaba al lado del puente El Cuño, en La Pastora. Me dejaron entrar, aun cuando ya no quedaban puestos para niños. Pero Bernardo Monsanto, hermano de Edmundo, que era el director, dijo que me inscribiría en un taller que era horizontal, donde entraba todo el mundo, hasta que se abriera una clase para niños. Entré allí, pero no volví a salir. Con el tiempo, entre otros adultos, conocí a Jesús Soto, a Pascual Navarro, Carlos González Bogen...» ¶ Lía sorbe un trago del café que cada tarde marca el inicio de un incansable plan de trabajo. Los retratos de familia danzan a su alrededor, tal como lo hacen más abajo los bailarines. «Fue mi papá el que me llevó a la escuela de arte. Porque mi mamá y mis tías decían que cómo era posible que una niña estuviera allí, porque las uñas no me crecían por estar trabajando el barro, porque eso no era trabajo para mujeres. Y, además, “¿con modelos desnudas!”. Pero resulta que mi papá era amigo de un gran arquitecto, zuliano por cierto, llamado Hermes Romero, que vivía en Caracas. Él vio mis dibujos y pequeños

trabajos, y sostuvo que yo tenía talento. Él era viudo, tenía mucho dinero, viajaba por todos lados. Aquí, en Maracaibo, entre otros edificios, hizo el de la Botica Nueva, que está en la plaza Baralt. Él le dijo a mi papá que me pusiera a estudiar artes plásticas. Pero mi mamá, Carmen Ágreda, no solo se quejaba de las uñas, sino también de la ropa sucia que yo traía todos los días. Mi hijo Bernardo siempre recordaba su nombre completo: Carmen Esther. Mi papá, Raúl González Sánchez, era de origen canario. Fue quien creyó siempre en mí y en lo que podía hacer como artista.» ¶ La niña que fue la maestra Lía todavía juega con su rayuela. «En la escuela de artes no tuve muchos amigos, porque era una niña. El primer día entré a un salón donde lo que nos daban como teoría nos lo enseñaba Francisco Narváez y otro profesor de escultura llamado Julio Maragall. Era tan niña que cuando entré me ruboricé. Nunca había visto un desnudo y estaba ante tantos hombres. No se burlaron, pero sí sonrieron. Corrí y puse mis ojos contra la pared. Maragall me dijo: “Vamos, niña, al patio, donde te enseñaré un gato, muy lindo, para que tú lo hagas”. “No, dije, a mí no me gustan los gatos. Yo lo que quiero es irme a mi casa.” “Y qué te parece si buscamos otro animalito.” “No me gusta ningún animalito.” Hasta que él me dijo: “Vamos afuera. Vas a escoger el animalito que más te guste y lo traes en dibujo, para que luego lo hagamos en arcilla, en relieve.” Y así lo hice. Fui y dibujé una cabrita con el cabrito mamando. Aún lo tengo en la casa... Mi padre y mi madre terminaron por apoyarme en todos mis sueños. También Hermes, el arquitecto. Después Rafi, mi esposo. Las herramientas las aprendí a dominar en la escuela. Papá me llevaba, todos los días, desde El Conde hasta La Pastora. Papá y Hermes Romero fueron determinantes para mi vida.» **CONEXIONES AMOROSAS** Las manos de Lía van y vienen. El recuerdo de la vieja casa familiar flota entre palabras. Las emociones se desbordan. «Los vecinos checos y un amigo de mi hermana, que era un varón que iba al colegio, nos reuníamos para compartir con una enorme inocencia, en un país aún inocente. Pero después nos fuimos todos para Estados Unidos. Nos fuimos a estudiar. En la Universidad de Texas estudiaba mi hermano. Allá nos inscribieron en un colegio de monjas, como internas, llamado Academia de Santa María. Recuerdo los cantos, que eran muy bellos, y las misas también. Conocí unas ciudades muy interesantes, donde el petróleo también marcaba la pauta. Cuando volvimos, yo tenía quince años. Ya yo había conocido a Rafi (Rafael Bermúdez). Vivíamos al lado de una tía de él. Cuando yo me fui, ya teníamos conexiones amorosas. Regresamos a los tres años. Fue una relación muy en familia, muy alegre. En el apartamento de mi hermana, en El Silencio, fue donde nos comprometimos para casarnos... Entonces él decidió que nos vendríamos a vivir aquí, a Maracaibo... Por eso me defino como una genuina *caracucha*...» ¶ Un nuevo suspiro alienta la narración. Lía mira, al fondo, los retratos de Jesús Soto, Roberto Guevara y Sergio



Antillano. «Sergio contribuyó mucho con el desarrollo cultural de esta ciudad. Él también vino desde Caracas, con su esposa Lourdes Armas. Fue un crítico que también alentó el desarrollo de un pensamiento didáctico con respecto a la estética.» Luego prosigue con aquellas imágenes antiguas del ferry que la traería por primera vez a la ciudad que ahora le debe tanto. «Cuando llegué a Maracaibo, recién casada, no pensaba qué era lo que yo quería. La única referencia para mí era que esto era La Guajira. Sabía de Maracaibo porque mi papá y mi mamá pasaron un tiempo aquí. Un barco en el que viajaban se atracó en estos muelles y después regresaron a Caracas. De lo que más hablaban era del calor de Maracaibo. Aún no aparecía la maravilla del aire acondicionado. Llegué a la ciudad por ferry y progresivamente iba percibiendo el perfil de una relación entrañable. Aún no pensaba en nada de lo que sucedería después.» **GALERÍA GAUDÍ** Su magisterio envuelve cada momento de su vida. Cuando se le pregunta acerca del momento en que comenzó a ser consciente de su oficio, traga humildad y ensaya una explicación: «Empecé a ser consciente desde muy temprano. Yo trabajaba mucho y ya quería exponer, pero no había dónde. Un grupito de personas estábamos con la misma necesidad. Hubo un hombre, gran amigo, que hizo mucho por Maracaibo: el costarricense Manuel de la Cruz González Rujano, íntimo amigo de su compatriota Ignacio de la Cruz Martínez, insigne pedagogo del periodismo. Nos propusimos crear un grupo y buscar un espacio para exponer. Entonces surge la Galería Gaudí, que se llamaba así por Antonio Gaudí, cuya obra conocía solo a través de fotografías. Yo veía que era un creador completo: un artesano, un proyectista, un hombre que volvía hermoso todo lo que tocaba. El artista completo. Y no conocí su obra personalmente sino hasta hace muy poco, cuando viajé a Barcelona. Nosotros comprendíamos la necesidad de contar con esa galería. Era un lugar para pensar y aprender el asunto estético. Por esa época, ya yo daba clases de diseño en las escuelas de Arquitectura y de Comunicación Social. Allí había un polaco, cuyas obras de papel, gráficas, iniciaron la programación de la galería.»

¶ Lía manifiesta alguna reticencia para definir su oficio. «Es un poco raro que me defina por una vía, por algo en especial. Porque lo que más me emociona es el espacio. El espacio se envuelve con las formas, y eso es lo que más me interesa. Que yo construya y deconstruya ese espacio. Soy muy organizada. Y en el día hago muchas cosas. Si llego hasta la noche y las he hecho todas, perfecto. No sé dejar las cosas para el otro día. El espacio tiene un tiempo y nosotros podemos fraccionarlo, y hacer posibles todos los milagros. En un país que tiende a ser caótico, resulta fundamental tratar de hacerlo todo bien. Quisiera volver a hacer cosas para que la gente se arregle. Para que aprenda a vivir en lo fundamental: vivir. Creo que la gente lo que está es mal orientada. Pudiéramos hacer muchísimo con los colegios, donde habría que enseñar la responsabilidad con el colectivo. Que cada quien sepa y comprenda la

responsabilidad que tiene con los demás. Yo tuve la fortuna de estar en la Escuela Experimental de Venezuela. En cada aula había un país, una nación. Con su presidente y sus tres poderes. Así se formaban, en la práctica, los ciudadanos. La EEV estaba dirigida por Sabás Olaizola. A él lo trajo Medina Angarita. Allí conocí a Isaac Chocrón, a Román Chalbaud, a José Ignacio Cabrujas, entre otros grandes. Pero luego la educación se politizó demasiado. No hicieron las cosas como se debían hacer. Ya no se forman ciudadanos. Y el buen ciudadano es el que puede vivir en un país organizado. A mí me gustaría que me recordaran como una buena ciudadana.»

PENSAR EN MUSEOS Lía enfatiza aspectos vinculados a la formación. Se detiene a pensar si su oficio es transferible. «Yo no creo que el oficio artístico se pueda enseñar. Te lo puedo mostrar, pero enseñarlo, creo que no. Puede servir que la gente me vea haciendo mi trabajo, puede que sí. Pero el método como tal es muy corriente. Herrería, que se puede aprender con cualquier herrero. Pero yo he venido abandonando todas las técnicas anteriores. Las que ya no se consiguen. Ha prevalecido lo que existe, y no lo que ya no se encuentra. Y así yo he decidido trabajar con lo que consigo. En vez de pinceles, óleos y tintas, entonces decidí trabajar con materiales de herrería. La pistola de soldar, las varillas...» ¶ Lía hace una larga pausa. Termina el café. Sondea sus pensamientos. «Hacer o ser escuela es algo muy complejo. Escuelas para mí son el impresionismo, el cubismo, con gente como Renoir o Picasso. No peco de falsa modestia al decir que lo que yo hago es muy simple, es poco importante. Lo interesante es que yo trabaje con el espacio. Pero cuántos no lo hacen en este momento. ¿Hacer escuela yo? ¿Es como el colmo, no?» Lía hace una nueva pausa, profunda, mientras abajo los muchachos bailan ahora el «Bolero» de Maurice Ravel. Frota sus manos con calidez. «La gente dice que yo lo que hago es pensar en museos. Pero ellos son educativos, siempre lo han sido. El museo no es nada más para ver, para lo contemplativo. A través de ellos podemos reflexionar sobre todos los aspectos. Aquí no existe un museo de la ciudad de Maracaibo, y en consecuencia la mayoría de los habitantes desconoce qué es su ciudad, completa, con sus costumbres y sus detalles. Los museos enseñan a habitarlos a nosotros mismos. Falta mucho por hacer. Sobre todo aquí, en el lago de Maracaibo, que es el recurso hídrico más importante que tiene Venezuela. Junto con el sur, en Guayana, son los polos hídricos que podrían salvar al planeta, que como sabemos está agotando sus reservas de agua. Tenemos que detenernos a pensar qué vamos a hacer con el futuro. Conservar esto es vital. No echarle basura, ni podredumbre, ni agotar su paisaje. Esto es un regalo de Dios. Hay que enseñar a rescatarlo. ¿Y qué mejor institución que un museo para hacerlo?» ¶ La maestra Lía se sabe feliz al haber formado a tantos artistas y estudiantes, quienes confiaron en su capacidad, sabiduría y ternura, para alentarlos. Los orientó en el aprendizaje de una lectura integral de las artes plásticas. Les hizo

comprender los pasos iniciales del diseño, del trazado del dibujo, pasando por la selección de los materiales, hasta encontrar el lugar y espacio propicios para dar a luz cada pieza. Generosidad que se hace música, poema exquisito que se hace humano, sonrisa en el rostro que ilumina todo a su alrededor. ¶ «¿Qué es lo que me mueve a mantenerme activa y a no dejar de trabajar por las causas en las que creo? Quizás el hecho de sentirme viva. Mientras esté con energía, con criterios para decir lo que es una cosa u otra, me mantendré trabajando. Lo que más me interesa es conseguir que todo el mundo pueda tener la oportunidad para ver, para percibir, para apreciar la historia del arte. Lo que hacemos, lo que somos. Podemos tener, por ejemplo, con pocos recursos —y digo esto porque Venezuela es muy rica— un Museo del Barro de América. En todo nuestro continente no hay uno solo, a pesar de que este material entrañable abunda en todo nuestro territorio. La tierra nos une y está en todas partes.»



Entrevista

Alexis Blanco

Niquitao, 1957. Comunicador social. Reportero cultural por veinticinco años en *Panorama*. Miembro fundador de la Sociedad Dramática de Maracaibo. Coproductor del programa radial «Lector Público». Premio Nacional de Periodismo en 2006.



Fotografía

Fernando Bracho

Comunicador social. Fotógrafo profesional. Numerosas exposiciones individuales y colectivas. Colaborador de diarios y revistas. Fotografía fija de largometrajes y documentales. Premio Monseñor Pellín (1990)

L í a
B e r m ú d e z

ZULIA

pág. 338 | 339



D o r i l a E c h e t o

«Esta escuela ha dado sentido a muchas lágrimas»

Una adolescente wayúu es retirada de la escuela institucionalizada cuando llega a la pubertad. Le imponen un encierro, como dicta su tradición. Pero pasan los años para que ella se convierta en una mujer de un tesón incomparable, dedicando toda su fuerza a crear una escuela para la Guajira, que, además, fuera completamente bilingüe y desarrollara una síntesis pedagógica de dos culturas. Tras décadas de brega incesante, hizo florecer en el desierto un complejo educativo con forma de media luna.

U N O Dorila Echeto fija la mirada por segundos. No más que eso. E inmediatamente ve hacia otro lado con el gesto moroso de quien ya sabe todo de ti y no necesita siquiera oírte hablar para conocer tu índole e intenciones. Ha visto demasiado. Se ha paseado por el corazón humano como una hormiga por las galerías de la tierra; y sabe, entre otras mil cosas, que no hay nada que la tenacidad no pueda lograr. Prueba de ello es el lugar donde nos recibe: *Nekirajaalee Wayuu Sulu>U Piama Akua>ipaa Yanama*, que es el nombre en lengua Wayuunaiki de la Escuela Indígena Intercultural Yanama, inaugurada el 16 de junio de 2005 como escuela bolivariana. Se trata de un complejo de pequeñas edificaciones que forman una media luna; y está ubicado en Guarero, población de la Guajira venezolana, a unas dos horas y media en carro desde Maracaibo. ¶ El conjunto, levantado en un terreno de una hectárea, lo componen catorce salones de clase tan altos que parecieran tener dos pisos. No es el caso. Fueron concebidos con tal elevación para que el intenso calor de ese lugar casi desértico ascienda hacia los techos y propicie en las aulas una atmósfera respirable. Los salones exhiben en los dinteles nombres en Wayuunaiki de diferentes lugares de la Guajira. Hay, asimismo, tres baños, una sala de computación con veintiún terminales dotados de conexión a internet y una cancha techada, que igual sirve como área de entrenamiento deportivo y como auditorio. Su tarima es la superficie visible de un tanque de agua de seis mil metros cuadrados. Hay que decir que una de las aulas está destinada a los menores especiales; allí concurren niños y adolescentes con síndrome de Down, con deficiencias auditivas, autistas y con diferentes grados de retraso mental. También los hay con dificultades visuales, así como deficiencias motoras gruesas, finas y múltiples. Estos alumnos son atendidos por dos maestras y una auxiliar, que se organizan de manera que cada una tenga a su cargo un máximo de ocho niños. También hay un taller laboral para jóvenes que no se han escolarizado. Y está la plaza Guaicaipuro... a la que le falta el busto del héroe prehispánico. ¶ Alrededor del área académica hay una enramada que sirve de área de juegos y al lado, sin techo, un pequeño parque infantil que incomprensiblemente (dada la potencia del solazo) siempre está en uso por alborozados ocupantes que parecen inmunes al encono del astro. Detrás de las aulas está el huerto donde los alumnos de todos los niveles siembran frijol, plátano, topocho y vainitas, entre otros cultivos; y los niños especiales tienen una barbacoa donde siembran cebollín, cilantro, pimentón, tomate, auyama y yuca. ¶ El recorrido por la escuela lo coordinan las maestras, todas las cuales son bilingües y van vestidas con mantas de un verde vibrante adornadas con bordados multicolores. Los niños tienen uniformes iguales a los de los escolares del resto del país, pero las niñas llevan mantas rojas bordadas con los pictogramas de sus respectivos clanes, que también están, en menor tamaño, en las franelas de los niños. Vale apuntar que la sociedad wayúu se organiza en una

compleja estructura de unos treinta clanes de carácter matrilineal que tienen su propio territorio y un animal totémico que funge como una especie de blasón. Los alumnos de Yanama lucen sus símbolos para que desde muy pequeños conozcan y valoren los suyos, así como los de sus amigos. ¶ Al entrar a uno de los salones de los primeros grados de primaria, los niños cantan «Los pollitos dicen...» en castellano y luego en Wayuunaiki. El bilingüismo es totalmente natural para ellos, incluidos los niños especiales, y es la norma de la escuela, donde todos los carteles están en las dos lenguas. ¶ Al concluir el recorrido, hemos dado la vuelta a la luna. Nos encontramos de nuevo en la entrada, donde está emplazada una escultura de barro que representa una araña. Y en el techo hay varias vasijas de barro. Allí vuelve a aparecer Dorila Echeto, quien se había sustraído para dirigir unos obreros que hacían unas reparaciones. La entrada al complejo la domina un inmenso insecto, y Dorila explica que se trata de Waleker, la mítica araña guajira. ¶ «Los wayúus aprendemos a tejer a temprana edad. De la abuela llegan las primeras lecciones y de la naturaleza vienen los colores y las gorjas. Waleker nos dejó el tejido como legado eterno y elemento distintivo del resto del mundo. Así fabricamos los chinchorros, así tejemos la vestimenta, así hacemos una urdimbre de colores e hilos donde se abrigan la vida y el amor.» ¶ Ya es mediodía. Los niños se concentran en la cancha, que está justamente al lado de la efígie de Waleker. Rápidamente se forman en filas para cantar el himno del Zulía, dirigidos por el maestro de educación física. Los versos de Udón Pérez reverberan todavía en el hirviente espacio cuando los niños salen en tropel. Afuera se ven algunos montándose en las *carruchas* (suerte de pescantes tirados por bicicleta), pero no todos pueden costearse esto. También hay mujeres que vienen a buscar a sus hijos para emprender a pie un camino de varios kilómetros. ¶ En minutos queda silenciosa la Escuela Yanama, una bonita y funcional infraestructura levantada en el desierto, gracias al esfuerzo de una mujer que estuvo años bregando para que los niños de la Guajira contaran con un lugar apropiado para recibir educación. ¶ Dorila hace señas para continuar la conversación en su casa, que está enfrente. «Mi sueño se desbordó. La verdad es que yo había soñado con cuatro cajones.» **D O S** ¿Quién es esta extraña mujer de piel rojiza y mirada escrutadora, que ha hecho florecer un colegio de un barbecho punteado de tunas? Dorila Echeto nació el 28 de mayo de 1948, en la comunidad de Guarero, estado Zulía, a unos seis kilómetros de la frontera con Colombia. Su padre, Fernando Paz, era un próspero hacendado, propietario de casi dos mil cabezas de ganado; y su madre era Ana Joaquina Echeto, una tejedora de chinchorros del clan Ipuana, cuyo animal heráldico es el cari-cari, un ave rapaz perteneciente a la familia de los falcónidos. Dorila es la mayor de quince hermanos habidos en el seno de esta pareja, porque de parte de padre son unos cincuenta y tres. ¶ «Tuve una infancia muy bonita. Fui

Dorila

Echeto

ZULIA

pág. 342 | 343

educada en casa, con una abuela muy paciente. Allí aprendí no solo las artes domésticas sino todas las necesarias para sobrevivir en la Guajira. A los ocho años ya sabía colar café; y de *jimora* [entre los nueve y los doce], ya podía recoger los chivos y buscar agua en el pozo. A las cinco de la mañana, ya mis hermanos y yo teníamos más de cien chivos congregados alrededor del pozo. Entre nuestras tareas destacaba la de evitar que nuestro rebaño se mezclara con los de los vecinos. Los pozos de la Guajira, que suelen tener setenta metros de profundidad, se alimentan de las venas (ríos subterráneos). Muy excepcionalmente, esos pozos se ven rebasados, porque en la Guajira pueden pasar hasta cuatro años sin llover. Por eso, el agua para nosotros es sagrada. Ya eso lo sabía yo antes incluso de cumplir cinco años.» ¶ Esa formación básica incluía una diferenciación fundamental: el agua del aljibe, aunque ligeramente salobre, es para el consumo; para el aseo personal y el lavado de ropa y enseres, se acude al jagüey, que es producto de la lluvia y no es precisamente agua clara. Por eso, para disponer del agua del jagüey, es preciso usar ceniza y pulpa de



cardón, que absorben el barro y dejan un espacio de agua sin fango. ¶ Además de esta compleja iniciación en las exigencias del paisaje y en los tesoros de la tradición (porque, además de la lidia con los chivos y el trato con las diferentes y escasas aguas, la pequeña Dorila recibía de su abuela lecciones de tejido, alfarería y cultura wayúu), los niños Echeto asistían a la escuela Corazón de Jesús, que estaba donde ahora se encuentra la escuela Yanama. Allí estaría Dorila hasta tercer grado, pero resultó que en las vacaciones de fin de curso, Dorila tuvo su primera menstruación. «Y me encerraron.» ¶ Por una parte, su padre declaró que a su hija, ahora señorita, nadie le iba a faltar el respeto en la escuela. De hecho, le cortó el pelo a la púber con un machete pequeño; y, mientras dejaba caer las guedejas, el hombre la iba aconsejando con respecto a la inconveniencia de mantener amores a escondidas y a las ventajas de no mostrarse celosa cuando, una vez casada, su marido tuviera otra mujer: así se evitarían «peleas innecesarias». Y, por la otra, la menarquia en *jimoras* supone su enclaustramiento en una casita de barro alejada unos cuantos pasos de la vivienda de la familia, donde la niña permanece sin siquiera asomarse a su ventana y es visitada únicamente por su madre y abuelas. ¶ «Mi abuela había planificado dos años de encierro, que, en verdad, son pocos para aprender el tejido wayúu, la cocina y los secretos de la vida. Pero solo estuve un año, completo, eso sí. Hay muchachas que han estado cinco años sin salir. Debía dormir en un chinchorro colgado muy alto, casi pegado al techo, para que no pudiera bajarme. A las tres de la mañana venían tres maestras ancianas a darme consejos (en realidad, lecciones), porque a esa hora, decían ellas, es cuando las cosas se quedan mejor en la cabeza. A las cuatro, tenía que bañarme con una vasija. Y luego entraba mi abuela y me preguntaba: “¿Aprendiste bien?, ¿entendiste lo que te dijeron las señoras?”» ¶ El blanqueo se inicia con un ayuno de casi una semana durante la cual apenas se ingieren brebajes de hierbas. También se le da a beber un líquido blancuzco sacado de la tierra, que sirve para erradicar cualquier remanente de la niñez. Estos depurativos le producían vómitos que eran celebrados por la abuela y las vetustas maestras, porque era la constatación de que Dorila estaba «botando la locura de la niñez». Una vez concluida esta fase inicial, debía observar una dieta muy baja en sal «para que la piel no se decolorara demasiado». En el plazo de reclusión, la muchacha no puede rascarse la piel sino frotarse con un pañito, y es parte de la pedagogía parar a la muchachita sobre una piedra para que esta le comunique su fuerza y su quietud: que sea firme como caríatide y que, como la estatua que sostiene la casa con sus hombros, no sea callejera. ¶ Las monjas que la habían tenido como alumna lamentaban mucho la deserción de Dorila; y en un par de oportunidades llegaron a acercarse a su casa en el vano intento de persuadir a sus padres para que le permitieran continuar estudios formales. Dorila lo recuerda con esa sonrisa siempre rematada por una ligera sombra de dolor. «Mi abuela las acosaba

Dorila

Echeto

ZULIA

pág. 344 | 345

con varillas de puy [palitos de madera] que se usan en los telares.» ¶ Finalizado el año de recogimiento, Dorila se había iniciado en los secretos de la cerámica, incluida la fabricación de muñecas, el tallado de taparas, la economía (principalmente, los pormenores del trueque) y el trato con el sexo opuesto. Ahora sabía, por ejemplo, elaborar vasijas, un conocimiento muy valioso. En una etapa de su infancia rompió cuatro vasijas en pocos días y su abuela le dijo: «Te voy a dar otra. Si la dejáis caer, te voy a cortar las verijas». [*Verija*: zulianismo por *ingle*.] ¶ «Yo me quedé observando los fragmentos. Quería aprender de ellos. Para el wayúu las vasijas son objetos preciosos. Yo recuerdo que unos familiares de nosotros venían de la Alta Guajira, montados en burros, en un viaje de cinco días. Traían la arcilla para hacer las vasijas en el sitio e intercambiarlas por plátano y yuca que, a la vez, secaban para llevárselos convertidos en harina.» ¶ Dorila se casó a los dieciocho años con Ciro Ángel Cambar, quien falleció hace tiempo. «Nos enamoramos en la iglesia. Él me pintaba pajaritos... Tuvimos cinco muchachos, dos hembras y tres varones. Hace cuatro meses [comienzos de 2012], mataron a mi hijo.» Lo dice con expresión ausente, mientras le ruedan las lágrimas. **T R E S** En el devenir de su vida, Dorila criaba a sus hijos. También se dedicaba, como tantas mujeres wayúus, al comercio de mercancías entre Venezuela y Colombia, un negocio lleno de altibajos... Y fungía como maestra, sin nombramiento ni salario, mientras pugnaba por la creación de una escuela en Guarero, que de tal carecía tras la partida de las monjas de su infancia. ¶ «En 1990, la iglesia luterana de La Pastora, Caracas, ofreció un aporte para desarrollar un proyecto para la comunidad. Se formó la Asociación Civil *Yanama*, palabra que alude al trabajo comunitario. Al principio, lo que hicimos fue recoger a los niños que vendían café y empanadas en la sede de la aduana, así como a los que acomodaban gandolas (como *valet parking*). Había muchos niños sin escuela porque no tenían partida de nacimiento. Y, cuando yo iba a sus casas para hablar con las madres, me decían: “Qué va a aprender ese animal. Ese es un loco; no hace caso”». ¶ Dorila comprendió que el problema era tan hondo como los aljibes wayúus. Resolvió irse por arriba: convocó a los ancianos y a los pütchipü’ü (palabreros), especie de jueces de paz que actúan como mediadores para allegarse a todo tipo de arreglos, incluida la conciliación para saldar agravios o evitar que vayan a mayores. Estas figuras de gran influencia la ayudarían a esparcir la convicción de que los niños debían ir a la escuela... que no existía. ¶ «Me hice traer palmas de la Sierra de Perijá para hacer una enramada y, en una vivienda de piso rústico, fundé la primera escuela bilingüe, que fue inaugurada en 1996, aunque ya habíamos empezado con diez niños en 1992, en medio del descampado.» ¶ Un día se montó en un autobús con cinco niños y se los llevó a Maracaibo para que les sacaran la cédula. «Al día siguiente se presentaron varias mujeres que llevaban sus hijos a la escuela. Su



verdadero interés era la cédula. Empecé a llevarme grupos de cinco. Nos parábamos en la carretera a las dos de la mañana a esperar el autobús. Y en dos años completé trescientos muchachos cedulados. Como no tenía recursos, les compraba guineos para el almuerzo. En una ocasión, alquilé un autobús y llevé doscientos niños. Cuando salimos de Extranjería, les hice un paseo por el malecón. Quedaron asombrados al ver los barcos, esos inmensos buques petroleros que entran al lago por la barra. Llegaron felices por haber conocido Maracaibo.» ¶ En esos años, los últimos noventa, el cuerpo docente de aquella escuela lo componían Dorila y una hermana suya. En algún momento contaron con un mobiliario hecho por los presos de la cárcel de Sabaneta (antes de eso, los alumnos se sentaban en cajas de cerveza, bloques de construcción, potes de leche y pedazos de tronco). Y los cuadernos que usaban los estudiantes no eran más que un puñado de hojas engrapadas (que hacían con el material de desecho de la aduana). ¶ «Cuando no estaba dando clases, estaba en mi peregrinación para pedir que nos hicieran unos salones de clase. Me pasé años yendo de oficina en oficina. De despacho en despacho. Le pedía a todo el mundo. Hasta que en el año 2000, llegó Vielma Mora a la Aduana de Paragachón...» ¶ José Gregorio Vielma Mora es un oficial retirado. Nacido en San Cristóbal, Táchira, en 1964, participó en el golpe de Estado que el 4 de febrero de

Dorila
Echeto

ZULIA

pág. 346 | 347

1992 intentó derrocar al presidente Carlos Andrés Pérez. Habiendo tenido una destacada carrera como militar, fue nombrado Superintendente del Servicio Nacional de Administración Aduanera y Tributaria (Seniat), para el período 2000-2008.

¶ Al enterarse Dorila de que el nuevo jefe del Seniat en Caracas visitaría Paraguachón, que está cerca de Guarare, se aprestaron a escribirle una carta. Así, mientras Vielma Mora hacía su reconocimiento de la casa aduanal, ellas daban los últimos toques a la carta y corrían para entregársela en sus manos. Sin tiempo (ni papel carbón) para hacer una copia, llegaron cuando el hombre estaba terminando la revisión. Pero en la entrada les cerraron el paso. ¶ «Tuvimos que armar un alboroto. Entonces, vino el funcionario Marcos Porras a preguntar qué estaba pasando. Y nos hizo pasar. Cuando vinimos a ver, estábamos frente al propio Vielma Mora. Le pedimos que viniera a ver la escuela. Él se mostró dudoso, preguntó que dónde estaba la escuela, que cuánto tiempo le tomaría llegar, que si había que buscar vehículos. Mi hermana Maribella y yo lo agarramos, una por cada brazo y, mientras le decíamos que no se necesitaba carro, que iríamos caminando, lo llevamos a la escuela. “¿Dónde está?”, quiso saber Vielma Mora cuando nos detuvimos en la escuela. “Aquí, esta es”, le dijimos señalando el rancho y la enramada. “No puede ser que niños venezolanos estudien así”, dijo asombrado. Y entonces se arrodilló y juró por su madre y sus hijos que nos iba a construir una escuela. Y, efectivamente, nos mandó un proyecto, pero era más grande que el terreno donde estábamos. Fue así como se compró el terreno donde ahora está la Escuela Yanama, con una donación que hizo Corpozulia, gracias a las diligencias de Gilberto Buenaño. El proyecto tenía diez salones y yo necesitaba catorce, además de la cancha, la sala de computadoras y el tanque de agua. Así que me fui a hablar con Marcos Porras. Lo esperé desde las nueve de la mañana hasta las diez y media de la noche. “No hay plata”, me dijo. Y yo le contesté: “Venezuela produce petróleo; y muchos guajiros han muerto con los pulmones disecados sacando carbón en el Guasare. ¿Queréis que te saque el cálculo de cuánto vale eso?”.» ¶ La escuela se inauguró cinco años después con todo lo que Dorila pidió. Tiene un cuerpo docente de unas veinte maestras y cuenta con personal administrativo y obrero. «Esta escuela se hizo con lágrimas, hambre, necesidades y humillaciones. Cuánto no lloré cuando me regañaban, cuando me cerraban las puertas en la cara, cuando me dejaban esperando después de haber hecho un viaje en autobús a Caracas durante la noche para devolverme la siguiente noche. Cuántas hambres no pasé, porque no quería dejar la antesala ni un instante, no fuera a ser que precisamente en ese momento me atendieran. Ahora es que todo tiene sentido.» **C U A T R O** «He recibido niños que parece que vinieran de una guerra. Me ha tocado bañarlos, cortarles el pelo, curarles las llagas, darles comida, comprarles cotizas y acariciarlos. Con las maestras tengo una instrucción: cuidado

con el palo. A los niños no se les toca para castigarlos. Nunca. En la escuela vieja yo tenía un cuarto donde hacía pasar a los alzaos. Cuando me venían a reportar que había un rebelde que no quería obedecer, mandaba que lo mandaran al cuartito. “¿Qué le estarán haciendo?”, se preguntaban los otros muchachos. “¿Les estarán pegando, los estarán amarrando?”. Lo que yo estaba haciendo era preguntándoles por qué estaban tan bravos. Simplemente, les pedía que dijeran qué es lo que les molestaba tanto. Y así me enteraba de que algunos se sentían avergonzados porque no tenían zapatos y otros porque no entendían las clases de matemática. Entonces, yo le prometía cotizas a aquel y con este me ponía a explicarle: “¿Vos veis estas piedras? Bueno, pensá que son chivos. Entonces, si vos lleváis diez chivos al mercado de Los Filúos y vendéis cinco, ¿cuántos te quedan”.» ¶ La escuela nueva fue inaugurada con casi cuatrocientos alumnos, venidos de muchos poblados de la Guajira. Vielma Mora estuvo allí y fue objeto de preciosos regalos: un chinchorro de doble cara (reversible), un penacho y un guayuco. La gratitud que Dorila Echeto conserva hacia Vielma Mora es tan intensa que en los primeros años, cada vez que pasaba un helicóptero cerca de allí (no olvidar que es zona fronteriza), los niños salían corriendo de los salones mirando al cielo y gritando: «Vielma Mora, Vielma Mora.» ¶ «Ahí está la escuela ahora. Tiene forma de media luna porque la luna es mujer y, de hecho, rige nuestras menstruaciones. Ya está hecha. Y las vasijas que están en el techo son las abuelas que nos cuidan.»



Entrevista

Milagros Socorro

Maracaibo, 1960. Comunicadora social, cronista, narradora. Ha colaborado en *El Nacional*, *El Universal*, *Revista Exceso*. Jefe de Redacción de *Revista Bigott*. Ha publicado ocho títulos de cuentos, crónicas y literatura infantil. Premio Bienal Udón Pérez (1991). Premio Bienal Ramos Sucre (1997). Premio Nacional de Periodismo (2000).



Fotografía

Fernando Bracho

Comunicador social. Fotógrafo profesional. Numerosas exposiciones individuales y colectivas. Colaborador de diarios y revistas. Fotografía fija de largometrajes y documentales. Premio Monseñor Pellín (1990).

Dorila
Echeto

ZULIA

pág. 348 | 349



Nelson Méndez

Hung Ki Kim

Arriz Domínguez

Salvador Rodrigo

Rolando Hernández Pérez

Nalúa Silva Monterrey

Nina Nikanorova

José Antonio Pereira

Oswaldo Brito

Rodolfo Briceño González | Franklin Rojas | Luis Ugalde, S.J.

Olga Camacho

Jesús Aguilera

Alejo Hernández Acosta | Gustavo Salas Römer

Ivonne Carnevali | John William Páez

Ligia de Gerbasi | Gerry Weil

Domingo Rogelio León

Fernando Cervigón | Milton Martínez

Carmen Teresa Morillo

Irma Espinoza de Lara

Luis Hernández Contreras

Francisco González Cruz | Catana Torres de Witt

Céfora Contreras de Martínez

Esteban Graterol

Lía Bermúdez | Dorila Echeto

ISBN 978-960-6673-02-7



9 789806 671027



FUNDACIÓN
ARTESANO
GROUP

1-510069921-1